Josh McDowell

John Gilchrist

EL ISLAM A DEBATE

Traducción del inglés:
Santiago Escuain

Publicado por CLIE 1994

CLIE, Terrassa (Barcelona) ESPAÑA

SEDIN - Servicio Evangélico de Documentación e Información
Apartado 126
17244 Cassà de la Selva (Girona)
ESPAÑA
www.sedin.org

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

¿POR QUÉ EL DEBATE?

En una época más y más relativista y sincretista, uno podría preguntarse: ¿Para qué este debate con el Islam? ¿Por qué no «enterrar el hacha» con un espíritu de confianza y respeto mutuos?

Los cristianos creen firmemente en respetar a los miembros de las otras religiones, pero creen con la misma firmeza que la salvación del mundo sigue dependiendo de la obra de Jesucristo, que murió por los pecados de los hombres en la cruz del Calvario.

El Corán afirma varias de las cosas que la Biblia revela acerca de Jesucristo, pero niega Su divinidad, crucifixión y resurrección. Con ello, niega el núcleo del evangelio, es decir, la crucifixión y resurrección de Jesucristo. Porque el apóstol Pablo dijo: «… y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados» (1 Corintios 15:17). Al negar estos acontecimientos de absoluta importancia en la vida de Jesús, el Corán se enfrenta en abierto debate con el cristianismo.

El Islam está dedicado a desafiar las afirmaciones del cristianismo. En muchos casos, lo que contempla es un falso cristianismo. Lo que se necesita no es un abandono de la contienda, sino que la discusión sea muy incrementada en un espíritu de amistad, amor y comprensión mutua.

Un debate así tuvo lugar entre Josh McDowell y Ahmeed Deedat, Presidente del Centro de Propagación del Islam en Durban, África del Sur, durante agosto de 1981. El tema incidía en la misma raíz del dilema entre el Islam y el cristianismo: «¿Fue Cristo crucificado?» Fue llevado a cabo con un espíritu cálido y tolerante, sin que se pidiese a ninguno de ambos oradores que diluyese su mensaje ni se refrenase de debatir los temas de manera directa. Aunque fue uno de los períodos más lluviosos de la historia de Durban, el estadio descubierto de tenis se llenó con una multitud que rebasaba los 6.000 oyentes. Tanto los musulmanes como los cristianos participaron de buena gana en este acontecimiento. El texto del debate se da al final de este libro, y queda evidente para todos la manera abierta y franca, aunque caritativa, con la que se explicaron los oradores.

El debate fue iniciado desde el lado musulmán. Ahmed Deedat, un conocido orador público musulmán en África del Sur, había leído el libro de Josh McDowell *Evidencia que demanda un veredicto,* y en 1980 le escribió, retándole a que acudiese a África del Sur para debatir las cuestiones tocantes a las perspectivas cristiana y musulmana acerca de la crucifixión y resurrección de Jesucristo. Este líder musulmán había celebrado varios debates en África del Sur con otros

cristianos, incluyendo uno hacía seis años con el coautor de este libro, John Gilchrist, delante de una multitud similar.

Josh aceptó el reto, considerando que se trataba de una oportunidad de clarificar delante de miles de musulmanes la esencia y el corazón del evangelio —la crucifixión y la resurrección de Jesucristo— y de clarificar asimismo muchas cuestiones que dividen a los musulmanes y a los cristianos acerca de la persona de Jesucristo. Para cuando el debate finalizase, muchos musulmanes habrían oído, quizá por primera vez, una clara proclamación del evangelio de Dios.

«¡Decide tú!», proclamaban abiertamente los carteles que anunciaban el debate. Y un debate como aquel no podría dar un «ganador» en un sentido absoluto, porque los temas a discutir habían dividido a muchas naciones durante largas eras y difícilmente podría darse el caso que un lado tuviese tanto éxito en la presentación de su caso que todos los adherentes del otro lado abandonasen radicalmente su herencia y cambiasen de religión.

La gran ventaja de un diálogo así es que los adherentes de ambas religiones tuvieron una excelente oportunidad de oír ambos puntos de vista. Se creó un ambiente en el que cada persona pudo examinar libremente las afirmaciones de otra religión pudiendo a la vez evaluar estas afirmaciones frente a los argumentos en favor de su propia posición.

Los cristianos creemos que el alegato en favor del evangelio bíblico es el verdadero, y estamos firmemente convencidos de que los argumentos expuestos por el señor McDowell, aunque limitados a causa del tiempo, constituyeron una prueba convincente de que nuestra causa está bien fundamentada. En este libro se reproduce todo el debate sin ninguna manipulación. Por tanto, todos los lectores, cristianos o musulmanes, podrán decidir por sí mismos.

Estamos convencidos de que el debate favoreció la causa del evangelio cristiano entre los musulmanes de Sudáfrica. Es con esta convicción que hemos publicado este libro. Estamos firmemente persuadidos de que será de gran utilidad para impulsar el ministerio del evangelio hacia los musulmanes por todo el mundo.

Josh McDowell	John Gilchrist, Esq.
Julian, California	Sudáfrica
Diciembre, 1982	Diciembre, 1982

¿Por qué este libro?

Este debate ha suscitado mucho interés, tanto en los Estados Unidos como en Sudáfrica, acerca de las diferencias entre el Islam y el cristianismo. Por esta razón no nos hemos limitado en este libro a publicar el texto del debate, sino que hemos

incluido material significativo de trasfondo acerca de muchas de las cuestiones que emergieron durante el debate. Por ejemplo, se dedica todo un capítulo a la cuestión de si el Nuevo Testamento es un documento histórico fiable hoy en día acerca de la vida y de las afirmaciones y llamamientos de Cristo. En este libro se tratan con mayor detalle las acusaciones acerca de falsas interpretaciones cristianas de varios pasajes bíblicos tocantes a la crucifixión y resurrección de Cristo que el permitido por el tiempo disponible durante el debate. Varias acusaciones islámicas suscitadas contra los cristianos y su Biblia no fueron directamente tratadas en el debate, y se da aquí una respuesta cristiana.

La mayoría de los cristianos desconocen los argumentos empleados por los apologistas musulmanes contra el cristianismo, y cuando se encuentran con ellos, se encuentran a menudo desprevenidos. ¿Cuántos cristianos han oído hablar del Evangelio de Bernabé? ¿Cuántos sabrían cómo hacer frente a las confiadas pretensiones musulmanas de que el Evangelio de Bernabé es el único registro fiable de la vida de Jesucristo? Al desconocer que este pretendido evangelio es un fraude procedente de una época muy posterior, el cristiano puede encontrarse poco preparado para dar una respuesta cristiana adecuada cuando se le presente un desafío acerca de esta cuestión.

¿Cuántos cristianos podrían refutar las atrevidas afirmaciones que hacen los musulmanes acerca de ciertos textos bíblicos que pretenden que son profecías del advenimiento de Mahoma? Los musulmanes que suscitan tales cuestiones están generalmente bien preparados con sus argumentos. ¿Cuántos cristianos podrían dar una respuesta cristiana bien fundamentada?

Estos temas que mencionamos aquí podrían parecer oscuros para la mayoría de los cristianos, pero constituyen una parte integral de la polémica musulmana contra el cristianismo.

El propósito de la publicación de este material es triple:

(1) Ayudar a musulmanes y cristianos por un igual a comprender mejor las semejanzas y diferencias entre el Islam y el cristianismo.

(2) Ayudar a los cristianos a relacionarse mejor con los musulmanes como resultado de un mejor conocimiento del conflicto cristiano/islámico, y con la asimilación de algunas de las respuestas a las acusaciones islámicas contra la Biblia cristiana y contra la crucifixión y la resurrección de Cristo.

(3) Alentar a un testimonio y expresión de amor más decididos hacia los musulmanes. Un resultado de la preparación e investigación previos al debate y a la redacción de este libro es un mayor respeto hacia el Islam. Se trata de una profunda fe que tiene la capacidad de cautivar totalmente la mente, voluntad y emociones de las personas.

Me he beneficiado mucho de mi involucración y diálogo con muchos musulmanes. Esto ha intensificado mi amor por los adherentes al Islam y me ha dado un mayor deseo de compartir el amor y el evangelio de Cristo con ellos.

Capítulo 1

Trasfondo Histórico del Islam

En años recientes, el Islam ha estado en el centro de la atención del mundo, en parte debido al incremento de la tensión en el Cercano Oriente. Esta tensión ha puesto la cultura islámica bajo un examen atento y minucioso en todas partes. La fe musulmana es una fuerza de la mayor importancia en naciones del Cercano Oriente, Asia y Norte de África. Indonesia y Malasia son del 85 al 100 por ciento musulmanas. El impacto de esta fe sobre el mundo ha ido creciendo constantemente. En la actualidad, el Islam afirma ser la religión de mayor crecimiento en el mundo, con unos 750 a 800 millones de creyentes o adherentes que dominan más de treinta y seis países en tres continentes.

Incluso la tensión árabe-israelí puede ser remontada al conflicto Islam-judaísmo. No sólo se trata de que el Islam empuña colectivamente una fuerte espada en sus amenazas de guerra contra Israel, sino que las sectas islámicas amenazan asimismo con una mayor agitación en otras áreas del frágil Cercano Oriente, y podrían ser los catalizadores de un conflicto aún más extendido. Por ejemplo, los islámicos integristas militantes ultraconservadores lograron tomar el poder en el Irán y se hicieron responsables del asesinato del Presidente de Egipto, Anwar Sadat.

Sin embargo, la inmensa mayoría de musulmanes no son extremistas. Es acusado el contraste entre el Islam moderado, progresista y constructivo de Egipto y Turquía y el Islam integrista y reaccionario de, por ejemplo, Irán. El Islam ha ejercido un impacto en muchos aspectos positivo sobre muchos países en los que es una fuerza dominante. Pero una influencia positiva es una razón no suficiente para entregar la propia vida a ninguna religión. Es preciso examinar con objetividad las enseñanzas del Islam (o de cualquier otra religión) para determinar su validez.

El impacto del Islam en la historia también lo hace un objeto digno de estudio. El profesor de ley islámica Sir Norman Anderson, un cristiano, lo recapitula de la siguiente manera:

> La religión del Islam es uno de los fenómenos notables de la historia. Al cabo de un siglo de la muerte de su fundador, el imperio musulmán se extendía desde el sur de Francia por toda España, Norte de África, el Levante y el Asia Central y hasta la frontera con China; y aunque desde hace mucho tiempo el Islam ha quedado virtualmente expulsado de Europa Occidental y ha perdido mucho de su poder político en otros lugares, ha penetrado notablemente en varias ocasiones en Europa Oriental, África y la India y en el Sudeste Asiático. En la actualidad se extiende desde el Atlántico hasta las Filipinas, y reúne unos ochocientos millones de [creyentes o] adherentes procedentes de razas tan diferentes como europeos o bantúes, indios arios o

miembros de tribus filipinas; sin embargo, se puede hablar del «Mundo del Islam» (Sir Norman Anderson, ed., *The World's Religions*, Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Company, 1976, pág. 52).

Historia

La historia primera del Islam gira en torno a una figura central: Mahoma. Aunque el Islam es una interesante mezcla de diferentes religiones, el origen de esta fe se encuentra en la persona singular de Mahoma.

Mahoma

Mahoma nació alrededor del 570 d.C. en la ciudad de la Meca, en Arabia. El padre de Mahoma, Abdullá, murió antes que él naciese. Su madre, Amina, murió cuando él tenía seis años. Primero lo crió su abuelo, Abd al-Muttalib, y más adelante su tío, Abu Talib. No se conoce bien el trasfondo familiar de Mahoma. Algunos académicos creen que procedía de una familia conocida y respetada, pero no es seguro. Lo que sí está claro era que pertenecía al clan hachemita de la tribu *Al Qu'raysh.* A los veinticinco años se casó con una rica y respetada viuda de cuarenta años llamada Khadijah. Anderson cuenta acerca de su vida:

> Hay evidencias en una tradición que difícilmente puede haber sido inventada acerca de que Mahoma sufrió de convulsiones en una época temprana de su vida. Sea como sea, el adulto Mahoma mostró pronto en su vida señales de una religión marcadamente religiosa. Se retiraba en cuevas para estar a solas y meditar; practicaba el ayuno con frecuencia, y era propenso a los sueños. Profundamente insatisfecho con el politeísmo y las crudas supersticiones de su Meca nativa, parece haber quedado apasionadamente convencido de la existencia y trascendencia del único y verdadero Dios. Parece imposible decidir cuánta de esta convicción la debiese al cristianismo o al judaísmo. En aquellos tiempos, el cristianismo monofisita estaba ampliamente extendido por el reino árabe de Ghassan; la Iglesia Bizantina estaba representada por ermitaños esparcidos por el Hijaz, con los que puede haber entrado en contacto; los nestorianos estaban establecidos en Hira y Persia, y los judíos estaban fuertemente representados en Medina, el Yemen y otras partes. Tampoco puede haber duda alguna de que en cierto período de su vida absorbió mucha enseñanza de fuentes talmúdicas y que tuvo contacto con alguna forma del cristianismo; y parece sumamente probable que su temprana aceptación del monoteísmo pueda remontarse a una de estas influencias, o a ambas (*ibid.,* pág. 54).

El carácter de Mahoma era realmente un mosaico, como recapitula Anderson:

> Por lo demás, como en muchos otros casos, su carácter parece haber sido una extraña mezcla. Era poeta más que teólogo: un improvisador magistral más que un pensador sistemático. No puede dudarse que era de gustos sencillos y de talante bondadoso; era generoso, resuelto, genial y astuto: un penetrante juez y líder nato. Podía sin embargo ser cruel y vengativo con sus enemigos; podía rebajarse al asesinato, y era innegablemente sensual (*ibid.,* pág. 60).

Robert Payne expone también esto en su libro, *The Holy Sword* (La espada santa):

> Es apropiado detenerse por un momento ante la polaridad totalmente asombrosa de la mente de Mahoma. Dentro de él guerreaban la violencia y la bondad. A veces da la apariencia de estar viviendo simultáneamente en dos mundos, viendo en un mismo momento el mundo a punto de ser destruido por las llamas de Dios y en un estado de paz divina; y parece mantener estas visiones opuestas solo a costa de una abrumadora sensación de tensión. A veces se rompe la cuerda, y le vemos contemplando aturdido el mundo a su alrededor, que no es ni un mundo en llamas ni el mundo en estado de bienaventuranza, sino el mundo ordinario diario en el que pocas veces se sentía cómodo (Robert Payne, *The Holy Sword*, New York: Collier Books, 1962, pág. 84).

El llamamiento

Mahoma rechazó el politeísmo idolátrico de los que le rodeaban. A la edad de cuarenta años, el religioso y monoteísta Mahoma tuvo su primera visión. Ésta y las siguientes revelaciones están registradas en el Corán.

Mahoma estuvo al principio inseguro acerca de la procedencia de estas visiones, si eran divinas o demoníacas. Su mujer, Khadija, lo animó a creer que habían procedido de Dios. Más adelante ella fue su primera convertida. Sin embargo, su convertido temprano más importante fue un rico mercader llamado Abu Bakr, que llegó a ser uno de sus sucesores.

La autoritativa obra *Cambridge History of Islam* (Historia del Islam) da este comentario acerca de las revelaciones de Mahoma:

> Bien en el curso de las visiones, bien más adelante, Mahoma comenzó a recibir «mensajes» o «revelaciones» de parte de Dios. A veces puede haber oído las palabras que le eran dichas, pero por la mayor parte parece simplemente haberlas «encontrado en su corazón». Sea cual sea la precisa «manera de revelación» —y hay varias diferentes «maneras» que los eruditos musulmanes mencionan— lo importante es que el mensaje no era producto de la mente consciente de Mahoma. Creía él que podía distinguir fácilmente entre sus propios pensamientos y estas revelaciones.
>
> Los mensajes que vinieron así a Mahoma desde más allá de su mente consciente eran al principio bastante breves, y consistían en unos cortos versos que acababan en una rima o asonancia normales. Mahoma siguió recibiendo los mensajes periódicamente hasta su muerte. En sus años finales, las revelaciones tendían a ser más largas, a estar formadas por más versos y a tratar de los asuntos de la comunidad de musulmanes en Medina. Todas las revelaciones, o al menos muchas de ellas, fueron probablemente escritas durante la vida de Mahoma por sus secretarios (P. M. Holt, ed., *The Cambridge History of Islam*, Vol. II, Londres: Cambridge University Press, 1970, págs. 31, 32).

El popular comentarista acerca del Islam, Alfred Guillaume, narra la primera visión de Mahoma:

> Ahora bien, si consideramos la narración de su llamamiento tal como la registran los antiguos biógrafos, salen a luz algunos paralelismos muy interesantes con los profetas hebreos. Dicen que era su hábito irse de las moradas de los hombres y retirarse al monte para darse a la oración y a

> la meditación. Una noche, mientras dormía, el ángel Gabriel se le presentó con una pieza de brocado de seda en la que estaban escritas unas palabras, y le dijo: «¡Recita!» Él respondió: «¿Qué recitaré?» La orden le fue repetida tres veces, mientras sentía una presión física en aumento, hasta que el ángel le dijo:
>
> Recita en el nombre de su Señor, que creó
> Al hombre de sangre cuajada.
> ¡Recita! Tu Señor es maravillosamente bueno
> Que mediante la pluma a los hombres ha enseñado
> Cosas que no conocían (ciegos siendo).
>
> Cuando despertó, estas palabras parecían escritas en su corazón (o, como diríamos nosotros, indeleblemente fijadas en su mente). Entonces le sobrevino el pensamiento de que debía ser un *sha'ir* o poseído, precisamente él que odiaba tanto a los tales que no podía soportar su presencia; y él no podría soportar que los miembros de su tribu fuesen a considerarle como uno de ellos — como en efecto así fue más adelante. Por ello, salió de aquel lugar con la intención de echarse por un precipicio. Mientras andaba para llevar a cabo este propósito, oyó una voz del cielo saludándolo como Apóstol de Dios, y levantando los ojos al cielo vio una figura a horcajadas del horizonte que lo apartó de su propósito y que le hizo quedarse inmóvil donde se hallaba. Y allí se quedó mucho después que los mensajeros de su intranquila esposa regresasen para informar que no podían encontrarle (Alfred Guillaume, *Islam*, Londres: Penguin Books, 1954, págs. 28, 29).

Sir Norman Anderson discurre acerca de cómo Mahoma pensó al principio que estaba poseído por los demonios, o *Jinn*, como se les llamaba, pero cómo más tarde abandonó la idea:

> Parece, además, que el mismo Mahoma estuvo al principio inseguro acerca de la fuente de estas revelaciones, temiendo estar poseído por uno de los Jinn o espíritus, como se creía comúnmente era el caso de los poetas y adivinos árabes. Pero Khadija y otros lo tranquilizaron, y pronto comenzó a proponer revelaciones divinas con mayor frecuencia (Anderson, *Religions*, pág. 55).

Estas visiones marcaron el llamamiento profético de Mahoma por Alá. Mahoma recibió visiones durante los siguientes 22 años, hasta su muerte en el 632 d.C.

La Héjira

La nueva fe encontró oposición en la ciudad natal de Mahoma, la Meca. Debido a su rechazo en la Meca y al ostracismo de sus opiniones, Mahoma y sus compañeros emigraron, en respuesta a una invitación, a la ciudad ahora conocida como *Medina*, que significa: «Ciudad del Profeta», y que originalmente se llamaba *Yatrib.*

La Héjira, que significa «huida», marca el punto de inflexión en el Islam. Todos los calendarios islámicos marcan esta fecha, 16 de julio del año 622, como el comienzo de la era islámica. De esta manera el 630 sería el año 8 de la Héjira.

En sus años primeros en Medina, Mahoma sentía simpatía tanto por los judíos como por los cristianos. Pero ambos le rechazaron a él y sus enseñanzas. Debido a este rechazo, Mahoma dejó Jerusalén como centro del culto del Islam y lo centró en la Meca. Mahoma denunció todos los ídolos que rodeaban la Kaaba en la Meca y la declaró santuario del Dios único y verdadero, Alá.

Con este nuevo énfasis en la Meca, Mahoma se dio cuenta de la importancia de volver a su hogar allá. El rechazado profeta pronto volvió triunfante, y conquistó la ciudad.

John B. Noss cuenta algunas de las acciones de Mahoma tras regresar a la Meca:

> Una de sus primeras acciones fue acudir reverente a la Kaaba; sin embargo, no dio muestras de ceder al antiguo politeísmo mecano. Después de honrar la Piedra Negra y de dar siete vueltas montado alrededor del santuario, ordenó la destrucción de los ídolos en su interior y que fuesen borradas de las paredes las pinturas de Abraham y de los ángeles. Aprobó el uso del pozo Zamzam y restauró los pilares limítrofes que definían el territorio sagrado alrededor de la Meca. Desde entonces, ningún musulmán tendría motivos para vacilar acerca de acudir en peregrinación a la antigua ciudad santa.
>
> Mahoma aseguró ahora su dominio político y profético en Arabia. Los enemigos cercanos fueron vencidos con la espada, y las tribus alejadas fueron invitadas con dureza a enviar delegaciones ofreciendo su adhesión. Antes de su muerte repentina en el 632 sabía que estaba bien adelantado en su propósito de unificar las tribus árabes bajo una teocracia gobernada por la voluntad de Dios (John B. Noss, *Man's Religions,* New York: MacMillan Publishing Company Inc., 1974, pág. 517).

Entre el regreso a la Meca y la muerte de Mahoma, el profeta propagó celosa y enérgicamente el Islam, y la nueva fe fue propagándose rápidamente por toda la región.

Después de la muerte de Mahoma

Cuando murió, Mahoma no había revelado ningún plan que pudiese emplear la clase dirigente del Islam para decidir su sucesor. Sir Norman Anderson comenta así:

> Mahoma murió, según la postura más bien apoyada, sin haber designado ningún sucesor (un *khalifa* o Califa). Naturalmente, como el último y mayor de los Profetas no podía ser sustituido. Pero la comunidad que había fundado era una teocracia, sin distinción entre Iglesia y Estado, y evidentemente alguien debía sucederle, no para promulgar la ley, sino para hacerla cumplir, para dirigir en la guerra y para gobernar en la paz. Era evidente que se debía designar un Califa, y ahí Omar ibn al Khattab (que fue el segundo Califa) consiguió apremiar la elección del anciano Abu Bakr, uno de los primerísimos creyentes. Pero la cuestión del Califato iba a ser causa de más divisiones y derramamientos de sangre que cualquier otra cuestión en el Islam, y casi desde el principio se pueden discernir tres partidos rivales, al menos en ciernes. Había los Compañeros del Profeta, que creían en la elegibilidad de cualquier «Temprano Creyente» de la tribu de los Quraysh; había la aristocracia de la Meca, que deseaba conseguir el Califato para la familia de

> los Omeya; y había los «legitimistas», que creían que no era necesaria ninguna elección, sino que Alí, el sobrino y yerno del Profeta, había sido designado divinamente para ser su sucesor (Anderson, *Religions*, pág. 64).

Abu Bakr murió menos de dos años después de su designación como califa. Al morir, le sucedió Omar, y bajo su caudillaje se expandieron considerablemente las fronteras del imperio islámico.

Al final se desarrolló una lucha por el poder, al ir promoviendo las diferentes facciones a sus propios sucesores sobre sus rivales. La principal división vino entre los que creían que el Califa había de ser escogido por los líderes del Islam, y los que creían que el sucesor había de ser hereditario, a través de Alí, el yerno de Mahoma, que se había casado con su hija Fátima. Esta lucha, junto con otras, produjo las dos principales divisiones del Islam conocidas como los sunitas (seguidores del camino del profeta) y los chiítas (seguidores de los doce imanes que descendieron del profeta) así como numerosas sectas dentro de estos dos grupos principales. El conflicto sunita/chiíta sigue siendo hasta el día de hoy un motivo de controversia internacional. (Se considerará más extensamente en otros capítulos.)

Fe y obligaciones

Las enseñanzas del Islam están compuestas de fe (*Imam*) y práctica u obligaciones (*din*). Explica Sir Norman Anderson:

> La fe y la práctica del Islam están gobernadas por las dos grandes ramas de erudición musulmana, teología y jurisprudencia, a ambas de las que se ha hecho alguna referencia. La teología musulmana (generalmente llamada «Tawhid» debido a su doctrina central de la Unidad de la Deidad) define todo lo que un hombre debe creer, mientras que la ley (Saria) prescribe todo lo que debería hacer. No hay sacerdocio ni sacramentos. Excepto entre los sufís, el Islam conoce sólo la exhortación e instrucción procedente de aquellos que se consideran a sí mismos, o que otros consideran, como adecuadamente instruidos en teología o ley.
>
> A diferencia de cualquier otro sistema en el mundo en la actualidad, la Saria abarca todos los detalles de la vida humana, desde la prohibición del crimen como el uso del palillo, y desde la organización del estado hasta las intimidades más sagradas —o las más desagradables aberraciones— de la vida familiar. Es «la ciencia de todas las cosas, humanas y divinas», y divide todas las acciones entre obligatorias u ordenadas, lo que es encomiable o recomendable, lo que es permitido o legalmente indistinto, lo que es desagradable o deprecado, y lo que está prohibido (Anderson, *Religions,* pág. 78).

Estas prácticas son ciertas en el Islam sunita y chiíta, pero no siempre en las sectas divergentes.

La ley islámica (la *Saria*) tiene un papel crucial en toda la cultura islámica. La estructura de la ley es la de una ley civil y no de ley común como se practica generalmente en Inglaterra y en los Estados Unidos.

Se debe enfatizar que la *Saria* ha sido crucial en la doctrina islámica.

> El concepto religioso más importante y fundamental en el Islam es el de la *saria*, que significa literalmente «un camino al abrevadero» pero que en su aplicación religiosa denota la forma entera de vivir tal como ha sido ordenada por Dios de manera explícita o implícita. Esta palabra ha sido empleada en el Corán, que a veces sugiere que distintas religiones tienen diferentes sarias, pero en otras ocasiones que todas las religiones tienen fundamentalmente una saria.
>
> El concepto, tal como lo formulan los maestros religiosos del Islam, incluye tanto la doctrina o creencia como la práctica o ley. Pero históricamente, la formulación y sistematización de la ley tuvo lugar antes de la cristalización de la teología formal. Esto, como se muestra más adelante, tuvo unas consecuencias de gran alcance para el futuro desarrollo del Islam (*Encyclopædia Britannica,* «Islam,» Chicago: William Benton Publishing Company, 1967, pág. 664).

La controversia que rodea a la ley y a la teología y a la triple división de la Saria condujo al surgimiento de varias divisiones dentro del Islam sunita.

Explica Guillaume:

> En ciertos países, ciertas cuestiones han sido sacadas del campo de la saria, y caen ahora dentro de la competencia de tribunales seculares; pero, hablando en general, durante mil años o más no se ha visto en ningún país islámico ningún cambio comparable con el que ha tenido y está teniendo lugar en países islámicos en la actualidad. Turquía, como todos saben, ha abolido totalmente la saria. Oficialmente, es un Estado secular, aunque en realidad la influencia del Islam sobre la población, especialmente en Asia, es muy considerable, y evidencia señales de hacerse más fuerte bajo el nuevo gobierno democrático.
>
> En una serie de artículos en *The Moslem World* y otras publicaciones, mi colega, el señor J. N. D. Anderson, ha dado evidencias de que también en países árabes la saria está bajo revisión. Egipto, el Sudán, Siria, el Líbano, Jordania e Irak están todos en movimiento. Los cambios que se están efectuando ilustran cómo se está llevando a cabo en la legislación positiva un intento concreto de relacionar la saria con las condiciones de la vida moderna y de una perspectiva más liberal de las relaciones humanas (Guillaume, *Islam*, págs. 166, 167).

Luego pasa a comentar una de las diferencias de los chiítas con los sunitas.

> En teoría, el concepto chiíta de autoridad suprema en la ley es radicalmente diferente del de los sunitas, aunque en la práctica esta diferencia no se traduce en gran cosa. Rechazan ellos las cuatro escuelas y la doctrina de la *ijma* porque su Imam Escondido es quien tiene en exclusiva el derecho de decidir qué debería hacer y creer el creyente. Por ello, sus doctores debidamente acreditados pueden seguir ejerciendo el poder de la *ijtihad* u opinión personal. Este poder lo perdieron los sunitas hace mil años o más (*ibid.*, pág. 103).

El Corán

La base para la doctrina islámica se encuentra en el Corán. El autor cristiano Kenneth Boa describe el puesto central del Corán en la fe islámica así como las obras que lo suplementan.

> El Corán es la escritura autoritativa del Islam. Con una extensión de alrededor de cuatro quintas partes de la del Nuevo Testamento, se divide en 114 suras (capítulos). Partes del Corán fueron [registradas] por Mahoma, y el resto, en base de sus enseñanzas orales, fueron escritas de memoria por sus discípulos tras la muerte de su maestro.
>
> A lo largo de los años, se recopilaron varios dichos adicionales de Mahoma y de sus primeros discípulos. Estos constituyen la *Hadith* («Tradición»), los dichos de la cual se llaman *sunna* («costumbre»). La Hadith suplementa el Corán de una manera muy semejante a cómo el Talmud suplementa a la Ley en el judaísmo (Kenneth Boa, *Cults, World Religions, and You*, Wheaton, IL.: Victor Books, 1977, pág. 52).

En el Islam el Corán es considerado como la palabra de Dios, las sagradas escrituras. Como escritura suprema y autoritativa, es la principal guía para todas las cuestiones de fe y conducta. Los musulmanes creen que el Corán fue revelado a Mahoma como la palabra final de Dios para la humanidad.

Otras revelaciones incluyen la *Torá* (de Moisés), el *Suhuf* (libros de los profetas), el *Zabur* (los salmos de David), y el *Injil* (el evangelio de Jesús). El

Corán sobresee todas las otras revelaciones y los musulmanes alegan que es la única de la que seguimos teniendo el texto original. Creen que todas las otras han quedado corrompidas, hasta quedar prácticamente irreconocibles.

El Islam, por ejemplo, no consideraría que nuestro Nuevo Testamento sea el Injil (evangelio de Jesús). No es el libro dado a Jesús, sino las palabras de otros *acerca* de Jesús. El Islam sostiene que Sus palabras originales han quedado corrompidas y que muchas han quedado perdidas. Se cree que sólo el Corán es puro y sin error. Mahoma y el Corán son lo que el Islam debe seguir.

Sin embargo, un punto que desafortunadamente omiten la mayoría de los autores acerca de esta cuestión es que mientras que el Corán afirma de manera directa que el Taurat, Zabur e Injil fueron revelados por el mismo Alá (Sura 35:27-31; 4:163, 164; 5:44; 32:24; 46:11, 12; 2:87), declara también que las revelaciones de Dios son incorruptibles y no susceptibles de cambios por parte de nadie (Sura 6:115). Así, no sólo es lógicamente insostenible la acusación de un evangelio corrompido desde una perspectiva musulmana, sino que constituye una negación del poder de Alá insinuar que Él no pueda mantener pura Su palabra, como Él dice que lo hará.

Comenta el autor cristiano Stephen Neill:

> Es bien sabido que en muchos puntos el Corán no concuerda con las Escrituras judías y cristianas. Por ello, desde el punto de vista musulmán sigue necesariamente que estas Escrituras han debido ser corrompidas. La evidencia histórica no deja ninguna señal sobre la aplastante fuerza del silogismo. Así es, y no puede ser de ninguna otra manera. La única imagen válida de Jesucristo es la que se encuentra en las páginas del Corán (Stephen Neill, *Christian Faith and Other Faiths*, Londres: Oxford University Press, 1970, pág. 64).

Las 114 suras, o capítulos del Corán, son todas ellas atribuidas en último término a Alá. Las suras están dispuestas en el Corán por orden de tamaño —las más largas delante, las más cortas atrás.

> Para los musulmanes, el Corán (q.v.) es la Palabra de Dios, confirmando y consumando libros revelados anteriores y con ello reemplazándolos; su instrumento o agente de revelación es el Profeta Mahoma, el último y más perfecto de una serie de mensajeros de Dios a la humanidad —desde Adán a través de Abraham a Moisés y Jesús, de quien se rechazan enérgicamente las alegaciones cristianas de su divinidad. Lo cierto es que no hay pueblo alguno a quien no haya venido un profeta. Aunque Mahoma es sólo una criatura humana de Dios, tiene sin embargo una importancia sin parangón en el mismo Corán, que le pone sólo segundo después de Dios como merecedor de obediencia moral y legal. Por ello, sus dichos y actos (la sunna) sirvieron como una segunda base, además del Corán, para las creencias y prácticas del Islam.
>
> El Corán (que para el musulmán es el milagro de Mahoma por excelencia, insuperable en forma así como en contenido) es un poderoso documento que expresa un *élan* de justicia religiosa y social. Los capítulos (suras) más antiguos del Corán, que reflejan el duro debate de Mahoma contra los mecanos, se caracterizan por graves advertencias del inminente juicio, mientras que las suras más tardías, del período de Medina, tienen mayormente el propósito de

regular los asuntos internos y externos de la joven comunidad—estado musulmana, además de narrar las historias de los primeros profetas.

La teología coránica es rigurosamente monoteísta: Dios es absolutamente singular —«no tiene semejante»— omnipotente, omnisciente, misericordioso. Se exhorta a los hombres a obedecer su voluntad (esto es, a ser musulmanes) como la obedecen necesariamente todos los objetos inorgánicos. Se atribuye una especial responsabilidad al hombre, que voluntariamente, aunque con su característica insensata soberbia, aceptó «el impulso» rehusado por toda la creación. Además de seres humanos y ángeles, el Corán habla de los *jinn*, buenos y malos, entre los cuales se sitúa a veces al diablo (*Encyclopædia Britannica,* pág. 663).

En tiempos modernos, el Corán ha tenido que hacer frente a muchas de las mismas críticas que se le han hecho a la Biblia. Una cuestión primordial es la inspiración del Corán. Algunos eruditos islámicos progresistas no concuerdan unánimemente acerca de cómo llegó a formarse el Corán o acerca de cuánto es verdad, aunque los académicos islámicos conservadores lo aceptan *todo* como literalmente cierto. Comenta John Alden Williams:

Así, el Corán es para los musulmanes la Palabra de Dios. Aunque ha habido fieras controversias entre ellos acerca del sentido en el que es verdadero —si es la Palabra creada o increada, si es cierto ello de cada letra arábiga o sólo del mensaje como un todo, *su veracidad* nunca ha sido cuestionada por ellos (John Alden Williams, *Islam,* New York: George Braziller, 1962, pág. 15).

El Corán fue revelado y escrito en lengua árabe. Debido a esto, y debido a su creencia de que fue revelado por Dios, los musulmanes rehusan aprobar las traducciones del Corán a otras lenguas. Así, no existe ninguna traducción *autorizada* del Corán. Quienquiera que esté familiarizado con la lectura de traducciones de cualquier obra sentirá comprensión hacia esta demanda. Sin embargo, por muy rico que sea la lengua árabe, las tradiciones dan con todo unos significados relevantes y precisos que han de ser evaluados.

El Corán adquirió forma escrita poco después de la muerte de Mahoma.

Todos los suras del Corán habían quedado registrados por escrito antes de la muerte del Profeta, y muchos musulmanes habían memorizado todo el Corán. Pero los suras escritos habían quedado dispersados entre la gente, y cuando un gran número de los que conocían todo el Corán de memoria fueron muertos en una batalla que tuvo lugar durante el califato de Abu Bakr —es decir, en los dos años siguientes a la muerte del Profeta— se hizo una recopilación de todo el Corán y se registró por escrito. Durante el califato de Otoman se reclamaron todas las copias de las suras existentes, y se recopiló una versión autoritativa, basada en la colección de Abu Bakr y en el testimonio de los que conocían todo el Corán de memoria, fue recopilado de manera exacta en la forma y orden actuales, que se consideran como tradicionales y como disposición del mismo Profeta, siendo que el Califa Otoman y sus ayudantes eran Compañeros del Profeta y los más devotos estudiosos de la Revelación. El Corán ha sido por tanto muy cuidadosamente preservado (Mohammed Marmaduke Pickthall, trad: *The Meaning of the Glorious Koran*, New York: Mentor Books, n.d., pág. XXVIII).

Acerca del origen del Corán, comenta Guillaume:

> Por los libros de tradición sabemos que el profeta estaba sujeto a ataques extáticos. Se afirma que él decía que cuando le sobrevenía la inspiración, sentía como un doloroso toque de campana. Incluso en invierno se le llenaba la frente de sudor. En una ocasión llamó a su mujer para que le envolviese en un velo. En otros tiempos le venían las visiones durante el sueño. El éxtasis religioso es un fenómeno de extensión mundial en una etapa de la sociedad humana, y en sus etapas tempranas los versos de Mahoma eran dados en la forma semítica de pronunciamientos oraculares mánticos. El velamiento de la cabeza y el uso de prosa rimada eran las marcas de un adivino árabe, mientras que la sensación de violencia física y de compulsión y la apariencia externa de «posesión» que parecía para los observadores indicar locura y posesión demoníaca, fueron a veces registrados por, u observados en, los profetas hebreos.
>
> El Corán, tal como lo tenemos ahora, es un registro de lo que dijo Mahoma mientras estaba en el estado o en los estados que se acaban de mencionar. Es indudable que sus oyentes reconocieron los síntomas de revelación, pues si no su *obiter dicta* que pretende registrar la literatura de la tradición hubiesen quedado incluidos en el Corán (Guillaume, *Islam,* pág. 56).

Seis artículos de fe

Los seis artículos de fe son las doctrinas fundamentales del Islam. Se espera de todos los musulmanes que crean estos principios y se sometan a ellos.

1. *Dios.* Hay sólo un Dios verdadero y su nombre es Alá. Alá es omnisciente, omnipotente y el juez soberano. Pero Alá no es un Dios personal que interaccione, porque está tan por encima de todos los hombres en todas las maneras que no se le puede conocer personalmente. Noss afirma:

> En la famosa fórmula del credo musulmán la primera parte dice: *la ilaha illa Allah,* «No [hay] dios sino Dios». Éste es el artículo más importante en la teología musulmana. Ninguna declaración acerca de Dios le parecía más importante a Mahoma que la declaración de que Dios es uno, y ningún pecado le parecía tan imperdonable como asociar a otro ser con Dios en términos de igualdad. Dios se encuentra solo y supremo. Existía antes de ningún otro ser o cosa, subsiste en sí mismo, y es omnisciente, omnipotente («todo lo ve, todo lo oye, todo lo quiere»). Él es el creador, y en el terrible día del juicio él es el único árbitro que salvará al creyente de la disolución del mundo y lo pondrá en el paraíso (Noss, *Religions,* pág. 517).

Esta doctrina, que hace a Dios diferente de Sus criaturas, es poderosa en el Islam. Alá es tan diferente que (1) resulta difícil saber mucho acerca de él, y (2) es improbable que sea afectado de manera directa por las actitudes o acciones de sus criaturas. Aunque de Alá se dice que es amante, este aspecto de su naturaleza queda casi ignorado, y se cree que las demandas de este amor han de ceder frente a las demandas de su supremo atributo de justicia (véase Anderson, *Religions,* pág. 79).

El Dios del Islam es el Dios de juicio, no de gracia; de poder, no de amor. Él es la fuente de todo (tanto del bien como del mal) y su voluntad es suprema.

2. *Ángeles.* La existencia de los ángeles tiene importancia en la enseñanza del Islam. Gabriel, el ángel principal, se apareció a Mahoma y fue el instrumento para entregar las revelaciones del Corán a Mahoma. Al-Shaytan es el diablo, y lo más probable es que sea un ángel caído o *jinn.* Los jinn son criaturas entre ángeles y humanos que pueden hacer el bien o el mal.

Los ángeles no llevan a cabo ningunas funciones corporales (sexuales, comer, etc.) por cuanto están creadas de la luz. Todos los ángeles tienen propósitos diferentes, como Gabriel, o Jibril, que es el mensajero de la inspiración. Cada hombre o mujer tiene dos ángeles registradores —uno que registra sus acciones buenas, y el otro sus acciones malas.

3. *La Escritura.* Hay cuatro libros inspirados en la fe islámica. Son la *Torá* de Moisés, los Salmos (*Zabur*) de David, el Evangelio de Jesús (*Injil*) y el *Corán.* Los musulmanes creen que los primeros tres libros han sido corrompidos por los judíos y cristianos, y que poco de lo original existe en la actualidad. Además, por cuanto el Corán es la más reciente y definitiva palabra de Dios a los hombres, deroga todas las otras obras.

4. *Profetas.* En el Islam, Dios ha hablado por medio de numerosos profetas a lo largo de los siglos. Los seis mayores son: Adán, Noé, Abraham, Moisés, Jesús y Mahoma. Mahoma es el último y mayor de todos los mensajeros de Alá.

5. *Los últimos días.* El último día será un tiempo de resurrección y de juicio. Los que sigan y obedezcan a Alá y a Mahoma irán al cielo islámico, llamado *Jannah* (Paraíso), un lugar de placeres. Los que se opongan a ellos serán atormentados por un tiempo en el infierno.

> El último día (la resurrección y el juicio) figuran de manera destacada en el pensamiento musulmán. El día y la hora son un secreto para todos, pero habrá veinticinco señales de su aproximación. Todos los hombres serán entonces resucitados; se abrirán los libros guardados por los ángeles registradores; y Dios como juez pesará todas las acciones de los hombres en las balanzas. Algunos serán admitidos al Paraíso, donde se reclinarán en mullidos divanes sorbiendo copas de vino que les pondrán en sus manos las huríes o doncellas del Paraíso, y cada hombre podrá casarse con tantas de ellas como quiera; otros serán consignados a los tormentos del infierno. Casi todos, parece, tendrá que entrar temporalmente en el fuego, pero ningún verdadero musulmán se quedará allí para siempre (Anderson, *Religions,* pág. 81).

6. *Creencia en los decretos de Dios.* Él decide la suerte de los hombres y de los ángeles y es responsable del bien y del mal.

Las cinco columnas de la fe

Además de las seis principales creencias o doctrinas del Islam, hay también «cinco columnas de la fe». Se trata de observancias del Islam que son prácticas o deberes

fundamentales que todos los musulmanes deben cumplir. Las cinco son: El Credo, Oraciones, Limosnas, Ayunos y la Peregrinación a la Meca.

1. *El Credo (Kalima).* «No hay Dios sino Alá, y Mahoma es su Profeta» es la confesión de fe en el Islam. Se ha de proclamar esto en voz alta y en público a fin de convertirse en musulmán. Los fieles lo repiten constantemente.

2. *Oraciones (Salat).* Las oraciones como ritual son vitales para un musulmán devoto. Boa comenta:

> La práctica de la oración (*salat*) cinco veces al día (al levantarse, al mediodía, mediada la tarde, después de la puesta del sol y antes de retirarse a dormir). El adorador debe recitar las oraciones prescritas (la primera sura y otras selecciones del Corán) en árabe, puesto de cara hacia la Kaaba en la Meca. El Hadit (el libro de la tradición) ha transformado estas oraciones en un procedimiento mecánico de ponerse en pie, arrodillarse, manos y cabeza sobre el suelo, etcétera. El llamamiento a la oración lo lanza el *muezín* (un pregonero musulmán) desde una torre llamada *minarete*, que forma parte de la *mezquita* (el lugar de culto público). (Boa, *Cults*, pág. 53).

3. *Limosnas (Zakat).* Mahoma, que había sido él mismo un huérfano, sentía un fuerte deseo de ayudar a los necesitados. Las limosnas eran voluntarias al principio, pero los musulmanes están ahora obligados a dar una cuadragésima parte de sus ingresos a los pobres. Hay otras normas y reglas para dar frutos de la tierra, ganado, etc. También pueden darse ofrendas voluntarias.

Por cuanto los que reciben las limosnas están ayudando a quien las da a conseguir su salvación, no tienen ningún sentimiento de agradecimiento hacia el dador. Al contrario, dar es responsabilidad y deber de quien da, y debe considerarse afortunado si tiene alguien a quien pueda darle.

4. *Ayunos (Ramadán).* Los fieles musulmanes ayunan desde el amanecer (antes de la salida del sol) hasta la puesta del sol cada día durante el mes santo del Ramadán. El ayuno desarrolla el dominio propio, la devoción a Dios y la identificación con los pobres. No se puede tomar ni comida ni bebida durante las horas del día, ni se puede fumar ni se puede gozar de los placeres sexuales. Muchos musulmanes comen dos veces al día durante el Ramadán, una comida antes de la salida del sol, y otra poco después de la puesta del sol.

5. *La Peregrinación (Hadj).* La peregrinación es algo que deben cumplir todos los musulmanes (mejor personalmente, pero se puede hacer por delegación) al menos una vez a la vida. Puede ser algo sumamente arduo para los viejos o enfermos, por lo que pueden enviar a alguien en su lugar. Este viaje es una parte esencial para el musulmán para ganar su salvación. Involucra todo un conjunto de ceremonias y rituales, muchos de los cuales se centran alrededor del santuario de la Kaaba, que

es la meta de la peregrinación. Comenta Muhammad M. Pickthall en *The Meaning of the Glorious Koran:*

> Los mecanos afirmaban descender de Abraham a través de Ismael, y la tradición decía que su templo, la Kaaba, había sido edificado por Abraham para el culto al Dios Único. Seguía siendo llamado la Casa de Alá, pero los principales objetos de culto eran varios ídolos que eran llamados hijas de Alá e intercesores (Pickthall, *Glorious Koran,* pág. IX).

Estos ídolos fueron destruidos por Mahoma al volver a la Meca con poder después de la *Héjira* (exilio).

> Cuando el peregrino está a unos diez kilómetros de la ciudad santa, entra en el estado de un *ihram:* después de orar se quita sus ropas normales y se viste con dos ropajes sin costuras; anda casi descalzo y no se afeita, ni se corta el cabello ni tampoco las uñas. La principal actividad se compone de una visita a la mezquita sagrada *(al-Masjid al-Haram);* besar la piedra negra *(al-Hajar al-Aswad),* siete circunvalaciones de la Kaaba, tres veces corriendo y cuatro veces despacio; la visita a la piedra sagrada llamada Maqam Ibrahim; la subida a y la carrera entre los montes Safa y Marwa siete veces; la visita al Monte Arafat; escuchar un sermón allí y pasar la noche en Muzdalifa; lanzar piedras a los tres pilares en Mina y la ofrenda de sacrificio el último día de Ihram, que es el *'id* de sacrificio *('Id al-Adha)* (*Encyclopædia Britannica,* pág. 664).

Esta peregrinación musulmana tiene el propósito de intensificar y solidificar la fe islámica personal.

Hay un sexto deber religioso a menudo asociado con las cinco columnas, y se trata de la *Djihad,* la Guera Santa. Este deber exige que cuando la situación lo justifica, se demanda de los hombres que acudan a la guerra para extender el Islam o para defenderlo contra los infieles. Quien muera en la *Djihad* tiene la garantía de la vida eterna en el Paraíso (el cielo) y es considerado como un *Shahid,* un mártir del Islam.

Expresión cultural

El Islam, igual que el judaísmo, es a la vez una religión y una identidad cultural que no puede ser disociada de sus adherentes. En muchos países, la fe islámica, aunque no sea practicada de manera estricta, constituye el entretejido de la sociedad y del gobierno.

La obra *Cambridge History of Islam* comenta acerca de este fenómeno:

> El Islam es una religión. Es además, y de manera inseparable de ello, una comunidad, una civilización y una cultura. Es cierto que muchos de los países a través de los que se extendió la fe coránica poseían ya antiguas e importantes culturas. El Islam absorbió estas culturas, y se asimiló a las mismas en varias formas, en mucho mayor grado que intentó sustituirlas. Pero, al hacerlo, las proveyó con atributos en común, con una actitud común hacia Dios, hacia los hombres y hacia el mundo, y así aseguró, por medio de las diversidades del lenguaje, de la historia y de la raza, la compleja unidad del *dar al-Islam,* la «casa» o el «mundo» del Islam.

> La historia de los pueblos y países musulmanes es así un singular ejemplo de una cultura con un fundamento religioso, que une lo espiritual y lo temporal, coexistiendo en ocasiones junto a culturas «seculares», pero absorbiéndolas la mayor parte de las veces al imbricarse íntimamente con ellas (Holt, ed., *Cambridge History*, Vol. I, pág. 569).

El lenguaje y las artes

A la doctrina, que sirve tanto de fundamento religioso como social, se puede añadir la lengua árabe como otro factor unificador que ayuda a vincular entre sí a los pueblos islámicos.

Hay una gran abundancia de poesía y prosa arábiga que glorifica la fe islámica. El arte y la arquitectura árabes también han tenido un gran significado religioso. Muchas de las mezquitas y minaretes son prodigiosas obras de arte decoradas con una intrincada ornamentación arabesca.

La familia

La unidad familiar es muy importante en la economía social del Islam. El matrimonio es recomendado para cada musulmán. Mahoma mandó a los hombres que se casasen y que propagasen la raza. Tradicionalmente, los hombres no pueden tener más de cuatro mujeres a la vez. (Muchos musulmanes progresistas enseñan la monogamia.) Un musulmán puede divorciarse de su mujer en cualquier momento y por cualquier razón. En general, las mujeres en la cultura islámica no gozan de la posición ni de los privilegios de los hombres y a menudo dependen de sus maridos. Y esto no expresa adecuadamente lo que sucede en culturas islámicas muy estrictas. Consideremos las palabras del profeta en la Sura que trata de las mujeres:

> Los hombres tienen autoridad sobre las mujeres porque Alá ha hecho al hombre superior a ellas, y porque ellos se gastan sus bienes en mantenerlas. Las mujeres buenas son obedientes. Guardan sus partes no visibles porque Alá las ha guardado. En cuanto a aquellas de las que temes desobediencia, amonéstalas y envíalas a camas separadas y azótalas. Si te obedecen, no tomes más acciones contra ellas. Alá es excelso, supremo (4:38).

Las relaciones sexuales para hombres y mujeres tampoco son exactamente iguales. Las mujeres sólo pueden gozar con sus maridos, naturalmente. Pero los hombres pueden también gozar con todas sus siervas (véase pág. 183).

Aunque esto parezca cruel y sexista para los occidentales, fue en tiempos de Mahoma una innovación humanitaria. La ley islámica demandaba lo que entonces era cosa desconocida: que cada mujer fuese tratada con igualdad.

Otras prácticas incluyen el velo de las mujeres, la circuncisión, la abstinencia del alcohol, del juego y de ciertos alimentos. Mucho de lo anterior, como el alcohol y el juego, es considerado como vicios de Occidente.

La Media Luna del Islam ha proyectado ya su sombra sobre mucho más territorio que la geografía de su área nativa. Su influencia ideológica expande cada día más sus fronteras. El nacionalismo, unido a la fe islámica, ha servido como razón de ser para muchos en el mundo árabe, en su posición contra Israel, su enemigo. En varias ocasiones en el pasado reciente, se han concebido y discutido alianzas árabes, que luego han fracasado. Hubo la República Árabe Unida y más adelante la negociación de una alianza entre Egipto, Libia y Siria.

El académico G. E. von Grunebaum comenta:

> El éxito espectacular de los musulmanes árabes de establecer un imperio por medio de una pequeña cantidad de campañas contra los grandes poderes de la época no ha dejado nunca de suscitar el asombro y la admiración del mundo musulmán y de la erudición occidental (G. E. von Grunebaum, *Modern Islam,* Berkeley: University of California Press, 1962, pág. 1).

Neill amplía esto:

> No es sorprendente que el mundo islámico haya contraído la fiebre del nacionalismo que ha surgido por todas partes entre los pueblos de Asia y de África. La especial intensidad y fuerza del nacionalismo islámico, y en especial del árabe, se debe a un complejo de causas —memorias de un esplendor pasado, resentimiento por la debilidad musulmana y la fortaleza cristiana, y por encima de todo aquel oscuro sentimiento de dolencia, la sensación de que por alguna causa la historia ha errado el rumbo, que de alguna manera los propósitos de Dios no están siendo cumplidos tal como el musulmán tiene derecho a esperar.
>
> Los logros del período de la postguerra han sido considerables. La acción afirmativa de Egipto ha hecho del Cercano Oriente una de las áreas más problemáticas del mundo. Libia se hizo independiente después de la guerra. Marruecos y Túnez consiguieron la independencia más adelante. En Algeria, la lucha para independizarse de Francia fue larga y penosa. Pero también allí se consiguió, en 1962, la meta de una independencia total. Y así va desgranándose la historia (Neill, *Faith,* págs. 43, 44).

Los acuerdos de Camp David, mediante los que se logró la paz entre Israel y Egipto, son una excepción a las actitudes generalmente anti-israelitas de la mayoría de las naciones musulmanas. Pero en otros lugares, fundamentalistas islámicos consagrados y decididos han atraído la atención del mundo hacia el Irán y también hacia Egipto, donde muchos les atribuyeron el asesinato del antiguo Presidente Anwar Sadat. El nacionalismo es un movimiento fuerte y abrumador en las naciones con una mayoría de población musulmana.

Sin embargo, el secularismo ha aumentado en países musulmanes, al infiltrarse en estas naciones las prácticas de Occidente. Algunas de las aportaciones occidentales han sido repentinas —muchos países árabes están acumulando una

riqueza nueva y anteriormente desconocida en forma de petrodólares. Sin embargo, el secularismo ha tenido también un reflujo, porque algunos países musulmanes, en su intento de preservar su identidad islámica distintiva, rechazan la mayoría de las costumbres occidentales importadas.

Por cuanto el Islam incluye no sólo la religión, sino también una cultura, el futuro de la fe dependerá mucho del estado de las naciones en el que florece en la actualidad. Con las naciones árabes prosperando, esto podría resultar ser a la vez una maldición y una bendición para la fe islámica. Puede que sea bueno para su crecimiento social, pero su fe podría encontrarse en un serio compromiso.

> El Islam es una religión en rápido crecimiento por varias razones. Es la religión estatal de los países musulmanes, y esto le da una fuerte base cultural y política. Tiene el atractivo de un mensaje universal debido a su sencillo credo y principios. Cualquiera puede acceder a la *Ummah*, la comunidad de fieles musulmanes. No hay barreras raciales y por ello se extiende rápidamente entre las comunidades negras de África, y, más recientemente, de América. Sus cinco doctrinas y cinco columnas pueden ser fácilmente comunicadas. En Occidente apela a la hermandad universal del hombre, a la paz mundial, a la templanza y a la dignificación de las mujeres (Boa, *Cults,* pág. 56).

La supremacía del Islam en las escenas política y social (así como en la religiosa) queda prefigurada en la siguiente cita del Corán:

> Creyentes, temed a Alá y manteneos con los que mantienen la causa de la verdad. Ninguna causa tienen la gente de Medina ni los árabes del desierto que moran alrededor para abandonar al apóstol de Alá ni para poner a riesgo su vida a fin de salvar la suya; porque no se exponen a la sed o al hambre ni a ninguna prueba por la causa de Alá, ni mueven un dedo que pueda provocar a los incrédulos. Cada pérdida que sufran en manos del enemigo será contada como una buena acción delante de Alá: él no negará a los justos su recompensa. Cada cantidad que den, sea grande o pequeña, y cada viaje que emprendan, será todo registrado, para que Alá les recompense por sus muy nobles acciones.
>
> No es justo que todos los fieles vayan a una a la guerra. Un grupo de cada comunidad debería mantenerse atrás para instruirse en la religión y para amonestar a sus hombres cuando vuelvan, para que den oído.
>
> Creyentes, haced guerra contra los infieles que moran a vuestro alrededor. Tratadlos con cortesía. Sabed que Alá está con los justos (N.J., Dawood, trad., *The Koran,* Londres: Penguin Books, 1956, pág. 333).

Con 750 a 800 millones de personas que ahora confiesan la fe musulmana, los cristianos debemos tener una respuesta para la esperanza que hay en nosotros (1 P 3:15). El impacto del Islam en los asuntos del mundo está subiendo constantemente, y a fin de presentar el evangelio de manera eficaz, hemos de tener un buen conocimiento del trasfondo del Islam.

Los países musulmanes (1) tienen a través de la OPEP mucho que decir acerca de la economía del mundo, (2) juegan un poderoso papel en la estabilidad (o inestabilidad) social de varios gobiernos, (3) son el foco político de numerosas

situaciones bélicas potencialmente graves, y (4) están subiendo en su influencia religiosa.

Política, económica, religiosa y socialmente, el Islam afecta al mundo en varios frentes: lo más importante para el cristiano es el impacto espiritual del Islam, que ha sido enorme en años recientes. Los cristianos son llamados a responder con amor y con la verdad, dándose cuenta de que Cristo ama a los musulmanes y que desea que acudan a la salvación.

CAPÍTULO 2

ENSEÑANZAS DEL ISLAM

UN ESTUDIO COMPARATIVO DE LA HISTORIA TEXTUAL DEL CORÁN Y DE LA BIBLIA

Los cristianos deberían estar dispuestos a someter sus Escrituras al más estrecho escrutinio para verificar su autenticidad. No deben creer ciegamente que la Biblia es la Palabra de Dios sino que deben cerciorarse, después de un examen cuidadoso de su redacción y contenido, de que es ciertamente la Palabra de Dios. El cristiano debe estar preparado para examinar no sólo las declaraciones que tienden a sustentar esta posición, sino en particular cualquier declaración que sea presentada en contra de ella. Si queda persuadido de que la Biblia es ciertamente la Palabra de Dios tras considerar con sinceridad toda la evidencia disponible, posee entonces una fe limpia y objetiva. Una certidumbre tan plena de fe no puede llegar a un corazón mal dispuesto a indagar de manera objetiva la evidencia tanto en favor como en contra de lo que cree que es la Palabra de Dios. Asimismo, los musulmanes creen que el Corán es auténtico. Sin embargo, rehuyen generalmente indagar o examinar de manera crítica su redacción y sus orígenes. Para el cristiano, la Biblia no puede ser reverenciada de manera válida como la Palabra de Dios a no ser que pueda resistir un asalto contra su integridad y autenticidad. Una vez ha descubierto que la Biblia es un sólido yunque sobre el que se han partido muchos martillos de la crítica, el cristiano puede, con limpia conciencia, poner toda su confianza en este libro como la genuina Palabra de Dios. En estas circunstancias, tiene muy sanas razones para creer en el origen divino de sus Escrituras.

En el mundo musulmán actual se han lanzado numerosos asaltos contra la Biblia en un esfuerzo por refutar su afirmación de que es la Palabra de Dios. Sin embargo, y al mismo tiempo, el Corán ha quedado exento de cualquier examen histórico sustancial acerca de su origen y desarrollo. Los musulmanes creen generalmente que la Biblia ha sido cambiada y corrompida y que es indigna de confianza, mientras que sólo el Corán, perfecto en todos los detalles, puede ser considerado como la Palabra de Dios.

> *El elemento más importante de la perspectiva musulmana acerca del Cristianismo es que la Biblia carece de autenticidad.* El Corán es el único auténtico libro de escritura revelada. Los musulmanes creen que cada grupo religioso en el mundo ha tenido un mensajero divino que era un ser humano. Todos estos mensajeros (incluyendo Jesús) enseñaron el mismo mensaje — sumisión a la voluntad de Dios. Los musulmanes consideran a todos estos mensajeros como grandes profetas. Sin embargo, creen que su mensajero, el profeta Mahoma, fue el último de tales mensajeros, y que él perfeccionó toda religión y escritura en la revelación coránica.

> *Aunque los musulmanes creen en toda la escritura revelada, siguen en primer lugar al Corán porque creen que sólo él contiene las auténticas enseñanzas dadas en toda la escritura anterior y porque ninguna de las anteriores escrituras existen en una forma original y pura.* (Nasser Lofti, *Iranian Christian,* WACO, TX: Word Books, 1980, pág. 116).

Cuando la Biblia y el Corán sean examinados de manera abierta y objetiva, Dios concederá al indagador sincero el conocimiento de cuál es verdaderamente Su Palabra y verdad. No puede haber ninguna seguridad genuina en el musulmán que rehuya considerar problemas serios tanto del Corán como de la tradición islámica que desafían la pretensión de que el Corán sea la palabra inalterada de Dios.

Por cuanto el Corán habla de manera tan exaltada acerca de la Biblia, el musulmán hace frente a un dilema acerca de la enseñanza de que la Biblia sea un libro corrompido.

> El hecho destacado que surge de esta antigua controversia, hecho al que tendremos ocasión de volver repetidas veces en este volumen, es que hay una marcada discrepancia acerca de cuestiones vitales entre el Corán y la Biblia. Esto es algo que no puede escapar y no escapa a la atención del musulmán fervoroso y dedicado de hoy día. Cuanto más piensa en ello, tanto más embarazoso siente que es el dilema. *«¿Ha de creer en el testimonio que da el Corán acerca de la Biblia y negar con ello el mismo Corán —su propio Libro? ¿O ha de negar el testimonio que da el Corán, y con ello el mismo Corán.» Su salida de una situación desesperada es afirmar que uno de los Libros ha de haber sido corrompido, y que por ello no es fiable. Esto, arguye él, no puede suceder con el Corán, porque pertenece (según se convence a sí mismo) a una categoría totalmente superior; por ello ha de ser la Biblia; de esta manera, acusa a los cristianos de haberla corrompido.* (L. Bevan-Jones, *Christianity Explained to Moslems,* Calcuta, India: Baptist Mission Press, 1964, pág. 15).

Los musulmanes reconocen al Corán así como partes de la Biblia como Escritura. Aunque hipotéticamente la Biblia pueda tener tanto peso como el Corán, el Corán es siempre mucho más venerado en la comunidad islámica que la Biblia. Esta evidente discrepancia se debe a que el Islam considera que la Biblia ha sido corrompida, especialmente en aquellos puntos en los que presenta discordancias con el Corán. Un problema que tienen los musulmanes acerca de este planteamiento es que con frecuencia las secciones de la Escritura que tienen que rechazar porque contradicen el Corán contienen también otras enseñanzas que sí se encuentran en el Corán.

La gran consideración que tienen los musulmanes por el Corán y su plena seguridad de su autenticidad y exactitud no se basan en un examen crítico de su veracidad e historicidad. Lo aceptan como verdad con fe ciega. Dan por supuesto que Mahoma no les mentiría. Pero la mayoría de lo que conocen acerca del carácter de Mahoma procede de la enseñanza del Corán.

Los musulmanes intentan desacreditar la Biblia atacando por varios frentes. Estos son: 1) Variantes textuales y diferencias en traducciones de la Biblia; 2) la transmisión de la Biblia a lo largo de los años, lo que permitió muchos errores;

3) numerosas contradicciones que se encuentran en la Biblia; 4) la integridad del Corán con respecto a los anteriores criterios, lo que demuestra su superioridad. Todos estos puntos tienen que ver con un solo tema —la fiabilidad de la Biblia frente a la fiabilidad del Corán.

CONSIDERANDO LA BIBLIA

En un folleto titulado *¿Es la Biblia la Palabra de Dios?* (Centro de Propagación del Islam, Durban, África del Sur, marzo de 1980), el apologista musulmán Ahmed Deedat intenta desacreditar la fiabilidad de la Biblia. Su pensamiento es representativo del argumento antibíblico islámico.

Lecturas variantes en el Corán y en la Biblia

Una de las más frecuentes objeciones musulmanas a la Biblia es que está llena de lecturas variantes. Por otra parte, creen que el Corán es idéntico hoy día a como era cuando fue dado al principio por Mahoma a sus compañeros. Esto se da como prueba de que el Corán ha de ser la Palabra de Dios.

Sin embargo, incluso si fuese cierto que la Biblia tiene una cantidad de lecturas variantes mientras que el Corán no tiene ninguna, esto no demuestra en absoluto que el Corán sea la Palabra de Dios. Si un libro no fuese en primer lugar la Palabra de Dios, su transmisión exacta, por muy exacta que fuese, no ha haría jamás la Palabra de Dios. A la inversa, si un libro en su forma original fuese ciertamente la Palabra de Dios, unas lecturas variantes y unos errores de copistas no negarían la autoridad de las enseñanzas que apareciesen con certidumbre —especialmente cuando estos errores y lecturas puedan identificarse y cuando no alteren el mensaje y tenor general del libro como un todo.

Acerca de la alteración de la Biblia, los académicos musulmanes consideran que la Biblia es defectuosa por dos causas. En *Sharing Your Faith,* el autor afirma:

> El término técnico empleado por los académicos musulmanes para denotar la corrupción de la Biblia es «Tahrif». Se cree que es de dos clases, esto es, «Tahrif-I-Lafzi», una corrupción de palabras, y «Tahrif-I-Manawi», una corrupción sólo del significado. Los primeros comentaristas del Corán y doctores del Islam que no tenían un conocimiento directo de la Biblia creían sólo en «Tahrif-I-Manawi» (pág. 38).

Como resultado de su investigación para su disertación doctoral sobre la Biblia y el Corán, Patrick Cate observa las alegaciones islámicas acerca de que:

> La corrupción de la Biblia adopta dos formas básicas: corrupción del texto y corrupción de la interpretación de la Biblia. La corrupción del texto tiene tres facetas: (1) el cambio del texto, (2) omisión de parte de la Biblia, y (3) interpolación de nuevos materiales en el texto (Patrick O'Hair Cate, Each Other's Scripture —The Muslim's Views of the Bible and the Christian's

> Views of the Qur'an, presentado a la facultad de la Fundación del Seminario de Hartford, New Hartford, Connecticut, mayo de 1974, pág. 90).

La obra *Sharing Your Faith* da una explicación adicional:

> El Corán contiene un gran cuerpo de material en común con la Biblia. Pero a menudo no concuerda de manera precisa con su correspondiente material bíblico. Mientras los musulmanes no tuvieron un conocimiento de primera mano de la Biblia, no se preocuparon demasiado acerca de esta cuestión. Pero cuando comenzaron a conocer directamente la Biblia, o por medio de prosélitos judíos y cristianos que la conocían, sintieron la necesidad de dar explicación de sus divergencias del Corán. Naturalmente, se dio por supuesto que en cada caso en que hubiese diferencias entre las dos Escrituras, la versión coránica era la auténtica. Por ello, la versión bíblica fue considerada no auténtica. En base del mismo Corán, Dios nunca envió Escrituras no auténticas. Por ello se llegó a la conclusión de que los judíos y los cristianos son responsables de corromper sus Escrituras.

Moslem World comenta acerca de «Tahrif», en un artículo titulado «Tahrif o la alteración de la Biblia según los musulmanes»:

> Dice Razi que, según Qaffal, *tahrif* significa doblar algo fuera de su condición natural (Mafatih, I, 379). La palabra se define también como la mala pronunciación de una palabra o de una oración para cambiar el sentido (Zamakhshari, Kashshaf sobre el Corán IV.367); como cambiar erróneamente un signo vocálico o una letra al escribirla o pronunciarla (Qaffal en razi, Mafatih, II.479); como la condición de la pluma cuando la punta no está cortada recta sino algo inclinada.
>
> Los polemistas musulmanes adscriben *tahrif* en general a los judíos y a los cristianos con referencia a las Sagradas Escrituras, interpretando la palabra a veces como un cambio material en el texto y en otras ocasiones como un cambio en el sentido (V.14, 1924, pág. 61).

Sin embargo, el principal apoyo para los musulmanes para la idea de la corrupción o alteración de la Biblia no viene tanto de la idea de corrupción de la interpretación como de la corrupción del texto.

Creen que la Biblia ha sido cambiada muchas veces, alterada, corregida y editada a lo largo de los siglos. Luego critican las varias lecturas textuales para los diferentes pasajes de la Biblia, argumentando que si la Biblia no hubiese sido alterada, que entonces no deberían existir diferencias de ningún tipo. Aceptan la escuela liberal de crítica bíblica sin siquiera investigar sus falsas bases.

Los cristianos admiten abiertamente que hay lecturas variantes en los manuscritos bíblicos de que disponemos (y a menudo aparecen relacionadas en notas al pie en muchas traducciones modernas de la Biblia), pero jamás nadie ha podido demostrar que estas variantes, insignificantes y generalmente evidentes, afecten al mensaje de la Biblia como un todo.

Los musulmanes saben que la Biblia no sólo concuerda con todas las principales doctrinas cristianas, sino que de hecho es la fuente para todas las doctrinas

cristianas. Debido a esto, ellos argumentan que la Biblia ha de estar cambiada porque el Islam enseña que los profetas anteriores a Mahoma, todos los cuales aparecen registrados en la Biblia, eran todos ellos musulmanes en credo, pensamiento y mensaje.

La historia muestra que no hay evidencia alguna para apoyar la pretensión de que la Biblia haya sido cambiada de un libro musulmán a un libro cristiano. Francamente, la prueba cae pesadamente hacia el otro lado. Es la Biblia la que es el fundamento —el Corán toma su trasfondo tanto de las Escrituras del Antiguo como del Nuevo Testamento, y de otras fuentes. Cuando el musulmán intenta demostrar su alegato, creemos que su evidencia no es convincente. Examinemos sus pretensiones.

Las «múltiples» versiones de la Biblia

Deedat niega que las Escrituras judías y cristianas que componen la Santa Biblia sean las que honra el Corán como el *Taurat* y el *Injil* respectivamente (la Ley y el Evangelio —esto es, el Antiguo y el Nuevo Testamento). En lugar de ello, él sugiere que el verdadero Taurat e Injil eran unos libros totalmente diferentes, que se alega fueron revelados a Moisés y a Jesús.

Este intento de distinguir entre los libros de la Biblia y los libros a los que hace referencia el Corán carece de evidencia. En ningún momento de la historia ha habido prueba alguna de que existiese ningún Taurat (Ley) o Injil (Evangelio) aparte de los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. Además, como demostraremos, el mismo Corán no hace distinción entre estos libros y las Escrituras de los judíos y de los cristianos, sino que al contrario, testifica claramente que son estos libros que los judíos y cristianos mismos mantienen como la Palabra de Dios. (Véase *Por qué creo la Escritura,* al final de este capítulo.)

De pasada, hemos de decir que a la luz de la pretensión de Deedat de que el Corán ha sido *perfectamente preservado y protegido de manipulaciones humanas* por el mismo Dios durante 14 siglos (véase pág. 7), ¡nos deja más bien atónitos descubrir que este mismo Dios resultase incapaz de preservar siquiera un registro del hecho de que tal Taurat o Injil hubiesen existido —por no hablar de preservar los libros mismos! Encontramos increíble esta paradoja. Que el Gobernante Eterno del universo tenga que actuar de manera consecuente lo encuentran increíble los musulmanes. Dios no puede ser limitado por la coherencia.

En todo caso, el Corán mismo confirma sin ambigüedades que el Taurat de los judíos en la época de Mahoma era lo que conocemos como el Antiguo Testamento. El Injil era asimismo el libro en posesión de los cristianos en aquel tiempo, y era lo que conocemos en la actualidad como el Nuevo Testamento. En ningún momento de la historia los judíos y cristianos han considerado otros libros como la Sagrada Palabra de Dios que los que constituyen el Antiguo y el Nuevo Testamento tal

como los conocemos actualmente. Unos útiles textos coránicos que demuestran este extremo son:

> ¿Cómo es que ellos [o sea, los judíos] se vuelven a ti para juicio cuando *ellos tienen la Torá* [el Taurat en el original árabe] en la que Alá ha revelado el juicio? (Sura 5:47, 48).

> Que la gente [eso es, los cristianos] del evangelio [Injil en el árabe original] juzguen por aquello que Alá reveló en él. (Sura 5:51).

Es difícil ver cómo los cristianos de los tiempos de Mahoma podrían haber juzgado mediante el Injil si no lo hubiesen poseído. En la Sura 7:156, el Corán de nuevo admite que el Taurat y el Injil estaban en posesión de los judíos y de los cristianos en tiempos de Mahoma y que estos eran aquellos libros que ambos grupos aceptaban respectivamente como la Ley y el Evangelio.

Distinguidos comentaristas como Baidawi y Zamakshari admiten abiertamente que Injil no es un término árabe original sino que está tomado *prestado* del término siríaco empleado por los mismos cristianos para designar el evangelio. Es cosa cierta que aunque algunos eruditos coránicos intentaron encontrar un origen arábigo para el vocablo, estos dos hombres de tanta autoridad rechazan esta teoría (Arthur Jeffery, *The Foreign Vocabulary of the Qur'an,* Lahore: Al-Biruni, 1977, pág. 71). Esto da validez a la conclusión de que el Injil no era un libro fantasma revelado como tal a Jesús, y que haya desaparecido misteriosamente sin dejar ni rastro, sino más bien el mismo Nuevo Testamento tal como lo conocemos en la actualidad. Lo mismo se puede decir del Taurat, por cuanto la palabra misma es evidentemente de origen hebreo y es el nombre que los judíos mismos han dado siempre a los libros del Antiguo Testamento tal como lo conocemos en la actualidad.

Por eso, el Corán afirma que la Biblia misma es la verdadera Palabra de Dios. Deedat se da cuenta de la validez de esto, y por ello trata de esquivar las implicaciones sugiriendo que hay «múltiples» versiones de la Biblia circulando en la actualidad. Habla de las versiones inglesas y menciona la del Rey Jaime (King James —KJV), la Versión Revisada (RB) y la Versión Revisada Estándar (RSV), pero no es evidente que se trate de ediciones de la Biblia en conflicto, sino simplemente de diferentes traducciones inglesas de la Biblia. Las tres versiones son compatibles con los textos originales hebreo y griego del Antiguo y Nuevo Testamento, que han sido preservados intactos por la Iglesia Cristiana desde siglos antes de la época de Mahoma.

Los libros apócrifos

A continuación, Deedat acusa que *los protestantes han eliminado a la brava siete libros enteros* de la Biblia (pág. 9), refiriéndose a los *libros apócrifos.* Parece que

Deedat tiene muy poca información acerca de la Biblia, porque estos libros son de origen *judío.* Los judíos, corporativamente, jamás los aceptaron como Escritura. Por ello, no han sido «eliminados» de la Biblia, como concluye Deedat. Sólo la Iglesia Católica Romana, en una época muy posterior, les atribuyó la autoridad de Escritura. Y esta autoridad fue sólo dada por el Papa después de la Reforma Protestante. En el concilio de Trento (1560 d.C.), la Iglesia de Roma adoptó estos libros a fin de legitimar algunas doctrinas que los protestantes estaban refutando.

Los «Graves Defectos»

En su folleto, Deedat desafía al cristiano creyente a prepararse para el golpe más fuerte de todos. Cita estas palabras del prefacio de la Versión Revisada Estándar y las destaca en su folleto:

> Sin embargo, la Versión del Rey Jaime tenía graves defectos … estos defectos son tantos y tan graves que exigen una revisión (pág. 11).

Estos «defectos» no son nada más que una cantidad de lecturas variantes de muy poca entidad que por lo general desconocían los traductores que redactaron la KJV a principios del siglo diecisiete. La RSV, de este siglo, ha identificado estas variantes y se señalan como notas al pie en las páginas que corresponden. Debemos de nuevo observar que la KJV y la RSV son *traducciones al inglés* de los textos originales [griegos para el Nuevo Testamento], y que estos textos, tal como nos han sido preservados, no han sido cambiados de ninguna manera significativa. (Tenemos más de 5.000 textos griegos, y algunos se remontan a más de 500 años antes de Mahoma y del Islam).

Segundo, no hay ninguna alteración material de ninguna doctrina de la Biblia en las traducciones a las que se hace referencia. En todas estas traducciones, la esencia y sustancia de la Biblia queda totalmente coherente e inmutable.

Tercero, no se trata de versiones divergentes de la Biblia. Estas «versiones» son traducciones inglesas compatibles de los textos originales hebreo y griego, y un examen superficial de las mismas ya revelará que tenemos sólo una Biblia. Hay muchas traducciones inglesas y castellanas del Corán también, pero nadie sugiere que sean «versiones divergentes» del Corán.

¿Cincuenta mil errores?

Deedad presenta una reproducción de una página de una revista llamada *¡Despertad!,* de unos 23 años de antigüedad (publicada por los llamados Testigos de Jehová, una secta no cristiana), que cita una revista secular, *Look,* en el sentido

de que hay algunos «estudiosos modernos» que «dicen» que quizá haya «50.000 errores en la Biblia».

Es cosa significativa que no se haga mención de la identidad de estos pretendidos estudiosos modernos, como tampoco se da ninguna evidencia de estos pretendidos errores.

Encontramos que es difícil de creer a Deedat cuando dice:

> No disponemos de tiempo ni de espacio para tratar las decenas de miles de defectos —graves y no graves— que los autores de la Versión Revisada Estándar (RSV) han intentado revisar (pág. 14).

De estos pretendidos 50.000 defectos, presenta sólo cuatro para su consideración, sin siquiera dar una lista de los demás ni su fuente primaria. Ahora, de esto sigue que, con tantos errores, que los cuatro citados deberían dar la mejor evidencia de corrupción. Examinémoslos.

El primer «error» en la Biblia —se supone que el mayor— se encuentra en Isaías 7:14, que dice en la Versión del Rey Jaime (KJV):

> Por tanto, el Señor mismo os dará una señal: He aquí que una virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel.

En la RSV leemos en lugar de la palabra *virgen* que *una joven* concebirá y dará a luz un hijo. Según Deedat, se supone que éste es uno de los principales defectos de la Biblia.

La palabra para «virgen» en el hebreo original es *almah* —una palabra que se encuentra en todos los textos hebreos de Isaías. Por ello, no hay cambio de ninguna clase en el texto original. La cuestión es simplemente de interpretación y de traducción. El término hebreo común para virgen es *bethulah*, mientras que *almah* se refiere frecuentemente a una mujer joven —y siempre no casada. De modo que la traducción de la RSV es una traducción literal perfectamente buena de la palabra. Pero, como siempre hay dificultades en la traducción de una lengua a otra, y como un buen traductor intentará comunicar el sentido real del original, casi todas las traducciones inglesas y castellanas traducen la palabra como *virgen.* La razón de ello es que el contexto de la palabra exige esta interpretación. (Los musulmanes que han traducido el Corán al inglés han experimentado problemas similares con el texto árabe original. Una traducción literal de una palabra o de un texto puede perder el significado por implicación en el lenguaje original.)

La concepción del niño había de ser señal para Israel. Ahora bien, no habría ninguna señal en la simple concepción de un niño en el vientre de una mujer no casada. Una cosa así es bien frecuente por todo el mundo. La señal es claramente que una *virgen* concebiría y daría a luz un hijo. Esta sería una señal verdadera —y

así fue cuando Jesucristo cumplió esta profecía al ser concebido en el vientre de la Virgen María.

Isaías emplea la palabra *almah* en lugar de *bethulah* porque este último término no sólo significa una virgen, sino también una viuda casta (como en Joel 1:8). Los que la traducen como mujer joven (como la RSV inglesa) dan un significado literal del término, mientras que los que la traducen como virgen (como la KJV, NIV, y en castellano Reina-Valera, V.M., Nácar-Colunga, y muchas más) dan su sentido en su contexto. En todo caso, la joven era una virgen, como lo era María cuando Jesús fue concebido. La cuestión es simplemente una de traducción e interpretación del hebreo original a las lenguas modernas, inglés, castellano, u otras. No tiene nada que ver con la integridad textual de la Biblia como tal.

Su segundo texto es Juan 3:16, que en la Versión del Rey Jaime dice así:

> Porque de tal manera amo Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

En la RSV leemos que Dios dio su «único Hijo» y Deedat acusa que la omisión de la palabra «unigénito» [= único *engendrado*] demuestra que la Biblia ha sido cambiada. Una vez más, sin embargo, se trata única y simplemente de una cuestión de interpretación y traducción, porque la palabra griega original significa, generalmente, *sin par.* En todo caso, no hay diferencia entre «único Hijo» e «Hijo unigénito», porque las dos son buenas traducciones del griego original y dan el mismo sentido: *Jesús es el sin par Hijo de Dios.* Hemos de enfatizar una vez más que no se trata de *cambio alguno* en el original griego y que la cuestión es sencillamente de interpretación y traducción.

Para dar otra ilustración a nuestro argumento, podemos referirnos a la cita que hace Deedat de la Sura 19:91, donde leemos que los cristianos dicen que *Dios lleno de gracia ha engendrado un Hijo.* Lo ha tomado de la traducción del Corán de Yusuf Alí. Ahora bien, en las traducciones de Pickthall, Muhammad Alí y Maulana Daryabadi no encontramos la palabra *engendrado*, sino más bien *tomado.* Si hemos de aceptar la línea de razonamiento de Deedat, aquí tenemos entonces evidencia de que también el Corán ha sido cambiado y corrompido.

Sabemos que nuestros lectores musulmanes nos dirán inmediatamente que se trata sólo de traducciones inglesas, y que el original árabe no ha sido cambiado a pesar de que la palabra «engendrado» no se encuentre en las otras versiones del Corán. Por eso mismo exhortamos a nuestros lectores musulmanes también a que sean realistas acerca de esto: que nada se puede decir en contra de la integridad de la Biblia sólo porque la palabra «unigénito» se encuentra en una traducción, y no en otra, como sucede con las traducciones del Corán con la palabra «engendrado», cuando estas dos traducciones del Nuevo Testamento representan el mismo texto griego.

El tercer ejemplo que da Deedat es uno de los defectos que la RSV emprendió corregir. En 1 Juan 5:7 encontramos en la KJV un versículo que exhibe la unidad del Padre, Verbo y Espíritu Santo, que se omite en la RSV. Podría ser que este versículo fue originalmente dado como una nota marginal en un texto antiguo, y que transcriptores originales lo considerasen erróneamente como parte del texto. Es frecuentemente omitido por muchas traducciones modernas, o generalmente puesto en el margen, porque tenemos ahora textos más antiguos donde no aparece. Sin embargo, se debería observar que muchos eruditos cristianos de gran reputación creen que sí pertenece al texto. Y aunque los más antiguos manuscritos lo omiten en el texto principal, la mayoría de todos nuestros manuscritos lo incluyen.

Deedat sugiere que *este versículo es la más cercana aproximación a lo que los cristianos llaman su Santa Trinidad en la enciclopedia llamada la BIBLIA* (pág. 16). Si lo fuese, o, de manera alternativa, si esta doctrina estuviese basada sólo sobre este texto, entonces se trataría desde luego de un asunto a considerar muy seriamente. Sin embargo, cualquier expositor de teología bíblica admitirá —como todos los católicos, protestantes y otros cristianos lo admiten uniformemente— que la doctrina de la Trinidad es la única doctrina de Dios que se puede obtener en base de las enseñanzas de la Biblia como un todo. Por ejemplo, el siguiente versículo es una buena ilustración de la Trinidad:

> Por tanto, id, y haced discípulos en todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mateo 28:19).

Se hace referencia sólo a un nombre singular de las tres personas. En la Biblia, la palabra «nombre» empleada en un contexto así se refiere a la naturaleza y carácter de lo que así se describe. Así que Jesús habla sólo de *un* nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo —implicando unidad de esencia pero pluralidad de personas. Este versículo es totalmente trinitario en su contexto y énfasis. Un punto importante aquí es que incluso si 1 Juan 5:7 no perteneciese al texto original, lo que enseña con claridad es la doctrina de la Trinidad, que era la creencia de la Iglesia Primitiva, y que es enseñada por toda la Biblia.

Su cuarto punto contiene una interesante falacia. Sugiere él que los autores «inspirados» de los evangelios canónicos no registraron una sola palabra acerca de la ascensión de Jesús (pág. 19). Esta afirmación la hace siguiendo una referencia a dos declaraciones acerca de la ascensión de Jesús en los Evangelios de Marcos y Lucas que están identificadas en la RSV como pertenecientes a las lecturas variantes a que ya hemos hecho referencia antes. Aparte de estos versículos, se dice que los escritores de los evangelios no hacen referencia alguna de ningún tipo a la ascensión. Bien al contrario, encontramos que los cuatro escritores de los Evangelios la reconocieron. En Juan hay once referencias a ella, de la que este texto, donde Jesús está hablando, sirve como buen ejemplo:

> Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios (Juan 20:17).

Lucas no sólo escribió su Evangelio, sino también el Libro de los Hechos, y en este último libro encontramos que lo primero que menciona es la ascensión de Jesús al cielo:

> Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le tomó sobre sí una nube que le ocultó de sus ojos (Hechos 1:9).

Mateo y Marcos hablan constantemente de la segunda venida de Jesús del cielo (p.e., Mateo 26:64 y Marcos 14:62). ¡Es difícil ver cómo Jesús podría venir del cielo si no hubiese ascendido allá en primer lugar!

Como conclusión, hemos de observar que los pasajes de Marcos 16:9-20 y Juan 8:1-11 no han sido eliminados de la Biblia y posteriormente restaurados, como sugiere Deedat. En la *traducción* RSV están ahora incluidos en el texto porque los eruditos están persuadidos de que ciertamente forman parte del texto original. La verdad es que en nuestros originales más antiguos aparecen en unos textos y en otros no. Los editores de la RSV no están manipulando la Biblia como lo sugiere Deedat —están sencillamente tratando de dar una traducción tan cercana como sea posible a los textos originales.

Finalmente, no demuestra nada decir que todos los manuscritos originales —los libros de la Biblia tal como fueron escritos al principio— están ahora perdidos y desaparecidos, porque lo mismo sucede con los primeros textos del Corán. El texto más antiguo del Corán existente data del siglo segundo después de la Héjira y está escrito sobre pergamino en el antiguo alfabeto árabe *al-mail.* Todos los otros textos antiguos del Corán están en alfabeto *Kufic* y datan también de finales del siglo segundo después de la Héjira.

¿Aparece «Alá» en la Biblia?

Deedat reproduce un panfleto que intenta demostrar que la palabra árabe para Dios, *Allah,* se encuentra en la edición de Scofield de la Biblia. Afortunadamente, en este caso se nos da la evidencia para poderla evaluar. Se reproduce una copia de una página de una Biblia de Scofield y en una *nota al pie* encontramos que la palabra hebrea para Dios, Elohim, se deriva de dos términos, *El* (fortaleza) y *Alah* (jurar). Esta última palabra ¡se supone que es prueba de que se encuentra en la Biblia la palabra árabe *Allah*!

Difícilmente puede imaginarse un esfuerzo más fantasioso para demostrar un argumento. La palabra en hebreo es *alah,* un término común que significa «jurar». La suposición de que esto sea prueba de que la palabra árabe *Allah,* que significa Dios, se encuentra en la Biblia, nos resulta a nosotros totalmente oscura. El

esfuerzo de Deedat de retorcer más los hechos al sugerir que *Elah* en hebreo (significando Dios) ha sido dado en la edición de Scofield *alternativamente como Alah* (pág. 21) abusa de nuestra credulidad hasta lo más extremo. Estos editores identifican de manera clara esta última palabra como otra distinta que significa «jurar».

No hay nada singular acerca de la palabra *Allah* (Alá), ni debe considerarse que proviene originalmente de las páginas del Corán. Al contrario, proviene de la palabra siríaca *Alaha* (que significa «Dios»), que era empleada de manera común por los cristianos en tiempos preislámicos (Cf. las autoridades citadas por Arthur Jefferey en *The Foreign Vocabulary of the Qur'an*, pág. 66). También era de uso común entre los árabes antes del Islam. Un ejemplo es el nombre del propio padre de Mahoma, Abdullah (esto es, siervo de Dios, de *abd*, significando «siervo», y *Allah*, significando «Dios»). También es cierto que *Allah* era el nombre empleado para designar a Dios en la poesía preislámica (Bell, *The Origin of Islam in its Christian Environment*, Londres: Frank Cass and Company, Ltd., 1968, pág. 53). Por ello, no hay nada singular en este nombre. En estas circunstancias, realmente no podemos ver ninguna significación en lo que Deedat está tratando de demostrar.

Pretendidas contradicciones en la Biblia

Deedat comienza su capítulo decimoséptimo, «La prueba crucial», con una afirmación de que existe una contradicción entre 2 Samuel 24:1, donde leemos que el Señor impulsó a David a censar Israel, y 1 Crónicas 21:1, donde dice que fue Satanás quien le provocó a hacerlo. Cualquiera que tenga un conocimiento razonable de las Escrituras y del Corán se dará cuenta inmediatamente de que lo que tenemos aquí es una comprensión inadecuada de un rasgo de la teología de ambos libros. En el Corán leemos:

> ¿No ves que Nos hemos puesto los demonios sobre los incrédulos para confundirlos con confusión? (Sura 19:86).

Aquí leemos que Alá envía demonios a los incrédulos. Por tanto, aunque es Dios quien los conduce a la confusión, Él emplea los demonios para inducirlos a ella. Es precisamente la manera en que Dios actuó contra David, y empleó a Satanás para incitarlo a censar Israel. De manera similar, en el libro de Job en la Biblia, leemos que Satanás recibió poder sobre Job (*Ayub* en el Corán) para afligirle (Job 1:12), pero que Dios habló más tarde como si fuese Él quien fue movido contra él (Job 2:3). Siempre que Satanás incita a los hombres, la acción puede ser descrita de manera indirecta como procedente de Dios, por cuanto Satanás no puede hacer nada sin Su permiso. Esta cita del comentario de Zamakhshari acerca de la Sura 2:6 *(Selló Alá sobre sus corazones, y sobre sus oídos y sus ojos puso un velo)* debería ser suficiente para resolver esta cuestión:

Ahora bien, es en realidad Satanás o el incrédulo quien ha sellado el corazón. Sin embargo, como es Dios quien le ha concedido la capacidad y posibilidad de hacerlo, el sellado le es adscrito en el mismo sentido como una acción que él ha causado (Helmut Gatje, *The Qur'an and Its Exegesis*, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1976, pág. 223).

Pasajes paralelos en el Corán y en la Biblia

Ocasionalmente se alega que ciertos pasajes paralelos de la Biblia (p.e., 2 Reyes 18:13-20—20:11 e Isaías 36:1—38:8, 21-22) sacuden su integridad como Palabra de Dios. Aunque este punto final no es explícitamente expuesto por Deedat, lo afirma sin embargo de manera implícita y es un punto que los musulmanes suscitan con frecuencia. Se ha argumentado que un hombre no puede estar escribiendo bajo inspiración divina si se toma algo de otra obra. Si el pasaje fue escrito originalmente bajo inspiración divina, ¡difícilmente puede quedar afectada cuando este pasaje sea repetido en otro libro!

Cuando se conoce el trasfondo de los pasajes paralelos en la Biblia, es muy fácil comprender y aceptar la repetición de una sección en otro libro. Concedemos abiertamente que el Evangelio de Marcos pudo haber sido escrito antes del Evangelio de Mateo y que Mateo pudo haber empleado el Evangelio de Marcos como base para el suyo y repetido muchas de las narraciones de la vida de Jesús en este Evangelio. Pero lo habría hecho con muy buenas razones.

Marcos consiguió su información del apóstol Pedro: «Marcos, habiendo sido el intérprete de Pedro, escribió con precisión todo lo que él mencionaba, tanto de los dichos como de los hechos de Cristo. … Así que Marcos no se equivocó, escribiendo de esta manera algunas cosas según él [Pedro] las mencionaba; porque él prestaba atención a esto: no omitir nada de lo que oía ni incluir en lo que escribía ninguna falsa declaración» (escrito por Papías, tradicionalmente considerado como discípulo del apóstol Juan).

El apóstol Pedro tenía probablemente más información de primera mano de la vida de Cristo que el apóstol Mateo. A menudo encontramos a Pedro con Jesús cuando Mateo no está presente (p.e., la Transfiguración, Getsemaní, etc.), pero nunca al revés. Mateo fue uno de los últimos apóstoles en ser llamado. En su propio evangelio registra el llamamiento de Pedro en el capítulo 4, y su propio llamamiento en el capítulo 9. Si él reconoció la precisión del conocimiento que Pedro tenía de la vida de Cristo en los registros de Marcos, evidentemente sería prudente emplear aquello como su base y agregar a ello otros discursos e incidentes que él conocía. ¡Difícilmente podría haber dispuesto de una fuente más fiable!

Por lo general, las narraciones de la Biblia no tienen paralelos en obras extrabíblicas. Evidentemente, por ello, los paralelos dentro de la Biblia no afectan a su pretensión de ser un libro divinamente inspirado. Pero lo que es muy asombroso es que muchas de las narraciones coránicas de las vidas de los antiguos profetas tienen paralelos no sólo en la Biblia sino también en libros folklóricos,

mitos y fábulas del judaísmo. Hay muchos pasajes del Corán que están caracterizados por este rasgo, y dos de ellos los consideraremos a continuación.

Caín y Abel. La historia bíblica del asesinato de Abel por parte de Caín después que el primero hubiese ofrecido un sacrificio más aceptable que el segundo es repetida en el Corán (Sura 5:30-35). Pero en el versículo 34 leemos que Dios le mostró como ocultar el cadáver de su hermano:

> Y envió Alá un cuervo que removió la tierra, para indicarle cómo encubrir el cuerpo desnudo de su hermano.

Esto no aparece en el libro de Génesis, en la Biblia, pero leemos en un libro de folklore judaico:

> Adán y su compañera estaban sentados llorando y haciendo duelo por él (Abel) y no sabían que hacer con él, porque desconocían la sepultura. Vino un cuervo, cuyo compañera había muerto, tomó su cuerpo, removió la tierra y lo ocultó de delante de sus ojos; entonces Adán dijo: Haré como ha hecho este cuervo (Pirke, Rabbi Eliezer, Cap. 21).

Es interesante ver que lo que aquí se supone que Dios reveló a Mahoma en el Corán encuentra su paralelo no en el Antiguo Testamento, sino en un libro de folklore judío redactado antes de la época de Mahoma. Dejando aparte detalles menores, la estrecha similitud entre los dos relatos no puede ser pasada por alto. No se puede sugerir que los judíos habían transformado verdades históricas de la Torá en folklore. El Corán acusa a los judíos de afirmar que su folklore era Sagrada Escritura (Sura 2:79), pero no les acusa en ningún lugar de tomar la Sagrada Escritura y hacer folklore con ella. Lo que queremos saber, no obstante, es por qué el mismo folklore es Sagrada Escritura en el Corán. Si Mahoma no tomó la historia del cuervo de fuentes judaicas, sin saber que formaba sólo parte de sus tradiciones (no podía leer sus Escrituras, que no estaban escritas en árabe), ¿cómo se puede explicar este fenómeno? Y aquí tenemos una anomalía adicional:

> Por causa de esto escribimos a Beni-Israil [los Hijos de Israel] que, quien matare un alma sin ser por otra alma o corrupción en la tierra, sería lo mismo que si hubiere matado a las gentes todas; y quien salvare la vida de uno, cual si salvare la vida de toda la humanidad» (Sura 5.35).

Esta declaración no parece tener relación con el relato precedente. No queda en absoluto claro por qué la muerte o salvación de uno debiera ser como si fuese la salvación o destrucción de toda la humanidad.

Cuando vamos a otra tradición judía en la Misná, leemos:

> Encontramos que se dice en el caso de Caín, que dio muerte a su hermano: La voz de las sangres de tu hermano clama [Génesis 4:10]. No se dice aquí sangre en singular, sino sangres en el plural, es decir, su propia sangre y la sangre de su simiente. El hombre fue creado solo a fin de mostrar que aquel que mata a una sola persona se le contará como habiendo matado a toda una raza; pero al que preserva la vida de una sola persona se le cuenta que ha preservado toda la raza (*Misná*, Sanhedrín 4:5).

Aquí es donde encontramos la línea de pensamiento que es la fuente de la observación del Corán. El rabino judío, siglos después que Génesis pero siglos antes de Mahoma, ha sacado esta interpretación del plural «sangres» de la Biblia. Lo importante en este punto no es si su interpretación es correcta o no. Lo que nos concierne es que la Sura 5:35 en el Corán ¡es una repetición de las creencias del rabí! ¿A qué se debe que la pretendida revelación de Dios sea sustancialmente una repetición de una interpretación rabínica anterior de un versículo de la Biblia?

Abraham. La historia de Abraham en el Corán sigue asimismo la narración bíblica en muchos respectos, pero cuando se desvía de ella, muchos de sus contenidos pueden ser relacionados con mitos judíos. El Corán narra una historia acerca de la idolatría del padre de Abraham y de su comunidad. Se dice de Abraham, el monoteísta, que destruyó todos los ídolos menos el principal, y que cuando le interrogaron acerca de ello, él dio la culpa de todo al ídolo principal, y les sugirió que le consultasen acerca de quién había destruido a los otros. Entonces la enfurecida turba echó a Abraham al horno de fuego ardiendo, pero Dios lo enfrió para él y lo salvó de los malvados designios de ellos. Esta historia se encuentra en la Sura 21:52-70. Ahora bien, en el folklore judío se cuenta una historia notablemente similar. [Se debe decir que procede de una mala interpretación de Génesis 15:7, donde Dios dice: «Yo soy Jehová, que te saqué de Ur de los caldeos.» Ur era un lugar que la arqueología ha demostrado que existió en la tierra de Abraham y se hace referencia a este lugar en otro lugar de la Biblia (Génesis 11:31). Pero un escriba judío, Jonatán Ben Uzziel, confundió «Ur» por «Or», que significa fuego, y escribió este versículo como «Yo soy Jehová que te sacó del fuego de los caldeos», y la fábula se desarrolló alrededor de este error.)

Una breve narración de esta historia en el *Midrash Rabbah* mostrará cuán notablemente similar es la historia coránica. Recordando el origen de la fábula judaica, cualquier lector sincero habrá de darse cuenta de que este ejemplo de un pasaje paralelo en el folklore judío incide muy seriamente en contra del Corán y de su pretensión de ser la Palabra de Dios.

> Abraham destruyó todos los ídolos con un hacha, excepto el mayor, y puso luego el hacha en la mano del ídolo que había dejado. Su padre oyó el estrépito, y corrió a indagar qué sucedía, y vio a Abraham que salía de allí cuando él llegó. Cuando su padre le acusó, él dijo que les había dado a todos comida para que la tomasen, pero que los otros se lanzaron sobre la comida sin esperar que comenzase mayor de ellos, ¡por lo que el mayor tomó el hacha y los destrozó a todos!

> Entonces su padre, enfurecido por la respuesta de Abraham, acudió a Nemrod, que arrojó a Abraham al fuego, pero luego Dios intervino y lo salvó de allí.

Es evidente la semejanza entre ambas historias. Que pasase al Corán como una historia verdadera debería ser causa para que los musulmanes dudasen de su origen divino.

Como conclusión, no hay evidencias válidas en favor de la alteración histórica de la Biblia. No ha sido cambiada y debería ser aceptada como un registro fiable de la revelación de Dios al hombre a lo largo de los siglos. No hay evidencia corroborativa para el Corán, especialmente cuando contradice a la Biblia en temas históricos (p.e., la crucifixión de Cristo, que es negada por el Corán casi 600 años después del acontecimiento, pero que es sin embargo confirmada por la historia mediante la evidencia que tenemos disponible).

Como resultado de este estudio, creemos que el mundo musulmán, a pesar de su intensa fe, debería iniciar un estudio más crítico de los orígenes del Corán. Excepto si un libro puede resistir los asaltos a su autoridad, es difícil que sea creíble su pretensión de ser la Palabra de Dios.

CONSIDERANDO EL CORÁN

Hemos visto que al comparar la transmisión textual del Corán y de la Biblia, el texto de la Biblia puede ser identificado y mantenido. Pero ahora nos proponemos poner en evidencia que la transmisión del Corán no está exenta de errores ni de lecturas variantes en puntos significativos.

Hay evidencias concretas en las mejores obras de la tradición islámica (p.e., el *sahih de musulmán*, el *Sahih de Bukhari*, el *Mishlat-ul-Masabith*), que desde el principio el Corán presentaba numerosas variantes y lecturas en conflicto. El hecho de que ya no se encuentren en el Corán se debe a que han sido discretamente eliminadas —no por dirección de Dios sino por discreción humana.

Hay evidencia abundante de que cuando el Corán fue cotejado al principio por el Califa Otoman y se hizo la recensión de un texto estándar, había en existencia numerosos textos que contenían una multitud de lecturas variantes. Durante su reinado, le dieron informes de que en varias partes de Siria, Armenia e Irak los musulmanes recitaban el Corán de una manera diferente que lo recitaban en Arabia. Otoman pidió inmediatamente el manuscrito del Corán que poseía Hafsah (una de las mujeres de Mahoma e hija de Omar) y ordenó a Zaid-b-Thabit y a otros tres que hiciesen copias del texto y que lo corrigiesen siempre que lo hallasen necesario. Cuando esta tarea quedó acabada, Otoman tomó una acción drástica acerca de los otros manuscritos existentes del Corán:

> Otoman envió a cada provincia musulmana una copia de lo que ellos habían copiado, y ordenó que todos los otros materiales coránicos fuesen quemados, tanto los manuscritos fragmentarios como si se trataba de copias íntegras (*Sahih Bukhari*, Vol. 6, pág. 479).

En ningún momento de la historia cristiana ha intentado ningún movimiento cristiano principal estandarizar una sola copia de la Biblia como cierta y destruir todas las otras. ¿Por qué Otoman dio una orden así acerca de los otros Coranes que circulaban? Sólo podemos suponer que creía que contenían graves defectos — tantos y tan serios que demandaban no una revisión sino una destrucción total. En otras palabras, si valoramos la historia textual del Corán en este punto, encontramos que el Corán estandarizado como el correcto es uno que un hombre (y no Dios), en base de su propia discreción (y no por revelación) decretó ser el verdadero. No llegamos a ver en base de qué esta copia quedó justificada como la única perfecta disponible.

Hay evidencias incontrovertibles de que incluso esta «Versión Revisada Estándar» del Corán no era perfecta. En las obras más acreditadas de la tradición islámica leemos que incluso *después* que estas copias fuesen enviadas, el mismo Zaid recordó un versículo que faltaba. Testificó él:

> Encontré a faltar un versículo del Sura Ahsab al copiar el Corán, y yo solía oír al Apóstol de Alá recitarlo. Así que lo buscamos y lo encontramos con Khuzaima-bin-Thabit al Ansari (*Sahih Bukhari,* Vol. 6, pág. 479).

El versículo era Sura 33:23. Por ello, *no había un solo Corán perfecto* en la época de la recensión de Otoman.

En segundo lugar, hay evidencia similar de que, y hasta el día de hoy, faltan versículos del Corán, e incluso pasajes enteros. Se nos dice que Omar, en su reinado como Califa, declaró que ciertos versículos que prescribían la lapidación como la pena del adulterio fueron recitados por Mahoma en su época como parte del Corán:

> Dios envió a Mahoma y le envió las Escrituras. Parte de lo que envió fue el pasaje sobre la lapidación, lo leímos, nos fue enseñado, y lo obedecimos. El profeta lapidó, y nosotros lapidamos después de él. Temo que en tiempos venideros los hombres dirán que no encuentran mención de lapidación en el libro de Dios, y que por ello se extraviarán descuidando una ordenanza que Dios ha enviado. Ciertamente, la lapidación en el libro de Dios es una pena impuesta sobre hombres y mujeres casados que cometen adulterio (Ibn Ishaq, *Sirat Rasulullah,* pág. 684).

Aquí tenemos una clara evidencia de que el Corán, tal como lo tenemos en la actualidad, sigue no siendo «perfecto». En otros pasajes del Hadith encontramos evidencias adicionales de que ciertos versículos y pasajes formaron una vez parte del Corán, pero que ahora se omiten de su texto. Por tanto, queda bien claro que el *textus receptus* del Corán en el mundo actual no es el exacto *textus originalis.*

Volviendo a los textos que quedaron marcados para el fuego, encontramos que en cada caso había considerables diferencias entre éstos y el texto que Otoman

decidió estandarizar, en base de su propia discreción, como el mejor texto del Corán. En muchos casos descubrimos que eran «variantes reales, textuales, y no meras peculiaridades dialectales, como se sugiere con frecuencia» (Arthur Jeffery, *The Qur'an As Scripture,* New York: Books for Libraries, 1980, pág. 97).

Una diferencia entre el Corán y la Biblia, en la actualidad, es que la Iglesia Cristiana ha preservado cuidadosamente las lecturas variantes que existen en los textos bíblicos, mientras que los musulmanes, en tiempos de Otoman, consideraron conveniente destruir hasta allí donde pudiesen todas las evidencias de diferentes lecturas del Corán en su empeño de estandarizar un texto para la totalidad del mundo musulmán. Puede que en la actualidad sólo haya un texto del Corán en circulación, pero nadie puede pretender honradamente que sea exactamente el que Mahoma entregó a sus compañeros. Y nadie ha demostrado jamás por qué el texto de Hafsah mereciera ser considerado como infalible.

De nada sirve decir que todos los Coranes en el mundo en la actualidad son idénticos. Una pretensión sólo tiene la fuerza de su eslabón más débil —y el eslabón débil en la cadena de la historia textual del Corán se encuentra precisamente en este punto donde, en aquellos tempranos tiempos cruciales, existieron códices distintos y diferentes del Corán; y se ha puesto en evidencia que el texto que fue finalmente estandarizado como el mejor estaba aún lejos de estar completo o perfecto en forma alguna.

Los musulmanes creen que judíos y cristianos han corrompido el texto bíblico a fin de alcanzar sus propios fines, pero la historia textual de la Biblia, como hemos visto, no sustenta esta tesis en absoluto. Lo anterior puede ser recapitulado de la siguiente manera:

1. Hay poca evidencia física manuscrita de alteración para sustentar las pretensiones del Islam. De hecho, lo cierto es lo contrario. La asombrosa devoción del pueblo judío a la Torá y la copia meticulosa del texto por parte de los Masoretas milita en contra de las acusaciones musulmanas. (Véase *Family Handbook of Christian Knowledge, The Bible,* por Josh McDowell y Don Stewart, publicado por Here's Life Publishers, Inc., San Bernardino, California, © 1983, págs. 44-48).

2. No hay respuestas satisfactorias acerca de por qué los judíos y los cristianos querrían cambiar su texto.

3. En la época de la supuesta corrupción textual, habría sido imposible para judíos y cristianos cambiar el texto: estaban esparcidos por todo el mundo.

4. Además, en la época de esta corrupción del texto habría habido demasiadas copias circulando para cambiar, por no mencionar la diversidad de idiomas y versiones.

5. Los judíos y los cristianos sentían mutua hostilidad. No podrían haber llegado a un acuerdo.

6. Las sectas nuevas diferentes habrían estado en desacuerdo con los cambios. Por ello, no se podría haber logrado un conjunto uniforme de alteraciones, que es lo que pretenden los musulmanes.

7. Los que habían sido judíos y cristianos y que se hicieron musulmanes nunca mencionaron ninguna posibilidad de una corrupción deliberada, en contra de lo que podríamos esperar si tal cosa fuese cierta (cf. *Christianity Explained to Muslims*, págs. 20-21).

La evidencia sustenta la idea de que tanto el Corán como la Biblia son fiables como expresión de lo que se escribió originalmente. La pretensión musulmana de que la Biblia fue corrompida no concuerda con los hechos. Además, hay sanas razones para cuestionar mucho del uso que hace el Corán de la Biblia en su texto.

Mientras daba una conferencia en la Universidad Estatal de Arizona, un profesor, acompañado de unos estudiantes de su seminario graduado sobre literatura universal, se me acercó después de una conferencia de «libertad de palabra» al aire libre. Él me dijo: «Señor McDowell, usted está basando todas sus pretensiones acerca de Cristo en base de un documento del siglo segundo que es obsoleto. Hoy mostré yo a mi clase que el Nuevo Testamento fue escrito tanto tiempo después de Cristo que no podía ser preciso en lo que registraba.» Su opinión acerca de los registros que tratan de Jesús se originaban de las conclusiones de varios críticos que dan por supuesto que la mayor parte de las Escrituras del Nuevo Testamento no fueron escritas hasta bien entrado el siglo segundo d.C. Habían llegado a la conclusión de que estos escritos procedían de mitos o leyendas que se habían desarrollado durante el prolongado intervalo entre la época de la vida de Jesús y la época en que estos relatos quedaron registrados por escrito.

Yo le contesté: «Señor, sus opiniones o conclusiones acerca del Nuevo Testamento tienen un atraso de 25 años.»

Por cuanto el Nuevo Testamento provee la fuente histórica primaria para la mayoría de la información acerca de Jesús, es importante determinar su precisión tocante a lo que informa.

Cuando uno tiene una fe religiosa que apela a la verdad y que está basada en la búsqueda de la verdad y dedicada a la preservación de este conocimiento, tiene un condicionante que le lleva a la preservación de su integridad a lo largo de los años. El cristianismo bíblico tiene este condicionante para investigar y preservar la verdad.

Por ejemplo, en Juan 8:32 se declara: «Conoceréis la verdad.» No dice que la debemos ignorar. Dice: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.» En 2 Timoteo 2:15, el apóstol Pablo amonesta al creyente a que procure «con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que maneja rectamente la palabra de verdad» (RVR77marg.). En todo el Nuevo Testamento hay un énfasis en la verdad y en preservar la verdad. Cuando se compara la Biblia con otra literatura de la antigüedad, la evidencia en favor de la Biblia es abrumadora. Si otra literatura tuviese la misma evidencia, nadie pondría en duda su autenticidad y fiabilidad. Pero a la Biblia se le hacen dos objeciones. En primer lugar, que es un libro religioso, y que por tanto no puede confiarse en él. Segundo, presupone la existencia de lo sobrenatural. Para muchas personas, la evidencia histórica no es la clave. Para muchas personas (no todas) involucradas en crítica del Nuevo Testamento, la clave es ésta: si hay algún elemento sobrenatural, entonces es no-histórico.

Debido a este criterio, muchos críticos, durante los siglos 19 y 20, han atacado la fiabilidad de los documentos bíblicos. Parece haber una constante andanada de

acusaciones que no tienen ningún fundamento histórico o que han quedado desfasados a causa de los descubrimientos e investigaciones de la arqueología.

Muchas de estas opiniones acerca de los registros referentes a Jesús se basan en las conclusiones de un crítico alemán, F. C. Baur. Baur presupuso que la mayor parte de las Escrituras del Nuevo Testamento no fueron escritas hasta un tiempo tardío en el siglo segundo d.C. Llegó a la conclusión de que estos escritos procedían básicamente de mitos o leyendas que se habían desarrollado durante el prolongado período entre la vida de Jesús y la época en que estos relatos fueron registrados por escrito.

Sin embargo, durante el siglo 20 los descubrimientos arqueólogos habían llegado a dar extensa confirmación de la precisión histórica de los manuscritos del Nuevo Testamento, y su origen en el primer siglo. Los descubrimientos de antiguos manuscritos sobre papiro (el manuscrito de John Ryland, 130 d.C.; los Papiros de Chester Beatty, 155 d.C., y los Papiros de Bodmer II, 200 d.C.) sirvieron para cubrir el vacío entre la época de Cristo y los manuscritos existentes de época posterior.

El arqueólogo Millar Burrows de Yale ha dicho que un resultado de la comparación del griego del Nuevo Testamento con el lenguaje de los papiros es un aumento de la confianza en la transmisión precisa del texto del Nuevo Testamento (Millar Burrows, *What Mean These Stones*, New York: Meridian Books, 1956, pág. 52).

William F. Albright, que fue uno de los más descollantes arqueólogos bíblicos del mundo, escribe: «Podemos ya decir de manera enfática que no hay ninguna base sólida para datar ningún libro del Nuevo Testamento después del 80 d.C., dos generaciones enteras antes de la fecha entre el 130 y 150 dados por los críticos más radicales del Nuevo Testamento de hoy en día (William F. Albright, *Recent Discoveries in Bible Lands*, New York: Funk and Wagnall, 1955, pág. 136).

Sir William Ramsay fue considerado como uno de los más grandes geógrafos que jamás haya vivido. Fue un estudiante de la escuela histórica alemana que enseñaba que el Libro de los Hechos era producto de mediados del segundo siglo d.C., y no del primer siglo, como pretende ser. Después de leer la crítica moderna acerca del Libro de los Hechos, se quedó convencido de que no era un relato fiable de los hechos del tiempo justo antes de Cristo (50 d.C.) y que por ello era indigno de consideración por parte de un historiador. Así que en su investigación acerca de la historia de Asia Menor Ramsay prestó poca atención al Nuevo Testamento. Sin embargo, su investigación le llevó finalmente a considerar los escritos de Lucas. Observó la meticulosa precisión de sus detalles históricos, y, gradualmente, comenzó a cambiar su actitud hacia el Libro de los Hechos. La evidencia le obligó a llegar a la conclusión de que «Lucas es un historiador de primera fila … este autor debería ser puesto a la altura de los más grandes historiadores» (Sir William Ramsey, *The Bearing of Recent Discoveries on the Trustworthiness of the New Testament*, Londres: Hodder and Stoughton, 1915, pág. 222). Debido a la precisión

de Lucas, Ramsay concedió finalmente que Hechos no podía ser un documento del siglo segundo, sino más bien un relato histórico de mediados del siglo primero.

El doctor John A. T. Robinson, profesor de Trinity College, Cambridge, ha sido durante años uno de los más distinguidos críticos de Inglaterra. Robinson aceptó al principio el consenso tipificado por la crítica alemana de que el Nuevo Testamento fue escrito años después del tiempo de Cristo después del primer siglo. Pero, como «poco más que una broma teológica», decidió investigar los argumentos acerca de la datación tardía de todos los libros del Nuevo Testamento, un campo mayormente inactivo desde principios del siglo veinte.

Los resultados le asombraron. Dijo que debido a «gandulería» académica, a la «tiranía de las presuposiciones no contrastadas» y a una «ceguera casi voluntariosa» de autores anteriores, muchos de los razonamientos del pasado eran insostenibles. Llegó a la conclusión de que el Nuevo Testamento es obra de los apóstoles mismos o de contemporáneos que trabajaron con ellos, y que todos los libros del Nuevo Testamento, incluyendo Juan, tuvieron que ser escritos antes del 64 d.C. (John T. Robinson, *Redating the New Testament,* Londres: SCM Press, 1976, pág. 221).

Robinson retó a sus colegas a que tratasen de refutarle. Si los académicos vuelven a abrir esta cuestión, está convencido de que los resultados obligarán «a reescribir muchas introducciones al Nuevo Testamento —y en último término, muchas teologías del mismo» (*ibid*.).

Se puede también dar un poderoso argumento en favor de la fiabilidad de las Escrituras desde una perspectiva legal. El principio referente a los «documentos antiguos» bajo las *Normas Federal sobre Evidencias* (publicado por West Publishing Co., St. Paul, 1979, Norma 901 [b] [8]) permite la autenticación de un documento mostrando que aquel documento (1) tiene aquellas condiciones que no crean sospechas acerca de su autenticidad; (2) estaba en un lugar donde, si era auténtico, era probable que estuviese; y (3) ha existido 20 años o más en la época en que es presentado.

El doctor John Warwick Montgomery, abogado y teólogo y decano de la Escuela de Leyes Simon Greenleaf, comenta acerca de la aplicación de la regla de «documentos antiguos» a los documentos del Nuevo Testamento: «Aplicado a los registros evangélicos y reforzado por la responsable crítica baja (textual), esta norma establecería su competencia en cualquier corte de justicia» (John Warwick Montgomery, «Legal Reasoning and Christian Apologetics,» *The Law Above the Law*, Oak Park, IL: Christian Legal Society, 1975, págs. 88, 89).

Algunos críticos argumentan que la información acerca de Cristo pasó de boca en boca hasta que fue redactada en la forma de los Evangelios. Aunque el período fue mucho más breve que lo que se creía anteriormente, llegan a la conclusión de que los relatos de los Evangelios asumieron la forma de cuentos y mitos.

Sin embargo, el período de tradición oral (tal como la definen los críticos) no es suficientemente largo para haber permitido las alteraciones en la tradición que

alegan estos críticos. El doctor Simon Kistemaker, profesor de Biblia en Reformed Seminary, escribe así: «Normalmente, la acumulación de folklore entre las personas de culturas primitivas precisa de muchas generaciones; es un proceso gradual extendido a lo largo de siglos. Pero en conformidad con la manera de pensar del crítico de las formas, hemos de concluir que las historias de los Evangelios fueron producidas y recogidas dentro de poco más que una generación. En términos del enfoque de la crítica de las formas, la formación de las unidades individuales de los Evangelios ha de ser comprendida como un proyecto a grandes saltos con un curso acelerado de acción» (Simon Kistemaker, *The Gospels in Current Study,* Grand Rapids, MI: Baker Book House, 1972, págs. 48, 49).

A. H. McNeile, anterior Profesor Regius de Teología en la Universidad de Dublín, señala que los críticos de las formas no tratan con la tradición de las palabras de Jesús de una manera tan rigurosa como debieran. Un examen cuidadoso de 1 Corintios 7:10, 12, 25 muestra la cuidadosa preservación y la existencia de una genuina tradición de registrar estas palabras. En la religión judía era costumbre que un estudiante memorizase las enseñanzas del rabí. Un buen discípulo era como «una cisterna encalada que no pierde una gota» (*Misná*, Aboth, 2:8) (A. H. McNeile, *An Introduction to the Study of the New Testament,* Londres: Oxford University Press, 1953, pág. 54).

Además, si nos apoyamos en la teoría de C. F. Birney (en *The Poetry of Our Lord,* 1925), podemos suponer que mucha de la enseñanza del Señor fue dada en forma de poesía aramea, haciendo fácil su memorización.

> Existe un poderoso testimonio interno de que los Evangelios fueron escritos en una época temprana. El Libro de los Hechos registra la actividad misionera de la Iglesia Primitiva y fue escrito como secuela por la misma persona que escribió el Evangelio según Lucas. El Libro de Hechos termina con Pablo aún vivo en Roma. No se registra su muerte.
>
> Esto nos llevaría a pensar que fue escrito antes de su muerte, porque los otros acontecimientos principales de su vida han sido registrados. Tenemos razones para creer que Pablo fue ejecutado durante la persecución neroniana del 64 d.C., lo que significa que el Libro de Hechos fue redactado antes de esta fecha.
>
> Si el Libro de Hechos fue escrito antes del 64 d.C., entonces el Evangelio de Lucas, del que Hechos es una secuela, tuvo que ser redactado algún tiempo antes, probablemente a finales de los cincuenta o a principios de los sesenta del primer siglo. La muerte de Cristo tuvo lugar alrededor del 30 d.C., lo que hace que la redacción del Evangelio de Lucas tuvo lugar como mucho dentro de los 30 años después de los acontecimientos.
>
> La Iglesia Primitiva enseñaba generalmente que el primer Evangelio redactado fue el de Mateo, lo que nos acercaría aún más al tiempo de Cristo. Esta evidencia nos conduce a creer que los primeros tres Evangelios fueron todos redactados dentro de 30 años desde el tiempo en que tuvieron lugar los acontecimientos, un tiempo cuando todavía vivían testigos oculares hostiles que hubiesen podido contradecir su testimonio si no era preciso (Josh McDowell y Don Stewart, *Answers to Tough Questions,* San Bernardino, CA: Here's Life Publishers, 1980, págs. 7, 8).

Los hechos implicados en este asunto llevaron a W. F. Albright, el gran arqueólogo bíblico, a declarar:

> «Cada libro del Nuevo Testamento fue escrito … entre los cuarenta y los ochenta del primer siglo d.C. (muy probablemente en un período entre el 50 y el 75 d.C.» (William F. Albright, *Christianity Today,* Vol. 7, 18 enero, 1963, pág. 3).

La fiabilidad histórica de las Escrituras debería ser ensayada por los mismos criterios empleados para ensayar todos los documentos históricos. El historiador militar C. Sanders hace una relación de tres principios básicos de historiografía: la prueba bibliográfica, la prueba de la evidencia interna y la prueba de la evidencia externa (C. Sanders, *Introduction to Research in English Literary History,* New York: MacMillan Company, 1952, págs. 143ss.).

La prueba bibliográfica es un examen de la transmisión textual mediante la que nos llegan los documentos. En otras palabras, al no tener los documentos originales, ¿cuán fiables son las copias que tenemos con respecto al número de manuscritos y el intervalo de tiempo entre los originales y las copias existentes?

Un error común es el concepto de que el texto de la Biblia no nos ha venido tal como fue escrito originalmente. Abundan las acusaciones de monjes celosos cambiando el texto bíblico a lo largo de la historia de la iglesia.

Afortunadamente, el problema no es que haya carencia de evidencias. Cuando se completó la investigación acerca de la fiabilidad de la Biblia y editamos *Evidencia que demanda un veredicto* en 1973, pudimos documentar 14.000 manuscritos y porciones sólo del griego y de antiguas versiones del Nuevo Testamento. Recientemente, pusimos al día y reeditamos *Evidencia* en inglés, debido a la enorme cantidad de nuevos materiales de investigación disponible. Ahora podemos documentar 24.633 manuscritos y porciones del Nuevo Testamento solo.

La significación del número de manuscritos que documentan el Nuevo Testamento es todavía mayor cuando uno se da cuenta de que en toda la historia, el segundo libro en téminos de autoridad manuscrita es *La Ilíada,* de Homero. Y de ésta sólo sobreviven 643 manuscritos.

El Nuevo Testamento fue redactado originalmente en griego. Hay aproximadamente 5.500 copias en existencia que contienen todo o parte del Nuevo Testamento. Aunque no poseemos los originales, existen copias desde épocas muy tempranas. El fragmento más antiguo data de alrededor del 120 d.C., mientras que alrededor de 50 otros fragmentos datan dentro de los 150-200 años desde el tiempo de la redacción.

Dos manuscritos principales, el Codex Vaticanus (325 d.C.) y el Codex Sinaiticus (350 d.C.), una copia completa, aparecen dentro de 250 años de la época de redacción. Esto puede parecer un largo período de tiempo, pero es mínimo en comparación con la mayoría de las obras antiguas. La primera copia completa de la

Odisea es de 2.200 años después que fuese escrito. El erudito en griego del Nuevo Testamento, J. Harold Greenlee, añade:

> Por cuanto los académicos aceptan como generalmente fiables los escritos de los antiguos clásicos, aunque los MSS más antiguos fueron escritos tanto tiempo después de los escritos originales, y que el número de MSS existentes es en muchos casos sumamente pequeño, es evidente que la fiabilidad del texto del Nuevo Testamento queda asimismo asegurada (J. Harold Greenlee, *Introduction to New Testament Textual Criticism*, Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Co., 1964, pág. 15).

Muchos antiguos escritos nos han sido transmitidos mediante un mero puñado de manuscritos (Cátulo —tres copias; la más antigua es de 1600 años después de ser escrito; Herodoto —ocho copias y 1.300 años).

Muchas personas consideran a Tucídides como uno de los más precisos de los antiguos historiadores, y sólo han sobrevivido ocho manuscritos. De *Aristóteles* teníamos 37, pero ahora se han encontrado otros 12, con lo que han sobrevivido 49 *manuscritos.* ¿Y qué pasa con el Nuevo Testamento?

No sólo tienen los manuscritos del Nuevo Testamento más evidencia manuscrita y un intervalo de tiempo más estrecho entre la redacción y la copia más antigua, sino que además fueron traducidos a varios otros idiomas en época temprana. La traducción de un documento a otro idioma era cosa infrecuente en el mundo antiguo, por lo que se trata de una verificación textual adicional para el Nuevo Testamento. El número de copias de estas versiones excede a 18.000, y posiblemente llegue a 25.000. Esto es una evidencia adicional que nos ayuda a establecer el texto del Nuevo Testamento.

Hace menos de 10 años, se podían documentar 36.000 citas de las Escrituras por parte de los primeros padres de la iglesia. Pero más recientemente, y como resultado de una investigación efectuada en el Museo Británico, podemos ahora documentar en los escritos de la iglesia primitiva 89.000 citas del Nuevo Testamento. Sin ninguna Biblia ni manuscritos —podrían tirarse o quemarse todos— se podría reconstruir todo el Nuevo Testamento a excepción de once versículos, en base de un material escrito dentro de los 150 y 200 años de la época de Jesucristo.

El académico especialista en Nuevo Testamento, F. F. Bruce, hace la siguiente observación:

> La evidencia en favor de nuestros escritos del Nuevo Testamento es muchísimo mayor que la evidencia en favor de muchos escritos de autores clásicos, cuya autenticidad nadie ni sueña en poner en tela de juicio.

Y añade:

Y si el Nuevo Testamento fuese una colección de escritos seculares, su autenticidad sería generalmente considerada como fuera de toda duda (F. F. Bruce, *The New Testament Documents: Are They Reliable?* Ed. rev., Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Co., 1977, pág. 15. Hay edición en castellano, ¿*Son fidedignos los documentos del Nuevo Testamento?*)

Sir Frederic Kenyon, ex-director y principal bibliotecario del Museo Británico, era uno de los principales expertos en manuscritos antiguos y su autoridad. Poco antes de su muerte, escribió esto acerca del Nuevo Testamento:

El intervalo entre las fechas de la redacción original [del Nuevo Testamento] y la evidencia existente más antigua se hace tan pequeño que de hecho se torna despreciable, y ha quedado ahora eliminada la última base para cualquier duda de que las Escrituras nos hayan venido sustancialmente tal como fueron escritas. Tanto la autenticidad como la integridad general de los libros de la Biblia pueden considerarse como establecidas definitivamente (Sir Frederic Kenyon, *The Bible and Archaeology,* New York: Harper and Row, Publishers, 1940, págs. 288, 289).

Acerca de la *Ilíada* de Homero, nos observa Bruce Metzger:

En toda la gama de literatura griega y latina antigua, la *Ilíada* se destaca a continuación del Nuevo Testamento como la segunda obra con mayor testimonio manuscrito (Bruce Metzger, *Chapters in the History of New Testament Textual Criticism*, Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Co., 1963, pág. 144)

Y añade:

De todas las composiciones literarias de los griegos, los poemas homéricos son los más idóneos para su comparación con la Biblia (*ibid.,* pág. 145).

Obra	**Escrita en**	**Primera copia**	**Tiempo transcurrido**	**No. de copias**
Homero (Ilíada)	900 a.C.	400 a.C.	500 años	643
Nuevo Testamento	40-100 d.C.	125 d.C.	25 años	más de 24.000

Naturalmente, hemos de aplicar la misma prueba bibliográfica al Corán. En la actualidad no tenemos manuscritos disponibles del texto del Corán que procedan de la época de Mahoma. Los musulmanes alegan que el Corán estandarizado por el tercer califa Otoman existe todavía, ¡aunque hay al menos 20 primitivos manuscritos coránicos que pretenden este codiciado origen! Uno está expuesto en el Museo Topkapi en Estambul, otro en la Biblioteca Estatal Soviética, y otros en diversos lugares del mundo islámico. Todos están escritos en la antigua grafía qúfica, pero incluso si uno de ellos pudiese ser atribuido a Otoman, esto sigue dejando un intervalo de más de una generación entre la muerte de Mahoma y el más antiguo manuscrito del Corán. De hecho, hay sólo un manuscrito del Corán

que nos haya sobrevivido en la grafía al-mail de Medina (la ciudad donde Mahoma pasó sus últimos años) y este texto se sabe que procede del siglo octavo —al menos 150 años después de la muerte de Mahoma. Se conserva en el Museo Británico y está permanentemente expuesto. Ni los cristianos ni los musulmanes tienen ejemplares *originales* de sus Escrituras, y la prueba de la fiabilidad ha de aplicarse de la misma manera a ambos libros respecto de las copias transcritas que han sobrevivido. En ambos casos, tenemos el mismo resultado —la Biblia y el Corán se han preservado de una manera notable en su forma más antigua conocida.

La prueba bibliográfica determina sólo que el texto que tenemos ahora es el que fue registrado al principio. Uno tiene que determinar, sin embargo, si el registro escrito es creíble, y hasta que punto es creíble.

La crítica interna, que es la segunda prueba de la historicidad que da C. Sanders, trata de la credibilidad del texto.

Hay dos factores que han de guiar la aplicación de esta prueba. El primero es que en el caso de una aparente imprecisión o discrepancia, el crítico literario sigue el dictado de Aristóteles de que «el beneficio de la duda ha de ser dado al documento mismo, y no debe arrogárselo el crítico para sí mismo». En otras palabras, y tal como John W. Montgomery frecuentemente recapitula en sus conferencias: «Uno debe dar atención a las afirmaciones del documento bajo análisis, y no suponer fraude o error excepto si el autor se descalifica por contradicciones o por inexactitudes factuales conocidas» (John Warwick Montgomery, *History and Christianity,* Downers Grove, IL: Intervarsity Press, 1971, pág. 29). Así como una persona es inocente hasta que se prueba que es culpable, del mismo modo un documento es inocente hasta que, por una discrepancia, inexactitud o error absolutos, se demuestra que no es digno de confianza.

Pero cuando se descubren unas pretendidas discrepancias o errores, o surge un problema, hay ciertas preguntas que hacer. Primero, ¿hemos comprendido bien este pasaje, el uso correcto de los números o de las palabras? Segundo, ¿poseemos todo el conocimiento posible acerca de esta cuestión? Tercero, ¿podemos arrojar alguna luz adicional sobre ello a través de la investigación textual o de la investigación histórica? Estas tres consideraciones contribuyen a investigar la veracidad textual.

El doctor Robert Horn lo expresa de esta manera:

> Las dificultades han de ser afrontadas y los problemas deben llevarnos a ver la clara luz. Pero hasta el momento en que tengamos una luz total y definitiva acerca de esta cuestión, no estamos en posición de afirmar que haya un error demostrado, lo que sería una objeción incuestionable frente a una Biblia infalible. Es de conocimiento común que incontables objeciones han sido resueltas de una manera plena desde el comienzo de este siglo (Robert M. Horn, *The Book that Speaks for Itself,* Downers Grove, IL.: InterVarsity Press, 1970, págs. 86, 87).

Cuando se hace frente a una aparente contradicción interna, se apela a la evidencia manuscrita, a la evidencia bíblica interna, a la evidencia lingüística documentada y a los cánones de la crítica textual. El espacio no nos permite el lujo de tratar con detalle cada una de estas áreas.

El segundo factor de la prueba de la evidencia interna es que la proximidad de los testigos tanto geográfica como cronológicamente con los acontecimientos registrados afecta a la credibilidad de los escritores. ¿Cómo afecta esto al Nuevo Testamento. Los relatos del Nuevo Testamento de la vida y enseñanzas de Jesús fueron registrados por hombres que o bien habían sido testigos oculares ellos mismos, o que bien registraron los relatos de testigos oculares.

El doctor Louis Gottschalk, antiguo Profesor de Historia en la Universidad de Chicago, bosqueja su método histórico en *Understanding History* (Entendiendo la Historia), una guía empleada por muchos para la investigación histórica. Gottschalk observa que la capacidad del escritor o del testigo para decir la verdad es útil para que el historiador determine la credibilidad, «incluso si está contenido en un documento obtenido por la fuerza o por fraude, o si en cambio es impecable, o si está basado en evidencia de segunda mano, o si es un testimonio interesado» (Louis R. Gottschalk, *Understanding History*. New York: Knopf, 1969, 2a. ed., pág. 150).

Esta «capacidad de decir la verdad» está estrechamente relacionada con la proximidad del testigo tanto geográfica como cronológicamente a los acontecimientos registrados. Los relatos del Nuevo Testamento acerca de la vida y enseñanzas de Jesús fueron registrados por hombres que habían sido o bien testigos oculares ellos mismos, o que registraron los relatos de testigos oculares de los acontecimientos reales o de las enseñanzas de Cristo.

> Lucas 1:1-3—Puesto que muchos han tomado a su cargo el compilar un relato ordenado de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos las transmitieron los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra, me ha parecido bien también a mí, después de haber investigado todo con esmero desde su origen, escribirte ordenadamente, excelentísimo Teófilo, para que te percates bien de la solidez de las enseñanzas en las que fuiste instruido.

> 2 Pedro 1:16—Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas ingeniosamente inventadas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad.

> 1 Juan 1:3—Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos también; para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.

> Juan 19:35—Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis.

Lucas 3:1—En el año decimoquinto del reinado de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Felipe tetrarca de la región de Iturea y de Traconítide, y Lisanias tetrarca de Abilene …

Esta proximidad a los relatos que se registran es una manera extremadamente eficaz de certificar la precisión de lo que se retiene como testigo. Sin embargo, el historiador tiene también que tratar con testigos oculares que consciente o inconscientemente dicen falsedades aunque esté cerca del acontecimiento y sea suficientemente competente para decir la verdad.

Los relatos que da el Nuevo Testamento de Cristo fueron circulados dentro del período de vida de Sus coetáneos. Estas personas podrían haber confirmado o negado la exactitud de estos relatos. Al presentar su alegato por el evangelio, los apóstoles habían apelado (incluso cuando se enfrentaban a duros opositores) al conocimiento que se tenía en común acerca de Jesús. No sólo decían: «Mirad, nosotros vimos esto» u «oímos aquello …», sino que tornaron las tablas y delante mismo de críticos y enemigos decían: «Vosotros también sabéis de esto … las visteis; vosotros mismos lo sabéis.» Se ha de ir con cuidado cuando se afirma delante de los que se oponen a uno: «Vosotros también lo sabéis,» porque si no se es preciso en los detalles, habrá una pública contradicción.

En Hechos 2:22, Pedro se encontraba delante del pueblo judío, y les dijo: «*Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón acreditado por Dios entre vosotros.*» O sea, no sólo a nosotros, sino un hombre «acreditado por Dios entre vosotros *con milagros, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él* .» Observemos esto: «*entre vosotros … como vosotros mismos sabéis*.» Ahora bien, si ellos no hubiesen visto aquellos milagros y aquellas señales, Pedro no habría salido vivo de allí, ni mucho menos miles habrían acudido a Cristo. Pablo actuó igual. En Hechos 26:24-26 Pablo fue hecho comparecer delante del rey, y le dijo, en mi propia paráfrasis libre: Me alegra comparecer delante de ti, porque sabes de mi vida desde mi infancia, y tú conoces las costumbres de los judíos. Y comenzó a presentar la evidencia del cristianismo. Y fue interrumpido. Mientras Pablo estaba diciendo esto en su propia defensa, el gobernador Festo le dijo en voz alta: «Pablo, estás loco. Tu gran erudición te está haciendo enloquecer.» Ellos ya sabían que Pablo era un gran erudito. Había estudiado bajo Gamaliel, y había estudiado en Tarso. Pero Pablo dijo: «No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que digo palabras sobrias y veraces.» Y esta frase, «sobrias y veraces», en griego son literalmente «verdad y racionalidad». Y luego observa lo que hace Pablo: añade estas palabras: «Estoy persuadido de que ninguna de estas cosas escapan a la noticia del rey (Agripa), porque esto no ha sido hecho en un rincón.»

Cuando estudio historia y quiero comprobar la precisión del escritor, hay varias cosas que pregunto. Primero, ¿tiene un buen carácter? Segundo, ¿hay consistencia en sus escritos? Tercer, ¿hay confrontación? En otras palabras, ¿fue el material

escrito o presentado en un tiempo en el que había personas viviendo que conocían los hechos alrededor de aquellos acontecimientos o declaraciones que se registran?

Tocante al valor de fuente primaria de los registros del Nuevo Testamento, el académico británico especializado en el Nuevo Testamento, de la Universidad de Manchester, F. F. Bruce, dice:

> Y los primeros predicadores no sólo habían de tener en cuenta a los testigos oculares amistosos; había otros menos bien dispuestos que estaban también familiarizados con los principales hechos del ministerio y de la muerte de Jesús. Los discípulos no podían permitirse el lujo de cometer inexactitudes (por no hablar de manipulaciones voluntariosas de los hechos) que serían en el acto denunciadas por los que estarían bien satisfechos de poderlo hacer. Al contrario, uno de los puntos fuertes en la predicación apostólica original es el confiado llamamiento al conocimiento de los oyentes; no sólo decían: «Somos testigos de estas cosas», sino también: «como vosotros también sabéis» (Hechos 2:22). Si hubiese habido alguna tendencia a apartarse de los hechos en algo material, la posible presencia de testigos hostiles en las audiencias habría servido como correctivo adicional (Bruce, *Documents*, pág. 33).

Robert Grant, erudito del Nuevo Testamento de la Universidad de Chicago, concluye así:

> En la época en que [los evangelios sinópticos] fueron escritos o se puede suponer que lo fueron, había testigos oculares, y su testimonio no fue totalmente dejado de lado. … Esto significa que los evangelios han de ser considerado como unos testimonios mayormente fiables de la vida, muerte y resurrección de Jesús (Robert Grant, *Historical Introduction to the New Testament,* New York: Harper and Row, 1963, pág. 302).

Mientras que la multiplicidad de testigos oculares del Nuevo Testamento no es una garantía de fiabilidad al cien por ciento, sería sumamente difícil argumentar que cada uno cometió el mismo error de identificación. Los relatos de los testigos oculares de haber visto a Cristo vivo tras su resurrección serían muy convincentes en un tribunal, especialmente a la vista de lo extenso de los testimonios.

La obra *Handbook of the Law of Evidence* (Manual de las leyes de la evidencia) de McCormick es un excelente tratado acerca del análisis de las evidencias, y hace la observación de que la insistencia del sistema legal acerca de emplear sólo las fuentes más fiables de información se manifiesta bien en la norma que demanda que un testigo que da testimonio de un hecho que pueda ser percibido por los sentidos tiene que haber observado el hecho (McCormick, *Handbook of the Law of Evidence,* Edward W. Cleary, ed., St. Paul: West Publishing Co., 1972, págs. 586, 587).

En énfasis de esta *norma de los rumores* es que el rumor no es admisible como evidencia en un tribunal. La obra *Normas Federales de Evidencias* afirma que un testigo ha de dar testimonio de aquello que sepa de manera directa, y no de lo que ha llegado a conocer de otras fuentes (*Federal Rules of Evidence,* Normas 801 y 802).

Tocante al valor de que uno testifique «de su propio conocimiento», el doctor John Montgomery señala que desde una perspectiva legal los documentos del Nuevo Testamento cumplen los requisitos de una evidencia de «fuente primaria». Escribe él que el registro del Nuevo Testamento queda:

> totalmente vindicado por las constantes declaraciones de sus autores de estar declarando aquello que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, que hemos mirado y que nuestras manos han tocado (John Warwick Montgomery, «Legal Reasoning and Christian Apologetics,» págs. 88, 89).

En el Nuevo Testamento, nos viene por conocimiento de primera mano. Por ejemplo, cuando María acudió al sepulcro, se le apareció el ángel, y le dijo: «No está aquí: ha resucitado.» Cuando María lo repitió, fue porque no le había visto; sólo había oído acerca de ello. Pero después, Jesús se apareció a María. Esto lo sacó de la categoría del rumor, y lo constituyó en fuente primaria.

Ahora bien, junto a estos testigos oculares, nos es necesario introducir un poco de la perspectiva psicológica. Hoy día, en el campo legal se está introduciendo todo un nuevo campo acerca de la constitución psicológica de los testigos, y lo que puede y no puede recordar. La doctora Elizabeth Loftus, profesora de psicología en la Universidad de Washington, escribió lo siguiente en una revista: «Las personas que son testigos de acontecimientos terribles recuerdan los detalles de los mismos con menor precisión que en el caso de acontecimientos ordinarios. La tensión o el temor perturban la percepción y por ello mismo la memoria. La tensión puede también afectar la capacidad de la persona para recordar algo observado o aprendido durante aquel período de relativa tranquilidad» (Elizabeth S. Loftus, «The Eyewitness on Trial [El testigo ocular a juicio]», *Trials*, Vol. 16, No. 10, Oct. 1980, págs. 30-35).

Sus observaciones, en realidad, fortalecen los relatos de los testigos oculares del Nuevo Testamento. No se encuentra ahí una observación pasajera de un extraño en la oscuridad de un callejón blandiendo una daga o una pistola. Los seguidores de Cristo pasaron tiempo con alguien a quien conocían y amaban. Varias veces Jesús les dijo: «No temáis», por lo que debían estar bajo tensión en estas ocasiones. Y atemorizados. Pero hubo también la repetición de las apariciones —se les apareció durante cuarenta días. Como testigos oculares durante cuarenta días, sus memorias se hicieron tanto más indelebles.

El número múltiple de los testigos oculares del Nuevo Testamento, y todas las apariciones, una de ellas, por ejemplo, ante quinientos testigos a la vez, no nos da una certidumbre al cien por ciento de que los testigos fuesen exactos. Sin embargo, sería sumamente difícil, y contrario a todo lo que conocemos en la historia, argumentar que cada uno de ellos cometiese el mismo error de identificación. Tomemos este ejemplo de quinientos testigos a la vez. Llevémoslos a un tribunal de justicia. *Démosles sólo seis minutos a cada uno de ellos.* Ahora bien, ¿cuándo fue la última vez que estuviste en un tribunal y viste que a un testigo ocular le

diesen sólo seis minutos? Pues démosle sólo seis minutos. Tomemos quinientos de ellos, *multipliquémoslo por seis minutos, y esto nos da tres mil minutos* de testimonio ocular. *Dividamos esto por sesenta minutos, una hora, y llegamos a tener cincuenta horas de testimonio ocular*. Sólo para la resurrección.

Hay una área de la prueba de la evidencia interna relacionada con los apóstoles que a menudo se pasa por alto —la resurrección y su efecto sobre sus vidas. Esto está tratado y documentado con bastante extensión en *Más que un carpintero* (publicado por Vida, Miami, Florida). Pero debido a que la resurrección es singular y fundamental para el cristianismo, exploraremos brevemente esta cuestión aquí.

Hay dos cuestiones cruciales que se relacionan con la fiabilidad del registro bíblico que tenemos en la actualidad: (1) ¿Es lo que tenemos ahora lo que en realidad fue escrito hace 2.000 años? En otras palabras, ¿ha sido cambiado el mensaje original con el paso de los siglos? (2) ¿Era cierto lo que fue registrado por escrito? ¿O fue distorsionado, aumentado, embellecido o retocado por Sus seguidores, para que coincidiese con su propia teología o comprensión de la teología? Lo que sigue trata este segundo punto.

La tradición histórica más rigurosa nos habla de doce hombres judíos, once de los cuales murieron como mártires en tributo a una cosa: un sepulcro vacío y las apariciones de Jesús de Nazaret vivo después de Su muerte por crucifixión. Durante cuarenta días después de Su resurrección, estos hombres anduvieron con Él y vivieron con Él y comieron con Él (Hechos 1:3). Su resurrección fue acompañada de *muchas pruebas indubitables*. La frase *pruebas indubitables* significa una evidencia abrumadora, convincente, empleada en los tribunales de justicia de aquella época.

El crítico dirá que los apóstoles murieron por una mentira, pero si la resurrección era una mentira, había doce hombres que sabían que era una mentira.

Andre Kole es considerado como el más grande ilusionista del mundo; a menudo es designado como el mago de los magos. Nunca ha sido confundido por ningún otro ilusionista o mago. Ha creado y vendido más de 1400 efectos de ilusionismo.

Cuando Andre no era cristiano, estudió psicología. Y fue instruido en ilusión y magia. Le desafiaron a aplicar su conocimiento experto a los milagros de Jesucristo, para racionalizarlos. Aceptó el reto. Puede racionalizar algunos de ellos, pero no la mayoría. Y me dijo: —Y uno de ellos, Josh, no pude siquiera aproximarme a racionalizarlo.

—¿Cuál? —le pregunté.

—La resurrección de Jesucristo —me repuso. Dijo que no hay manera alguna en que Jesús pudiese haber engañado a Sus apóstoles mediante efectos de ilusionismo o de magia. Hay demasiados factores de seguridad implicados. Y dijo que si la resurrección fuese falsa, ellos habrían de saberlo.

Aunque es cierto que a lo largo de la historia miles de personas han muerto por una mentira, lo hicieron pensando que se trataba de la verdad. Y si la resurrección

fuese mentira, estos hombres no sólo murieron por una mentira, sino también sabiendo que era mentira.

Como dijo el antiguo Padre de la Iglesia, Tertuliano: «Nadie estaría dispuesto a morir, excepto por lo que supiese que era la verdad.» ¿Qué les había sucedido a estos hombres? El autor doctor Michael Green, de Inglaterra, observa que «la resurrección fue la creencia que transformó a unos seguidores frustrados y descorazonados de un Rabí crucificado en los valerosos testigos y mártires de la iglesia primitiva. Es la creencia singular que separó a los seguidores de Jesús de los judíos y que los transformó en la comunidad de la Resurrección. Puedes encarcelarlos, azotarlos, pero no puedes hacer que nieguen su convicción de que al tercer día Él resucitó» (Michael Green, «Prefacio del Editor», en *I Believe in the Resurrection of Jesus*, por George Eldon Ladd, Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Co., 1975, pág. 3; hay traducción castellana, *Creo en la Resurrección de Jesús*, Ed. Caribe, Miami, 1977).

Kenneth Scott Latourette, que durante muchos años fue catedrático de historia en Yale, observaba que «de hombres y mujeres abatidos por el desaliento y la desilusión, que entristecidos miraban atrás a los días en que Jesús estaba ahí y en los que esperaban que Él redimiría a Israel, fueron transformados en una compañía de entusiasmados testigos» (Kenneth Scott Latourette, *A History of Christianity,* New York, Harper and Row, Publishers, 1937, I:59).

El doctor Simon Greenleaf fue una de las grandes mentes legales de nuestro país. Fue el famoso Profesor Real de Ley en Harvard. Su conocimiento experto era en el área de reducir la credibilidad de un testigo en un tribunal de justicia para mostrar que estaba mintiendo. Después de examinar el cristianismo y la resurrección, devino cristiano y pasó a escribir un libro explicando la evidencia que le había llevado a la conclusión de que la resurrección es un acontecimiento histórico bien establecido (Simon Greenleaf, *An Examination of the Testimony of the Four Evangelists by the Rules of Evidence Administered in the Courts of Justice,* Grand Rapids, MI: Baker Book House, reimpresión de 1965 [primera edición, 1874], pág. 29).

Greenleaf hizo esta observación en apoyo de la veracidad e integridad del testimonio de los discípulos: «Los anales de las campañas militares apenas si dan un ejemplo semejante: heroica constancia, paciencia y valor impasible. Tenían todos los motivos posibles para revisar cuidadosamente el terreno sobre el que se mantenían, y las evidencias de las grandes realidades y verdades que declaraban» (ibid).

Los críticos declaran también que morir por una gran causa no constituye demostración de aquella causa.

Es cierto que muchos han muerto por grandes causas. Pero la gran Causa de los apóstoles murió en la cruz. Volvámonos atrás en la historia a antes del tiempo de Cristo para ver por qué muchos de los judíos coetáneos de Jesús lo rechazaron como Mesías. Los judíos pensaban que habría dos Mesías, no uno. El primero sería

el Mesías sufriente que moriría por los pecados de Israel. El otro sería el Mesías reinante, político, que los liberaría de la opresión, el hijo de David. Jesús negó esto, declarando que no iba a haber dos Mesías: habría un Mesías que vendría dos veces. Jesús vino a significar: «Vengo a morir por vuestros pecados, y volveré otra vez, para reinar sobre todo el mundo.»

Antes de la época de Cristo, la jerarquía del judaísmo se había vuelto muy convencida de su propia rectitud. Cristo los acusó de ser sepulcros blanqueados. Estaban bajo la tiranía de los romanos, de modo que para mantener la adhesión del pueblo, les enseñaron que no necesitaban al Mesías sufriente, y que cuando llegase el Mesías, sería el Mesías político para reinar. Él haría descender los carros de guerra y la caballería montaña abajo; emplearía todas las armas posibles, y echaría a los romanos. Y esto es lo que la gente creía. Por esta razón les costaba mucho a los apóstoles comprender qué era lo que Jesús estaba diciendo. Les decía: «He de morir. Debo ir a Jerusalén. Voy a sufrir. Voy a ser crucificado y sepultado.» Ellos no podían comprenderlo. ¿Por qué? Desde la infancia les habían inculcado que cuando el Mesías llegase, reinaría políticamente. Pensaban que iban a contemplar cosas realmente magníficas. Ellos iban a reinar con Él. Lo creían.

El profesor E. F. Scott observa este punto cuando dice que «para el común de la gente, su Mesías era lo que había sido para Isaías y sus coetáneos, el Hijo de David, que traería la victoria y la prosperidad a la nación judía. A la luz de las referencias del Evangelio, difícilmente se puede dudar de que el concepto popular del Mesías era principalmente nacional y político» (Ernest Findlay Scott, *Kingdom and the Messiah,* Edinburgh: T. and T. Clark, 1911, pág. 55).

El doctor Joseph Klausner, un erudito judío, observó «que el Mesías vino a ser considerado más y más no sólo un gobernante político preeminente, sino también un hombre de cualidades morales preeminentes» (Joseph Klausner, *The Messianic Idea in Israel,* New York: Mcmillan Co., 1955, pág. 23).

Otro erudito judío, el doctor Jacob Gardenhus, dice que los judíos esperaban el Mesías como aquel que los liberaría de la opresión romana. El Templo con su servicio sacrificial estaba intacto, y los romanos no interferían en los asuntos religiosos de los judíos, y la esperanza mesiánica giraba básicamente en torno a la liberación nacional. Un redentor de un país oprimido.

La Enciclopedia Judía registra que los judíos «anhelaban por el libertador prometido de la casa de David, que les liberaría del yugo del aborrecido usurpador extranjero, que pondría fin al mundo de impiedad, y que establecería su propio reinado de paz y justicia en su lugar» (*The Jewish Encyclopedia,* New York: Funk and Wagnalls Co., 1906, Vol. 8, pág. 508).

Ésta fue también la actitud de los discípulos. ¿Estaban esperando ellos un Mesías sufriente? ¡No! Estaban esperando un Mesías reinante, político. Y así, cuando Cristo murió, sin haber establecido un reino con poder, se hundieron en el desaliento. Su gran causa había sido literalmente crucificada. Frustrados, se volvieron a sus casas.

Pero entonces algo sucedió. Al cabo de pocos días, sus vidas quedaron revolucionadas. Todos ellos menos uno murieron mártires por la causa del hombre que había dejado el sepulcro vacío y que se les apareció después de haber muerto. La resurrección es el único acontecimiento que pudo haber cambiado a estos hombres asustados y desalentados en hombres dispuestos a dedicar sus vidas a difundir el mensaje. Cuando quedaron convencidos de ello, jamás se volvieron atrás. Doce hombres diferentes, once de ellos muertos como mártires, nunca negando su testimonio a través de toda la agonía, dolor y tortura de la muerte de los mártires.

Harold Mattingly escribe, en su historia: «Los apóstoles, San Pedro y San Pablo, sellaron su testimonio con su sangre» (Harold Mattingly, *Roman Imperial Civilization,* Londres: Edward Arnold Publishers, Ltd., 1967, pág. 226). Tertuliano escribió que Nadie estaría dispuesto a morir, excepto por lo que supiese que era la verdad» (Gaston Foote, *The Transformation of the Twelve,* Nashville: Abingdon Press, 1958, pág. 12). Pasaron por la prueba de la muerte para determinar su veracidad. Prefirieron confiar en el testimonio de ellos antes que en la mayoría de las personas con que me encuentro hoy en día, que no están dispuestos a atravesar la calle por lo que creen, y mucho menos a ser perseguidos y a morir por la verdad de lo que escribieron.

La evidencia interna señala que los documentos fueron escritos no mucho después de los acontecimientos que narran, y que además fueron escritos dentro del período en que había muchos testigos oculares vivos. La conclusión ineludible de la evidencia interna es que se puede confiar en la imagen que se da de Cristo en el Nuevo Testamento. Puedo poner mi vida sobre ello.

El fallecido historiador Will Durant, experto en la disciplina de la investigación histórica, y que había pasado su vida analizando los registros de la antigüedad, escribe así:

> A pesar de prejuicios y preconcepciones teológicas de los evangelistas, ellos registran muchos incidentes que unos meros inventores habrían ocultado —la competición de los apóstoles por puestos altos en el Reino, su huida tras el arresto de Jesús, la negación de Pedro, el hecho de que Cristo no pudo obrar milagros en Galilea, las referencias de algunos autores a que se le achacaba que estaba fuera de sí, su primera incertidumbre acerca de su misión, su confesión de desconocimiento acerca del futuro, sus momentos de amargura, su clamor de desolación en la cruz; nadie que lea estas escenas puede dudar de la realidad de la figura detrás de ellas. Que unos hombres simples hubiesen podido inventar una personalidad tan poderosa y atrayente, tan elevada y ética, y una visión tan inspiradora de fraternidad humana, sería un milagro mucho más increíble que cualquiera de los que se registran en los Evangelios. Después de dos siglos de Alta Crítica, los bosquejos de la vida, carácter y enseñanzas de Cristo permanecen razonablemente claros, y constituyen el rasgo más fascinante en la historia del hombre occidental» (Will Durant, «Cæsar and Christ», *The Story of Civilization,* New York: Simon and Schuster, 1944, 3:557).

La tercera prueba es la de la *evidencia externa.* La cuestión aquí es si otros materiales históricos confirman o niegan el testimonio interno de los documentos

mismos. En otras palabras: ¿Qué fuentes hay, aparte de la literatura bajo análisis, que apoyen su exactitud, fiabilidad y autenticidad?

Dos amigos del apóstol Juan afirman la evidencia interna de los relatos de Juan. El historiador Eusebio preserva escritos de uno de ellos, Papías, obispo de Hierápolis (130 d.C.):

> «El Anciano [el apóstol Juan] solía decir también esto: "Marcos, que había sido el intérprete de Pedro, escribió con precisión todo lo que éste [Pedro] mencionaba, fuesen dichos o actos de Cristo, pero no en orden. Porque no fue ni oyente ni compañero del Señor; pero después, como he dicho, acompañó a Pedro, que adaptaba sus enseñanzas según la necesidad lo demandaba, no como haciendo una recopilación de los dichos del Señor. De modo que Marcos no cometió errores, escribiendo de esta manera algunas cosas tal como las presentaba; porque sólo prestó atención a una cosa: no omitir nada que hubiese oído, y no incluir ninguna falsa declaración entre ellas"» (Eusebio, *Historia Eclesiástica,* 3:39).

El segundo es Ireneo, obispo de Lyon (180 d.C.), que preserva los escritos de Policarpo, obispo de Esmirna, que había sido cristiano durante 86 años y que fue discípulo del apóstol Juan.

> Tan firme es la base sobre la que están estos evangelios que los mismos herejes dan testimonio de los mismos, y, comenzando a partir de ellos, cada uno intenta establecer su propia doctrina particular (Ireneo, *Contra Herejías,* 3:1:1).

Lo que está diciendo Policarpo ahí es que los cuatro relatos evangélicos acerca de lo que dijo Cristo eran tan precisos (firmes) que incluso los herejes no podían negar el registro que ellos daban de los acontecimientos. En ligar de atacar el registro escriturario, lo que hubiese resultado infructífero, los herejes comenzaban con las mismas enseñanzas de Cristo, y desarrollaban sus propias interpretaciones heréticas. Debido a que no podían decir: «Jesús no dijo esto …», en lugar decían: «Esto es lo que quería decir …» Uno está sobre un terreno bien sólido cuando los que no están de acuerdo actúan de esta manera.

La arqueología provee también a menudo evidencias externas poderosas. Contribuye a la crítica bíblica, no en el área de la inspiración y revelación, sino proveyendo evidencia de precisión acerca de acontecimientos registrados. El arqueólogo Joseph Free escribe así: «La arqueología ha confirmado incontables pasajes que habían sido rechazados como no históricos por los críticos, o como contradictorios a hechos conocidos» (Joseph Free, *Archaeology and Bible History,* Wheaton, IL: Scripture Press, 1969, pág. 1).

Parte de su mensaje era: «Nosotros fuimos testigos oculares de esto.» Observemos en Lucas 3, versículo 1, que hay quince referencias que da Lucas y que se pueden contrastar acerca de su precisión: «En el año decimoquinto [una referencia histórica] del reinado de Tiberio César [dos referencias], siendo Poncio

Pilato [tres] gobernador [cuatro] de Judea [cinco], Herodes [seis] tetrarca [siete] de Galilea [ocho], su hermano Felipe [nueve] tetrarca [diez] de la región de Iturea y de Traconítide [once y doce], y Lisanias [trece]tetrarca [catorce] de Abilene [quince].»

Quince referencias históricas en un versículo, y todas ellas se pueden contrastar respecto a su precisión histórica.

En tiempos pasados, Lucas había sido considerado equivocado, al referirse a los gobernantes de Filipos como *praetors*. Según los «eruditos», la ciudad habría sido gobernada por dos *duumvirs*. Sin embargo, como de costumbre quien tenía la razón era Lucas. Unos descubrimientos han demostrado que el título de *praetor* era el empleado para designar a los magistrados de una colonia romana.

La elección que hace Lucas de la palabra *procónsul* como título de Galión también se ha demostrado correcta, como se evidencia en la inscripción de Delfos que dice en parte: «Así como Lucio Junio Galión, mi amigo y procónsul de Acaya …»

La inscripción de Delfos (52 d.C.) nos da un período preciso de tiempo para establecer el ministerio de Pablo de un año y medio en Corinto. Sabemos esto por el hecho, de otras fuentes, que Galión asumió su puesto el 1 de julio, de que su proconsulado duró sólo un año, y que aquel mismo año coincidió con la obra de Pablo en Corinto.

Lucas da a Publio, el hombre principal de Malta, el título de «el hombre principal de la isla». Se han desenterrado inscripciones que también le dan el título «el primer hombre».

Aún otro argumento en pro de la fiabilidad de Lucas es su empleo del término *politarcas* para denotar a las autoridades civiles de Tesalónica. Por cuanto no se encuentra el término *politarcas* en la literatura clásica, se mantenía que Lucas estaba equivocado. Sin embargo, se han descubierto ahora unas 19 inscripciones que emplean este título. Cosa interesante, cinco de ellas se refieren a gobernantes de Tesalónica.

Los arqueólogos pusieron al principio en tela de juicio la implicación de Lucas de que Listra y Derbe estaban en Licaonia, y que Iconio no. Basaban esta postura en los escritos de romanos como Cicerón, que indicaban que Iconio se encontraba en Licaonia. Por ello, los arqueólogos mantenían que el libro de los Hechos no era fiable. Sin embargo, Sir William Ramsay encontró un monumento que evidenciaba que Iconio era una ciudad de Frigia. Descubrimientos posteriores confirmaron este extremo.

Entre otras referencias históricas hechas por Lucas hay la de «Lisanias, tetrarca de Abilene» al comienzo del ministerio de Juan el Bautista en el 27 d.C. El único Lisanias conocido por los especialistas de historia antigua era el que había sido muerto en el 36 a.C. Sin embargo, una inscripción hallada cerca de Damasco hace referencia al «Liberto de Lisanias el tetrarca», y está fechada entre el 14 y el 29 d.C.

No es sorprendente que E. M. Blaiklocl, profesor de clásicos en la Universidad de Auckland, concluye que «Lucas es un historiador consumado, y debe ser puesto por propio derecho entre los grandes escritores griegos.»

Una verdadera imagen

F. F. Bruce, de la Unversidad de Manchester, observa lo siguiente:

> «Allí donde se ha sospechado de inexactitud por parte de Lucas, y su exactitud ha quedado vindicada por alguna evidencia de inscripciones, se puede decir de manera legítima que la arqueología ha confirmado el registro del Nuevo Testamento.»

Bruce comenta así acerca de la precisión histórica de Lucas:

> Un hombre cuya precisión puede quedar demostrada en cuestiones que sí podemos someter a prueba es susceptible de ser exacto incluso ahí donde no tengamos a disposición medios para ponerlo a prueba. La precisión es un hábito de la mente, y sabemos por experiencias felices (o infelices) que algunas personas son habitualmente exactas, así como otras podemos predecirlas como inexactas. El registro de Lucas le da derecho a ser considerado como un escritor de exactitud habitual» (Josh McDowell, *The Resurrection Factor,* San Bernardino, CA: Here's Life publishers, 1981, págs. 34, 35; hay traducción al castellano: *El Factor de la Resurrección,* Terrassa, Barcelona: CLIE, 1985).

Hubo un tiempo en mi vida en que intenté destruir la historicidad y validez de las Escrituras. Pero he llegado a la conclusión de que son históricamente fiables. Si alguien descarta la Biblia como infiable en este sentido, entonces tiene que descartar casi toda la literatura de la antigüedad. Un problema con el que me enfrento constantemente es el deseo de parte de muchos de aplicar una norma o prueba a la literatura secular, y otra a la Biblia. Debemos aplicar la misma prueba, tanto si la literatura bajo investigación es secular o religiosa. Habiendo hecho esto, creo que podemos decir: «La Biblia es digna de confianza e históricamente precisa en su testimonio acerca de Jesús.»

Ahora comprendo por qué el historiador de la Roma clásica, el doctor A. N. Sherwin-White, escribe así: «Para el libro de los Hechos, en el Nuevo Testamento, la confirmación de la historicidad es abrumadora. … Cualquier intento de rechazar su historicidad básica, incluso en cuestiones de detalle, ha de ser considerado actualmente como absurdo. Los historiadores de Roma hace tiempo que lo dan por supuesto» (A. N. Sherwin-White, *Roman Society and Roman Law in the New Testament,* Oxford: Clarendon Press, 1963, pág. 189).

El doctor Clark Pinnock, profesor de interpretación en la Universidad McMasters en Canadá, concluye tras una prolija investigación: No existe ningún documento procedente del mundo antiguo, testificado por un conjunto tan excelente de testimonios textuales e históricos y ofreciendo un cúmulo tal de datos históricos en base del que se pueda tomar una decisión inteligente. Una persona honrada no puede echar a un lado una fuente así. El escepticismo acerca de las

credenciales históricas del cristianismo se basa en un prejuicio irracional» (Clark Pinnock, *Set Forth Your Case,* Nutley, N.J.: Craig Press, 1968, pág. 58).

Se puede llegar a la conclusión de que el Nuevo Testamento da un retrato ajustado de Cristo. Este relato histórico sobre Él no puede ser racionalizado con pensamientos especulativos, manipulaciones históricas o maniobras literarias.

¿Está profetizado Mahoma en la Biblia?

Los mahometanos mantienen que la venida de Mahoma fue predicha en la Biblia. La Escritura del Corán empleada para apoyar esta pretensión se encuentra en la Sura 7:156:

> «Los que creen al enviado, al Profeta, del común de la gente, a quien encontrarán escrito entre ellos en la Torá y el Evangelio.»

Si estas palabras son correctas, entonces deberíamos encontrar una referencia al Profeta Mahoma en las profecías de Moisés y de los Evangelios. La comunidad islámica ha buscado diligentemente para encontrar las profecías que apoyen su creencia de que la venida de Mahoma fue verdaderamente predicha. El Corán implica que estas profecías se encontrarían en la Torá y en el Evangelio sin grandes dificultades, pero los musulmanes se han encontrado sorprendidos al ver que es Jesucristo quien parece ser el tema de las muchas profecías, y no Mahoma.

Hay opiniones divergentes en el mundo musulmán acerca de cuáles profecías de la Biblia son las correctas. La gran mayoría de los musulmanes se aferran a Deuteronomio 18:18 como la referencia de la Torá (el nombre judío para los cinco libros de Moisés). Las referencias del Nuevo Testamento al «Consolador» en Juan 14-16 son tomadas como la principal referencia del Evangelio a Mahoma.

Patrick Cate comenta:

> Como hay una variedad de opiniones musulmanas acerca del *tahrif,* igualmente hay una amplia variedad de puntos de vista musulmanes acerca de las predicciones bíblicas tocantes a Mahoma. Algunos encuentran muchas predicciones, algunos encuentran pocas, y algunos no encuentran ninguna. Cuanto menos corrompida crea uno que está la Biblia, tantas menos predicciones tiende a encontrar (Cates, *Dissertation,* pág. 78).

Referencias del Antiguo Testamento

> Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mande (Deuteronomio 18:18).

Los musulmanes sostienen que ésta es una clara referencia a la venida de Mahoma, predicha por Moisés. Se dan las siguientes razones para creer que el profeta prometido es Mahoma:

1. Se cree que el Corán es la Palabra de Dios, y por tanto, como Mahoma recitó cada pasaje que le fue entregado, tuvo las palabras de Dios en su boca en conformidad a las palabras de esta profecía.

2. El profeta que vendría sería de entre los hermanos de los israelitas, y por ello los ismaelitas, porque Israel (Jacob) e Ismael eran los dos descendientes de Abraham, y las tribus que descendieron de los doce hijos de Ismael eran por tanto «hermanas» de las tribus que descendieron de los doce hijos de Israel. Como Mahoma fue el único ismaelita que reivindicó la condición de profeta en la línea de los profetas del Antiguo Testamento, ellos afirman que la profecía sólo puede referirse a él.

3. Mahoma fue supuestamente como Moisés en tantas maneras que la profecía sólo puede referirse a él.

Sin embargo, cuando se considera cualquier pasaje de las Escrituras, no se le puede aislar de su contexto. El pasaje declara que el profeta sería levantado—

> «de en medio de sus hermanos.»

La pretensión musulmana es que la identidad de sus hermanos es ismaelita. Ismael era el medio hermano de Isaac, que nació de Agar a Abraham. La raza árabe desciende de Ismael.

Técnicamente, aunque la nación israelita desciende de Isaac, el nombre de Israel fue aplicado a Jacob, no a Isaac. De modo que Israel e Ismael no están relacionados como hermanos, sino más bien como tío y sobrino.

Para comprender la verdadera identidad de «sus hermanos», se debe examinar el contexto. Deuteronomio 18:1-2 revela quién está siendo descrito como «hermanos»:

> «Los sacerdotes levitas, es decir, toda la tribu de Leví, no tendrán parte ni heredad en Israel … No tendrán, pues, heredad entre *sus hermanos*» (Deuteronomio 18:1-2).

En base de este pasaje, se ve que «hermanos» se refiere a las tribus de Israel (excluyendo en este caso a Leví). «Sus hermanos» se ve siempre no como el hermano de Isaac, sino los hermanos pertenecientes a la casa de Jacob, o sea, las doce tribus de Israel. Esto queda claro de los otros pasajes de la Escritura, donde el término «hermanos» se emplea para delinear una tribu de Israel en contraste a las otras once. Consideremos este versículo como un ejemplo:

> «Mas los de Benjamín no quisieron oír la voz de sus hermanos los hijos de Israel» (Jueces 20:13).

Aquí, «sus hermanos» se designa de manera explícita como refiriéndose a las otras tribus de Israel en contraste a la tribu de Benjamín. (Otras Escrituras que

demuestran este punto son Jueces 21:22; 2 Samuel 2:26; 2 Reyes 23:9; 1 Crónicas 12:32; 2 Crónicas 28:15; Nehemías 5:1).

Un importante pasaje que se debe observar en esta discusión es Deuteronomio 17:14-15:

> Cuando hayas entrado en la tierra que Jehová tu Dios te da, y tomes posesión de ella y la habites, y digas: Pondré un rey sobre mí, como todas las naciones que están en mis alrededores; ciertamente pondrás por rey sobre ti al que Jehová tu Dios escoja; de entre tus hermanos pondrás rey sobre ti; no podrás poner sobre ti a hombre extranjero que no sea tu hermano.

Vemos que no podía establecerse ningún extranjero como rey de ellos. Evidentemente, «hermanos» se refiere aquí a israelitas; trátese de un profeta, sacerdote o rey. La intensa unidad e identidad nacional son características del judaísmo, tanto espiritualmente, tal como se expresa en las Escrituras, como tradicionalmente, como se expresa a través de sus costumbres. El contexto de «hermanos» muestra que esto debe entenderse como las tribus de Israel.

En segundo lugar, el pasaje tratado afirma que el cumplimiento tocante a la identidad sería—

> «Profeta … como tú.»

El profeta predicho por Dios a Moisés iba a ser como Moisés. El mundo musulmán afirma que Mahoma fue mucho más similar a Moisés que Jesucristo, a quien los cristianos asignan el cumplimiento de esta profecía.

Algunas de las semejanzas entre Moisés y Mahoma son:

1) Moisés y Mahoma fueron legisladores, caudillos militares y guías espirituales de sus pueblos y naciones.

2) Moisés y Mahoma fueron al principio rechazados por su propia gente, huyeron al exilio, pero volvieron algunos años después para llegar a ser los líderes de sus naciones en lo religioso y en lo secular.

3) Moisés y Mahoma hicieron posible las conquistas inmediatas y con éxito de la tierra de Palestina tras su muerte, por mano de Josué y Omar, respectivamente.

Al mismo tiempo, se alega en las publicaciones del Centro de Propagación Islámica que Jesús y Moisés fueron tan diferentes que Jesús no puede ser el profeta al que se hace referencia. Estas diferencias son:

1) Moisés fue sólo un profeta, pero Jesús es el Hijo de Dios.

2) Moisés murió de muerte natural, pero Jesús murió violentamente en una cruz.

3) Moisés fue el gobernante nacional de Israel, lo que Jesús no fue en momento alguno durante Su ministerio en la tierra.

Nuestra pregunta es: ¿Demuestran estas semejanzas y contrastes en forma alguna que Mahoma es el profeta semejante a Moisés? En realidad, este razonamiento no nos sirve de ayuda para descubrir la verdadera identidad del profeta. Primero, ninguna de las diferencias que se alegan entre Moisés y Jesús son de vital importancia. La Biblia llama a menudo a Jesús profeta así como Hijo de Dios (cf. Mateo 13:57; 21:11; Juan 4:44). El hecho de que Jesús muriese violentamente no es relevante para lo que nos ocupa. Muchos profetas fueron muertos por los judíos por el testimonio que daban (cf. Mateo 23:31; Sura 2:85). Además, la Biblia enseña que la iglesia cristiana como un todo ha tomado el puesto de Israel en esta era como el objeto colectivo de los favores especiales de Dios. De la misma manera, así como Moisés condujo a aquella nación durante su vida sobre la tierra, así Jesús hoy encabeza la Iglesia de Dios desde Su trono en el cielo. Con respecto a esto, así, Jesús es realmente *como* Moisés.

Segundo, si invertimos el proceso, podemos mostrar muchas semejanzas entre Moisés y Jesús, en las que por otra parte podemos poner en contraste a Mahoma. Algunas de ellas son:

1) Moisés y Jesús eran israelitas —Mahoma era ismaelita. (Éste, como ya hemos visto, es un factor crucial para determinar la identidad del profeta.)

2) Moisés y Jesús salieron de Egipto para llevar a cabo la obra de Dios —Mahoma nunca estuvo en Egipto. De Moisés leemos: «Por la fe abandonó Egipto» (Hebreos 11:27). De Jesús leemos: «De Egipto llamé a mi Hijo» (Mateo 2:15).

3) Moisés y Jesús abandonaron grandes riquezas para compartir la pobreza de su pueblo, lo que no hizo Mahoma. De Moisés leemos que escogió «antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios» (Hebreos 11:25-26). De Jesús leemos: «Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros fueseis enriquecidos con su pobreza» (2 Corintios 8:9).

De modo que tenemos semejanzas entre Moisés y Jesús con las que Mahoma queda en contraste. Esto muestra la debilidad de tratar de comparar a Moisés con Mahoma. ¿Cómo podemos pues identificar al profeta que ha de ser como Moisés?

Como hubo numerosos profetas a lo largo de los siglos, es lógico suponer que este profeta sería singularmente como Moisés de una forma en que no lo era ninguno de estos profetas. Evidentemente, el profeta venidero emularía a Moisés en las características excepcionales y singulares de su acción profética. Más aún, deberíamos esperar que Dios daría alguna indicación en la profecía de los rasgos

distintivos de este profeta que iba a ser como Moisés. Sólo tenemos que referirnos al *contexto* de la profecía para descubrir este notable versículo que evidentemente nos da una indicación de la naturaleza del profeta que iba a venir:

> Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis. Esto es exactamente lo que pediste a Jehová tu Dios en Horeb el día de la asamblea, diciendo: No vuelva yo a oír la voz de Jehová mi Dios, ni vea yo más este gran fuego, para que no muera. (Deuteronomio 18:15-16).

Los dos rasgos distintivos de Moisés como profeta son mencionados de manera expresa: él conocía a Jehová cara a cara e hizo grandes señales y maravillas. El profeta como Moisés tendría que hacer evidentemente lo mismo. ¿Poseyó Mahoma estos rasgos excepcionales por el que el profeta iba a ser reconocido?

Primero, Dios hablaba directamente a Moisés, de modo que era un mediador directo entre Dios e Israel. Del Corán se alega que vino en todas las ocasiones del ángel Gabriel a Mahoma, y que en ningún momento Dios se comunicó directamente con él cara a cara, como lo admiten los mismos musulmanes.

Segundo, Mahoma no hizo señales ni milagros. Aunque el Hadith registra algunos milagros fantasiosos, son cosas puramente míticas, porque el Corán dice claramente de Mahoma que no hizo señales. En la Sura 6:37, cuando los adversarios de Mahoma dicen: «¿Por qué no bajó a él señal de su Señor?», se invita a Mahoma que replique meramente que Dios podría enviar una si quisiera, pero que no lo ha hecho. En la misma Sura leemos que Mahoma dijo: «No está en mi poder lo que apremiáis con ello» (6:57), refiriéndose a señales y a prodigios. Prosigue diciendo que si los tuviese, la disputa entre él y ellos habría quedado resuelta hacía tiempo. De nuevo, en la misma Sura, los adversarios de Mahoma dicen que creerán si vienen señales de Dios, pero él sólo contesta que Dios los ha reservado porque de ellos no creerían de todos modos.

De modo que encontramos que en la tierra Mahoma no fue un mediador directo entre Dios y el hombre, y que no pudo hacer ningunas señales para confirmar su oficio. Deuteronomio 34:11 hace esencial que el profeta como Moisés hiciese señales y prodigios similares a los llevados a cabo por Moisés. Por cuanto Mahoma no los hizo, tenemos una segunda y fatal objeción a la teoría de que él sea el profeta predicho en Deuteronomio 18:18.

Jesucristo ha sido tradicionalmente reconocido como el profeta prometido en Deuteronomio 18:15-18. Para apoyar este extremo se pueden citar evidencias procedentes de muchas fuentes, tanto bíblicas como históricas. Lo que es importante considerar aquí es que los judíos si que consideraron a Cristo como cumpliendo la profecía como «El Profeta». Su error residió en no ver que el profeta era además el Mesías.

Otra objeción favorita es que Jesús murió en manos de los judíos, mientras que Dios dijo, en Deuteronomio 18:20, que sólo los falsos profetas morirían así. Sin

embargo, cada profeta murió, y muchos de ellos de muerte violenta, como lo testifican juntamente el Corán y la Biblia; y la mera muerte física de un profeta no era desde luego evidencia en contra de su misión divina. ¡Desde luego, Dios no quería decir que ningún verdadero profeta moriría! Lo que significaba era que el falso profeta perecería eternamente —y con él todas sus profecías. Sólo el Día del Juicio revelará a todos los falsos profetas de todas las épocas.

Lo que en último término nos concierne es esto: Dios hizo una promesa final que surgiría un profeta como Moisés, que mediaría otro pacto, y que habría señales que acompañarían a este pacto para confirmar su origen celestial. La Biblia afirma con claridad que el profeta era Jesucristo. El apóstol Pedro, afirmando que Dios había predicho la venida de Jesucristo por medio de todos los profetas, apela específicamente a Deuteronomio 18:18 como prueba de que Moisés lo había predicho así (Hechos 3:22). Jesús mismo afirmó: «De mí escribió él [Moisés]» (Juan 5:46). Y es difícil encontrar en otros lugares en los cinco libros de Moisés una profecía tan directa de Su venida. Pedro escogió Deuteronomio 18:18 como la profecía distintiva de la venida de Jesucristo en todos los escritos de Moisés.

Del mismo modo, en Hechos 7:37 Esteban apeló a Deuteronomio 18:18 como prueba de que Moisés era uno de los que «anunciaron de antemano la venida del Justo», Jesús, a quien los judíos habían recientemente entregado a muerte, y crucificado.

Después de dar testimonio de todas las cosas que Jesús había hecho, y después de tomar parte en el nuevo pacto que Él había mediado cara a cara entre Dios y Su pueblo, los cristianos primitivos sabían que Jesús era el profeta cuya venida había sido predicha en Deuteronomio 18:18. También sabían que la profecía de que surgiría un profeta como Moisés había sido suplementada por la promesa de Dios al profeta Jeremías de que Él mediaría un nuevo pacto en los días venideros entre Él mismo y Su pueblo.

> He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado (Jeremías 31:31-34).

El pacto iba a ser diferente del promulgado por medio de Moisés, pero el profeta que lo iba a mediar sería como él. Y leemos: «Por eso es mediador de un nuevo pacto» (Hebreos 9:15). Para ratificar el primer pacto, leemos que

> Moisés tomó la sangre y roció sobre el pueblo, y dijo: He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas (Hechos 24:8).

A diferencia de los israelitas bajo el antiguo pacto que cayeron por el camino, el pueblo de Dios por medio de este nuevo pacto ha llegado «a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel» (Hebreos 12:23-24).

Cuando hablaba con Dios cara a cara, «no sabía Moisés que la piel de su rostro resplandecía, después que hubo hablado con Dios» (Éxodo 34:29-30). Cuando la imagen del Dios invisible le fue revelada directamente por medio del rostro transfigurado de Jesucristo, «su rostro resplandeció como el sol» (Mateo 17:2). Ningún otro profeta podía reclamar esta distinción —nadie más conoció a Dios cara a cara de tal manera que su rostro resplandeciese mientras tenía comunión con Él.

De modo que se hace evidente que no es Mahoma el predicho en Deuteronomio 18:18, sino más bien que el profeta cuya venida fue predicha en este versículo es Jesucristo.

Veremos ahora en el Nuevo Testamento que Jesucristo es la culminación de toda profecía en todas las escrituras reveladas por Dios. Porque todas las promesas, revelaciones y bendiciones de Dios se centran en Él —Él es la fuente del amor y del favor de Dios para con los hombres.

También veremos con mayor claridad que en la Torá y en los Evangelios hay sólo un Salvador, un Hombre por medio de quien solo se puede obtener el favor de Dios. Mientras que hubo muchos profetas en las eras pasadas —tanto verdaderos como falsos— sin embargo tenemos sólo un Señor y Salvador: Jesucristo. Otra vez veremos cuán profundamente Dios desea que esta verdad impacte sobre todos los hombres para que crean en Jesucristo y le sigan al Reino de los Cielos.

Referencias del Nuevo Testamento

La referencia más familiar del Evangelio citada por los musulmanes para apoyar su afirmación de que Mahoma fue predicho en la Biblia es la de los pasajes del «Consolador» en el relato de Juan del Discurso en el Aposento Alto. Las referencias son como se dan a continuación:

> Y yo rogaré al Padre, y os dará otro *Consolador*, para que esté con vosotros para siempre: el *Espíritu de la verdad*, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros (Juan 14:16-17).

> Mas el *Consolador*, el *Espíritu Santo*, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho (Juan 14:26).

> Pero cuando venga el *Consolador*, a quien yo enviaré del Padre, el *Espíritu de verdad*, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí (Juan 15:26).

> Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese, el *Consolador* no vendría a vosotros; mas si me voy, os lo enviaré (Juan 16:7).

Por lo general, los musulmanes alegan que la palabra griega *parakletos* (que significa Consolador, Consejero, Abogado, etc., en efecto, uno que une a los hombres con Dios) no es la palabra original, sino que Jesús de hecho había predicho la venida de Mahoma por su mismo nombre, y que la traducción de su nombre al griego (o al menos el significado de su nombre en griego) es «periklutos», es decir, «el alabado».

No hay evidencia alguna en favor de la aserción de que la palabra original fuese «periklutos». Tenemos miles de manuscritos del Nuevo Testamento anteriores al Islam, y ninguno de ellos contiene la palabra «periklutos». Una lectura de pasada de los textos en los que aparece la palabra «parakletos» muestra que es la única palabra que se ajusta al contexto.

Muchos musulmanes admiten en realidad que «consolador» es la traducción correcta, y luego mantienen que Mahoma era el consolador al que hace referencia Jesús aquí. La comunidad cristiana entiende que el Consolador es el Espíritu Santo, que viene a morar en los creyentes tras Pentecostés.

A la luz de las claras referencias en Juan al hecho de que el Consolador es el Espíritu Santo (Juan 14:17 y 26; 15:26; 16:13), es difícil sacar ninguna otra conclusión válida. Un estudio cuidadoso del pasaje ayuda a identificar el Consolador como el Espíritu, y no Mahoma.

Parece claro por los textos citados que el Consolador, el Espíritu Santo y el Espíritu de verdad son términos intercambiables, y que Jesús, en cada caso, se está refiriendo a la misma persona. El hecho que surge constantemente es que el Consolador es un *espíritu*. El hecho de que Jesús siempre hable del Espíritu en

género masculino no sugiere en absoluto que el Consolador tenga que ser un hombre, como lo sugiere alguna publicación musulmana. El mismo Dios es también mencionado en la Biblia y en el Corán en género masculino, y Dios es espíritu —Juan 4:24. De la misma manera, Jesús siempre hace referencia al Consolador como *espíritu*, y no como un *hombre.*

Si aplicamos una sana exégesis a Juan 14:16-17, descubriremos no menos que ocho razones por las que el Consolador no puede ser Mahoma en absoluto.

1. «El Padre … *os* dará otro Consolador.»

Jesús prometió a Sus discípulos que Dios les enviaría el Consolador *a ellos.* Él les enviaría el Espíritu de Verdad a Pedro y a Juan y al resto de los discípulos —no a los habitantes de la Meca, de Medina o a los Árabes.

2. «El Padre … os dará *otro* Consolador.»

Si, tal como pretenden los musulmanes, la palabra original era *periklutos* y los cristianos la cambiaron a *parakletos,* entonces la frase debería leerse como «os enviará otro alabado», y esta declaración está fuera de lugar en su contexto y carente de apoyo en otros pasajes en la Biblia. Jesús nunca es llamado el *periklutos* en la Biblia (y esta palabra no aparece en ningún lugar de la Biblia), por lo que es sumamente improbable que Él dijese: «El Padre os dará otro alabado» cuando Él mismo nunca es llamado con este título.

Juan 16:12-13 pone en claro que la palabra *parakletos* es la correcta. El texto dice: «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad.» En otras palabras, yo he sido vuestro Consolador, vuestro *parakletos,* y tengo muchas cosas que deciros, pero os envío el Espíritu de Verdad a vosotros, otro Consolador, otro *parakletos.*

En 1 Juan 2:1 leemos que los cristianos tienen un «abogado» para con el Padre, a «Jesucristo el Justo», y la palabra traducida «abogado» es *parakletos* en griego. De modo que Jesús es nuestro *parakletos,* nuestro abogado.

3. «Para que esté con vosotros *para siempre*.»

Cuando Mahoma vino no se quedó con su pueblo para siempre, sino que murió en el 632 d.C., y su sepulcro se encuentra en Medina, donde su cuerpo ha estado yaciendo por más de 1300 años. En cambio, Jesús dijo que el Consolador, cuando viniese, nunca dejaría a Sus discípulos, sino que estaría con ellos para siempre.

4. «El Espíritu de la verdad, al cual el mundo *no puede* recibir.»

El Corán dice que Mahoma fue enviado como mensajero universal a los hombres (Sura 34:28). Si es así, Jesús no se estaba refiriendo a Mahoma, porque dijo que el mundo como un todo no puede recibir al Consolador, el Espíritu de la verdad.

5. «Pero vosotros le *conocéis*.»

Es bien evidente por esta afirmación que los discípulos conocían al Espíritu de la verdad. Por cuanto Mahoma nació más de quinientos años después, desde luego no podía tratarse de él. La siguiente cláusula muestra hasta qué punto lo conocían los discípulos. Podemos ver claramente para ahora que el Consolador es un espíritu que estaba ya presente en los discípulos.

6. «Porque mora *con* vosotros.»

¿Dónde moraba el Consolador «con ellos»? Por medio de varios versículos, especialmente Juan 1:32, podemos ver que el Espíritu estaba en el mismo Jesús y que por tanto estaba con los discípulos.

7. «Estará *en* vosotros.»

Aquí se propina un duro golpe contra la teoría de que Mahoma sea el Consolador, el Espíritu de la verdad. Así como el Espíritu estaba *en* Jesús, también estaría *en* los discípulos. La palabra griega aquí es *en*, y significa «en el interior». De modo que Jesús estaba diciendo: «Estará en vuestro interior.»

8. La última razón es en realidad un renovado énfasis de la primera. ¿Vemos cuán a menudo Jesús se dirige a sus *propios* discípulos cuando les habla de la esfera de influencia del Consolador? «*Vosotros* le conocéis … mora con *vosotros* … estará en *vosotros*.» Es cosa bien evidente que los discípulos debían anticipar la venida del Consolador como un espíritu que acudiría a ellos justo después que Jesús les hubiese dejado. No se puede dar otra interpretación justa a este texto.

Leamos cómo el Espíritu acudió a Jesús: «Descendió sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma» (Lucas 3:22). Leemos que el Espíritu, el Consolador, vino a los discípulos de una manera similar poco después de la ascensión de Jesús (como Jesús les había dicho que sucedería): «Y se les aparecieron lenguas como de fuego, que, repartiéndose, se posaron sobre cada uno de ellos. Y todos fueron llenos del Espíritu Santo» (Hechos 2:3-4). Estuvo *con* los discípulos en la persona de Jesús (mientras estuvo con ellos), y estuvo *en* los discípulos desde el día de Pentecostés.

Al cabo de sólo diez días de la ascensión de Jesús, los discípulos recibieron el Consolador, tal como les había sido prometido por Jesús. Él les había dicho que esperasen en Jerusalén hasta que viniese el Espíritu Santo, el Consolador (Hechos 1:4-8), como así sucedió mientras ellos estaban juntos orando por su venida en la ciudad. No hay evidencia alguna, en absoluto, de que se tenga aquí a la vista a Mahoma.

Pasando adelante a Juan 16:7 (citado antes), todo el sentido de este versículo queda claro en base de la declaración de Jesús: «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar» (Juan 16:12). Jesús había dicho: «Os conviene que yo me vaya.» Los discípulos no podían sobrellevar ahora Su enseñanza, porque eran hombres ordinarios carentes de capacidad para comprender o aplicar lo que Él había dicho. El Espíritu de Verdad estaba ciertamente en Jesús, pero no estaba aún en Sus discípulos, por lo que no podían seguir los elementos espirituales de Su enseñanza. Sin embargo, después de la ascensión recibieron el Espíritu, y ahora podrían comunicar y comprender Su enseñanza, porque el Espíritu de Verdad estaba también en ellos. Por eso dijo Jesús: «Os conviene que yo me vaya.» Pablo deja esto igualmente claro:

> Cosas que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por medio del Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha otorgado gratuitamente (1 Corintios 2:9-13).

Pablo pone en claro que el Espíritu ya había sido dado y que si no, no habría sido ninguna ventaja para los discípulos estar sin Jesús.

De modo que se hace evidente que Mahoma no es el Espíritu de la verdad, el Consolador, cuya venida anunció Jesús de antemano. ¿Quién es entonces el Consolador? Es el mismo Espíritu del Dios viviente, como se puede ver de algunas de las citas que ya han sido dadas. En el día en que el Consolador vino sobre los discípulos, Su venida fue acompañada de un enorme fragor, «como de un viento recio que soplaba» (Hechos 2:2). Cuando los judíos lo oyeron, se precipitaron para ver lo que pasaba. Pedro, el discípulo, declaró a todos los que se habían congregado:

> Esto es lo dicho por medio del profeta Joel: Y sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramaré de mi Espíritu sobre toda carne (Hechos 2:16, 17).

El Consolador, el Espíritu de Dios, había descendido sobre los discípulos, como Jesús prometió, e iba a ser dado a los cristianos creyentes de todas las naciones bajo el sol. Pero observemos cuán cuidadosamente Pedro vinculó la venida del Espíritu, el Consolador, con la ascensión de Cristo:

> A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, *exaltado* por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del *Espíritu Santo*, ha derramado esto que vosotros veis y oís (Hechos 2:32-33).

Evidentemente, la venida del Consolador estaba inextricablemente unida con el Jesús resucitado, ascendido y glorificado en el lugar más exaltado que el cielo admite. El Consolador es también llamado el «Espíritu de Cristo» (Romanos 8:9), y la razón es evidente, en base de lo dicho por Jesús:

1. «Él *me glorificará*» (Juan 16:14).
2. «Él dará testimonio acerca de *mí*» (Juan 15:26).
3. «Y cuando él venga, redargüirá al mundo de pecado … por cuanto no creen *en mí*» (Juan 16:8-9).
4. «Él … tomará de lo *mío*, y os lo hará saber» (Juan 16:14).
5. «Él … os recordará todo lo que yo os he dicho» (Juan 14:26).

Muy evidentemente, la gran obra del Consolador es llevar a cabo la obra de llevar personas a Jesús, haciéndoles ver a Él como el Salvador y Señor, y atrayéndolos a Él. El Consolador fue dado para que la gloria de Jesús pudiese ser revelada a los hombres y en los hombres. Un hermoso ejemplo de esto mismo es el que da Juan:

> Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio; pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho (Juan 12:16).

Sin el Espíritu, carecían de entendimiento, pero cuando recibieron el Espíritu después que Jesús fue glorificado, entonces recordaron cómo Jesús les había dicho que lo harían. Juan ilustra esto también en otro pasaje:

> En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua vida. Esto dijo del *Espíritu* que iban a recibir los que creyesen en él; pues aún *no* había sido dado el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún *glorificado* (Juan 7:37-39).

Tan pronto como Jesús fue glorificado, fue dado el Espíritu para que la gloria de Jesús en el cielo se hiciese real para los hombres aquí en la tierra. Tal como dijo Pedro (Hechos 2:33), cuando Jesús fue *exaltado* a la diestra de Dios, el Espíritu fue

dado libremente por Dios, como Él había prometido, a todos los verdaderos creyentes.

También Pedro dijo: «El Dios de Abraham … *ha glorificado* a su Siervo Jesús» (Hechos 3:13). No podemos ver o comprender esta gloria de Jesucristo aquí en la tierra (y el mismo Jesús dijo: «Gloria de los hombres no recibo» —Juan 5:41), pero Él nos envió el Espíritu para que podamos contemplar esta gloria con los ojos de la fe. Como Jesús mismo dijo a los discípulos, acerca del Espíritu:

> Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber (Juan 16:14-15).

Jesucristo habló a Sus propios discípulos acerca de la venida del Consolador, porque el Espíritu fue enviado para consolar y regenerar a todos los verdaderos creyentes en Jesús. Éste es uno de los elementos más significativos y consistentes de la enseñanza de Jesús acerca del Consolador. El propósito primordial de la venida del Consolador —inmediatamente después de la ascensión de Jesús— fue atraer a los hombres a Él mismo para que los que estén influenciados por la obra del Consolador lleguen así a ser seguidores de Jesús.

Bien al contrario de que Mahoma fuese predicho en la Biblia, cada profecía, cada agente de Dios, cada verdadero profeta y espíritu, lo que hacen es contemplar arriba a la irradiación de la gloria del Padre, al que se sienta en el trono, el Señor Jesucristo.

Jesucristo ascendió al cielo —Dios Padre lo tomó para Sí mismo. Jesús solo es el Redentor del mundo. Sólo Él puede entrar en la presencia santa del trono del Padre y llenarlo con Su gloriosa majestad. De la misma manera, puede reconciliar a los pecadores con Dios y será un día vuelto a ver en todo Su esplendor cuando vuelva para llamar a los Suyos —a aquellos que anhelantes esperaron Su venida y a todos aquellos que ahora esperan Su regreso del cielo— para que estén con Él donde Él está y contemplar la gloria que tenía con el Padre antes de la fundación del mundo.

Moisés se regocijó cuando habló del profeta venidero, que era Jesucristo. El Consolador, el Espíritu Santo, sigue regocijándose en revelar Su gloria y majestad a aquellos en los que mora. Los ángeles y los santos fallecidos esperan el día en que toda rodilla se doblará y en que toda lengua confesará que es Jesucristo quien es Señor —para eterna gloria de Dios Padre.

El Evangelio de Bernabé

Los musulmanes mantienen que el relato cristiano de la vida de Jesús en los evangelios no es auténtico, sino que la verdad se encuentra en el Evangelio de Bernabé. Este evangelio, pretendidamente escrito en el siglo primero por el apóstol Bernabé, contiene profecías referentes a la venida de Mahoma, una denuncia de

Pablo y de su ministerio, y enseñanzas que rechazan la deidad, mesianismo y singularidad de Jesús. Uno puede ver la influencia de esta cuestión sobre la historia textual del Corán y de que Mahoma fuese predicho como profeta.

El Islam cree que el cristianismo suprimió deliberadamente la enseñanza del Evangelio de Bernabé con su intensa postura pro-islámica, a fin de promover el evangelio cristiano. Sin embargo, no hay ninguna evidencia que apoye la pretensión musulmana —ni en favor de la existencia de un documento histórico escrito por el apóstol Bernabé, ni de que hubiese ninguna supresión de un documento así por parte de la comunidad cristiana primitiva.

Esta es una importante cuestión a resolver, debido a que mucha de la evidencia histórica (si no la mayor parte de la misma) que emplean los musulmanes para apoyar la enseñanza del Corán por encima y en contra de la Biblia tiene su fuente en el Evangelio de Bernabé. En años recientes, el Evangelio de Bernabé ha sido distribuido muy extensamente por el mundo del Islam en muchos idiomas.

Desde 1973, la traducción inglesa del Evangelio de Bernabé de Lonsdale y Laura Ragg ha sido reimpresa en grandes cantidades por la Begum Aisha Bawany Wakf en Paquistán.

Los musulmanes han sido persuadidos de que este libro cuenta la verdad definitiva acerca de la vida y enseñanzas de Jesucristo. Alega que Jesús no era el Hijo de Dios, que no fue crucificado y que predijo la venida de Mahoma. Como resultado, algunos musulmanes creen que este es el verdadero *Injil* dado a Jesús. Sin embargo, el Evangelio de Bernabé no afirma ser el Injil, sino que se distingue a sí mismo del libro que se alega fue dado a Jesús.

> El ángel Gabriel le presentó un libro como un espejo brillante, que descendió al corazón de Jesús, en el que tenía conocimiento de lo que Dios había hecho y dicho, y lo que Dios quiere, hasta el punto de que todo quedó descubierto y abierto para él; tal como me dijo a mí: «Cree, Bernabé, que conozco a cada profeta con cada profecía, de modo que todo lo que digo, todo ello ha salido de este libro» (Bernabé 10).

Otros musulmanes creen que el Evangelio de Bernabé es el «testamento original» y que los cristianos lo han cambiado por el «Nuevo Testamento». Una actitud así traiciona una ignorancia no sólo del Evangelio de Bernabé, sino también de la estructura de la Biblia Cristiana como un todo.

Este capítulo no pretende ser un análisis profundo del estudio académico que se está llevando a cabo acerca del trasfondo y orígenes del Evangelio de Bernabé. En esto somos deudores principalmente a los Raggs, que tradujeron este Evangelio al inglés por primera vez, y a hombres como Gairdner, Jomier y Slomp, que han hecho mucho por la causa de la verdad al dar pruebas sustanciales de la falsedad del Evangelio de Bernabé. Más bien hemos tratado de presentar aquí un sumario de algunas de las pruebas que han surgido de estos estudios para compartirlas con

nuestros amigos musulmanes, para que puedan tener una mejor comprensión del trasfondo histórico y de la inexactitud del Evangelio de Bernabé.

¿QUIÉN FUE BERNABÉ?

Bernabé aparece por primera vez en el Libro de los Hechos. James Cannon, escribiendo en *Muslim World*, da este relato de la vida de Bernabé:

> El libro de Hechos en el Nuevo Testamento conoce de un rico judío chipriota, levita, de espíritu generoso y amplias simpatías, amigo y patrocinador de Pablo, y que a semejanza de este último, aunque no era del número original de los doce, llegó a ser honrado con el título de apóstol. Más allá del registro de su asociación con Pablo en el servicio misionero, de su eventual separación y de una mención incidental en dos de las epístolas de Pablo, el Nuevo Testamento guarda silencio (James Cannon, «The Gospel of Barnabas», *Moslem World*, III, 1942, 32:167-168).

TRASFONDO HISTÓRICO

La siguiente mención de Bernabé se encuentra en un decreto que se supone fue promulgado por el Papa Gelasio I en el siglo quinto. En él, el Evangelio de Bernabé es mencionado como prohibido para los cristianos debido a su enseñanza herética. El libro era de origen gnóstico; los gnósticos eran unas sectas que negaban enseñanzas capitales como la deidad de Cristo. Enseñaban que la materia era mala y que el mundo espiritual era superior. Esta postura les llevó a negar la encarnación de Jesús: que Dios tomase carne humana. Los libros gnósticos también difundían una enseñanza crítica y negativa contra el apóstol Pablo y su ministerio. Toda esta doctrina concordaría bien con las doctrinas musulmanas.

Tocante a esta referencia del siglo quinto, Cannon comenta:

> Esto tiene un significado especial al dar evidencia de que podía haber en circulación un Evangelio gnóstico de Bernabé entre los años 550-600 d.C., la época general de Mahoma, aunque condenado por la autoridad cristiana. De esta fuente se puede imaginar que se filtraron algunos rayos de un conocimiento de una tradición cristiana supuestamente ortodoxa al parco acervo de información cristiana de Mahoma. Desde luego, los patentes absurdos del relato que hace el Corán acerca de Cristo sólo pueden ser explicados sobre la base de que Mahoma conocía la tradición cristiana por fragmentos transmitidos por vía del rumor.
>
> (De este perdido evangelio gnóstico nos ha sido preservada sólo una oración griega carente de importancia. Dice una tradición que cuando se exhumó lo que se creía el cuerpo de Bernabé, tenía una copia del evangelio de Mateo apretado contra su pecho, y que este evangelio contenía una denuncia contra San Pablo.) Evidentemente, no podía tratarse del evangelio canónico, sino de una obra apócrifa pretendiendo la autoridad de Mateo. Incidentalmente, el presente texto del Evangelio de Bernabé contiene en sus párrafos inicial y final un ataque contra San Pablo. Toda la literatura gnóstica hacía de Pablo blanco de sus ataques.

> El perdido «Evangelio» gnóstico de Bernabé habría tenido mucha más relación con una versión mahometana del evangelio que la que pueda existir entre él y los escritos del Nuevo Testamento. Cosas como el «nacimiento sin dolor», su tipo de escatología, la eliminación de Juan el Bautista, y la pasión docética son artículos que atraen tanto a los gnósticos como a los musulmanes.
>
> La siguiente aparición del nombre de Bernabé tiene lugar en el llamado Decreto Gelasiano. Este documento contiene una lista de libros permitidos y prohibidos, y entre los prohibidos figura «el Evangelio de Bernabé». Se puede suponer sin temor a errar que la causa de la prohibición fue la supuesta enseñanza gnóstica del libro, por cuanto el Decreto mismo era un documento anti-gnóstico, y el nombre de este libro concreto aparece en la lista junto con otros materiales gnósticos más bien conocidos. Hay aquí varios puntos que nos llaman la atención:
>
> 1. El primer uso del título: «Evangelio de Bernabé.»
>
> 2. El trasfondo gnóstico del libro. Este es interesante, porque la negación de la divinidad de Jesús que se encuentra en el gnosticismo está de acuerdo con lo que podríamos esperar en un relato musulmán sobre la vida de Cristo, por cuanto los musulmanes lo aceptan históricamente y como un gran profeta, negándole sólo la divinidad y la condición de Mesías.
>
> 3. La fecha del Decreto Gelasiano. La tradición católica asigna este documento a Gelasio I, Papa desde el 492 hasta el 496, pero la moderna erudición crítica ofrece evidencias concluyentes de que fuese cual fuese la relación del Papa Gelasio con esta lista, o con otra lista más breve, el Decreto Gelasiano completo no puede ser anterior (James Montague Rhodes, *The Apocryphal New Testament,* Oxford: The Clarendon Press, 1924, pág. 21). (Ibid., págs. 168-169).

Antes de citar la siguiente referencia histórica al Evangelio de Bernabé, se debería mencionar que fuera del registro bíblico no se sabe nada de lo que le sucedió al apóstol Bernabé. Hay alguna tradición fiable que sitúa a Bernabé tanto en Alejandría como en Roma. De hecho, otro libro apócrifo, la Epístola de Bernabé, surgió de Alejandría. *No debe confundirse con el Evangelio de Bernabé.* Aquí lo que nos ocupa es el pretendido Evangelio. La Epístola apócrifa no tiene ninguna correlación con la comunidad islámica. Es el Evangelio de Bernabé el que creen los musulmanes que constituye un relato genuino.

La siguiente mención del Evangelio proviene del siglo 18, cuando se halló una copia italiana del manuscrito. Esta versión del Evangelio de Bernabé es indudablemente una falsificación y desde luego no tiene su origen en el siglo primero.

El manuscrito cita varias líneas del Corán. Esto suscita dos puntos importantes. Primero, este relato del Evangelio de Bernabé ha de ser posterior al siglo séptimo, cuando el Corán fue escrito. Segundo, debido a su relación con el Corán, *no puede* estar relacionado históricamente con el original Evangelio apócrifo de Bernabé, el mencionado en el Decreto Gelasiano, aunque el autor pudo haber estado familiarizado con sus enseñanzas heréticas.

No sólo cita del Corán esta copia italiana del Evangelio de Bernabé, sino que además toma pasajes del autor italiano Dante, que escribió la *Divina Comedia* en el siglo 12.

Dice Cannon:

> A pesar de los numerosos contactos entre cristianos y musulmanes durante las cruzadas y la invasión musulmana de Europa, no hay indicación alguna de que tal libro fuera conocido por ninguno de ambos lados. Francisco de Asís, 1182-1286, aunque residió durante un mes en la corte del Sultán de Egipto, nunca oyó de él. Ramon Llull [Raimundo Lulio], 1235-1315, el primer hombre en ofrecer un programa de acercamiento intelectual y espiritual a los musulmanes, en contraste con el programa de la fuerza, vivió una vida larga dedicada a la investigación de todas las formas de la cultura musulmana, pero no da indicación alguna de haber oído de tal obra, aunque vivió en contacto y controversia en directo con musulmanes inteligentes en tres diferentes períodos de su vida (*ibid.*, págs. 169-170).

El único manuscrito conocido en existencia es el italiano. En 1784 se dijo que había una traducción castellana del italiano, pero desde entonces ha desaparecido. Nadie jamás ha mencionado ni visto la copia original en árabe. Y no hay evidencia para apoyar su existencia.

EXAMEN DEL EVANGELIO

¿Fue Bernabé realmente su autor?

Este libro profesa ser un Evangelio y alega que su autor fue el apóstol Bernabé. Para determinar esto, hemos de hacer algunas comparaciones entre el conocimiento que tenemos del verdadero apóstol Bernabé en la Biblia y el pretendido autor del Evangelio de Bernabé. Aparecen al comienzo y al fin de este evangelio dos comentarios que de inmediato nos ayudan en nuestra investigación. Y son estos:

> Muchos, engañados por Satanás, bajo una pretensión de piedad, están enseñando una doctrina muy impía, llamando a Jesús hijo de Dios, repudiando la circuncisión ordenada por Dios para siempre, y permitiendo todas las comidas inmundas, entre los que Pablo también ha sido engañado (Bernabé, Prólogo).

> Otros predicaban que había realmente muerto, pero que resucitó. Otros predicaban, y siguen predicando, que Jesús es el Hijo de Dios, entre los que está Pablo engañado (Bernabé, 222).

El autor de este libro emplea un lenguaje duro para denunciar las enseñanzas de Pablo, especialmente por lo que toca a la circuncisión, la crucifixión , la muerte y la resurrección de Jesús, y la creencia cristiana de que Jesús es el Hijo de Dios. El libro abunda en discursos dirigidos contra aquellas cosas por las que el autor en particular se enfrenta contra Pablo, y no puede abrigarse duda alguna de que el autor de este libro está diametralmente opuesto a Pablo y a su doctrina y totalmente enfrentado a su predicación y enseñanza. Esto constituye una intensa evidencia en contra de la autenticidad del libro.

Cuando examinamos la historia de Bernabé en la Biblia, encontramos, como se ha mencionado con anterioridad, que sólo aparece entre los apóstoles *después* de la ascensión de Jesús al cielo cuando la iglesia cristiana primitiva estaba arraigándose en la tierra de Palestina. Como gesto de fe y amor para con sus hermanos, vendió

un campo que poseía y dio el precio a los apóstoles para que el dinero fuese distribuido a discreción de ellos entre los hermanos. Este gesto de bondad fue una gran causa de aliento para los creyentes, y por ello los apóstoles le llamaron «Barnabás», que significa «hijo de aliento, o consolación». Antes de esto había sido conocido sólo por su nombre propio, José (Hechos 4:36).

Aquí, el autor del Evangelio de Bernabé comete un grave error, porque sugiere en todo el libro no sólo que Bernabé fue realmente uno de los doce discípulos de Jesús durante Su ministerio en la tierra, sino también que fue conocido por este nombre de «Bernabé» a lo largo de este período de ministerio. Mas de una vez en el libro vemos a Jesús pretendidamente llamándole por este nombre, y la primera vez, que aparece bastante temprano en el libro, es ésta:

> Jesús respondió: No te aflijas grandemente, Bernabé, porque aquellos a los que Dios ha escogido antes de la creación del mundo no perecerán (Bernabé 19).

Ahora bien, aquí hay un anacronismo que destruye la posibilidad de que este libro fuese realmente escrito por el apóstol Bernabé. Los apóstoles sólo le dieron el nombre «Bernabé» (hijo de aliento) *después* de la ascensión de Jesús y a causa de la generosa acción que había animado los espíritus de los primitivos cristianos. Pero el Evangelio de Bernabé hace a Jesús llamarle por este nombre unos tres años *antes* de la ascensión al cielo. Esta es una grave objeción a la pretensión de que este libro fuese escrito por el apóstol Bernabé.

La siguiente ocasión en que Bernabé aparece en los antiguos acontecimientos de la Iglesia fue con ocasión de la primera visita de Pablo a todos los apóstoles en Jerusalén. Debido a que los apóstoles sabían que Pablo había sido en años anteriores un implacable perseguidor de los primitivos cristianos (primariamente debido a que creían que Jesús era el Hijo de Dios), los apóstoles y otros cristianos en Jerusalén dudaban de si él se había convertido ahora de veras a su fe. Es verdaderamente una revelación descubrir, a la luz de los vehementes ataques que se hacen contra Pablo en el Evangelio de Bernabé, quién fue precisamente el que se esforzó denodadamente para asegurar a los hermanos en Jerusalén que Pablo era verdaderamente un discípulo:

> Entonces Bernabé, tomándole, lo condujo ante los apóstoles, y les relató cómo Saulo había visto en el camino al Señor, el cual le había hablado, y cómo en Damasco había hablado valerosamente en el nombre de Jesús (Hechos 9:27).

Aquí hacemos frente a una segunda y grave cadena de evidencia en contra de la sugerencia de que Bernabé fuese el autor del «Evangelio» que se le atribuye. Sólo siete versículos antes leemos que cuando Pablo emprendió la predicación pública en la sinagoga de Damasco, «en seguida se puso a predicar a Cristo en las sinagogas, diciendo que éste era el Hijo de Dios» (Hechos 9:20). Cuando este

mismo Pablo acudió a Jerusalén, fue Bernabé quien le defendió vigorosamente como verdadero discípulo de Jesús.

Es enorme el contraste que tenemos aquí con el libro que estamos considerando, en el que el autor, supuestamente Bernabé, ataca a Pablo por el mismo hecho de que estuviese proclamando que Jesús es el Hijo de Dios. El verdadero Bernabé fue la mano derecha de este mismo Pablo que enseñaba públicamente que Jesús era realmente el Hijo de Dios. Es este mismo Bernabé quien le representó en Jerusalén y que no ahorró esfuerzo alguno para persuadir a los discípulos allí que Pablo era realmente un discípulo de Jesús.

En este capítulo trataremos de mostrar que el Evangelio de Bernabé fue escrito no antes de *14 siglos* después de Cristo, y que el autor, quienquiera que fuese, sencillamente decidió atribuir a Bernabé la paternidad de esta falsificación. Los autores a los que nos hemos referido antes, que han hecho un estudio muy profundo acerca de los orígenes y fuentes del llamado Evangelio de Bernabé, también han intentado determinar por qué el verdadero autor de este libro eligió presentar a Bernabé como su supuesto autor.

Cuando la iglesia en Jerusalén oyó que la iglesia en Antioquía estaba creciendo y prosperando, los apóstoles decidieron enviar a Bernabé allí para asumir la enseñanza e instrucción de los nuevos creyentes. Pero Bernabé, por sí mismo, decidió que no podría asumir esta carga solo, y decidió obtener la ayuda de un compañero creyente, bien basado en la fe, para tal tarea. Sin dudarlo, Bernabé viajó hasta Tarso, en Asia Menor, para hallar a *Pablo.* Llevó consigo a Pablo a Antioquía para que le ayudase en la instrucción de la iglesia. Leemos esto acerca de su ministerio:

> Y se congregaron allí un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente; y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía (Hechos 11:26).

Pablo y Bernabé fueron luego a Jerusalén con ayuda para los hermanos debido al hambre en los tiempos del emperador romano Claudio (Hechos 11:28-30). Después de esto, Pablo y Bernabé volvieron a Antioquía (Hechos 12:25). Siguieron conduciendo a la iglesia ahí, y posteriormente fueron enviados por la iglesia para predicar el evangelio en las provincias de Galacia (una parte de lo que es ahora Turquía).

Allí donde iban, Pablo y Bernabé predicaban que Jesús es el Hijo de Dios y que Dios le había resucitado de los muertos (cf. Hechos 13:33). ¡Y en cambio el autor del Evangelio de Bernabé nos querría hacer creer que Bernabé era un enemigo acérrimo de Pablo en estas cuestiones! Incluso los encontramos *a ambos* proclamando que las ordenanzas restrictivas del judaísmo (p.e., la circuncisión) no deberían ser forzadas sobre los gentiles, y que eran innecesarias para la salvación. Hay un acontecimiento muy significativo en su ministerio conjunto que se narra así:

> Entonces algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos. Como Pablo y Bernabé tuviesen una discusión y contienda no pequeña con ellos, se dispuso que subiesen Pablo y Bernabé, y algunos otros de ellos, a Jerusalén, a los apóstoles y los ancianos, para tratar esta cuestión (Hechos 15:1-2).

Ciertos judaizantes habían surgido entre los cristianos primitivos, diciendo que la circuncisión era necesaria para la salvación. ¿A quiénes encontramos discutiendo agriamente contra ellos acerca de esto? ¡Ni más ni menos que a Pablo y Bernabé!

Y no obstante, en el Evangelio de Bernabé leemos que una de las «doctrinas impías» que Pablo sostenía era el repudio de la circuncisión. Y estamos bien dispuestos a conceder que la repudió como elemento esencial para la salvación (Gálatas 5:2-6): ¡pero su principal asociado en este rechazo es precisamente Bernabé!

Según el Evangelio de Bernabé, se afirma de Jesús que dijo a Sus discípulos:

> Infunde temor a quien no haya circuncidado su prepucio, porque está privado del paraíso (Bernabé 23).

Así, para el Evangelio de Bernabé la circuncisión es un elemento esencial y requisito previo de la salvación, y el autor evidentemente asiente a esta doctrina. Pero lo que leemos del verdadero Bernabé es que se unión con Pablo en su rechazo *contra* la doctrina de los judaizantes de que la circuncisión fuese necesaria para la salvación. Parece claro que el verdadero Bernabé no fue el autor del libro que lleva su nombre y que alguna otra persona no sólo falsificó este libro sino que también atribuyó falsamente a Bernabé una posición que él negaba.

Los actuales editores del Evangelio de Bernabé (Begum Aisha Bawany Wakf) están bien conscientes de que el principal objetivo del Evangelio de Bernabé es contrarrestar el «cristianismo paulino». En un apéndice titulado «La vida y el mensaje de Bernabé», alegan que el pasaje acerca del debate sobre la cuestión de la circuncisión revela un creciente divorcio entre Pablo y Bernabé. Citan Hechos 15:2 (citado más arriba) y comentan desvergonzadamente: «Después de este desacuerdo, hubo una separación de caminos» entre Pablo y Bernabé (6a. edición, pág. 279). Pero es bien evidente que el desacuerdo acerca de esta cuestión *no* lo fue entre Pablo y Bernabé, sino entre los ciertos hombres de Judea por una parte, que se gloriaban en la circuncisión, y Pablo y Bernabé por la otra, que lucharon encarnizadamente contra la perversión de la libertad de los cristianos frente a restricciones legalistas carentes de valor. Debido a que esta sexta edición del Evangelio de Bernabé ha llegado a ser una edición estándar de este libro, debemos decir que todo el artículo en el apéndice es una presentación engañosa de toda la verdadera relación entre Pablo y Bernabé.

No hay evidencia alguna de que Pablo y Bernabé jamás mostrasen desacuerdo acerca de una cuestión de doctrina. Una vez tuvieron una disputa personal secundaria cuando Pablo no quería llevar consigo a Juan Marcos en un viaje

misionero, porque había abandonado a medias el viaje anterior (Hechos 15:38-40). Pero esto era una cuestión puramente personal que quedó evidentemente resuelta con posterioridad, como podemos colegir de otros pasajes en las Escrituras (Colosenses 4:10; 2 Timoteo 4:11). En otra ocasión, Bernabé se hizo culpable de alguna discriminación religiosa con otros cristianos judíos en Antioquía, cuando no querían comer con cristianos gentiles (Gálatas 2:13). Pablo censuró esto con dureza, pero no se trataba de una cuestión doctrinal, sino de conducta respecto a la comunión común entre todos los cristianos, sin diferencia de trasfondo. Ninguna de estas disputas menores tenían nada que ver con las doctrinas fundamentales que Pablo y Bernabé habían promovido con tanta firmeza: el repudio de la circuncisión como algo necesario para la salvación, y la afirmación de la crucifixión y resurrección de Jesucristo y de la doctrina básica de que Jesús es el Hijo de Dios. Más bien, la evidencia muestra que Bernabé fue el principal vindicador de estas doctrinas enseñadas por Pablo.

Otro punto desde dentro del Evangelio de Bernabé muestra que el autor no podría ser el verdadero apóstol Bernabé. El Evangelio de Bernabé hace que Jesús niegue de manera consistente que Él sea el Mesías, y sin embargo el mismo libro llama a Jesús «el Cristo» (Prólogo). Pero «Christos» es la traducción griega de Mesías, y «Jesucristo» es la forma castellanizada del griego *Iesous Christos*, que significa «Jesús el Mesías». Esta clarísima contradicción que aparece aquí dentro de este Evangelio de Bernabé constituye evidencia adicional de que el autor no era el mismo Bernabé. Bernabé procedía de Chipre, una isla cuya lengua era el griego, y por tanto el griego habría sido su lengua materna. El verdadero Bernabé nunca hubiese cometido el error de llamar a Jesús el Cristo y acto seguido negar que fuese el Mesías.

Evidencia de su origen medieval

En la actualidad, poseemos mucha evidencia de que el Evangelio de Bernabé fue escrito en la Edad Media —más de mil años después de Cristo y muchos cientos de años después de Mahoma.

El jubileo centenario. En tiempos de Moisés Dios ordenó que los judíos observasen un año jubilar dos veces cada siglo, con estas palabras:

> El año cincuenta os será jubileo (Levítico 25:11).

A lo largo de los siglos se observó este mandamiento, y la Iglesia Católica Romana lo introdujo eventualmente en la fe cristiana. Alrededor del 1300 d.C., el Papa Bonifacio VIII promulgó un decreto de que el jubileo se observase una vez cada cien años. Ésta es la primera ocasión en que el año jubilar fue dispuesto como una sola vez cada cien años. Pero después de la muerte de Bonifacio, el Papa Clemente VI decretó en el año 1343 que el año jubilar debería revertir de nuevo a

cada cincuenta años, tal como era observado por los judíos desde la época de Moisés. Ahora bien, encontramos en el Evangelio de Bernabé que se dice que Jesús dijo:

> Y entonces Dios será adorado en todo el mundo, y la misericordia recibida, de modo que el año jubilar, que ahora viene cada cien años, será reducido por el Mesías a cada año en cada lugar (Bernabé 82).

Sólo hay una solución que explique esta destacable coincidencia. El autor del Evangelio de Bernabé sólo citó a Jesús como refiriéndose a un año jubilar «cada cien años» porque conocía el decreto del Papa Bonifacio. Pero no hubiese podido conocer este decreto excepto si vivió al mismo tiempo que este Papa o algún tiempo después. Este anacronismo nos lleva a la conclusión de que el Evangelio de Bernabé no pudo haber sido escrito antes que el siglo 14 después de Cristo.

Esto significa que el Evangelio de Bernabé data de al menos 700 años después de la época de Mahoma, y que no tiene ningún valor histórico auténtico. Aunque hace a menudo que Jesús prediga la venida de Mahoma por su nombre (y ésta es la principal razón de que sea un libro de gran venta en el mundo islámico actual), estas «profecías», a causa de que fue escrito después de la muerte de Mahoma, carecen de todo valor. El Evangelio de Bernabé contiene muchos discursos y prácticas totalmente acordes con las enseñanzas básicas del Islam —pero esto carece también de validez, porque el libro fue escrito al menos 700 años después del surgimiento del Islam.

Citas de Dante. Dante fue un autor italiano que, cosa significativa, vivió también alrededor de la época del Papa Bonifacio, y escribió su célebre *Divina Comedia* en el siglo 14. Básicamente, se trata de una fantasía acerca del infierno, del purgatorio y del paraíso según las creencias católicas de su época.

En el Evangelio de Bernabé leemos estas pretendidas palabras de Jesús acerca de los antiguos profetas:

> Bien dispuestos y alegres fueron a la muerte, para no ofender contra la ley de Dios dada por Moisés su siervo, yendo y sirviendo a dioses falsos y mentirosos (Bernabé 23).

La expresión «dioses falsos y mentirosos» (*dei falsi e lugiardi*) se encuentra asimismo en otras partes del Evangelio de Bernabé: en 78 es Jesús otra vez quien pretendidamente emplea estas palabras; en 217 es el autor mismo quien describe a Herodes como sirviendo a «dioses falsos y mentirosos». Sin embargo, esta expresión no se encuentra ni en la Biblia ni en el Corán. Lo que es interesante es que es una cita directa de Dante (Infierno 1.72). Muchas de las descripciones del infierno en el Evangelio de Bernabé (59-60) son reminiscentes de las que aparecen en el tercer canto del *Infierno* de Dante.

Del mismo modo, la expresión «hambre rabiosa» (*rabbiosa fame*) es reminiscente del primer canto del *Infierno* de Dante. Más adelante en el Evangelio de Bernabé, las descripciones del infierno son notablemente similares otra vez a las que aparecen en Dante. Ambas se refieren a los «círculos del infierno» y el autor del Evangelio de Bernabé también pone en boca de Jesús estas palabras dirigidas a Pedro:

> Sabe, pues, que el infierno es uno, pero que tiene siete centros, uno debajo del otro. De modo que así como el pecado tiene siete clases, porque como siete puertas del infierno lo ha generado Satanás: así hay para él siete castigos (Bernabé 135).

Ésta es precisamente la descripción que da Dante en los cantos quinto o sexto del *Infierno.* Podríamos proseguir y citar muchos más ejemplos, pero el espacio disponible demanda que sigamos a otras cuestiones. Sí que se debe dar sin embargo una cita notable, porque en este caso el Evangelio de Bernabé concuerda con Dante pero contradice al Corán. Leemos en el Corán que hay siete cielos:

> Él es quien creó para nosotros lo que hay en la tierra toda; luego se retrajo a los cielos y los igualó en siete cielos, y Él de toda cosa es sabedor (Sura 2:27).

En cambio, en el Evangelio de Bernabé leemos que hay nueve cielos y que el Paraíso —como el Empíreo de Dante— es el décimo cielo por encima de los otros nueve. El autor del Evangelio de Bernabé le hace decir a Jesús:

> El Paraíso es tan grande que nadie puede medirlo. De cierto te digo que los cielos son nueve… Te digo que el paraíso es más grande que toda la tierra y que todos los cielos juntos (Bernabé 178).

El autor del Evangelio de Bernabé conocía la obra de Dante, y no dudaba en citar de ella.

Este libro hace decir a Jesús con frecuencia que Él no es el Mesías, pero que Mahoma sería el Mesías. Es un tema constantemente repetido en el Evangelio de Bernabé. Dos citas nos muestran no sólo que Jesús no se consideraba él mismo el Mesías sino que predicaba que Mahoma sería el Mesías. «Jesús confesó y dijo la verdad: No soy el Mesías, he descendido a la casa de Israel como profeta de salvación pero después de mí vendrá el Mesías» (Bernabé 42, 82).

Otros pasajes en el Evangelio de Bernabé contienen similares negaciones de parte de Jesús de que Él fuese el Mesías. Uno de los propósitos patentes del mencionado libro es establecer a Mahoma como el Mesías y sujetar a Jesús debajo de él en cuanto a dignidad y autoridad. En esto el autor se ha excedido en su celo por la causa del Islam. El Corán admite llanamente en numerosas ocasiones que Jesús es el Mesías, y al hacerlo confirma la enseñanza de Jesús como el Mesías (Juan 4:26, Mateo 16:20). Una cita del Corán servirá para ayudar a demostrar este extremo:

> Diz que dijo el ángel: ¡*Ye*, Maryem! En verdad, Alá te albricia con el Verbo de Él; su nombre será el Mesih [el Mesías], Isa-ben-Maryem; venerado en el mundo, y en el otro, y de los allegados (Sura 3:40).

El Evangelio de Bernabé fue escrito como un Evangelio «islámico» ideal, exponiendo una vida de Cristo en la que se hace de Él el *Isa* del Corán en lugar del Señor Jesús de los Evangelios cristianos. Pero como contradice tanto al Corán como a la Biblia acerca del hecho de que Jesús era el Mesías y lo hace de manera frecuente y constante, debería ser rechazado como un fraude tanto por parte de los cristianos como de los musulmanes.

¿Quién realmente redactó este fraude?

Hay sólo dos manuscritos conocidos del Evangelio de Bernabé que existieron antes que se hiciesen las copias en base de los textos que tenemos disponibles. La versión italiana se encuentra en una biblioteca en Viena, en tanto que sólo quedan fragmentos de la versión castellana. George Sale, en sus comentarios acerca del Evangelio de Bernabé en su *Preliminary Discourse to the Koran* [Discurso preliminar sobre el Corán], habla de una versión castellana completa que vio personalmente. Parece que la versión castellana pudo ser la original. En la introducción a esta versión se afirma que es una traducción de la versión italiana, pero los numerosos errores ortográficos de la versión italiana —cosa normal en un autor que emplease el italiano como segundo idioma— muestra con certidumbre al menos que el autor estaba más familiarizado con el castellano que con el italiano. Sin embargo, esto no niega la posibilidad de que algún español intentase redactar un «original» en italiano. Esta posibilidad se hace tanto más real en base de dos consideraciones. Primero, el autor cita a menudo de la Vulgata (la traducción latina de la Biblia) y toma muchas de sus historias de las Escrituras. Puede que encontrase más cómodo emplear el medio de la lengua italiana para la redacción de su invento.

Segundo, podría haber pensado que su libro podría parecer tanto más auténtico si fuese escrito en italiano. Serviría para apoyar la introducción de la versión castellana donde se pretende que el Evangelio de Bernabé estuvo originalmente escondido en la biblioteca del Papa antes que fuese descubierto en unas circunstancias más bien dudosas por un cierto Fra Marino, que se pretende se convirtió al Islam después de leerlo.

Pero hay ciertos rasgos que apoyan la sugerencia de que este libro fue escrito primero en España por un español, fuese cual fuese el idioma empleado originalmente. El Evangelio de Bernabé pone estas palabras en boca de Jesús:

> Porque quien quiera cambiar una pieza de oro ha de tener sesenta óbolos (Bernabé 54).

La versión italiana divide el denario áureo en sesenta «minuti». Estas monedas eran en realidad de origen español durante el período visigótico y traicionan un trasfondo español del Evangelio de Bernabé.

Nadie sabe quién realmente escribió el Evangelio de Bernabé, pero lo que se sabe es que, fuese quien fuese, no fue el apóstol Bernabé. Lo más probable es que fuese un musulmán español que, quizá víctima de las campañas de la reconquista, decidiese tomarse una venganza privada redactando un falso Evangelio bajo el nombre supuesto de Bernabé para dar a su perversa falsificación una cierta medida de aparente autenticidad. Probablemente redactó el Evangelio en italiano para mantener la apariencia de genuinidad, pero a la vez redactó (o dispuso la traducción) una versión en castellano para su distribución en su propio país. Puede que se hubiese tratado de Fra Marino, o quizá el traductor Mustafá de Aranda. Era alguien mucho más familiarizado con la España de la Edad Media que con Palestina en la época de Jesucristo.

Sea lo que sea que pretenda ser el Evangelio de Bernabé, sea lo que sea que parezca, un estudio general de su contenido y paternidad muestra que es un intento de echar la vida de Jesús en el molde del Corán y de la tradición islámica.

LA CRUCIFIXIÓN Y RESURRECCIÓN EN EL CORÁN Y EN LA BIBLIA

LA CRUCIFIXIÓN DE JESUCRISTO EN LA BIBLIA

Las Escrituras contienen el principal registro histórico de la vida y enseñanzas de Jesucristo. Nos cuentan que Su vida finalizó cuando tenía treinta y tres años de edad, y que fue crucificado en manos de los gobernantes romanos en Israel por instigación de las autoridades judías que le odiaban porque pretendía ser el Mesías, y porque los denunciaba abiertamente como hipócritas. La Biblia no contempla Su muerte en la cruz como el martirio de un profeta, sino como la obra deliberada de Dios de Su plan de salvación para la humanidad. Nos dice que Jesús murió voluntariamente como expiación por los pecados de los hombres, resucitó de entre los muertos tres días después, y triunfó sobre el pecado y sobre la muerte. Cuarenta días después, Jesús ascendió al cielo y se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.

La iglesia cristiana en todo el mundo, durante veinte siglos, ha mantenido una postura unánime acerca de la crucifixión, muerte y resurrección de Jesucristo y hasta el día de hoy no hay disputas entre los cristianos acerca de lo que le sucedió. Todos creemos que fue crucificado por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación.

Este consenso ha resultado del testimonio sin ambigüedades de la Biblia tocante a estos hechos. Los siguientes textos son ejemplos de claras declaraciones que da la Biblia acerca de la crucifixión, muerte y resurrección de Jesucristo. Diez días después de Su ascensión al cielo, el apóstol Pedro se dirigió a los judíos, reunidos en Jerusalén para una de sus principales fiestas, con estas palabras:

> A éste, entregado por el determinado designio y previo conocimiento de Dios, lo prendisteis y *matasteis* por manos de inicuos, *crucificándole* (Hechos 2:23).

Con estas palabras encontramos un testimonio incontrovertible de la crucifixión y muerte de Jesucristo. El Apóstol Pablo hace una declaración similar acerca de Él con estas palabras:

> Se humilló a sí mismo, al hacerse obediente hasta la *muerte*, y muerte de *cruz* (Filipenses 2:8).

Dirigiéndose a los judíos en otra ocasión, el apóstol Pedro dio un testimonio similar acerca de Su resurrección de entre los muertos:

> En el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros *crucificasteis* y a quien Dios *resucitó* de los *muertos* (Hechos 4:10).

De la misma manera, leemos en uno de los Evangelios que un ángel habló con algunas de las mujeres que habían seguido a Jesús al visitar ellas Su sepulcro en el día de Su resurrección:

> Yo sé que buscáis a Jesús, el que fue *crucificado*. No está aquí, pues ha *resucitado*, como dijo. Venid, ved el lugar donde yacía el Señor. E id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los *muertos* (Mateo 28:5-7).

En todos estos textos hallamos un tema concurrente: que Jesús fue crucificado, que murió en la cruz, y que resucitó de nuevo por el poder de Dios (cf. 1 Corintios 15). La Biblia es un registro claro dejado a la iglesia cristiana y su testimonio ha sido aceptado sin discusión en todas las secciones de la Iglesia a lo largo de la historia. Aunque algunos puedan no creer lo que dice, es difícil negar lo que afirma.

La negación de la Crucifixión en el Corán

En cambio, en el Corán la crucifixión de Cristo es mencionada una sola vez y contradice el relato bíblico. El Corán dice:

> Y su dicho: Ciertamente, nosotros matamos al Mesih [Mesías] Isa-ben-Maryem, profeta de Alá; y no lo mataron y no lo crucificaron, sino que así les pareció; y en verdad los que discrepan en esto, ciertamente están en duda de ello; no tienen opinión de ello saber, sino seguimiento de una opinión y no lo mataron de veras, sino que lo levantó Alá hacia Él; y es Alá poderoso, sapiente (Sura 4:156).

Estas palabras son dichas en respuesta una la jactancia de los judíos de que habían dado muerte a Jesucristo. Pero el Corán niega que Cristo fuese crucificado *o* que fuese muerto.

Por lo tanto, la Biblia y el Corán se contradicen de manera clara acerca de esta cuestión. Deberíamos considerar que la Biblia no sólo da un registro histórico de la crucifixión en base de la autoridad divina de la Sagrada Escritura, sino que lo hace además en términos claros. El Corán enseña enfáticamente que Cristo no fue crucificado, aunque su explicación parece algo ambigua. Esperamos poder mostrar que el Corán no tiene en cuenta todos los hechos de la historia en el tratamiento que da a la crucifixión y a la resurrección.

Nos parece que una conclusión inevitable en base del texto citado es que el Corán enseña que Jesús nunca fue puesto en una cruz. Este hecho ha venido a ser el fundamento de la opinión islámica ortodoxa acerca de la suerte de Jesús. Las palabras que siguen a esta negación, «*sino que así les pareció*», tienden a sugerir que aunque Cristo no fue crucificado, Dios hizo que a los judíos les pareciese que de hecho lo habían crucificado. Esto es interpretado por la mayoría de los musulmanes ortodoxos como significando que Dios hizo que alguna otra persona se pareciese a Jesús y que fue ésta la persona crucificada. Finalmente, las palabras

«*sino que lo levantó Alá hacia Él*» son tomadas como significando que Jesús fue levantado vivo al cielo sin morir. Esta teoría de la sustitución ha sido la doctrina fundamental acerca de la suerte de Jesús en el Islam ortodoxo desde la época de Mahoma hasta la actualidad, aunque, como veremos, acerca de esta cuestión hay una disputa irreconciliable entre los mismos musulmanes hasta el día de hoy. Consideremos algunas citas de comentaristas que se mantienen en la postura ortodoxa. Uno hace este comentario acerca de la Sura 4:156:

> Después de esto, Dios, que puede hacer todo lo que quiere, levantó a Jesús a Sí mismo y lo rescató de la crucifixión, y el que fue crucificado después fue, de una u otra manera, tomado por Cristo (Maududi, *The Meaning of the Qur'an*, pág. 390).

Podemos detectar de inmediato alguna incertidumbre de parte del comentarista que dice que alguna otra persona fue, *de una u otra manera*, tomado por Jesús. Una sensación similar de ambigüedad aparece también en este comentario:

> No fue Jesús quien fue ejecutado, sino otro, que fue puesto milagrosamente en su lugar [cómo y de qué manera es otra cuestión, y no se trata en el Corán] (Maulana Abdul Majid Daryabadi, *Holy Qur'an*, Karachi: Taj Company Ltd. 1970, pág. 96).

Estos autores hablan de una manera imprecisa acerca de lo que sucedió aquel día. La razón es que la expresión «*sino que así les pareció*» es ambigua, y ninguno de los comentaristas es por ello capaz de hacer declaraciones dogmáticas acerca de su interpretación. Sin embargo, aunque toda la teoría de un que un sustituto murió en lugar de Jesús tiene un fundamento impreciso, vamos a evaluarla sobre una base totalmente distinta —el amplio campo de serias implicaciones morales que se suscitan en base de ella.

LA TEORÍA MUSULMANA DE LA SUSTITUCIÓN

Primero, la sugerencia de que Dios transformó la apariencia de otro hombre para hacer que se pareciese a Jesús implica de inmediato que el Ser Supremo no considera fraudulento presentar falsamente a un hombre como siendo otro. Nosotros consideramos un crimen falsificar una firma en un cheque o suplantar a otra persona. En cambio esta teoría imputa este tipo de engaño a Dios y le hace culpable de hacer algo fraudulento.

No podemos aceptar la réplica que tantas veces se aventura de que Dios puede hacer lo que a Él le plazca y que estaba sencillamente dando una demostración de Su poder. Sabemos que Dios tiene poder para hacer todo lo que le plazca, pero así como un hombre santo no ejerce su capacidad para hurtar, robar, asaltar y destruir, de la misma manera el Dios Santo y justo (Isaías 5:16) no se complace en la maldad y bajo ninguna circunstancia actuará ni exhibirá Su poder haciendo algo moralmente incorrecto. Desde nuestra postura, esta sugerencia de que Dios cambiase los rasgos de alguien para que pareciese Jesús es nada menos que una

blasfemia, y le atribuye acciones a Dios que son consideradas como reprensibles cuando son cometidas por los hombres. Los cristianos creen en la total veracidad y justicia de Dios, y por tanto han de rechazar tal sugerencia.

Algunos escritores y tradicionalistas musulmanes han estado agudamente conscientes de los fallos de esta teoría que afirma que Dios fue la causa tras la muerte terrible de un espectador inocente y han sugerido que fue Judas Iscariote quien fue hecho semejante a Jesús. De esta manera intentan minimizar la evidente falacia de la teoría, porque fue éste quien traicionó a Jesús, y si puede ser identificado con la víctima, se derrumba la acusación de que un inocente espectador fue victimizado. No hay evidencia alguna ni en el Corán ni en ningún libro preislámico que preste apoyo a tal sugerencia. Sin embargo, la necesidad es la madre de la invención. (El *Evangelio de Bernabé* hace de Judas la víctima después de que el *maravilloso Dios actuara maravillosamente* transformándole para que pareciese Jesús.)

Otros dicen que Judas, u otra persona presente, se parecía a Jesús, y que fue crucificado por error. Los que sugieren esto están tratando de evitar ambas dificultades —la falsedad por parte de Dios y la ejecución de una víctima inocente. Esta pretensión, sin embargo, ha de ser rechazada, al menos por dos razones. Primero, la madre de Jesús y varios de Sus más entrañables discípulos estuvieron al pie de la cruz —y desde luego ellos habrían reconocido el error. Segundo, el Corán dice que se les hizo parecer a los judíos que habían crucificado a Jesús, y las palabras del Corán implican que la sustitución tuvo lugar por un acto deliberado de Dios para causar esto de manera efectiva.

Segundo, hemos de preguntarnos si se le hizo a la víctima que sustituyó al Señor que pensase que era Jesús además de que se asemejase a Él. Es evidente que cualquier otro habría estado gritando desde la cruz que él no era Jesús y que se había cometido un error. En lugar de esto, leemos que el hombre crucificado tuvo algo que decir cuando vio a la madre de Jesús y a su más cercano discípulo al pie de la cruz:

> Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he aquí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre (Juan 19:26-27).

¿Quién más que Jesús podría haber dicho estas palabras? Uno sólo tiene que leer las serenas declaraciones hechas por Jesús delante del Sumo Sacerdote y del Procurador romano Poncio Pilato para ver inmediatamente que el hombre juzgado y ejecutado no podía ser otro más que Jesús.

Tercero, si Dios decidió levantar a Jesús al cielo, ¿por qué fue necesario para Él satisfacer a los judíos victimizando a un espectador inocente? No podemos ver qué propósito se estaba cumpliendo con esta acción. ¿Para qué permitir que un hombre inocente (al menos inocente acerca del crimen atribuido a Jesús) sufriese una muerte terrible sólo para que la gente se quedara satisfecha creyendo que había

dado muerte a Jesús? Los cristianos creemos en un Dios de eterna sabiduría, pero no podemos ver sabiduría alguna en esto que se pretende aquí.

Cuarto, si el hombre crucificado fue hecho semejante a Jesús, entonces no se puede culpar a nadie por pensar que realmente fuese Jesús. Todos Sus discípulos desde luego creyeron que lo era, porque predicaron la crucifixión de Cristo fueran a donde fueran. Durante tres años habían seguido a Jesús, ¿y para qué fin? ¿para un engaño por parte del Todopoderoso, que ellos proclamaron durante el resto de sus vidas, y para muchos a costa de sus vidas? ¿Puede realmente alguien creerse tal cosa?

La teoría de la sustitución implica que Dios está endurecido y que es deshonesto y que poco le importa la muerte de un espectador inocente o el dolor de los más cercanos discípulos o de uno de Sus profetas. Esta teoría contradice la naturaleza de Dios tal como nos es presentada en las narraciones del Evangelio en las que el Dios de amor eterno no eximió a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros para reconciliarnos consigo mismo.

«¡HAZRAT ISA HA MUERTO!» — UNA MODERNA ALTERNATIVA

Desde que los misioneros cristianos iniciaron un evangelismo serio entre los musulmanes durante el siglo pasado, muchos musulmanes han buscado una alternativa a la teoría de la sustitución. En tanto que el Corán declara que Jesús no fue más que un mensajero como los que habían venido antes que Él (Sura 5:79), Su nacimiento virginal, ascensión y futuro regreso hacen de Él evidentemente mucho más que un mensajero y desde luego alguien singular entre los hombres. Estas doctrinas parecen apoyar la creencia cristiana de que Él es el Hijo de Dios mucho más que la creencia musulmana de que era sólo un profeta.

Después de todo, los otros profetas nacieron y murieron de modo natural, y por ello, razonan estos musulmanes, si Jesús era como ellos tiene que ser reducido al nivel de ellos y se tiene que mostrar que vivió una vida ordinaria y que murió de manera natural al final de la misma. Por ello, algunos musulmanes han propuesto una teoría alternativa —*Hazrat Isa* (Jesús), dicen ellos, *está muerto.* Afirman que murió de muerte natural algunos años después de Su pretendida ascensión al cielo.

Durante 1978 se dio en África del Sur una gran controversia acerca de la propuesta distribución de un libro titulado *The Message of the Qur'an* [El mensaje del Corán], una traducción y comentario del Corán por Muhammad Asad. El debate se centraba alrededor de este comentario acerca del versículo respecto a la crucifixión, Sura 4:156:

> En ninguna parte del Corán hay justificación alguna para la creencia popular de que Dios haya «levantado» a Jesús corporalmente, durante su vida, al cielo (pág. 135).

Muchas publicaciones musulmanas ortodoxas en África del Sur, como *The Majlis* y *The Muslim Digest*, están intensamente opuestas a esta interpretación y dedicaron números completos a pruebas exhaustivas en favor de la teoría de la sustitución. Retaron a aquellos musulmanes que abogan por la teoría alternativa a que aparezcan en público y se identifiquen. Ninguno tuvo el valor de hacerlo. Uno de ellos, protegiendo su anonimato ocultándose bajo el seudónimo de «Corresponsal Especial», escribió un artículo en el número de Septiembre de 1978 de *Al-Qalam* acerca del tema titulado: *¿Es la cuestión de si «Hazrat 'Isa está vivo o muerto,» parte del Islam?* En el artículo aparece esta interesante declaración indicando una franca admisión de confusión acerca del verdadero significado e interpretación de la Sura 4:156:

> El acontecimiento del «raf» (ascensión) y «wafat» (muerte) de Hazrat Isa (A.S.) pertenece a aquellos versículos del Corán que se llaman el «Mutashabihat», cuya verdadera interpretación «sólo la conoce Alá» (Qur'an 3.7 [3:5 en la edición castellana de Ed. Aguilar, 1981], pág. 15).

El Consejo Islámico de África del Sur declaró en su momento que rechazaba los puntos de vista de Asad y que se mantenía en la creencia de la abrumadora mayoría de los musulmanes por todo el mundo de que Jesús fue llevado vivo al cielo y que volverá a la tierra (*The Muslim Digest*, Oct./Nov., 1978, pág. 3).

Aunque no aceptamos la teoría de la sustitución, los cristianos creemos que es la única que puede derivarse razonablemente en base de las vagas declaraciones del Corán. Rechazamos la teoría alternativa de que Jesús murió de muerte natural muchos años después como indigna de ninguna consideración seria, por las siguientes razones:

1. *Su origen.* Esta teoría tiene un origen bastante reciente. En el Islam antiguo todas las tradiciones que surgieron, aunque a menudo conducentes a confusión y contradictorias en ocasiones, apoyaban la teoría de la sustitución en una forma u otra.

2. *Su causa.* La teoría alternativa ha surgido no en base de un estudio sincero de las fuentes y evidencias disponibles en el Corán y el Hadith, sino puramente como reacción negativa contra las creencias cristianas.

3. *Su credibilidad.* El testimonio de la historia se levanta contra cualquier idea de que Jesús vivió en la tierra más allá de la edad de los treinta y tres años. No hay evidencia alguna que sustente ninguna teoría de que Su vida terrenal y ministerio prosiguieron después de la época en que se registra Su crucifixión y ascensión al cielo. (La teoría de la sustitución sí es congruente con la evidencia histórica a este respecto.) Además, tanto la Biblia como el Corán declaran claramente que Jesús fue enviado expresamente a Israel (Mateo 15:24 y Sura 61:6), y por ello no hubiese

podido llevar a cabo un prolongado ministerio en otros lugares, como se sugiere en ocasiones.

La iglesia cristiana se extendió rápidamente tras la ascensión de Jesús al cielo. Desde luego que si Jesús estaba aún vivo y en Israel, cumpliendo Su ministerio profético, esta extensión fenomenal nunca hubiese tenido lugar. Hubo oposición por muchas causas, pero nunca sobre la suposición de que Jesús estuviese aún vivo en la tierra.

Nos vemos constreñidos a preguntar a los que promueven esta teoría que nos digan cuándo murió Jesús, dónde tuvo lugar Su muerte, y cómo sucedió. Hasta que no nos den estos hechos, podemos despachar esta idea como una falacia basada no en evidencias factuales, sino más bien en intereses islámicos.

Finalmente, debemos decir que esta teoría parece enfrentarse también con la enseñanza de la Sura 4:156. Sugieren sus promotores que las palabras «lo levantó Alá hacia él» significa que al final de Su vida natural algunos años después, Dios le exaltó espiritualmente a Sí. Esta interpretación escapista ha de ser rechazada por dos razones. Primero, la palabra árabe *rafa'a* implica principalmente una ascensión corporal, y, segundo, la acción de Dios es puesta en contraste inmediato con el intento de los judíos de crucificar a Jesús. La cláusula es desde luego una explicación de *por qué* no le mataron —en aquel momento Dios lo levantó a Sí mismo. Es introducida con un deliberado «sino» —implicando que lo que sigue es la acción inmediata de Dios para impedir la crucifixión de Cristo. Creemos que la interpretación razonable que surge de las palabras citadas en Sura 4:156 es que Dios se llevó a Jesús vivo al cielo.

EL DESMAYO ISLÁMICO Y SU ORIGEN AHMADIYA

Muchos musulmanes están agudamente conscientes de la debilidad inherente de las varias interpretaciones de la Sura 4:156 y en su desesperación han decidido de que su mejor manera de actuar es apartarse de las teorías musulmanas, y en lugar de ello atacar la postura cristiana.

Uno de estos musulmanes es Ahmed Deedat de Durban, África del Sur. En 1975, el coautor de esta obra John Gilchrist celebró un simposium con él en Benoni, África del Sur, acerca de esta cuestión: *¿Fue Cristo crucificado?,* y, habiendo leído su folleto con el mismo título, le pidió que se limitase a una sana exposición de la actitud coránica tocante a la crucifixión. En lugar de ello, se contentó con repetir el contenido de su folleto, atacando las narraciones bíblicas. Intentó demostrar que Jesús no había muerto en la cruz, sino que había sido bajado de ella vivo en un *desmayo* y que posteriormente había recobrado la salud. La única forma en que podía apremiar esta teoría sobre su audiencia era pasar por alto de manera muy cómoda la abundancia de evidencia en la Biblia de que Jesús murió en la cruz.

En *Christianity Explained to Muslims* [El cristianismo explicado a los musulmanes], Lewis Bevan Jones trata, en el capítulo «Acerca de la historicidad de la crucifixión», acerca del punto de vista Ahmadi:

> El musulmán profesa no creer en la muerte de Jesús; al menos *ésta es la postura del partido ortodoxo mayoritario* [itálicas añadidas]. El moderno nacionalista, por otra parte, dice … que no fue en la cruz que murió.
>
> Tenemos aquí un rasgo asombroso del Islam: la inmensa mayoría de los musulmanes siempre han sostenido, y siguen sosteniendo, que Dios, en la frase del Corán, «levantó» a Jesús al cielo, de modo que escapó a la muerte aquel día en el lugar llamado Gólgota. Pero ahora, *y enfrentándose a esta creencia tradicional de siglos, los ahmadíes proponen la idea de que Jesús después de todo murió de muerte natural, en algún otro tiempo y lugar* [itálicas añadidas]. Ambos partidos buscan apoyarse en los versículos del Corán que se refieren a esta cuestión. Por ello, nos es preciso examinar muy de cerca el lenguaje particular que se emplea en estos pasajes.
>
> Los pasajes pertinentes son:
>
> «Y la paz fue sobre Mí el día que nací y el día que muera, y el día que seré resucitado vivo» 19:34.
>
> «Y los judíos tramaron y Dios tramó. Pero de los que traman Dios es el mejor. Recordad que Dios dijo: “Oh Jesús, verdaderamente te haré morir … y te tomaré arriba … a mí mismo, y te libraré de los que no creen”.»
>
> «Y a su dicho [de los judíos]: Ciertamente, nosotros matamos al Mesih [Mesías] Isa-ben-Maryem, profeta de Alá; y no lo mataron y no lo crucificaron, sino que así les pareció; y en verdad los que discrepan en esto, ciertamente (están) en duda de ello; no tienen de ello saber, sino seguimiento de una opinión y no lo mataron de veras, sino que lo levantó Alá hacia Él; y es Alá poderoso, sapiente» 4:156.
>
> [Habla Jesús]: «Seré sobre ellos testigo, mientras estoy con ellos; pero cuando me recojas, serás Tú el acechante sobre ellos y tú de toda cosa (eres) testigo» 5:117 (Lewis Bevan Jones, *Christianity Explained to Muslims*, Calcutta, India: Baptist Mission Press, 1964, págs. 75. 76).

Jones prosigue luego explicando la postura ortodoxa, que Jesús no murió, sino que fue llevado al cielo. Luego hace unos comentarios acerca de la teoría del desmayo, que denomina la postura racionalista:

> En épocas más recientes, los racionalistas musulmanes han estado ocupados intentando conciliar estas declaraciones conflictivas del Corán, y los ahmadíes están persuadiéndose de que por fin han encontrado una interpretación más correcta del árabe. El sentido que han impuesto sobre estos pasajes no sólo constituye un repudio de la postura tradicional del Islam, sino que constituye un astuto golpe dirigido a la misma base de la fe cristiana.
>
> Así, según el Mirza Ghulam Ahmad de Qadian, «Jesús no murió en la cruz, sino que fue bajado por sus discípulos desmayado y sanado al cabo de cuarenta días mediante un milagroso ungüento llamado en persa *marham-i-'Jsa*, “el ungüento de Jesús”. Luego emprendió viaje hacia el oriente en una misión a las diez tribus perdidas de los hijos de Israel, que Ahmad creía que eran las tribus de Afghanistan y Cachemira, y finalmente murió a los 120 años, y fue sepultado en Kahn Vau Street, en Srinagar, la capital de Cachemira.»
>
> Se observará que el Mirza no hace ningún caso de la declaración del Corán en el sentido de que hubo confusión acerca de quién fue realmente crucificado (véase págs. 77). En lugar de ello, avanza esta teoría *que carece de apoyo cualquiera en el Corán*, de que Jesús meramente se desmayó en la cruz y fue reavivado. Pero esta idea no fue invención suya, aunque su

> imaginación ciertamente juega un gran papel. La idea la tomó prestada, y en considerable detalle, de occidente (*ibid.*, 82, 83).

La teoría del desmayo no tiene bases bíblicas, sino que es contraria también a las creencias musulmanas. El autor del artículo en la publicación *Al-Qalam* anteriormente mencionado declaró que fuese lo que fuese que un musulmán creyese acerca de la ascensión y regreso de Jesús, había una cosa que no se podía discutir: el Corán niega que Jesús fuese crucificado en absoluto. *Crucificar* significa evidentemente *fijar en una cruz* y por ello el Corán niega de manera patente que Jesús fuese jamás puesto en una cruz. En cambio, la teoría de Deedat sugiere que sí lo fue, y para evitar esta dificultad mantiene constantemente ¡que crucificar significa *matar* en una cruz, y que si un hombre no *muere* en la cruz, no se puede decir que haya sido crucificado!

Esta peculiar manera de razonar es un intento de conciliar la teoría del desmayo con la negación que hace el Corán de la crucifixión. ¡Deedat pretende que si se demuestra que Jesús descendió vivo de la cruz, que con esto se demuestra que nunca fue crucificado! En su librito dice que *incluso si Jesús fue llevado a la cruz —no fue crucificado* (pág. 33). Si la palabra *crucificar* sólo significa *matar en una cruz*, no sabemos dónde encontrar un verbo alternativo para describir el mero acto de *empalar en una cruz.* (Aunque Deedat pretendía que estaba demostrando que Jesús no fue crucificado, el diario *Benoni City Times* recapituló su teoría muy adecuadamente el viernes después del Simposium: «Su argumento: fue crucificado pero no murió.»)

Hay muchos escritores musulmanes que no han podido resistir a la tentación y han adoptado el punto de vista de Deedat, habiendo tratado de atacar la base bíblica de la crucifixión sobre la base de que los textos de los Evangelios pueden ser distorsionados y pervertidos para que den la impresión de que Jesús sobrevivió a la cruz. Ejemplos son A. D. Ajijola en su libro *The Myth of The Cross* [El Mito de la Cruz] (Lahore: Islamic Publications Ltd., 1975), Ulfat Aziz-us-Sammad en su libro *A Comparative Study of Christianity and Islam* [Un estudio comparado del cristianismo y del Islam] (Lahore: Sh. Muhammad Ashraf, 1976) y W. J. Sheard en su librito *The Myth of the Crucified Saviour* [El Mito del Salvador Crucificado] (Karachi: World Federation of Islamic Missions, 1967). Pero este último autor ha expuesto toda la falacia de la teoría y ha admitido francamente que los textos de la Biblia no pueden dar esta interpretación mediante ninguna exégesis limpia. Dice en su librito, en la página 1:

> La única manera abierta a un buscador de la verdad es leer entre líneas en los varios versículos de los Evangelios a fin de poder descubrir la verdad (W. J. Sheard, *The Myth of the Crucified Saviour* [El mito del Salvador crucificado], Karachi: World Federation of Islamic Missions, 1967, pág. 1).

Sheard sabe que la llana enseñanza de la Biblia es que Jesús murió en la cruz y que por un estudio limpio, imparcial y objetivo de las Escrituras ha de llegar a esta conclusión. Pero Sheard, como Deedat, Ajijola y otros, no estaban interesados en leer las líneas para encontrar el significado; su interés se encontraba entre las líneas.

¿De dónde provino esta teoría? Tal como lo afirma Jones, esta teoría no es reciente:

> [La teoría del desmayo] fue propuesta hace más de un siglo por el racionalista alemán Venturini, que escribió una novela en la que sugirió que debido a que la muerte por crucifixión es un proceso muy lento, Jesús, cuando fue bajado de la cruz después de unas seis horas, no estaba realmente muerto, sino desmayado. Habiendo sido colocado en una cueva fresca, fue reavivado mediante la aplicación de ungüentos medicinales y de especias fuertemente aromáticas. El doctor Paulus y el aún más famoso Schleiermacher prestaron su apoyo a esta extravagante teoría, pero fue ridiculizada nada menos que por el escéptico Strauss (Jones, *Christianity Explained*, pág. 82).

Dice él acerca de Ahmad, que adoptó esta teoría:

> Sin embargo, lo que se debe tener en mente es que Ghulam Ahmad no intentó de esta manera sólo negar la historicidad de la Resurrección, sino también proclamar que Jesús está muerto. Y en esto todos los ahmadíes están sencillamente repitiendo lo que él expresó (*ibid.*, pág. 82).

Quizá si el musulmán promedio estuviese consciente de que se trata de la creencia básica de los *qadianis* que pertenecen al *Movimiento Ahmadiya* fundado por el Mirza Ghulam Ahmad, no le daría ningún crédito. La rama ahmadiya del Islam es considerada por muchos musulmanes como no perteneciente al redil de la verdadera fe musulmana. Esto se debe a causa de que algunas de sus doctrinas se enfrentan al Islam tradicional, aunque sean similares en la mayoría de las cuestiones. Las diferencias más destacables tienen lugar en doctrinas que darían un mejor sustento al Islam contra el cristianismo. Esto se debe al hecho de que la principal característica de los ahmadiyas o *qadianismo* es su enérgica posición contra la fe cristiana. No son los cristianos ni la mayoría de los musulmanes que las creen, sino principalmente son dogmas del *qadianismo.* Consideremos esta nota de quien fue en el pasado Presidente del Ahmadiyah-Anjuman-Ishaat-I-Islam de Lahore, que sigue numerosas evidencias del tipo de las propuestas por Sheard para mostrar que Jesús descendió vivo de la cruz:

> Todos estos hechos demuestran de manera concluyente la verdad de la declaración hecha en el Santo Corán de que Jesús no fue muerto, y que no murió en la cruz, sino que fue asemejado a uno muerto y que por ello escapó con su vida, muriendo posteriormente de muerte natural, como lo afirma el Santo Corán (Moulvi Muhammad Ali, *Muhammad and Christ* [Mahoma y Cristo], Lahore: Ahmadiyah-Anjuman-Ishaat-I-Islam, 1921, pág. 141).

El mismo escritor, en su comentario sobre el Corán, observa lo siguiente acerca de la Sura 4:157:

> La palabra no niega que Jesús fuese clavado en la cruz, pero sí niega que expirase en la cruz como resultado de ser clavado en ella… Las circunstancias relacionadas con la crucifixión, lejos de mostrar que Jesús murió en la cruz, demuestran a las claras que fue bajado vivo (Maulvi Muhammad Ali, *The Holy Qur'an*, págs. 241, 243).

En el libro de texto ahmadiya acerca de la vida y posición de Jesús leemos una declaración similar:

> No parece legítimo dudar de la historicidad del hecho de que Jesús fue puesto en la cruz, pero se pueden rechazar detalles del relato evangélico y se puede establecer que no murió en la cruz (Khwaja Nazir Ahmad, *Jesus in Heaven on Earth* [Jesús en el cielo sobre la tierra], pág. 185).

Es evidente que Deedat ha estado promoviendo una teoría *qadianí* frente a cristianos y a musulmanes. Una lectura del librito de Deedat muestra que si no tomó prestados sus argumentos principalmente del libro de Ahmad, son similares a los del autor *qadianí.*

Un moderno escritor musulmán, en un libro reciente, rechaza toda la teoría del desmayo como «un perjudicial intento … de iniciar una nueva tendencia histórica … en el sentido de que Jesús fue puesto sobre la cruz, fue liberado medio muerto, hizo frente a una muerte final lenta, y fue enterrado en algún oscuro lugar de Cachemira» (S. B. M. Alam, *Nuzul-e-Esa: The Descension of Jesus Christ* [El abajamiento de Jesucristo], pág. 46). Sus razones y sus escritos deberían ser examinados por todos los musulmanes en nuestros días.

Los *qadianís* nos quieren hacer creer que tanto la Biblia como el Corán apoyan la misma teoría del desmayo, haciendo frente a sus claras declaraciones en sentido contrario. La Biblia dice que Jesús *fue* crucificado y muerto (Hechos 2:23), mientras que el Corán dice que *no lo fue* (Sura 4:156). Lo que sigue examina la postura islámica del desmayo tal como la presenta Ahmeed Deedat, un seguidor de la postura amadiya.

LA OBRA DE AHMED DEEDAT, «¿FUE CRUCIFICADO CRISTO?»

Lo que sigue es una réplica a algunos de los principales puntos expuestos por Deedat en las páginas 31 y 32 de su librito *Was Christ Crucified* [¿Fue Cristo crucificado?] y también en *Resurrection or Resuscitation* [Resurrección o reanimación] y *Who Moved the Stone* [¿Quién movió la piedra?].

Punto 1. *Jesús no estaba bien dispuesto a morir.* A lo largo de los Evangelios vemos que Jesús exhibió una destacable entereza frente a la inminente muerte. Subió a Jerusalén sabiendo por adelantado que sería crucificado (Lucas 18:31-34), y cuando los judíos acudieron a arrestarlo una noche en un huerto cerca de la

ciudad, se dirigió sereno al frente, sabiendo todo lo que le iba a suceder (Juan 18:4). Fue precisamente donde sabía que le irían a buscar (Juan 18:2) y sin resistencia alguna se entregó a ellos, aunque hubiera podido pedir más de doce legiones de ángeles para que le librasen (Mateo 26:53). En lugar de no estar bien dispuesto a morir, estaba decidido a entregar Su vida.

Con calma, aceptó todos los insultos e injurias que le amontonaron al día siguiente y, sin ninguna señal de temor ni protesta, se entregó a ser crucificado. Al ser sacado de Jerusalén, mostró más preocupación por las mujeres de la ciudad y por sus niños que por Sí mismo (Lucas 23:28) y en la cruz sólo se preocupó de los que le rodeaban (Juan 19:26-27). Más aún, en contra de encontrar que estuviese mal dispuesto a morir, descubrimos en las narraciones del evangelio que afirmó Su rostro hacia la cruz, y que aunque tuvo muchas oportunidades de evitarla, no las aprovechó, sino que prosiguió, decidido a redimir a los hombres de sus pecados (Lucas 9:22, 51; 18:31).

La única ocasión en que mostró desgana fue cuando se postró sobre Su rostro en el huerto y rogó: «Padre mío, si es posible pase de mí esta copa; sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como tú» (Mateo 26:39). Este ruego no brotó de un temor a la cruz. Las palabras de Cristo reflejan la agonía a la que hacía frente, no Su desgana a llevar a cabo la voluntad del Padre. El dolor era real; el verdadero amor refleja el dolor. Nuestra vida le costó a Cristo la Suya, pero Él así lo eligió. Si Cristo hubiese tenido temor, se habría manifestado de manera suprema en Su mayor momento de agonía —en la cruz.

Hasta aquel momento, Jesús había estado gozando de la plena presencia y comunión de Su Padre, y ahora iba a ser entregado en manos de pecadores. Nada jamás motivó a Jesús sino la voluntad y beneplácito de Su Padre (Juan 14:31), y nunca había conocido ni la presencia ni el efecto del pecado en Su vida. Jesús sólo tenía un supremo temor —ser abandonado por Su Padre y ser hallado en el reino del pecado y a merced de los pecadores. Para redimir el mundo, era necesario que fuese hecho pecado por nosotros (2 Corintios 5:21) y que soportase las consecuencias de nuestras iniquidades. Jesús mostró un temor piadoso del pecado y de sus efectos —un santo temor del que carecen la mayoría de los hombres, para peligro eterno de sí mismos. Ante la perspectiva de los *padecimientos espirituales* que le esperaban, se estremeció, pero como Su amor por los pecadores era más fuerte que Su temor a morir por nuestros pecados, buscó fuerzas para soportar las agonías que se cernían sobre él.

Puntos 2 a 4. *Rogó a Dios pidiendo ayuda, Dios «oyó» Sus oraciones, y el ángel le fortaleció.* Estos tres puntos son coincidentes y pueden ser tratados como tal.

Se encuentra poca progresión lógica de pensamiento en el argumento de Deedat de que un ángel le fue enviado a Jesús para fortalecerle, y que Dios iba a salvarlo (pág. 13). Si es así, desde luego Dios podría haberle liberado inmediatamente.

¿Qué clase de «consuelo» o «fortalecimiento» podría haberle dado el ángel si la mano de Dios iba a ser revelada sólo después de horas de una agonía y tortura indescriptibles hasta el punto de la muerte en la cruz?

Primero, un dolor y sufrimiento así habría sido innecesario, y la liberación de Dios llegaría sólo después de un trágico retraso. Segundo, de poco consuelo le habría sido a Jesús saber que hacía frente a los horrores de la crucifixión sólo para ser salvado al punto de la muerte. Además, si Jesús fue bajado vivo de la cruz porque estaba tan próximo a la muerte que todos creían que ya había muerto, no podemos ver cómo Dios le «salvó» o donde Él siquiera intervino.

Todo el argumento está en tensión contra la progresión lógica de los acontecimientos en los Evangelios. La verdad de todo ello es que Jesús estaba físicamente en un punto crítico ante la perspectiva de padecer por los pecados. Él acababa de decirle a Sus discípulos que Su alma estaba enormemente entristecida, hasta el punto de la muerte (Marcos 14:34). Dios oyó la oración de Jesús y el ángel le dio fuerzas para persistir y soportar la cruz y la muerte y de esta manera cumplir Su misión de redimir a los pecadores del pecado, de la muerte y del infierno.

Salvar a Jesús de morir horas después de agonía en la cruz, cuando estaba al borde mismo de la muerte, habría sido una liberación inoportuna y retrasada sin razón, acompañada de un largo período de dolorosa recuperación de la horrenda prueba. Salvarle de la muerte resucitándole en perfecta salud es razonable, y además en perfecta armonía con el relato bíblico de la crucifixión.

Puntos 5 y 6. *Pilato lo declara «no culpable» y su mujer tiene un sueño para salvar a un «justo».* Estos dos puntos se presentan para apoyar el punto 12, que será tratado más adelante.

Punto 7. *En la cruz sólo durante tres horas.* Esto no es cierto. Jesús estuvo en la cruz durante seis horas. Deedat cita del libro de Jim Bishop *The Day Christ Died* en otro lugar en su libro, pero le ignora en la página 289: «Jesús murió por Su propia voluntad.» Jesús dijo:

> [Mi vida] nadie me la quita, sino que yo la pongo de mi mismo. Tengo potestad para ponerla, y tengo potestad para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre (Juan 10:18).

Vemos esto demostrado en la secuencia de acontecimientos que rodean Su muerte. Un hombre crucificado expiraría normalmente tras muchas horas de colgar exánime en la cruz, con el cuerpo exangüe y la cabeza caída. Pero Jesús no estaba de natural al punto de la muerte. Cuando supo en Su espíritu eterno que había ya cumplido plenamente Su obra de salvación, sin embargo, exclamó: «Consumado es,» e inclinando la cabeza, entregó Su espíritu (Juan 19:30). Aquí está la clave de Su muerte. A pesar de todos sus horrores, la cruz no podía agotar Su fortaleza. Con una consumada dignidad, deliberadamente inclino la cabeza y ejerció de manera

consciente Su poder de poner Su vida. Murió por Su propia voluntad. Tres días después, por el mismo poder, se levantó a Sí mismo de los muertos.

Punto 8. *Los otros dos seguían vivos.* Este argumento cae por tierra a la luz de lo que acabamos de decir. Aquellos dos hombres estaban sufriendo como criminales y no podían entregar sus vidas como Jesús. Jesús murió voluntariamente; ellos no podían hacerlo.

Punto 9. La *Encyclopædia Biblica dice: «Estaba vivo cuando le traspasó la lanza.»* En la página 3 de su librito, Deedat pretendía que estaba presentando evidencias de *la Biblia misma* para refutar la doctrina de la crucifixión. Pero aquí se ve obligado a apoyarse en una fuente externa. Pero en todo caso se ha de preferir siempre el relato de un testigo ocular con preferencia a cualquier otro. El relato de los testigos oculares se basa en hechos mientras que el último comentario se basa en el mejor de los casos en especulaciones. Y el relato del testigo ocular, el apóstol Juan, es que Jesús ya había muerto cuando fue traspasado con la lanza (Juan 19:33, 34).

Punto 10. Deedat afirma que *las piernas de Jesús no fueron quebradas.* La decisión de los soldados de no quebrar las piernas de Jesús constituye una prueba concluyente que Jesús ya estaba muerto. El doctor Pink observa que

> estos soldados romanos eran verdugos expertos, y es totalmente impensable que cometiesen un error en un asunto así. Pilato había dado la orden de que fuesen quebradas las piernas de los tres, y no hubiesen osado desobedecer excepto en el caso de estar totalmente seguros de que Cristo ya había muerto. Los incrédulos se exponen a la acusación de mantener un absurdo total si pretenden que Cristo nunca murió, sino que sólo se había desmayado. ¡Los soldados romanos son testigos en contra de ellos! (Arthur W. Pink, *Exposition of the Gospel of John*, Grand Rapids, MI: Zondervan Publishing House, 1945, pág. 248).

Punto 11. *Los truenos, el terremoto y un eclipse dentro de tres horas.* Todos estos fenómenos sirvieron más bien para poner el acento en el hecho de que Jesús no fue crucificado accidentalmente, sino que había estado sufriendo y muriendo por los pecados de otros. No hubo eclipse [siendo que la pascua caía siempre en luna llena, tal cosa es imposible, *N. del T.*]. La luz del sol fue milagrosamente oscurecida durante todo el segundo período de tres horas mientras Jesús colgaba de la cruz. Y no es coincidencia que la oscuridad se desvaneciese en el momento en que Jesús murió. Las tinieblas fueron una señal de Dios de que aquel día se estaba dando total satisfacción por el pecado.

Punto 12. *Pilato se asombra al oír acerca de Su muerte.* Deedat afirma además que aunque Pilato se sorprendió al oír de parte del centurión que Jesús había

muerto tras sólo unas pocas horas, no hizo ningún esfuerzo para verificar la declaración, no preocupándose de si Jesús estaba vivo o muerto.

Bien al contrario, el hecho mismo de que Pilato consultó con el centurión que había presidido la crucifixión es una prueba de que estaba muy interesado acerca de la muerte de Jesús. Porque se habría encontrado con muchos problemas si Jesús hubiese descendido vivo de la cruz. Ya le había entregado a muerte de cruz para aplacar a los judíos y asegurar que su propia posición como gobernador de Judea no quedase afectada. Si Jesús hubiese sobrevivido a la cruz, aquellos judíos que buscaban Su muerte se habrían sentido tanto más enfurecidos. Habrían podido acusar a Pilato de ineficacia en la ejecución de la sentencia y podría haber perdido su puesto como gobernador.

El hecho mismo de que Pilato le consultase al centurión constituye una clara prueba de que estaba decidido a no dejar nada a la casualidad. Porque de entre todos los relacionados con la crucifixión de Cristo, el centurión desde luego habría sido el último en equivocarse acerca de la muerte de Jesús. En caso de error, probablemente habría perdido su propia vida. Cuando el apóstol Pedro escapó poco tiempo después de la cárcel en la misma ciudad, los centinelas fueron ejecutados (Hechos 12:19). En otra ocasión, cuando otro carcelero pensó que Pablo y Silas habían huido a su vez de la cárcel, *sacó la espada y se iba a matar* (Hechos 16:27), lo que no hizo al saber que estaban todos allí. Prefería morir por suicidio que ejecutado. Generalmente, la pena por dejar escapar a los presos era la muerte.

Punto 13. Otra de las afirmaciones de Deedat es que *los judíos dudaban de la muerte de Jesús.* Los judíos no dudaban de la muerte de Jesús, lo que temían era que los discípulos robasen Su cuerpo. Sólo se tiene que considerar lo que los judíos le dijeron a Pilato tras el enterramiento de Jesús:

> Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré (Mateo 27:63).

Los judíos no abrigaban dudas acerca de la muerte de Jesús. Esto es evidente por el hecho de que se refirieron a lo que Jesús había dicho *viviendo aún.* Estas palabras implican claramente que desde entonces había muerto. En todo caso, la profecía que ellos recordaban era una en la que Jesús había dicho que después *de morir,* al tercer día resucitaría (Lucas 9:22).

Punto 14. *Puesto en un sepulcro espacioso.* No hay evidencia en la Biblia que Jesús fuese puesto en un sepulcro grande que estuviese suficientemente ventilado para que se recobrase de sus heridas. Una vez más, Deedat ha recurrido a una fuente extrabíblica (de nuevo el libro de Jim Bishop) y se basa, como éste, en especulaciones del siglo 20, sin evidencia histórica.

Punto 15. *La piedra había de ser movida.* Deedat ha desarrollado recientemente un gran argumento acerca de la piedra que sellaba el sepulcro publicando un librito titulado *Who Moved the Stone?* [¿Quién movió la piedra?] Sugiere ahí que la piedra fue movida por los dos discípulos fariseos de Jesús —José de Arimatea y Nicodemo (pág. 10). Pero en su librito ¿*Was Christ Crucified?* [¿Fue Cristo Crucificado?], sugiere que fue una «Super-mujer» (pág. 25), implicando que fue María Magdalena. No hay evidencia alguna que apoye estas presunciones extremas.

Una vez más Deedat se ha apartado de la fuente misma sobre la que pretende basar sus argumentos, la Biblia, y la ha contradicho. Las Escrituras afirman llanamente que un ángel del Señor descendió del cielo y vino y removió la piedra (Mateo 28:2).

Punto 16. *Siempre disfrazado.* La teoría de que Jesús iba siempre disfrazado tampoco encuentra apoyo alguno en las Escrituras ni en ningún otro lugar. La Biblia declara que tras Su resurrección Su cuerpo llevaba la naturaleza que los justos llevarán en el cielo. Podía trascender todas las limitaciones terrenales y podía aparecer o desaparecer a voluntad. Podía aparecer de repente en una estancia cerrada (Juan 20:19) y revelar u ocultar Su identidad según quisiese.

Puntos 17 a 19. *La reacción de Jesús y María.* Jesús no prohibió a María que le tocase tras Su resurrección porque le dolía, como pretende Deedat (pág. 26). Lo que Cristo le dijo a María es que no había aún ascendido, implicando que más adelante ya vendría el tiempo para que fuese tocado. No hay apoyo escriturario para las pretensiones de Deedat. Porque más adelante Cristo alentó a los discípulos que le tocasen, para que evidenciasen Su resurrección *física.*

Puntos 20 a 21. *Los discípulos se aterrorizaron cuando Él comió alimento con ellos.* Los discípulos se llenaron de asombro y temor porque Jesús apareció de repente en medio de ellos en una estancia totalmente cerrada, puertas y ventanas. Esto lo podía hacer Jesús con un cuerpo de resurrección, pero sería imposible conseguir esto después de recuperarse de un desmayo. Tomó alimentos para demostrar que seguía siendo un ser físico a pesar de Su capacidad de trascender los límites del ámbito físico.

Puntos 22 a 23. *Nunca se aparece a los judíos, e hizo sólo cortos viajes debido a su condición débil y fatigada.* Jesús estaba interesado en mostrarse primero a Sus discípulos (Hechos 10:41), y de hecho vemos que lo hizo en medida no pequeña. Hubo muchos que fueron testigos de Su resurrección. Pablo dice de Él:

> Se apareció a Cefas, y después a los doce. Después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales la mayoría viven aún, pero algunos ya se durmieron. Después se apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; y al último de todos, como a un abortivo, se me apareció a mí (1 Corintios 15:5-8).

Se debe recordar que todos los discípulos eran judíos. Los hay que dicen (y quizá sea a esto a lo que se refiere Deedat) que Jesús nunca se apareció a no creyentes, sino sólo a Sus seguidores. Esto no es cierto. Se apareció a Pablo y a Jacobo, Su hermano. No se hicieron creyentes sino hasta después de Su resurrección. La resurrección fue una de las evidencias que convenció a ambos hombres de que Cristo era el eterno Hijo de Dios.

Sugerir que Jesús hizo sólo viajes cortos es falso. Jesús se apareció a los discípulos en Galilea, a unos cien kilómetros de Jerusalén —un viaje que Jesús sólo hubiese podido hacer en aquellos días si había resucitado de entre los muertos con una salud robusta. Nadie recuperado de un «desmayo» en aquellas condiciones podría haber cubierto tal distancia.

Punto 24. Otro evidente descuido de lo que la Biblia dice es la afirmación de Deedat de que *Jesús jamás dijo «estuve muerto y ahora vivo»*. En este punto, Deedat evidencia su ignorancia de la Biblia porque evidentemente no sabe que las palabras de Jesús están registradas no sólo en los cuatro Evangelios, sino también en el Libro de Apocalipsis. En este libro vemos que Jesús dijo *precisamente las palabras* que Deedat niega que jamás dijese. Jesús le dijo a Juan:

> No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que estoy vivo por los siglos de los siglos (Apocalipsis 1:17-18).

Punto 25. *Los científicos alemanes dicen que «el corazón de Jesús nunca dejó de latir»*. Por cuarta vez Deedat concuerda con una especulación minoritaria del siglo 20 contra un relato histórico de un testigo ocular de la muerte de Jesús. La mayoría de la evidencia clínica no apoya la conclusión de Deedat (Véase *El factor de la resurrección*, de Josh McDowell, de esta misma Editorial CLIE).

Cada uno de los 25 puntos de Deedat ha quedado claramente refutado. Como conclusión sólo hemos de decir que ha demostrado cuán fútil es la teoría del desmayo. No tiene ningún fundamento válido y ha de ser rechazada por todos los que quieran saber lo que realmente le sucedió a Jesucristo.

Consideremos también la refutación que sigue de la teoría del desmayo. Se trata de algunos puntos clave presentados en la obra *Evidencia que exige un veredicto.*

Primero, Cristo sí murió en la cruz, conforme al criterio de los soldados, y de José y Nicodemo.

> J. N. D. Anderson observa lo siguiente acerca de la hipótesis de que Jesús no murió: «Bueno … es muy ingeniosa. Pero no resiste una investigación. Para empezar, se tomaron precauciones —parece— para asegurar que Jesús estaba muerto; éste es desde luego el sentido de que le traspasaran el costado con una lanza. Pero supongamos, para seguir el argumento, que no estuviese realmente muerto. ¿Es posible creer que estar yaciendo hora tras hora sin asistencia

médica en un sepulcro cavado en la roca, durante la Pascua en Palestina, cuando enfría bastante por la noche, le habría reavivado en gran manera, en lugar de resultar inevitablemente en la definitiva extinción de su vacilante vida, que puso deshacerse de metros de lienzos funerarios cargados con kilogramos de especias, mover una piedra que tres mujeres se creían incapaces de manejar, y caminar kilómetros con los pies heridos?» (J. N. D. Anderson, «The Resurrection of Jesus Christ,» *Christianity Today*, 29 de marzo, 1968, pág. 7. Empleado con permiso).

Segundo, los discípulos de Jesús no le vieron como habiéndose simplemente recuperado de un desmayo. El escéptico David Friedrich Strauss —y él desde luego no creía en la resurrección— dio el golpe de muerte a cualquier pensamiento de que Jesús se hubiese reavivado de un desmayo. He aquí sus palabras:

> Es imposible que un ser que hubiese salido medio muerto del sepulcro, arrastrándose medio muerto y enfermo, necesitando asistencia médica y precisando de vendajes, recuperase fuerzas y atención, cediendo finalmente a sus sufrimientos, hubiese podido dar a sus discípulos la impresión de que era el vencedor sobre la muerte y el sepulcro, el Príncipe de la Vida; impresión ésta que constituyó la base de su ministerio futuro. Una reanimación así ... no hubiese podido de ninguna manera cambiar su tristeza en entusiasmo, ni haber elevado su reverencia en adoración» (David Friedrich Strauss, *The Life of Jesus for the People*, Vol. I, 2ª Ed. Londres: William and Norgate, 1879, pág. 412).

Tercero, los que proponen la teoría del desmayo también han de decir que cuando Jesús se reavivó, tuvo que hacer el milagro de desenredarse de los lienzos sepulcrales que ataban estrechamente todas las curvas de Su cuerpo, y dejarlos sin deshacerlos. Merrill C. Tenney explica los lienzos sepulcrales:

> Al preparar un cuerpo para ser sepultado según la costumbre judía, era generalmente lavado y enderezado, y luego vendado apretado desde los sobacos hasta los tobillos con bandas de lino de unos treinta centímetros de anchura. Entre las envolturas o pliegues se ponían especias aromáticas, a menudo de una consistencia resinosa. Servían en parte como conservantes y en parte como cementante para pegar las envolturas de lienzo en una cubierta sólida.… el término que emplea Juan, «envolvieron» (Gr. *edesan*), concuerda perfectamente con el lenguaje de Lucas 23:53, donde el escritor dice que José *envolvió* el cuerpo en una sábana. … Por la mañana del primer día de la semana el cuerpo de Jesús se había desvanecido, pero los lienzos sepulcrales estaban aún allí. … El sudario estaba en la posición donde había estado la cabeza, separado de los otros lienzos por la distancia desde los sobacos hasta el cuello. La forma del cuerpo estaba todavía allí presente para ellos, pero la carne y el hueso habían desaparecido. … ¿Cómo se pudo salir el cuerpo de la envuelta, por cuanto no podría deslizarse fuera de las curvas del cuerpo una vez había sido envuelto apretadamente a su alrededor? (Merrill C. Tenney, *The Reality of the Resurrection*, Chicago: Moody Press, 1963, pág. 116, 117. Empleado con permiso).

Cuarto, Cristo habría tenido que apartar la piedra, abrumar a los guardas y luego escapar sin ser detectado.

«Los que mantienen esta teoría,» dice *James Rosscup*, «tienen que decir que Cristo, en su debilitada condición, pudo mover la piedra de la entrada del sepulcro —una acción que los historiadores dicen que precisaría de la acción de varios hombres— salir del sepulcro sin despertar a ninguno de los soldados (si suponemos para el argumento que se habían dormido, ¡y sabemos que desde luego no lo estaban!), pasar sigilosamente por en medio de los soldados, y escapar» (James Rosscup, Apuntes de Clase, La Mirada, CA: Seminario Teológico Talbot, 1969, pág. 3).

Quinto, si Jesús meramente se había recuperado de un desmayo, la larga caminata «… a una aldea llamada Emaús, que estaba a sesenta estadios [unos once kilómetros] de Jerusalén» (Lucas 24:13) habría sido imposible.

Sexto, si Jesús se hubiese meramente reavivado de un desmayo parecido a la muerte, habría explicado Su condición a los discípulos. Si se hubiese callado esto, habría sido un mentiroso y engañador, permitiendo que Sus seguidores esparcieran una proclamación de la resurrección que en realidad no era más que un cuento fantasioso.

Paul Little comenta que una teoría así nos demanda que creamos que:

Cristo mismo estaba envuelto en mentiras flagrantes. Sus discípulos creían y predicaban que había muerto, pero que había vuelto a vivir. Jesús no hizo nada para deshacer esta creencia, sino que la alentó (Paul E. Little, *Know Why You Believe*, Wheaton: Scripture Press Publications, Inc., 1967, pág. 26. Usado con permiso).

John Knox, el erudito sobre el Nuevo Testamento, citado por Straton, dice:

No era el hecho de que un hombre hubiese resucitado de los muertos, sino que un hombre en particular lo hubiese hecho lo que lanzó el movimiento cristiano. … El carácter de Jesús era su causa más profunda (Hillyer H. Straton, «I Believe: Our Lord's Resurrection,» *Christianity Today*, 31 de marzo de 1968, pág. 3. Empleado con permiso).

Jesús no habría participado en la perpetración de la mentira de que había resucitado del sepulcro si no hubiese sido así. Cuando uno examina Su prístino carácter, una acusación así es inmerecida.

Finalmente, si Cristo no murió en esta ocasión, entonces ¿cuándo murió y bajo qué circunstancias?

Ésta es una pregunta importante. No existe en ninguna parte una explicación alternativa con ningún mérito o evidencia histórica. Tan grande fue el impacto de Jesús antes de Su muerte que es un desafío a la credibilidad aceptar que nadie sabe cuándo o dónde murió.

¿CUÁL FUE LA SEÑAL DE JONÁS?

Hacia el final de su librito *Was Christ Crucified?* [¿Fue Cristo crucificado?] y en una publicación subsiguiente, *What Was the Sign of Jonah?* [¿Cuál fue la señal de Jonás?], Deedat suscita dos objeciones adicionales a la crucifixión de Cristo tal como está registrada en la Biblia. Sus dos objeciones surgen de la siguiente declaración que Jesús hizo una vez a los judíos:

> Esta generación mala y adúltera demanda una señal; pero no le será dada otra señal que la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches (Mateo 12:39, 40).

Por cuanto Jesús murió un viernes por la tarde y resucitó el siguiente domingo por la mañana, Deedat suscita cuestiones acerca de cómo un período tan breve podría ser designado como *tres días y tres noches.* La respuesta es sencillamente que se trata de un coloquialismo, de un típico modismo judío. Nosotros no hablamos en estos términos en nuestros días pero encontramos a menudo en la Biblia que un período de tiempo es designado en términos de días y noches. En Mateo 4:2 leemos que Jesús ayunó *cuarenta días y cuarenta noches* y que lo mismo se dice del tiempo que Moisés pasó en el Sinaí en Éxodo 24:18. Unas expresiones así implican que el período a que se hace referencia cubrió una porción de la cantidad especificada de días y noches. De modo que *tres días y tres noches* no significaban un periodo de 72 horas exactamente, sino más bien una porción de tres días. En el caso del tiempo que Jesús estuvo sepultado vemos que hubo tres días involucrados: viernes, sábado y domingo.

En Ester 4:15—5:1 leemos que Ester proclamó un ayuno durante tres días, noche y día, pero que acabó el ayuno el tercer día, es decir, tras sólo dos noches. Esta pauta es idéntica a la que vemos en el caso del enterramiento de Jesús. Habló de resucitar *al tercer día* (Mateo 20:19), y también predijo que sería sepultado *tres días y tres noches* (Mateo 12:40). Así, es evidente que sólo se estaba considerando una porción de los tres días.

Se encuentra más prueba de esto en la reacción de los judíos después de la muerte de Jesús. Ellos recordaron Su dicho de que «después de tres días resucitaré» (Mateo 27:63), pero en lugar de esperar hasta que hubiesen pasado dos días enteros, el gobernador romano ordenó, *el día después* de la crucifixión, que el sepulcro fuera de inmediato asegurado. Sabían que la declaración de Jesús no significaba que tuviesen que pasar 72 horas enteras, sino más bien que el acontecimiento era de esperar en cualquier momento del tercer día después de la crucifixión. Por ello, pidieron que el sepulcro fuese sellado *hasta el tercer día* (Mateo 27:64). Jesús dijo que resucitaría *después de tres días,* pero, sabiendo lo que significaba según los modismos de su lenguaje, los judíos sólo se preocupaban

de asegurar el sepulcro *hasta el tercer día.* (Para explicaciones adicionales de la designación temporal de «tres días y tres noches», véase *El factor de la resurrección*, págs. 161-164).

La segunda objeción que suscita Deedat es que así como Jonás estuvo vivo durante su estancia en el vientre del gran pez, también la profecía ha de ser tomada como significando que Jesús estaría vivo mientras estaba en el corazón de la tierra. Deedat cita a Jesús como diciendo: «*Como estuvo Jonás … así estará el Hijo del Hombre*», en su librito sobre el Signo de Jonás (pág. 6), e implicando que esto significaba que así como Jonás estuvo vivo, también Jesús estaría vivo. Pero la similitud que Jesús exponía se expresa de manera explícita en la profecía como el *factor temporal* y no la condición en que Él estaría (o sea, si iba a estar vivo o muerto). Consideremos una declaración similar hecha por Jesús en otra ocasión:

> Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también tiene que ser levantado el Hijo del Hombre (Juan 3:14).

Aquí tenemos la misma pauta: *Como … la serpiente … así también tiene que ser levantado el Hijo del Hombre*, y otra vez Jesús saca una analogía. En este caso está comparando la ocasión en que Moisés levantó una serpiente de bronce sobre un asta con Su inminente crucifixión. Así como la semejanza con Jonás se limitaba al factor temporal, así en este caso se limita al levantamiento real del objeto empalado sobre una pieza labrada de madera. Aquí podemos ver, sin embargo, a qué contradicciones conduce esto. Porque en este caso, la serpiente nunca estuvo viva. Estaba muerta cuando fue hecha, muerta cuando fue levantada y muerta cuando fue bajada. Si tuviésemos que seguir la línea de razonamiento de Deedat, nos veríamos obligados a concluir que esto significaba que Jesús debería estar muerto incluso antes de que fuese clavado en la cruz.

Jonás estuvo vivo durante su prueba, mientras que la serpiente fue un objeto muerto en todo momento al ser levantada en el campamento. Está claro que estas analogías no llegan tan lejos como para cubrir la cuestión de la vida o de la muerte. Están evidentemente limitadas a las semejanzas específicas a que se hace referencia —el período de tres días y el levantamiento, respectivamente.

Finalmente, consideremos otra declaración hecha por Deedat respecto a que *no hay ninguna declaración más explícita de Jesús en todos los Evangelios* acerca de Su próxima crucifixión que el de la señal de Jonás y que ésta iba a ser *la única señal* que estaba dispuesto a dar a los judíos (*Was Christ Crucified?* [¿Fue Cristo crucificado?], pág. 33). No sólo estamos totalmente de acuerdo con esta declaración, sino que además creemos que refuta totalmente la teoría del desmayo y demuestra que Jesús realmente murió en la cruz y resucitó de entre los muertos.

Jesús había efectuado muchas señales que los judíos no podían negar. Había sanado a los enfermos, abierto los ojos de los ciegos y resucitado muertos, entre otras cosas. Pero a pesar de estas pruebas, los judíos no se daban por satisfechos.

Otros profetas habían llevado a cabo maravillas similares. ¿Qué señal tenía Jesús que hubiese podido rebasarlas todas para demostrar que era el Mesías? Como contestación, Jesús les dio sólo una señal —la señal de Jonás.

Ahora bien, si Jesús fue bajado de la cruz al punto de la muerte en un desmayo y sobrevivió sólo porque había parecido totalmente muerto, y consiguió, mediante reuniones clandestinas con Sus discípulos y varios disfraces, recuperarse gradualmente, ¿qué clase de señal podría ser esta? Si se han de tomar en serio las pretensiones de Deedat, hemos de concluir que Jesús escapó a la muerte sólo por casualidad y que se recuperó mediante un proceso natural. Aquí no se manifestaría ningún milagro. No hay señal en esto.

En cambio, si Jesús murió en la cruz y tres días después resucitó de nuevo a la vida, entonces tenemos de cierto una señal segura —una prueba concluyente de que todas Sus afirmaciones eran ciertas. Otros profetas vivientes han resucitado a muertos a la vida, pero *sólo Jesús se levantó a Sí mismo de los muertos* y esto para vida incorruptible y eterna, porque ascendió al cielo y ha estado vivo allá durante casi 20 siglos. Aquí descubrimos todo el sentido de la señal de Jonás y podemos ver con claridad por qué Jesús la señaló como la única señal que estaba dispuesto a dar a los judíos.

De modo que vemos que el argumento final de Deedat en favor de la teoría del desmayo es en realidad la más fuerte prueba en contra de ella, y que testifica de manera concluyente en favor de la proclamación frecuentemente dada en la Biblia de que Jesús resucitó de los muertos.

CONFUSIÓN MUSULMANA ACERCA DE LA CRUCIFIXIÓN

> El Corán es bastante ambiguo acerca de la cuestión de la muerte de Jesucristo (Abdul-Haqq, *Christ in the New Testament and the Quran* [Cristo en el Nuevo Testamento y en el Corán], Evanston, IL: inédito, 1975, pág. 18).

Hemos visto así no sólo cuán cierta es esta declaración, sino también qué confusión se ha causado entre musulmanes debido a la vaguedad de la negación de la crucifixión en el Corán. La ambigüedad en el Corán acerca de esta cuestión es tan grande que las teorías sugeridas difieren considerablemente entre sí.

> No hay duda alguna de que esta variedad de versiones resultó de la falta de una enunciación precisa en el Corán acerca de los últimos días de la vida humana de Cristo sobre la tierra (Iksander Jadeed, *The Cross in the Gospel and the Qur'an* [La cruz en el Evangelio y en el Corán], inédito, sin fecha, pág. 11).

Algunos musulmanes han admitido sinceramente que tienen graves problemas para conciliar las desconcertantes declaraciones en la Sura 4:156 acerca de la suerte de Jesús y la extraña manera en que se les hizo parecer a los judíos que realmente le habían crucificado. El gran comentarista del Corán, Razi, se vio obligado a hacer el siguiente comentario acerca de la enseñanza coránica tocante al destino de Jesús:

> Lo que nos dice aquí Mahoma en el Corán celestialmente inspirado debemos aceptarlo simplemente como la Palabra de Dios, rodeada como está de dificultades, y es el Señor sólo quien puede darte verdadera dirección (Citado en Abdul-Haqq, *Christ, op. cit.*, pág. 19).

Desde luego, parece más razonable concluir que las dificultades aquí mencionadas militan en contra de creer el Corán, y que la confusión en el mundo musulmán ha sido causada por la negación en el Corán de la historia verdadera — la crucifixión de Jesucristo.

La evidencia en favor de este hecho es tan fuerte que muchos musulmanes se han dado cuenta de que la crucifixión real de Jesús no puede ser negada en serio, pero para evitar contradecir directamente al Corán han intentado de una u otra manera conciliarlo con la declaración en el Corán de que Jesús no fue muerto por los judíos.

Evidencia en la Biblia acerca de la Crucifixión y de la Resurrección

Hemos mostrado por qué debe rechazarse la negación coránica de la crucifixión de Cristo. Examinemos a continuación las pruebas a favor del registro bíblico de Su muerte y resurrección.

Somos afortunados en que Dios nos ha preservado la evidencia de que Jesucristo de hecho murió por los pecados de los hombres en la cruz y que resucitó por su salvación. En la Biblia descubrimos profecía tras profecía provinientes de la boca de verdaderos profetas acerca de la venidera crucifixión del Cristo. Consideraremos sólo unos pocos de los pasajes donde se predice la crucifixión.

En el *Zabur,* los Salmos de David, encontramos un Salmo donde se predicen los acontecimientos de la crucifixión en extremo detalle. Comienza con estas palabras: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* (Salmo 22:1). Y encontramos en el *Injil* que estas son precisamente las palabras que Jesús pronunció en la cruz (Mateo 27:46). El Salmista profetiza luego con estas palabras:

> Horadaron mis manos y mis pies. Contar puedo todos mis huesos. Entretanto, ellos me miran y me observan. Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi túnica echaron suertes (Salmo 22:16-18).

Era práctica común en las crucifixiones romanas que los soldados clavasen las manos y los pies de la víctima a la cruz y que luego se repartieran entre sí sus vestidos. Estas palabras fueron escritas mil años antes de Cristo —mucho antes que se emplease la crucifixión— y sin embargo podemos ver claramente predicha Su crucifixión. Está claro que estas palabras se refieren específicamente a Él por el enigma: «Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi túnica echaron suertes.» ¿Por qué iban a echar suertes por la túnica de la víctima, si el resto de sus vestidos fue dividido entre los soldados? La razón aparece claramente en el registro del *Injil:*

> Cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron los vestidos de él, e hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. Entonces dijeron entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será (Juan 19:23, 24).

En su profecía David registra también que la víctima se lamentaba de que todos sus huesos se habían descoyuntado, y que su lengua se había pegado a su paladar (Salmo 22:14-15), agonías éstas que los científicos han evidenciado que son típicas de los efectos de la crucifixión. Asimismo, el profeta registra también que los que pasasen junto a la víctima se burlarían de él y que menearían la cabeza, diciendo: «*Se encomendó a Jehová; líbrele él; sálvele, puesto que en él se complacía*» (Salmo 22:8). Estas son precisamente las palabras que los líderes judíos le lanzaron a Cristo al rostro cuando pasaron junto a Su cruz:

> Ha puesto su confianza en Dios; líbrele ahora si le quiere (Mateo 27:43).

El resto del Salmo bosqueja la muerte terrible de la víctima en su cruz, y sin embargo se refiere inmediatamente a su regreso a sus hermanos para dirigirles la palabra —una clara referencia a la resurrección de Cristo.

El profeta David (*Dawud* en árabe) predijo de manera llana la crucifixión de Jesús y *vio anticipadamente y habló de la resurrección del Cristo* (Hechos 2:31). Es una cosa registrar este acontecimiento cuando forma parte de la historia, pero cuando un profeta de tal altura puede predecirlo siglos antes que suceda, hemos de llegar a la conclusión de que sólo pudo hacerlo *porque el mismo Dios se lo reveló por anticipado.* Aquí tenemos una de las más poderosas evidencias en favor de la crucifixión de Cristo, y desde luego una que en último término no puede ser negada.

En otras partes, David predijo que las piernas de Jesús no serían quebradas en la cruz (Salmo 34:20) —una profecía muy significativa, por cuanto los soldados quebraron las piernas a los dos ladrones crucificados con Jesús, pero no quebraron las de Él (Juan 19:32-36).

La última profecía que consideraremos es la del profeta Isaías, que no sólo predijo la crucifixión, sino que además dio las razones de la misma:

> Derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores (Isaías 53:12).

No sólo esto, sino que sabemos que este pasaje se refiere a la crucifixión propia de Jesucristo, porque les dijo llanamente a Sus discípulos la noche antes de este acontecimiento que toda esta profecía se refería a Él:

> Os digo que es necesario que se cumpla todavía en mí aquello que está escrito: Y fue contado con los inicuos; porque lo que se refiere a mí, tiene cumplimiento (Lucas 22:37).

Muchos otros rasgos de la profecía se cumplieron en la crucifixión de Cristo, algunos de los cuales eran que Él hizo de sí mismo una expiación por el pecado (v. 10), que resucitaría de los muertos y *vería el fruto de la aflicción de su alma* (v. 11), y que haría *intercesión por los transgresores* (v. 12), lo que hizo Jesús, cuando oró por Sus matadores con estas palabras: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* (Lucas 23:34).

De interés especial es otra profecía que tuvo un cumplimiento singular en la muerte de Cristo. Leemos:

> Se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte (Isaías 53:9).

¿Cómo pudo Su sepulcro haber sido dispuesto con los impíos, si fue sepultado en el distinguido sepulcro de un hombre rico? La respuesta es que si bien todas las víctimas de la crucifixión eran echadas en una fosa para los malvados cuando morían, un hombre rico llamado José recibió permiso del gobernador romano para sepultar a Jesús en su propio sepulcro que había cavado en una peña (Mateo 27:60).

Jesucristo fue crucificado por los pecados de los hombres y resucitó de los muertos para la salvación de ellos. Los profetas que vinieron antes de él predijeron estas realidades y los apóstoles que le siguieron dieron el mismo testimonio unánime sobre la base de los hechos inamovibles de la historia, de una historia de la que ellos eran testigos.

La Resurrección

Debido a la interpretación que hace el Islam de la crucifixión, la resurrección no recibe mucha atención. Esto no se debe a que los musulmanes la consideren algo insignificante, sino porque si fuera cierto, negaría el Islam como verdad. Esta es una razón por la que los musulmanes hacen tan grandes esfuerzos por desvirtuar la crucifixión.

> La resurrección de Cristo no es, hablando estrictamente, un tema de interés para los musulmanes. Los ortodoxos, como ya hemos visto, creen que no murió, por lo que para ellos no puede haber posibilidad de que resucitase. En cuanto a los ahmadís, siguen la postura del fundador de su secta, que a fin de establecer sus propias pretensiones emprendió la tarea de afirmar que Jesús estaba muerto. Pero por lo que toca a la resurrección hemos señalado que adoptó la infundada teoría de que Jesús meramente sufrió un desfallecimiento en la cruz y que fue reavivado, sólo para morir más tarde. De esta manera negó también la historicidad de la Resurrección (Bevan Jones, *Christianity Explained* [El cristianismo explicado], pág. 153).

Para una evidencia detallada acerca de la resurrección, sugerimos al lector el capítulo 10 de *Evidencia que exige un veredicto, Vol. I, El Factor de la Resurrección*, ambos por Josh McDowell; *¿Quién movió la piedra?*, por Frank Morrison, o *Juicio a la resurrección de Cristo*, por Sherlock [este último, así como *El Factor de la Resurrección*, de esta misma Editorial].

Mencionaremos a continuación y brevemente tres hechos históricos específicos.

Primero, el sepulcro quedó vacío. Hasta el día de hoy, no se ha ofrecido una explicación adecuada de este hecho aparte del relato bíblico.

Segundo, la actitud de los discípulos conocedores del Señor después de la alegada resurrección afirma su validez. Se deben observar dos contrastes específicos. El primero, de dolor a gozo. Sería necesario desvirtuar esta realidad. Segundo, del temor al arrojo. Ha de existir una explicación de por que unos hombres que en un momento tenían miedo de morir fueron luego transformados en hombres sobre los que la muerte no ejercía efecto alguno.

Tercero, es necesario desvirtuar la existencia de la Iglesia y de vidas transformadas a lo largo de la historia, todo lo cual apunta a la resurrección como razón de esta transformación.

La crucifixión y la muerte de Jesús están inseparablemente ligadas a Su resurrección por medio del sepulcro vacío. A lo largo de la historia, los cristianos han señalado siempre al sepulcro vacío y a las apariciones de Jesús como la roca sobre la que basan su fe, y tienen razón en actuar así. El Islam está también consciente de este hecho. Porque si Jesús no fue llevado al cielo antes de su crucifixión tal como afirman los musulmanes —y se trata de una afirmación para la que no hay evidencia— entonces Él tuvo que haber sido crucificado *y* resucitado. Estos son dos acontecimientos ligados por la historia, y son las únicas explicaciones razonables a la luz de la evidencia, tanto la bíblica como la no bíblica.

SECTAS Y DIVISIONES ISLÁMICAS

Una de las críticas dirigidas por el Islam contra el cristianismo es que la fragmentación del cristianismo en denominaciones ilustra el hecho de que no puede ser totalmente cierto y que está corrompido. Si esto no fuese así, no se darían tantas muchas «diferentes» interpretaciones sobre varias cuestiones. El hecho es que el Islam padece del mismo problema de credibilidad. Surgen dos puntos a la superficie: Primero, las opiniones divergentes no eliminan la posibilidad de determinar la verdad, si es el cristianismo o el Islam. Segundo, la unidad no es uniformidad, y la dispersión de sectas de cualquier grupo sólo adquieren significación a la vista de un estándar o enseñanza central del grupo principal. Estas cuestiones tratan de la *fiabilidad* de la enseñanza. En el caso del Islam, la cuestión viene a ser, ¿qué secta o división es la representación más fiable y genuina del Islam? Pero la cuestión entre el Islam y el cristianismo no es de fiabilidad sino de *validez,* es decir, ¿cuál de ambas es fiel a los hechos?

Las dos principales divisiones dentro del Islam son los sunitas y los chiítas. A menudo, los sunitas son considerados como el grupo ortodoxo y los chiítas como una de las sectas. Evidentemente, los chiítas no están de acuerdo. En realidad, no es correcto llamar la Chía una secta. Es una rama principal del Islam. Es cierto que es mucho más pequeña que la rama sunita, pero el término literal «secta» podría no ser ajustado por dos razones.

1. Implica que los chiítas son o bien un grupo *dentro de,* o bien una rama *de* la fe sunita. Pero esto no es cierto.

2. El término «secta» parecería por connotación igualar la fe chiíta con cualquiera de los grupos sectarios menores del Islam. Tampoco es así.

El Islam quedó dividido desde su infancia en dos principales escuelas de pensamiento.

Chiítas.

La división chiíta tiene raíces históricas que se remontan a poco después de la muerte de Mahoma. Los chiítas creen que el gobernante de derecho que debía haber seguido a Mahoma era su yerno Alí, que finalmente llegó a ser el cuarto Califa sucesor de Mahoma. Creen que sólo los descendientes de Mahoma tienen derecho a sucederle.

Lo siguiente da una buena introducción a la división chiíta:

> La Chía constituye el único cisma importante en el Islam. A diferencia de los Charijites, que se rebelaron contra el Ijma' de la Comunidad en el nivel práctico, la Chía ha desarrollado, a lo largo de los siglos, una doctrina de Derecho Divino (tanto respecto a la religión como a la vida política) que es irreconciliable con el mismo espíritu de la Ijma'.…
>
> Vemos así que el chiísmo, ya en la historia temprana del Islam, vino a cubrir diferentes fuerzas del descontento social y político. Los árabes del sur lo usaron como cubierta para afirmar su orgullo e independencia contra los árabes del norte. En la población mixta de Irak, atrajo la adhesión de los persas descontentos y contribuyó al surgimiento, durante el período abásida, de un movimiento extremista cultural y nacionalista persa conocido como los shu'ubiya. … El impulso religioso fundamental derivó de la muerte violenta y cruenta de Hussein, hijo de Alí con Fátima, en Karbala, a manos de las tropas del gobierno en el año 671, de donde surgió el motivo pasional. Este motivo pasional combinado con la creencia en el «regreso» del Imán da al chiísmo su rasgo más distintivo. Sobre esto se injertaron viejas creencias orientales acerca de la luz divina y el nuevo marco metafísico para esta creencia la proveyeron ideas cristianas gnósticas neoplatónicas (Fazlur Rahman, *Islam*, Chicago: University of Chicago Press, 1979, págs. 170-172).

Hoy, los chiítas dominan totalmente el Irán; su líder más destacado fue el Ayatollah Jomeini.

Hay varias divisiones entre los chiítas mismos. Las dos más comunes son los doceros y los seteros (ismailíes). Los primeros, el grupo mayoritario, mantienen que los únicos líderes legítimos o imanes son los primeros doce califas. Los seteros mantienen sólo siete. Los doceros creen que finalmente el imán final volverá antes del juicio final, y que está sólo oculto esperando el momento. Otro nombre para este imán es el «Mahdí».

Sunitas

Junto con la controversia sobre el califato, se desató un conflicto en otro frente: el de la ley y de la teología. En medio de este conflicto emergieron cuatro escuelas ortodoxas reconocidas de pensamiento islámico. Las cuatro escuelas aceptaban el Corán, la *Sunna*, o práctica del profeta expresada en el *Hadith* (las tradiciones), y las cuatro bases de la Ley Islámica (*Shari'a*): El *Corán*, el *Hadith*, la *Ij'ma* (el consenso de la comunidad musulmana) y el *Qi'yas* (el uso de la razón analógica). Estos cuatro grupos vinieron en ser llamados los sunitas.

Los requisitos de un califa son:

1. Ha de ser recto.

2. Ha de ser varón.

3. Ha de ser adulto.

4. Ha de ser miembro de la tribu de Quraish.

5. Ha de ser cuerdo.

Sin embargo, los sunitas no ponen un gran énfasis en ningún califa o líder de ningún grupo familiar. Se apoyan en el Corán, y en cuestiones no explícitas buscan la postura de la comunidad como un todo.

Así lo explica Noss:

> La rápida expansión del Islam enfrentó a los musulmanes con otras decisiones cruciales e incluso más complejas acerca de la conducta musulmana. Pronto aparecieron situaciones en áreas fuera de Arabia en las que las instrucciones del Corán demostraron ser o bien insuficientes o bien inaplicables. El primer paso natural, en estos casos, era apelar a la *sunna* (la conducta o práctica) de Mahoma en Medina o al Hadith que informaba de sus decisiones o juicios orales. En el caso de que esto resultase inconclusivo, el paso siguiente era preguntar cuál era la sunna y/o el consenso de opinión (*Ijma*) de la comunidad de Medina, en o poco después de la época de Mahoma. Si todavía no se conseguía hacer la luz acerca de aquello, el único recurso era o bien

hacer una analogía (*Qiyas*) en base de los principios incorporados en el Corán o en precedentes medínicos, y luego aplicarla, o seguir el consenso de la opinión de la comunidad musulmana local tal como era cristalizada y expresada por sus autoridades coránicas.

> Los musulmanes que adoptaron esta vía para resolver sus problemas de conducta fueron llamados sunitas hasta el día de hoy (Noss, *Religions*, pág. 530).

En la actualidad, la mayoría del mundo islámico es sunita.

En *Islam: A Survey of the Muslim Faith*, George Fry y James King comenta acerca de los sunitas:

> Como nombre común, *sunnah* significa «norma» o «práctica usual»; cuando se capitaliza hace referencia a las acciones y palabras del profeta, que para los musulmanes son vinculantes. Esta *Sunnah* profética está incorporada en un libro (el Corán), en los comentarios y actos del Profeta (tal como están registrados en el *hadith*) y en la ley de la *shari'ah* tal como emergió a lo largo de los siglos. Los sunitas, cuyo nombre indica su aceptación de este cuerpo de materiales, consideran a los primeros cuatro califas —los llamados califas rectamente guiados— como una expresión de la voluntad divina, leen el Corán literalmente y lo sitúan en el centro de su fe (la fe de ellos no es un credo sacerdotal que interponga un mediador humano entre ellos y Dios); no tienden a buscar grandes dimensiones en la historia, en el Corán o en ninguna personalidad humana. Como el cuerpo central de los musulmanes, dominantes en África del Norte, Turquía, Siria, Palestina y la Península Arábiga, tienden a recibir un trato favorable de la prensa debido a que la mayoría de los libros escritos acerca del Islam por los occidentales lo son desde un punto de vista sunita (George C. Fry y James R. King, *Islam: A Survey of the Muslim Faith*, Grand Rapids, MI: Baker Book House, 1980, pág. 113).

Como se ha mencionado en el breve tratamiento histórico, ha existido un acerbo conflicto entre chiítas y sunitas desde su escisión. Más recientemente esto se ha llegado a suscitar un interés internacional, al haberse manifestado su conflicto en el escenario de la política mundial.

La controversia chiíta-sunita ha sido un punto focal de la atención del mundo desde que se pudo ver cómo la militante división chiíta derribaba el régimen aparentemente inamovible del Sha del Irán. Los mismos militantes islámicos integristas fueron responsables del asesinato del Presidente Anwar el-Sadat de Egipto.

Fry y King comentan acerca de estas secciones, así como de otras:

> Mucho del material que podríamos reseñar aquí no es esotérico, pero mucho de él es de inmenso interés para los no musulmanes, bien debido a que refleja ciertas cuestiones que han gozado de gran significación dentro de la Casa del Islam (la historia de la iglesia cristiana está asimismo señalada por puntos de controversia) o porque ayuda a explicar cuestiones que están muy en los titulares de las informaciones en la actualidad:
>
> (1) *A mediados de la década de los setenta, las pendencias entre sunitas y chiítas contribuyeron a la guerra civil en el Líbano.* Más recientemente, al final de aquella década, hubo el resurgir del integrismo islámico en Irán, inspirado por los líderes chiítas, lo que sirvió de

instrumento para derribar un gobernante que era considerado como invulnerable y efectuando unos notables cambios en la estructura cultural y social de un gran país.

(2) El conservadurismo cultural extremado que encuentran los occidentales que trabajan en Arabia Saudita puede ser remontado al *Movimiento Wahabita* del siglo dieciocho, que tuvo éxito en el establecimiento del código moral más estricto en la península.

(3) El movimiento sufita ha asaltado Occidente como un torbellino. Muchas ciudades americanas tienen ahora centros sufitas; las librerías universitarias exhiben materiales sufitas que los jóvenes leen de buena gana. El orden sufita en occidente atrae a multitudes a sus reuniones; ¡el sufismo es más respetable en la ciudad de Nueva York que en muchos lugares del Próximo Oriente! Así, un examen de las principales sectas musulmanas puede arrojar alguna luz sobre los libros que nuestros hijos están leyendo, así como sobre el precio que estamos pagando por el petróleo (Fry y King, *Islam*, pág. 112).

Además del conflicto involucrando al Irán, Irak, Arabia Saudita y otros países árabes, y la complicación del problema con el desmembramiento de la Unión Soviética en varias naciones, en algunas de las cuales domina el Islam, como Kazajstán, Azerbaiján, Kirghizstán, etcétera, la controversia tiene un punto crucial en el reciente conflicto del Líbano, donde Beirut está dividida entre sectores sunita y chiíta.

Sufís

En todo sistema religioso fuerte y legalista, el culto puede llegar a ser mecánico y efectuado de manera rutinaria, haciendo que Dios parezca trascendente. Una religión tan impersonal lleva a menudo a los creyentes insatisfechos a una reacción. Así sucede con el Islam, habiendo surgido a lo largo de los años los sufís, los místicos islámicos más bien conocidos, como reacción al Islam ortodoxo y a la perspectiva frecuentemente inconsecuente y secularista del liderazgo islámico durante algunos de sus días primeros bajo las dinastías de los Omeyas y de los Abásidas. Mahoma mismo era un místico. Esto ayudó al sufismo a progresar en paralelo con el legalismo. Muchos sufís son también sunitas.

A pesar de las demandas de la Ley, otro aspecto del Islam ha sido casi igualmente importante para el común de los creyentes: el sufismo, o misticismo, como se traduce generalmente.

Los sufís son aquellos musulmanes que han buscado una experiencia personal directa de lo Divino. Aunque algunos de ellos han sido legalistas de la estampa más integrista, su énfasis en la experiencia religiosa directa ha conducido más frecuentemente a los sufís a una tensión con los legalistas, y su actitud para con la Ley ha cubierto la gama desde la ironía condescendiente a la hostilidad abierta (Williams, *Islam*, pág. 136).

Los sufís son los más místicos de los creyentes del Islam. Fry y King comentan:

Hemos seguido a través de muchos aspectos del Islam la distinción sugerida por dos palabras árabes críticas, *batin* y *zahir*, sentidos interior y exterior, conocimiento esotérico y exotérico.

Pero todavía hemos de decir alguna cosa acerca de lo que sea quizá el reflejo más importante en el Islam acerca de la dimensión interior, esotérica del pensamiento, la gran tradición mística del sufismo. Hay varias posibles etimologías para este término, que, al menos en algunos círculos, es en la actualidad una palabra casi de uso común. Pero la más generalmente aceptada es una derivación de la palabra árabe *suf,* lana, refiriéndose al vestido basto y muy apedazado que pueden llevar los místicos sufís. Otros términos para designar a místicos islámicos que se suelen oír son *derviche* o *faquir* (ambos sugiriendo pobreza), *qalandar* (un derviche ambulante que desprecia la opinión pública), y *pir, sheikh,* o *murshid* (maestros derviches) (Fry y King, *Islam,* pág. 120).

Estos autores prosiguen:

El movimiento sufí, tan popular actualmente en América y Europa, tuvo sus inicios en el Próximo Oriente en época muy temprana en la historia del Islam, como protesta contra el creciente intelectualismo del pensamiento islámico en Bagdad y otros lugares. Los sufís promovían una relación con Dios basada en una profunda confianza y que se expresaba en un cálido amor profundamente sentido. Hay algunos vínculos importantes entre los sufís y los chiítas, porque ambos grupos predican unas formas radicales, anti-establecimiento, del Islam, reflejando la intensa dedicación de cada grupo a los valores espirituales y el sentido obsesionante que siente cada grupo acerca de en cierto sentido ser «dejado fuera» (*ibid.,* pág. 120, 121).

Dice Noss, acerca del surgimiento de los sufís:

Millones de musulmanes sentían en sí mismos la necesidad humana natural de sentir su religión como una experiencia personal y emocional. El Islam no tenía sacerdotes, ni entonces ni ahora, ordenados y consagrados para una vida dedicada a la adoración de Dios y el seguimiento de la santidad, y sin embargo todos sabían que Mahoma había sido un verdadero hombre de Dios, totalmente dedicado a su misión, que durante el período anterior a las revelaciones se había retirado del mundo en ocasiones para meditar en una cueva. Así fue que llegó a ser un instrumento de la verdad de Dios.

Fue el anhelo popular por la presencia entre ellos de hombres no mundanos dedicados a Dios, al ascetismo y a la santidad que promovió el surgimiento eventual del misticismo islámico (Noss, *Religions,* pág. 535).

Ahmadiya

Así como el sufismo es la secta mística del Islam, el ahmadiya es la secta racionalista. De origen reciente, la siguiente cita da un breve trasfondo histórico.

En el período moderno, han surgido dos importantes sectas en el seno del Islam: el babismo (*q.v.*), que, lo mismo que la fe Baha'i, ha salido formalmente del Islam, y el Ahmadiya, una secta fundada por Mirza Ghulam Ahmad a comienzos del siglo 20. Comenzó escribiendo libros contra los misioneros cristianos y en defensa del Islam, pero en 1879 comenzó a pretender que él era el Mahdí y el Mesías prometido en el pueblo de Qadian, en el Punjab, la India. Contra la creencia musulmana general de que Jesús no había sido realmente crucificado, sino que había sido levantado al cielo y que volverá a la tierra, Mirza Ghulam Ahmad afirmó que Jesús, después de escapar de la crucifixión, fue a Cachemira y murió en Srinagar (*Encyclopaedia Brittanica,* pág. 667).

Son muchos los que no consideran a los ahmadyia como verdaderos musulmanes. En Paquistán fueron declarados una secta no islámica.

En sus enseñanzas, los ahmadyia son intensamente militantes contra el cristianismo.

Aparte de negar la crucifixión también niegan el nacimiento virginal de Cristo y Su naturaleza sin pecado. De hecho, esta secta intenta desacreditar todo tipo de posición superior o sobrenatural de Cristo que pudiese elevarle por encima de Mahoma.

Charijites, Mu'talizitas, Wahabíes

Estos tres grupos existieron más como movimientos fragmentados que como sectas exclusivas. Los charijites eran un pequeño grupo cuyo énfasis residía en su rechazo a contemporizar con sus juicios excesivamente radicales del Islam, y creían que tales contemporizaciones habían de ser tratadas con severidad. También se adhieren al «libre albedrío».

Los wahabíes eran un grupo fuerte, militante y puritano. Sobreviven actualmente en especial en Arabia Saudita y en Nigeria, y constituyen un ala extremista integrista de los sunitas.

Los mu'talizitas fueron más bien una escuela de filosofía, de naturaleza racionalista, un grupo que se desvaneció durante la recuperación conservadora del Islam y en la Edad Media. Estuvieron muy influenciados por el pensamiento griego.

En todo caso, la crítica islámica de las varias denominaciones de la cristiandad pierde su impacto cuando se compara con la diversidad de las sectas del Islam. Los musulmanes a menudo olvidan que las mismas «pruebas» de validez que ellos aplican al cristianismo carecen de sentido a no ser que también las apliquen a sus propias creencias.

EL DEBATE
tuvo lugar en agosto de 1981
en Durban, África del Sur

EL TEMA
fue la pregunta:
¿Fue Cristo crucificado?

LOS PARTICIPANTES
fueron Josh McDowell y
Ahmed Deedat, el
presidente del Centro
de Propagación del Islam
en Durban, África del Sur

El debate, una transcripción del cual aparece en las siguientes páginas, se dividió en tres partes:

Argumentos iniciales, *50 minutos.*
Réplicas por parte de cada uno, *10 minutos.*
Declaraciones finales, *3 minutos.*

CAPÍTULO TRES

TRANSCRIPCIÓN DEL DEBATE

ARGUMENTOS INICIALES

Ahmed Deedat

Señor Moderador, damas y caballeros: Acerca del tema de la crucifixión, se le dice al musulmán en términos no ambiguos, en el Santo Corán, la última y definitiva revelación de Dios, que ellos no le mataron ni le crucificaron, sino que así se les hizo parecer. Y que los que disputan esto están llenos de dudas. No tienen un verdadero conocimiento; sólo siguen conjeturas, suposiciones. Lo cierto es que no le mataron.

Señor Moderador, damas y caballeros: ¿podría alguien haber sido más explícito al afirmar una creencia, más dogmático, más exento de contemporizaciones, que con estas palabras? El único que tiene derecho a decir tales palabras es aquel que todo lo conoce, el omnisciente Señor del universo.

El musulmán cree esta declaración autoritativa como la verdadera Palabra de Dios. Y como tal, no hace preguntas ni exige prueba. Dice: «Ahí están las palabras de mi Señor; yo creo y afirmo.» Pero el cristiano responde en las palabras de nuestro honorable invitado. En su libro, Josh McDowell con Don Stewart en *Answers to Tough Questions* [Respuestas a preguntas difíciles], en las páginas 116 y 117 expone la actitud cristiana tocante a esta declaración sin componendas del musulmán. Dice así: «Un problema principal para aceptar el relato de Mahoma es que su testimonio es 600 años posterior al acontecimiento, mientras que el Nuevo Testamento contiene testigos oculares, o testimonio de primera mano, acerca de la vida y ministerio de Jesucristo.»

En resumen, el cristiano pregunta ,¿cómo puede saber un hombre, a mil millas de la escena del suceso de la crucifixión y a seiscientos años de distancia del tiempo del suceso, qué sucedió en Jerusalén? El musulmán responde que éstas son las palabras de Dios Todopoderoso. Y naturalmente, como tal, Dios sabía lo que había sucedido. El cristiano, naturalmente, razona que si hubiese aceptado este libro, el Corán, como la Palabra de Dios, no habría disputa entre nosotros. ¡Todos seríamos musulmanes!

Tenemos relatos de testigos oculares y auriculares acerca de aquellos acontecimientos que nos son expuestos en la Santa Biblia, más especialmente en los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Ahora bien, la implicación de esta crucifixión es ésta: se afirma que Jesucristo fue asesinado por los judíos por medio de la crucifixión hace 2000 años. Y como tales, los judíos son culpables del asesinato de Jesucristo. A nosotros los musulmanes se nos afirma que son inocentes porque Cristo no fue muerto, ni crucificado. Como tal, recibo de parte del Santo Corán la misión de defender a los judíos contra la acusación cristiana. Voy a defender a los judíos esta tarde, no porque sean mis primos, sino sencillamente porque se ha de hacer justicia. Tenemos nuestros puntos de diferencia con los judíos —pero esto es algo totalmente distinto. Esta tarde, intentaré poner lo mejor de mi parte para hacer justicia a mis primos, los judíos.

Ahora bien, en este argumento, este debate, este diálogo, soy realmente el abogado defensor de los judíos, y Josh McDowell es el fiscal. Y ustedes, damas y caballeros, son las damas y caballeros del jurado. Quiero que se arrellanen, se relajen, y que al final de este debate emitan un juicio para ustedes mismos, para su

propia conciencia, de si los judíos son culpables o no de la acusación, tal como los cristianos alegan.

Ahora, para entrar en materia, como abogado defensor de los judíos, podría conseguir que este caso contra los judíos fuese desestimado en dos minutos, en cualquier tribunal en cualquier país civilizado del mundo, simplemente pidiendo a la fiscalía los testimonios de estos testigos, Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Y cuando sean presentados, en forma de declaraciones juradas, tal como los tenemos en los evangelios, yo podría decir que en su original, no están atestiguados. Y la prueba —uno toma cualquier copia de la Versión Autorizada inglesa de la Biblia, y se podrá ver que cada una de estas declaraciones comienza así: «El Evangelio según San Mateo, el Evangelio según San Marcos, el Evangelio según San Lucas, el Evangelio según San Juan.» Y yo pregunto, damas y caballeros del jurado, ¿qué significa este «según … según … según»? ¿Saben lo que significa? Significa que Mateo, Marcos, Lucas y Juan no firmaron sus nombres. Sólo se supone que son obra de ellos. Y por esto, en cualquier tribunal de justicia en cualquier país civilizado, serían desestimados tras un examen de un par de minutos.

No sólo esto: puedo hacer que este caso sea desestimado dos veces en dos minutos en cualquier tribunal en cualquier país civilizado. He dicho *dos veces* porque uno de los testadores en el Evangelio de San Marcos, capítulo 14, versículo 50, nos dice que en el momento más crítico de la vida de Jesús todos Sus discípulos le abandonaron y huyeron. *Todos.* Si no estuvieron allí, el testimonio de los que no estaban allí para testificar de lo que sucedió serían excluidos del tribunal. Como digo, dos veces en dos minutos, en sólo ciento veinte segundos llanos, el caso concluiría. En cualquier corte de justicia, en cualquier país civilizado del mundo.

¿Pero dónde está la diversión, aquí? Ustedes han venido de lejos, después de toda la amenaza de lluvia. Y ahora, si decimos que el caso está cerrado y que podemos irnos a casa, ¿dónde está la diversión? Para entretenerles, aceptaré estos documentos como válidos, en gracia a este diálogo, y vamos a llamar a estos testigos al estrado para contrainterrogarlos. Y quiero que vean ustedes dónde se encuentra la verdad.

El primer testigo que voy a llamar resulta ser San Lucas. Y San Lucas ha sido descrito por las autoridades cristianas como uno de los más grandes historiadores. Como libro histórico, el Evangelio de San Lucas es un caso único. Ahora vamos a San Lucas, capítulo 24, versículo 36. Voy a decirles qué es lo que ha dicho —lo que ha escrito de manera muy clara. Nos dice que fue una tarde de domingo, el primer día de la semana, cuando Jesucristo entró en el aposento alto, aquel en el que había celebrado la Última Cena con Sus discípulos. Esto es tres días después de Su pretendida crucifixión. Entra y les desea a Sus discípulos «Paz a vosotros». Y cuando Él dijo, «Paz a vosotros», Sus discípulos quedaron aterrados. ¿Es esto

cierto? Os lo preguntamos a vosotros. A mí me gustaría preguntarle, ¿por qué se aterrorizaron los discípulos? Porque cuando uno se encuentra con su maestro largo tiempo perdido, con su abuelo, su guru, su Rabí —los orientales nos abrazamos, nos besamos. ¿Por qué habían de aterrorizarse Sus discípulos? De modo que Lucas nos dice que estaban asustados, porque pensaban que era un espíritu.

Sólo estoy citando lo que él dice. Y podéis verificarlo en vuestras propias Biblias en casa. Se asustaron, se aterrorizaron porque creían que era un espíritu. Yo le pregunto a Lucas, ¿parecía un espíritu? Y él me dice que no. Les pregunto a todos los cristianos del mundo una y otra vez, de todas las iglesias y denominaciones: este maestro vuestro, ¿parecía un espíritu? Y todos dicen que no. Entonces les digo: ¿por qué habrían de pensar que un hombre es un espíritu si no parece un espíritu?

Y todos se quedan perplejos —excepto si Josh nos lo puede explicar. Todos los cristianos se quedan perplejos. ¿Por qué deberían pensar que un hombre es un espíritu si no lo parecía? Os lo diré. La razón es que los discípulos de Jesús habían oído el rumor de que el Maestro había sido colgado de la cruz. Habían oído rumores de que había entregado el espíritu. En otras palabras, que Su espíritu había salido; Él había muerto. Habían oído rumores de que estaba muerto y sepultado durante tres días. Todo su conocimiento era de oídas, porque, como he dicho al principio (Marcos, capítulo 14, versículo 50), vuestro otro testigo dice que en el momento más crítico en la vida de Jesús todos Sus discípulos lo abandonaron y huyeron. *¡Todos!* No estaban allí.

Así que, siendo que todo el conocimiento que tenían era de oídas, llegamos a una persona que habéis oído que hacía tres días que estaba muerta. Suponéis que está hediendo en su sepulcro. Cuando veis a esta persona, naturalmente, os sentís aterrorizados. Por ello, Jesús quiere asegurarles que Él no es lo que ellos piensan. Ellos creen que Él ha vuelto de entre los muertos. Un cuerpo resucitado, espiritualizado. De modo que Él les dice —y sólo estoy citando lo que dice Lucas—, les dice: «Mirad mis manos y mis pies.» Echad una mirada a mis manos y a mis pies, que soy yo mismo. Soy la misma persona. ¿Qué os pasa? ¿Por qué tenéis miedo? Les dice: «Palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.»

Un espíritu; artículo indefinido «un». Un espíritu, cualquier espíritu, no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. De modo que si tengo carne y huesos, no soy un espíritu; no soy un fantasma; no soy un espectro. Le estoy preguntando a los ingleses —a aquellos que tienen el inglés como lengua materna— por cuanto yo tengo carne y huesos, no soy un espíritu; no soy un fantasma; no soy un espectro. Decidme, ¿no es esto lo que significa en vuestro idioma?

Y para ti, afrikaner, cuando alguien te dice esto, ¿significa que él no es lo que tú estás pensando? Es decir, no es un espíritu, no es un fantasma, no es un espectro. Y todos responden, «cierto». Si alguien te dice que un espíritu no tiene carne ni

huesos, significa que no tiene carne ni huesos. Como veis, yo tengo estas cosas, por lo que no soy lo que vosotros pensáis. Estáis pensando que estaba muerto y que he venido de entre los muertos y he resucitado. Si un espíritu no tiene carne ni huesos, en otras palabras, os está diciendo que el cuerpo que estáis viendo no es un cuerpo metamorfoseado. No es un cuerpo trasladado. No es un cuerpo de resurrección. Porque un cuerpo de resurrección es espiritualizado.

¿Quién dice esto? Mi autoridad es Jesús. Vosotros diréis, «¿dónde?» Os digo que en Lucas, miradlo otra vez —capítulo 20, versículo 36. ¿Qué dice? Fijaos, los judíos siempre le iban con enigmas. Siempre le estaban preguntando cosas como, «Maestro, pagaremos tributo al César, o no? Maestro, esta mujer, la descubrimos en el acto mismo, ¿qué le vamos a hacer? Maestro …» una y otra vez. Ahora acuden a Él, y le preguntan, dice: «Maestro,» o sea, Rabí en lengua hebrea, «Maestro, teníamos una mujer entre nosotros, y esta mujer, siguiendo una costumbre judía, tuvo siete maridos.» Sabéis, según una costumbre judía, si el hermano de alguien muere y no deja descendencia, entonces el hombre toma a la mujer de su hermano como su mujer. Y cuando él no consigue levantar descendencia para su hermano, lo hace el tercero, y el cuarto y el quinto y el sexto, y el séptimo.

Siete hermanos tuvieron esta mujer como esposa, pero no había problema mientras estaban en esta tierra porque la tomaron de uno en uno. Ahora lo que quieren saber de Él es en la resurrección, en el más allá, quién va a tenerla, porque todos la tuvieron aquí. En otras palabras, habrá una pelea en el cielo, porque creemos que seremos todos resucitados a la vez. Todos juntos, a la vez. Y estos siete hermanos despertarán a la vez, verán a esta mujer, y cada uno dirá, «¡Mi mujer! ¡Mi mujer!» y habría una pelea en el cielo entre los hermanos por esta mujer.

De manera que quieren saber de Él quién va a poseerla al otro lado. Lucas, capítulo 20, versículo 36. Comprobadlo. Como respuesta, Jesús dijo acerca de estos hombres y mujeres resucitados: «Tampoco pueden ya morir.» En otras palabras, «Cuando sean resucitados, serán inmortalizados.» Éste es un cuerpo mortal. Necesita alimento, abrigo, vestido, sexo, reposo. Sin estas cosas, la humanidad perecería. Aquel cuerpo será inmortalizado. Un cuerpo inmortal, sin alimento, abrigo, vestido, sexo ni reposo. Y dice que tampoco pueden ya morir. Pues son como ángeles.

En otras palabras, serán angelizados. Serán espiritualizados. Serán criaturas espirituales: ¡serán espíritus! Porque son iguales a los ángeles e hijos de Dios. Así son los hijos de la resurrección —¡espíritus! Y Él dijo, «un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo». En otras palabras, «no he resucitado». Y ellos no creían de gozo y asombro —otra vez Lucas 24. ¿Qué sucedió, luego?

Pensábamos que aquel hombre estaba ya muerto, quizá hediendo en su sepulcro. Y de gozo no creían —abrumados de gozo— y se preguntan lo que había sucedido. De modo que les dice: «¿Tenéis algo de pez asado, un panal de miel, algo de comer?» Y ellos le dieron un trozo de pan y lo comió a la vista de ellos. ¿Para

demostrar qué? Les pregunto, damas y caballeros del jurado, ¿qué estaba tratando de demostrar? ¿Qué? «Soy el mismo hombre, amigos; no soy lo que os pensáis; no he vuelto de entre los muertos.»

Esto era la tarde del domingo después de la pretendida crucifixión.

Volvamos atrás. ¿Qué había sucedido por la mañana? Vuestro otro testigo, Juan, capítulo 20, versículo 1, nos dice que era el domingo por la mañana, el primer día de la semana, cuando María Magdalena fue al sepulcro de Jesús. Le pregunto a Juan, ¿por qué fue allá? O llamemos a otro testigo al estrado, Marcos, capítulo 16, versículo 1. Marcos, dinos, ¿para qué fue María allá? Y Marcos nos lo dice: «Para ir a ungirle.» Ahora bien, la palabra hebrea para ungir es *massahah,* de la que viene la palabra *messiah* [Mesías] en hebreo y *masih* en árabe. La raíz tanto para el árabe como para el hebreo es la misma. *Massahah* significa frotar, dar masaje, ungir.

Os pregunto, ¿acaso los judíos dan masajes a los cuerpos muertos después de tres días? La respuesta es que no. Os digo a vosotros, cristianos, ¿dais masajes a cuerpos muertos después de tres días? ¿Lo hacéis? La respuesta es que no. Los musulmanes somos los que más nos aproximamos a los judíos en nuestra ley ceremonial. ¿Acaso los musulmanes dan masaje a cuerpos muertos después de tres días? La respuesta es que no. Entonces, ¿por qué iban a querer ir y dar masaje a un cuerpo muerto, corrompido, después de tres días? Al cabo de tres horas, como sabéis, viene el rigor mortis, el endurecimiento de las células, la descomposición del cuerpo, la fermentación desde dentro. En tres días, el cuerpo está corrompido por dentro. Un cuerpo descompuesto, cuando recibe un masaje, se rompe en pedazos.

¿Por qué iban a querer ir a dar masaje a un cuerpo muerto y corrompido, excepto que fuesen a buscar a una persona viva? Veis, según vuestros testigos, según mi lectura, debió haber visto señales de vida en el cuerpo exangüe al ser descolgado de la cruz. Ella fue quizá la única mujer que, junto a José de Arimatea y Nicodemo, había aplicado los ritos finales al cuerpo de Jesús. Todos Sus otros discípulos le habían abandonado y huido. No estaban allí. De modo que si esta mujer había visto señales de vida, no iba a ir gritando «¡Eh! ¡Que está vivo, está vivo!», para provocar una muerte cierta.

Tres días después acude, y quiere ungirle. Y cuando llega al sepulcro, encuentra la piedra retirada. Los lienzos que habían servido de envoltorio están dentro. De modo que comienza a llorar. Os pregunto, ¿por qué fue retirada la piedra, y por qué estaban desenrollados los lienzos de envuelta? Porque para un cuerpo resucitado no tendríais que quitar la piedra para que saliese. Para un cuerpo resucitado no tenéis que desenrollar los lienzos para que se mueva. Esto son necesidades de un cuerpo físico, de este cuerpo mortal. Porque un poeta nos dice: «Las murallas de piedra no hacen una prisión, ni las barras de hierro una jaula hacen.» Para el alma, para el espíritu, estas cosas no importan. Barras de hierro o murallas. Esto era cosa necesaria para Su cuerpo físico. Jesucristo, según las Escrituras, estaba observándola desde donde Él estuviese, no desde el cielo, sino desde esta tierra.

Esto es porque este sepulcro, si recordáis, era una propiedad privada de José de Arimatea. Este discípulo muy rico e influyente había tallado en una roca una gran cámara espaciosa. Alrededor de esta cámara estaba su huerto. Ahora bien, no me digáis que este judío era tan generoso que había plantado hortalizas a ocho kilómetros de la ciudad para que pastasen de ellas las ovejas y cabras de otras personas.

Seguramente que debía haber comprado viviendas para sus trabajadores. O para los que se cuidaban de su huerto, o quizá era su casa de campo donde iba con su familia para las vacaciones o los fines de semana.

Jesús está muerto y contempla a esta mujer. Sabe quién es y sabe por qué está allí. Y Él se acerca a ella. La encuentra llorando. Y entonces le dice: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» Os lo pregunto, ¿No lo sabe Él? ¿Por qué hace una pregunta tan tonta? Os lo diré, no se trata de una pregunta tonta. Está en realidad haciéndole una broma. Ella, que supone que Él es el hortelano —sólo estoy leyendo la evidencia tal como nos es dada; ella, suponiendo que es el hortelano —y os voy a preguntar, ¿por qué supone ella que es el hortelano? ¿Acaso los cuerpos resucitados parecen hortelanos? ¿De veras? Os pregunto, ¿por qué supone ella que Él es un hortelano? Os lo digo: porque Él se había disfrazado de hortelano. ¿Y por qué se disfrazó de hortelano? Os lo digo, porque tenía miedo de los judíos. ¿Y por qué tiene miedo de los judíos? Os lo digo; porque no había muerto. Y no venció a la muerte. Si hubiese muerto y hubiese vencido a la muerte, ya no tendría que tener más temores. ¿Y por qué no? Porque un cuerpo resucitado no puede volver a morir. ¿Y quién lo dice? Os diré que la Biblia. ¿Qué dice? Dice que está ordenado que los hombres mueran una vez, y después de esto, el juicio. No puedes morir dos veces.

De modo que si Él hubiese vencido a la muerte, no tendría necesidad de temer. Tiene miedo porque no ha muerto. De modo que ella, suponiendo que es el hortelano, le dice: «Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto». Para que se relaje y se recupere, no dónde lo has sepultado. «Y yo lo llevaré.» *Yo sola* —una mujer, una frágil mujer judía. Imaginémosla llevando un cadáver de más de setenta kilogramos, al menos, no de noventa como yo. Un carpintero musculoso —supuestamente un joven en la flor de Su vida, al menos setenta kilos. Y otros cuarenta y cinco kilos de medicinas alrededor de él, Juan, capítulo 19, versículo 39. Esto hace un total de ciento quince.

¿Podemos imaginar a esta frágil mujer judía llevando este bulto de un cadáver de más de ciento quince kilogramos, como un paquete de paja, como una super-mujer de un cómic americano? ¿Y a dónde? ¿A su casa? ¿Para ponerlo debajo de una cama? ¿O qué va a querer hacer con Él? ¿Acaso quiere ponerlo en salmuera? ¿Qué quiere hacer con un cuerpo en descomposición, os pregunto?

Entonces Jesús ve que la broma ha ido demasiado lejos, y le dice: «María …» La manera en que dijo «María», ella reconoció que se trataba de Jesús. De modo que quiere asirse de Él. Os preguntaré por qué. ¿Para morderle? ¡No¡ Para

mostrarle respeto. Los orientales hacemos esto. Quiere asirse de él. De modo que Jesús dice: «No me toques.» Os digo, ¿por qué no? ¿Es acaso una exhalación de electricidad, una dínamo, que si le toca se vaya a electrocutar? Decidme, ¿por qué no? Os diré que porque duele. Dadme otra razón de por qué no. «No me toques, porque aún no he subido a mi Padre.» ¿Acaso ella está ciega? ¿No puede ver que este hombre está allí delante de ella? ¿Qué quiere decir por «no he subido», cuando está allí? Le dijo: «Aún no he subido a mi Padre.» En el lenguaje de los judíos, en el modismo de los judíos, lo que dice es, «no estoy muerto aún».

Se suscita este problema: ¿quién movió la piedra? ¿Cómo podría ella llegar a donde Él; quién movió la piedra? Y los cristianos escriben libro tras libro. Uno de ellos es Frank Morrison, un abogado racionalista. Escribe un libro de 192 páginas y emite seis hipótesis. Al final de las 192 páginas, cuando uno termina el libro, todavía no se ha conseguido la respuesta. ¿Quién movió la piedra? Y escriben libros sobre libros: ¿Quién movió la piedra? No puedo comprender por qué no podéis ver lo que es tan evidente. ¿Por qué no leéis vuestros libros? Estos evangelios, lo tenéis en por escrito en vuestra propia lengua materna. Es una anomalía que leéis este libro en vuestra propia lengua materna.

El inglés en lengua inglesa, el afrikaner en afrikaans, el zulú en lengua zulú. Cada grupo lingüístico tiene el libro en su propia lengua. Y a cada uno se le hace entender precisamente lo contrario de lo que está leyendo. Precisamente lo contrario. No se trata de un mero malentendido.

Quisiera que me demostraseis que estoy en un error. Os digo … Sólo estoy citando palabra por palabra y de manera exacta tal como vuestros testigos lo han dicho. Nos lo han preservado por escrito. No estoy atribuyéndoles motivos. No estoy diciendo que sean testigos deshonestos. Os lo digo. Por favor leer este libro vuestro otra ve. Quitaos las orejeras y volvedlo a leer. Y decidme dónde no comprendo vuestro idioma. Vosotros, los ingleses, o vosotros afrikaners, o vosotros zulúes. Volved a verme si creéis que al final del debate nuestro honorable visitante no ha hecho justicia al tema; me llamáis —a vuestros Salones del Reino o a vuestra sala de la escuela o en cualquier otro lugar donde queráis tratarlo más conmigo. Estoy preparado para venir.

¿Quién movió la piedra? Os lo pregunto. Es muy sencillo —están hablando de unos veinte hombres necesarios. Es muy enorme. Se necesitaba a un Supermán de América para moverla. Entre una tonelada y media y dos toneladas. Os lo digo, por favor leed Marcos y Mateo, y os dice que José de Arimatea solo puso la piedra en su sitio. Un hombre —solo. ¡Un hombre! Si un hombre puede ponerla en su sitio, ¿por qué no pueden dos personas quitarla? Os lo pregunto.

Ahora bien, todos estos acontecimientos —sabéis que todo esto fue profetizado. Y todas las historias acerca de lo que sucedió después —os estoy diciendo que Jesucristo os había dado una clara indicación de lo que iba a suceder. Y esto está también preservado por escrito en vuestro testimonio en el Evangelio de San

Mateo, otro de vuestros testigos, capítulo 12, versículos 38, 39 y 40. Los judíos vienen otra vez a Jesús, con una nueva pregunta.

Ahora le dicen: «Maestro, queremos ver una señal de parte tuya.» Queremos que nos muestres un milagro que nos convenza de que Tú eres el Mesías que esperamos. Sabes, algo sobrenatural como andar sobre el agua o volar en el aire como un ave. Haz algo, hombre, y nos quedaremos convencidos de que eres un hombre de Dios —el Mesías que estamos esperando.

De modo que Jesús les responde: «Esta generación mala y adúltera demanda una señal; pero no le será dada otra señal que la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches.» La única señal que estaba dispuesto a darles era la señal de Jonás. Se lo juega todo a una carta. No dijo: «Ya conocéis al ciego Bartimeo. Le sané. Conocéis a la mujer con flujo de sangre, que había estado sangrando durante años. Ella me tocó, y fue sanada. Sabéis, alimenté a cinco mil personas con unos pocos trozos de pez y de pan. Veis aquella higuera: la sequé desde sus mismas raíces.» Nada de esto. «Ésta es la única señal que os daré, la señal de Jonás.» Y os pregunto, ¿Cuál era esta señal?

Bueno, pues vayamos al libro de Jonás. Os he traído el libro de Jonás —una página de Dios— es sólo una página en toda la Biblia. Éste es el libro de Jonás. Cuatro breves capítulos. No necesitaréis dos minutos para leerlo. Es difícil encontrar el libro, porque en mil páginas, encontrar una página es difícil. Pero no tenéis que encontrarlo. Si fuisteis a la Escuela Dominical, recordaréis lo que os voy a decir. Os diré que Jonás fue enviado a los ninivitas. Sabéis que Dios Todopoderoso le dijo: «Ve a Nínive», una ciudad de 100.000 personas. Debía advertirles que se arrepintiesen en saco y cenizas; habían de humillarse delante del Señor. Jonás estaba desalentado porque esta gente materialista —gente mundana— «no me oirán. Se burlarán de lo que yo tenga que decirles». Así que, en lugar de ir a Nínive, va a Jope. Esto es lo que nos cuenta este libro de una página. Fue a Jope y embarcó en una nave —se iba a Tarsis. No tenéis que recordar los nombres.

Por el camino se desata una tempestad. Y según las supersticiones de esta gente, todo el que se escapa del mandamiento de su amo, que deja de cumplir con su deber, crea una tempestad en el mar. Por ello comienzan a hacer preguntas por la nave, quién podría ser el culpable de la tempestad. Jonás se da cuenta de que como profeta de Dios, es un soldado de Dios. Y como soldado de Dios no tiene derecho a actuar presuntuosamente por su cuenta. Por esto dice: «Mirad, yo soy el culpable. Dios Todopoderoso está buscando mi sangre. Quiere matarme, por lo que en esto está hundiendo la nave, y vosotros, inocentes, moriréis. Será mejor para vosotros si me tomáis y echáis por encima de la borda, porque Dios está realmente buscando mi sangre.»

Ellos dicen: «No hombre, tú eres muy buena persona. Quizá se trata de que quieres cometer suicidio. No te ayudaremos a hacer esto. Tenemos un sistema

propio para descubrir el bien y el mal», y a esto le llaman echar suertes. Como cara o cruz. De modo que, en base del método de echar suertes, descubrieron que Jonás era el culpable. Y entonces lo tomaron y echaron por encima de la borda.

Voy ahora a haceros una pregunta. Cuando lo echaron por encima de la borda, ¿estaba muerto o vivo? Quiero que recordéis que Jonás se había presentado voluntariamente. Había dicho: «Echadme.» Y cuando un hombre se presenta voluntariamente, no tenéis que estrangularlo antes de echarlo, no tenéis que acuchillarlo, ni fracturarle un brazo o miembro antes de echarlo. ¿Estáis de acuerdo conmigo?

Aquel hombre se había presentado voluntario, de modo que cuando lo echaron por encima de la borda, ¿qué te dice tu sentido común? ¿Estaba muerto o vivo? Vivo. No tenéis ningún premio por esto; era una pregunta demasiado sencilla. Y, cosa asombrosa, los judíos dicen que estaba vivo, los cristianos dicen que estaba vivo, y los musulmanes dicen que estaba vivo. ¡Qué agradable sería si pudiésemos estar de acuerdo en todo lo demás!

Todos estamos de acuerdo en que estaba vivo cuando fe echado a aquel mar rugiente. Y la tempestad se abatió. Quizá fue pura coincidencia. Llega un pez y lo traga. ¿Muerto o vivo? ¿Estaba muerto o vivo? ¿Vivo? Muchas gracias.

Desde el vientre del pez, según el libro de Jonás, él clama a Dios pidiendo que le ayude. ¿Oran los muertos? ¿Oran? ¿Los muertos, oran? ¡No! De modo que estaba vivo. Tres días y tres noches lo lleva el pez por el océano. ¿Muerto o vivo? Vivo. Al tercer día, andando por la costa, pregunto, ¿muerto o vivo? Vivo. ¿Qué dice Jesús? Dijo: «Como estuvo Jonás.» Justo como Jonás. «Como estuvo Jonás, así estará el Hijo del Hombre,» refiriéndose a Sí mismo. ¿Cómo estuvo Jonás, ¿vivo o muerto? Vivo. ¿Cómo estuvo Jesús durante tres días y tres noches en el sepulcro según la creencia cristiana? ¿Cómo estuvo? ¿Muerto o vivo? Muerto.

Según vuestra creencia, estuvo muerto. En otras palabras, es diferente de Jonás. ¿No lo podéis ver? Él dice: Seré como Jonás, y vosotros me estáis diciendo —y hay mil doscientos millones de cristianos en el mundo— que fue diferente de Jonás. Él dijo: seré como Jonás, vosotros decís que fue diferente de Jonás. Si yo fuese judío, no le aceptaría como mi Mesías. En el Corán se me dice que Jesús era el Mesías. Lo acepto. Él fue uno de los más poderosos mensajeros de Dios. Lo acepto. Creo en Su nacimiento milagroso. Creo que dio vida a los muertos por permisión divina. Y sanó a los ciegos de nacimiento y a los leprosos por permisión de Dios. Pero si fuese judío, según la señal que Él ha dado, fracasó. Jonás está vivo; Jesús está muerto. No son semejantes. No conozco en qué lenguaje podéis hacerlos semejantes —que sean semejantes el uno al otro. De modo que la persona inteligente, el doctor de teología, el profesor de religión, ya sabéis, me dice que yo no comprendo la Biblia.

Vuestra Biblia, no la entiendo. ¿Por qué no entiendo la Biblia? Él me dice, «Mire, señor Deedat, Jesucristo está enfatizando el factor tiempo.» Mirad, emplea la palabra «tres» cuatro veces, Porque Jonás estuvo tres días y tres noches,

igualmente estará el Hijo del Hombre tres días y tres noches. Emplea la palabra «tres» cuatro veces.

En otras palabras, está enfatizando el factor tiempo —no si estuvo vivo o muerto. Yo os digo que no hay nada milagroso en un factor temporal. Que un hombre estuviese muerto por tres minutos o tres horas o tres semanas, esto no constituye un milagro.

El milagro, si hay milagro, es que uno espera que alguien esté muerto y no lo está. Cuando Jonás fue echado al mar, esperábamos que muriese. Y no murió, y ahí está el milagro. Llega un pez y se lo traga —debiera haber muerto. No murió, y ahí está el milagro. Tres días y tres noches de sofoco y calor en el vientre de la ballena. Debiera morir: no murió. Es un milagro; es un milagro porque esperas que un hombre muera y no murió.

Cuando esperas que un hombre muera, y muere, ¿qué hay que sea tan milagroso en ello? Os pregunto, ¿cuál es el milagro en todo ello? Si un pistolero tomase un revólver y disparase seis balas al corazón de alguien y éste muriese, ¿hay un milagro aquí? No. Pero si se sale de esto riéndose, si está todavía vivo y andando con nosotros, y si, después que los seis balazos le hayan destrozado el corazón, se ríe, ¡ja ja ja!, está vivo. Entonces a esto le llamamos un milagro. ¿Lo veis? El milagro es cuando esperamos que un hombre muera y no muere. Cuando el hombre de quien se espera que muera muere, no es un milagro.

Esperamos que Jesús también muera. Porque lo que le sucedió, si muriese, no es un milagro. No constituye una señal. Si él no murió, esto es un milagro, —¿no lo véis? De modo que Él dice: «No, no. Es el factor tiempo.» Los hombres que se ahogan se aferran a una paja que flota —las mujeres que se ahogan hacen lo mismo. Nos dice: «No, se trata del factor tiempo.» Y yo digo: «¿acaso lo cumplió? Y él dice: «Claro, esto lo cumplió.» Y yo pregunto, ¿cómo lo cumplió? Mirad, es muy fácil hacer declaraciones. ¿*Cómo* lo cumplió? Yo os digo, vigilad. ¿Cuándo fue crucificado, os pregunto? Todo el mundo cristiano dice que en Viernes Santo. En Gran Bretaña, Francia, Alemania, América, Lesoto, Zambia —en África del Sur tenemos una fiesta nacional— cada nación cristiana conmemora el Viernes Santo. Y yo os pregunto: «¿Qué es lo que hace santo el Viernes Santo?

De modo que el cristiano dice: «Cristo murió por nuestros pecados? Esto lo hace santo.» ¿De modo que Él *fue* crucificado en Viernes Santo? Él dice, sí. Sí. Yo digo entonces, ¿cuándo fue crucificado, por la mañana o por la tarde? Y el cristiano dice que por la tarde. ¿Cuánto tiempo estuvo Él en la cruz? Algunos dicen que tres horas, algunos que seis horas. Yo os dijo: no voy a discutirlo con vosotros. Aceptaré lo que digáis. Sabéis, cuando leemos las Escrituras, nos dicen que cuando querían crucificar a Jesús, tenían prisas. Y tenían tantas prisas que nos dice Josh en su libro *El Factor de la Resurrección* que en el espacio de unas doce horas hubo seis juicios distintos. Seis juicios que padeció.

Estas cosas sólo suceden en las películas. Este tipo de cosas, seis juicios en doce horas, desde media noche hasta la mañana siguiente y en adelante, sólo tienen lugar en las películas. Pero creeré todo lo que me digáis. Lo que me digáis, lo acepto. De modo que los judíos tenían prisas por crucificarle. ¿Sabéis por qué? A causa del público en general. Jesús era judío. El común de la gente le quería. Aquel hombre había sanado a los ciegos, leprosos y enfermos y había resucitado muertos. Había alimentado a tantos miles de personas con panes y peces. Era un héroe, y si descubrían —el común de la gente— que la vida de su héroe peligraba, habría habido un motín.

De modo que celebraron un juicio a medianoche. Por la mañana temprano lo llevaron ante Pilato. Pilato dijo: «No es asunto que me incumba —llevadlo ante Herodes.» Herodes dice: «No me interesa —devolvedlo a Pilato. Y apresuraos, apresuraos, apresuraos.» Y tuvieron seis juicios en el plazo de doce horas. Seis. Como si no tuviesen nada más que hacer, pero creeré lo que me digáis.

Consiguieron ponerlo en la cruz, según vuestros testigos. Según vuestros testigos. Pero, del mismo modo en que tuvieron prisas por levantarlo en la cruz, tuvieron prisas por bajarlo. ¿Sabéis por qué? Por el sábado. Porque el sábado comienza a la puesta del sol del viernes, a las seis en punto. Sabéis, los judíos cuentan los días, noche y día, noche y día. Nosotros los musulmanes contamos nuestros días, noche y día, noche y día. No día y noche. Contamos noche y día. A las seis de la tarde, nuestro día comienza a la puesta del sol.

Así que el cuerpo tenía que ser bajado antes de la puesta del sol, porque en el libro de Deuteronomio se les mandaba que debían cuidarse que nadie estuviese colgando de un árbol en sábado. «Para que no se contamine tu tierra que Jehová tu Dios te da como heredad.» Así que rápido, rápido, bajan el cuerpo y le dan un baño funerario, y ponen cien libras de medicina a su alrededor. Y lo depositan en el sepulcro. No una tumba, sino un sepulcro. Una gran cámara, espaciosa, sobre tierra. Y ya atardece. Desde las tres de la tarde, porque de todos modos los detalles se dan en el libro de Josh. Los baños funerarios generalmente precisan de más de una hora. Leed los detalles acerca de cómo los judíos dan un baño funerario a un muerto. Esto necesita más de una hora. Pero digamos que consiguiesen hacer todo esto a toda prisa, a toda prisa. Sabéis que iban con prisas. Seis juicios en doce horas. Ahora lo depositan en el sepulcro.

Para cuando le depositan, ya es el atardecer. Así que fijaos, mirad mis dedos. El viernes por la noche se considera que está en el sepulcro. Mirad mi dedo. El día del sábado, se considera que sigue estando en el sepulcro. ¿Me equivoco? Sábado por la noche, se supone que sigue estando en el sepulcro. Pero el domingo por la mañana, el primer día de la semana, cuando María Magdalena va al sepulcro, el sepulcro estaba ya vacío.

Esto es lo que dicen vuestros testigos. Yo estoy preguntando —¿cuántos días y cuántas noches? Recordad, os dije, se considera, se considera, se considera …

¿sabéis por qué? Porque la Biblia no dice cuándo realmente salió. Hubiese podido salir la *noche* del viernes. La Biblia no dice cómo salió. Así que, noche del viernes, día de sábado, noche del sábado, y os pregunto, ¿cuántos días y cuántas noches? Por favor, si podéis mirar, si no tenéis problemas con la vista, decidme cuántos. ¿Cuántos veis? ¡Muy bien! Dos noches y un día. Mirad esto. ¿Es lo mismo que Él dijo, que como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches? Tres y tres. Mirad esto: dos y uno. Decidme, por favor, si significa lo mismo.

Quiero saber lo que estáis leyendo. ¡Quiero saber lo que estáis leyendo en vuestro propio libro! Este hombre os está diciendo que lo que va a suceder será como Jonás. Y la señal de Jonás es un milagro. Y el único milagro que podéis atribuir a este hombre, Jonás, es que esperábamos que muriese, y no murió. Jesús —esperábamos que también él muriese. Si moría, no era una señal. Si no moría, esto sería una señal.

Señor Moderador, damas y caballeros del jurado. Pueden ver esto, las personas han sido programadas. Todos somos programados desde la infancia. Cuando fui a América y hablé en la Universidad en San Francisco, dije que vuestra gente ha sufrido un lavado de cerebro. Les dije: «Os han lavado el cerebro.» Naturalmente, podía permitirme decírselo —los americanos aceptan escuchar. Él es todopoderoso. Ya sabéis, una gran persona. Puede aceptarlo. De modo que dije: «A vosotros os han lavado el cerebro.» De modo que un americano, un profesor, interrumpió: «No, no es un lavado de cerebro—programados.» Dije: «Perdone —les han programado.» Así que, señor Moderador, damas y caballeros, espero que para cuando haya terminado esta reunión, ustedes habrán sido reprogramados para leer el libro tal como es, y no como se lo han dado a entender.

Damas y caballeros, muchas gracias.

Josh McDowell

Damas y caballeros, buenas tardes. Señor Deedat, y la gente maravillosa de esta ciudad y de este país de África del Sur, estoy agradecido por la oportunidad de formar parte de este simposio sobre las perspectivas del Islam y del cristianismo acerca de la crucifixión y la resurrección.

Al prepararme para esto, no me di cuenta de que estaría tratando con tantas y tan diferentes teorías de la crucifixión desde el punto de vista islámico. Descubrí, primero, que la mayoría de los musulmanes por todo el mundo mantienen la teoría de la sustitución. Que en la Sura número 4, en el Corán, un sustituto, otra persona, fue puesta en lugar de Cristo en la cruz —que Jesús fue retirado y tomado al cielo.

En otras palabras, se trataba de alguna otra persona. Pero luego encontré mucha diversidad de opinión entre los musulmanes. Algunos escritores musulmanes dicen que fue un discípulo de Jesús quien fue puesto en la cruz en su lugar. Otro escritor musulmán, Tabari, citando a Ibn Ishaq, dijo que era un hombre llamado Sargus, o Sergius, quien fue puesto en la cruz. Otro escritor musulmán llamado Baidawi dice que fue un judío llamado Titanus el que fue puesto en la cruz. Otro autor, Ath-Tha-'labi, dice que fue un judío llamado Fal Tayanus quien fue puesto en la cruz. Y aún otro escritor musulmán, Wahd ibn Munabbah, dijo que fue un rabino judío, Ashyu, quien fue puesto en la cruz.

Luego, otros, pensando que podría ser algo injusto poner ahí a un inocente, dicen, bueno, debió ser Judas Iscariote quien fue puesto en la cruz. Ahora bien, el señor Deedat podría tener que corregirme, pero no creo que haya evidencia alguna en el Corán para esto. Hay en algunas de las sectas anteriores al Islam algunas referencias a esto. Pero siempre me he preguntado, ¿por qué Dios tendría que necesitar un sustituto? ¿Por qué simplemente no pudo tomar a Jesús entonces?

Otros dirán —y esto no es lo que creen la inmensa mayoría de los musulmanes— que Jesús murió de muerte natural algunos años después de la crucifixión y la pretendida resurrección. En otras palabras, «Hazrat Isa», ¡Jesús está muerto! Éste es un desarrollo más reciente en el Islam. Y yo siempre desconfío de desarrollos recientes.

Me sentí sobresaltado mayormente por un hombre llamado Venturini, que dijo que Jesús realmente no había muerto en la cruz —sólo se había desvanecido o desmayado, y luego había sido puesto en un sepulcro y se había reanimado. Éste es también el argumento de los ahmadiyas, una secta radical del Islam. Una de sus principales doctrinas, establecida por su fundador y pretendido profeta, Mirza Ghulam Ahmad, forma parte de la doctrina del qadianismo.

Algunos dicen que ser crucificado significa morir. Por ello, que Jesús no fue crucificado porque no murió en la cruz. No estoy muy seguro acerca de cómo consiguieron esta definición. Lo que necesito hacer es esto: presentarles los hechos, tal como he podido documentarlos en mis libros, y dejar que ustedes, como

personas rectas e inteligentes, se decidan. El trasfondo de los puntos que voy a tocar es que cuando yo estaba en la Universidad, quería escribir un libro contra el cristianismo. Quería refutarlo intelectualmente. Lo último que yo quería era llegar a ser cristiano. Pero después de dos años de investigación y de gastar un montón de dinero y de tiempo, descubrí hechos —no sólo hechos que Dios ha expresado en Su Palabra Santa, la Biblia, sino hechos que están documentados en fuentes históricas. Hombres y mujeres, estos son algunos de los hechos que encontré al intentar refutar el cristianismo y no poder hacerlo.

El primer hecho de descubrí es que Jesús no tenía miedo de morir. De hecho, predijo Su propia muerte y resurrección. Dijo: «Mirad que subimos a Jerusalén». Dijo: «El Hijo del Hombre va a ser entregado a la muerte. Y le entregarán a los gentiles para que le escarnezcan, le azoten y lo crucifiquen; y al tercer día resucitará» (parafraseado de Mateo 17:22-23).

En otro lugar comenzó a enseñarles que había descubierto muchas cosas. Y luego dijo que sería rechazado por los ancianos y los principales sacerdotes y los escribas. Sería muerto, y —añadió— después de tres días iba a resucitar (Mateo 20:18, 19).

En Mateo 17, Jesús les dice: «El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres; y le matarán; y al tercer día resucitará».

Lo segundo que aprendí al estudiar la vida de Jesucristo es que Jesús estaba dispuesto a morir. En Mateo 26 dijo: «Padre mío, si es posible pase de mí esta copa.» Pero, ¡cuántas personas dejan fuera de contexto lo que Jesús dijo. Dijo: «Sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como tú, Padre» (Mateo 26:39).

Ahora bien, Jesús no se escondió. Deja muy en claro dónde está. Dice en Juan 18 que fue al lugar donde solían encontrarse con Él. No quería esconderse de las autoridades. Sabía lo que iba a suceder. En Juan 18, versículo 4, dice: «Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir…» ¡Lo sabía! Y estaba listo para ello. En Mateo, Jesús dice: «¿No lo entendéis, que podría llamar a doce legiones de ángeles para protegerme?» Pero dijo: «Padre, quiero *tu* voluntad,» y Dios respondió a Su oración y le dejó cumplir «la voluntad del Padre». Jesús había dicho en Juan 10: «El Padre me ama porque pongo mi vida para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que *yo* la pongo por mi propia iniciativa.» Debéis recordar esto —Jesús, al ser Dios y Hombre, vino como Dios el Hijo, el Verbo eterno, para tomar sobre Sí los pecados del mundo. La Santa Biblia (1 Corintios 5:21) dice que Él, Dios, hizo de Jesús pecado por nosotros, y, si podéis, imaginad la agonía que el Verbo eterno, el Hijo, estaba padeciendo en aquella ocasión.

El tercer hecho que aprendí es que los judíos no fueron culpables de la crucifixión de Jesucristo. Estoy muy sorprendido, señor Deedat, de que se sienta en la necesidad de ser defensor de los judíos. Hay musulmanes y cristianos que han tenido esto torcido a lo largo de la historia. Jesús, en Mateo 20, versículos 18 y 19, dijo: «Vamos a Jerusalén, y me condenarán a muerte y me entregarán a los gentiles, para que me escarnezcan, me azoten y me crucifiquen.» Jesús dijo: «Yo

pongo mi vida.» Si alguien fue culpable, lo fue Jesús. Él dijo: «Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar.»

Además, señor Deedat, creo que tanto usted como yo somos responsables, porque la Biblia dice: «Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). Fueron nuestros pecados los que llevaron a Jesucristo a la cruz.

El cuarto hecho que aprendí es que los cristianos son llamados a una fe inteligente, racional —no una fe ciega. Me sentí muy sorprendido cuando leí en el pequeño folleto, *¿Cuál fue la señal de Jonás?*, por el señor Ahmed Deedat, que más de mil millones de cristianos hoy día aceptan ciegamente que Jesús de Nazaret es el Cristo. Me siento algo confundido, porque realmente, señor Deedat, usted lee el Corán y ha dicho que lo acepta; no necesita hechos, no necesita ninguna evidencia. Usted sencillamente lo acepta, y luego usted dice que los cristianos, porque aceptan lo que Dios, Yahweh, ha revelado por medio de la Santa Biblia, porque ellos aceptan lo que Dios, Yahweh, ha revelado por medio de la Santa Biblia, que Jesús *es* el Cristo, que debido a que aceptamos esto, que lo hacemos ciegamente. Me siento asombrado, porque en el libro musulmán, el Corán, se dice que uno de los títulos que se dan a Jesús es «al-Masih». Creo que se le menciona once veces de esta manera. El traductor musulmán del Corán al inglés. Yusuf Alí, traduce el árabe aquí como «Christ» [Cristo] en la traducción inglesa. Entonces, ¿por qué se nos acusa de ser ciegos al aceptar a Jesús como el Cristo?

En mi país, una de las más grandes mentes legales que jamás haya vivido —el hombre que hizo famosa la Universidad de Harvard— fue el doctor Simon Greenleaf. Se convirtió en cristiano en medio de su intento de refutar a Jesucristo como el Verbo Eterno y la resurrección. Finalmente, tras intentarlo, llegó a la conclusión de que la resurrección de Jesucristo es uno de los hechos de la historia más firmemente establecidos, en base de las leyes de evidencia legal administradas en las cortes de justicia.

C. S. Lewis, el genio literario de nuestra era, fue profesor de literatura medieval y renacentista en Oxford. Fue un gigante en su campo. Nadie podría poner en duda su capacidad intelectual. Llegó a ser creyente en Jesucristo como su Salvador y Señor cuando trató de refutar la fiabilidad del Nuevo Testamento y no lo consiguió. Y dijo: «Fui uno de los conversos más desganados, pero fui llevado a Jesucristo a causa de mi mente.»

Lord Caldecote, el Lord Justicia Mayor de Inglaterra, un hombre que ejerció los puestos más elevados que nadie pueda ejercer en los sistemas legales de Inglaterra, dijo: «… tantas veces como he tratado de examinar la evidencia en favor del cristianismo, he llegado a creerlo como una realidad indiscutible.»

Thomas Arnold fue director de una universidad principal durante 14 años. Es un historiador y autor de la famosa serie en tres volúmenes, la *Historia de Roma.* Dijo: «No conozco ningún hecho de la historia de la humanidad que esté demostrado con una evidencia mejor y más plena que la resurrección de Jesucristo.»

El doctor Werner von Braun, el científico alemán —el hombre que emigró a mi país— fue uno de los creadores del programa espacial americano. Dijo que nunca llegó realmente a ser un científico hasta que llegó a conocer personalmente a Jesucristo como Salvador y Dios.

El quinto hecho que descubrí fue la precisión histórica de la Biblia cristiana. El Nuevo Testamento cristiano es excepcional en cuanto a su fiabilidad y exactitud y supervivencia a lo largo de la historia. No tiene parangón en cuanto a autoridad manuscrita. Un manuscrito es una copia escrita a mano en contraste a una copia impresa. Hombres y mujeres, sólo del Nuevo Testamento cristiano existen más de 24.000 manuscritos. No versiones de la Biblia, señor Deedat, sino copias manuscritas. Hombres y mujeres, el libro número dos en toda la historia en autoridad manuscrita y literatura es la *Ilíada* de Homero, con 643. El libro número dos en toda la historia de autoridad manuscrita.

Luego, Sir Frederick Kenyon fue un hombre sin igual en capacidad y formación para hacer declaraciones autoritativas acerca de manuscritos de obras literarias en la historia. Él, que fue conservador y director del Museo Británico, dijo: «La última base para cualquier duda de que las Escrituras nos hayan venido tal como fueron escritas ha quedado eliminada. Tanto la autenticidad como la integridad general de los libros del Nuevo Testamento se pueden considerar como definitivamente establecidas.»

El punto a tocar: hay algunas personas que no tienen una perspectiva histórica de la literatura y que intentan hacer un argumento por el hecho de que los escritores de los cuatro relatos del evangelio, Mateo, Marcos, Lucas y Juan, nunca firmaron sus nombres. Por favor, hombres y mujeres, hemos de retroceder por la historia y ver cómo se hacía entonces.

Primero de todo, los manuscritos fueron tan bien aceptados como autoritativos, sabiendo todo el mundo quién los había escrito, que no necesitaban nombres sobre ellos. Se podría decir que era la manera en que los escritores no distraían del propósito de hacer de Jesucristo el tema central. Además, la obra de estos autores, Mateo, Marcos, Lucas y Juan, pasó por la era apostólica. Pasaron la prueba del período apostólico del siglo primero en confirmación de su precisión, autenticidad y fiabilidad. Otras personas, por causa de una lectura limitada y carencia de cualquier tipo de investigación, dicen que los documentos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan son de oídas porque los escritores no fueron testigos oculares de los acontecimientos rodeando la crucifixión y la resurrección de Jesucristo.

Las personas que dicen esto apelan frecuentemente a Marcos 14:50. Dicen que en dos minutos podrían lograr que el caso sea desestimado porque los seguidores de Jesús le abandonaron todos y huyeron. Así que, por ello mismo, todo era rumor. Hombres y mujeres, esta línea de razonamiento deja de lado el sentido común en cuanto a los hechos del caso. Por ejemplo, leamos sólo los siguientes cuatro

versículos. Dice a continuación: «También Pedro le siguió». Veis, le abandonaron en bloque, pero luego volvieron individualmente —inmediatamente, señor Deedat.

El versículo 54 dice: «También Pedro le siguió de lejos.» Entró directamente en el patio del sumo sacerdote. Y estaba sentado allí con los alguaciles. ¿Podéis imaginarlo? Con los alguaciles, y calentándose. En Marcos 14 dice: «Estando Pedro abajo en el patio …» Hombres y mujeres, si habéis estudiado las Escrituras, os daréis cuenta de que en este evangelio Marcos estaba escribiendo todos los relatos de Pedro como testigo ocular. Pedro estaba justo allá. Luego vamos a Juan 18, versículo 15: «Y seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo. Y este discípulo era conocido del sumo sacerdote, y entró con Jesús al patio del sumo sacerdote.» Juan 19:26: «Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo.» Fueron testigos oculares. Estaban allí.

Acerca de lo que es permisible en una corte de justicia. En la mayoría de las situaciones legales, tenemos lo que puede ser designado como una norma acerca de documentos antiguos. Ahora bien, se ha de ir a los tribunales para decidir estas cuestiones. El doctor John Warwick Montgomery es abogado y decano de la Escuela Legal Simon Greenleaf, y profesor en la Escuela Internacional de Teología y Leyes en Estrasburgo, Francia.

Dice él que la aplicación de la norma acerca de documentos antiguos a los documentos del Nuevo Testamento (especialmente los cuatro evangelios) —y quien habla aquí es el director de una escuela de leyes— «aplicada a los registros del evangelio, y reforzada por medio de una crítica baja (textual) responsable, esta norma establecería competencia en cualquier tribunal de justicia.

El mayor testimonio ocular no se encuentra en los evangelios. Se encuentra en 1 Corintios, la Epístola escrita por el apóstol Pablo, capítulo 15, y fue escrita en el año 55 a 56 d.C. Todavía he de encontrar a un académico de reputación que pueda negar esto. Pablo dice (y ahora es veinte años antes, justo después de su conversión —había conocido a los líderes. Había conocido a Jacobo, el hermano de Jesús en Jerusalén), que la tradición le había sido transmitida de que había más de quinientos testigos oculares de la resurrección. Si uno toma esto a una corte de justicia, dando sólo seis minutos a cada testigo ocular, esto significaría tres mil minutos de testimonio ocular, o unas cincuenta horas de testimonio ocular.

Sin embargo, no es esto de lo que estamos tratando aquí. Ésta era la tradición que le fue transmitida, lo que él había examinado personalmente. Pero Pablo dice entonces, la mayoría de ellos están aún vivos ahora. No cuando le fue transmitida la tradición, sino ahora mismo. Hombres y mujeres, lo que Pablo estaba diciendo era: «Si no me creéis a mí, se lo podéis preguntar a ellos.»

Además, muchas personas pasan por alto el hecho de que cuando el mensaje de Jesucristo fue presentado por los apóstoles y discípulos, y se compartió el Nuevo Testamento, había presentes en la audiencia personas hostiles y antagonistas. Si se

hubiesen atrevido a apartarse de la verdad de lo que se decía, había testigos hostiles para corregirlos inmediatamente. En una corte de justicia esto es designado como el principio de contrainterrogatorio. No se atrevían a apartarse de la verdad. Además, aparte de la Biblia tenemos varias fuentes seculares, extrabíblicas.

Hubo un hombre llamado Policarpo que fue discípulo del apóstol Juan. Él escribe en sus obras, que se remontan a casi hace dos mil años: «Tan firme es la base sobre la que reposan estos evangelios, que ni los mismos herejes la contradecirían». Tenían que comenzar desde lo que se les presentaba, y luego desarrollar su propia herejía. Porque incluso entonces no podían decir: Jesús no dijo esto, Jesús no hizo aquello … no, no podían decirlo. De modo que habían de comenzar con lo que Él había dicho, y desarrollar luego sus propias herejías.

La conclusión de muchos académicos es una enorme confianza en la Biblia cristiana. El señor Millar Burrows estaba en el personal de la Universidad de Yale, una de las universidades más prestigiosas de mi país. Dijo: «Hay un aumento de confianza en la exactitud de la transmisión del texto del Nuevo Testamento mismo.» El doctor Howard Vos, investigador y arqueólogo, dijo: «Desde el punto de vista de la evidencia literaria, la única conclusión lógica es en el sentido de que la fiabilidad del Nuevo Testamento es infinitamente más fuerte que la de cualquier otro registro de la antigüedad.»

El sexto hecho que descubrí es que Cristo *había sido* crucificado. ¿Qué muestra el registro histórico fiable? Está claro, no sólo en base del registro histórico bíblico cristiano, sino también de las fuentes seculares, que están documentadas en el apéndice de mi libro, *Evidencia que exige un veredicto*, que Él no sólo predijo Su propia muerte por crucifixión, sino que fue realmente crucificado. Jesús dijo que sería azotado y entregado para ser crucificado. Y luego, en Juan 19:16-18: «Tomaron, pues, a Jesús, y le llevaron. Y él, cargando su cruz, salió al lugar llamado de la Calavera … y allí le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio.»

Sigamos con detalle lo que sucedió realmente. Primero de todo, se observa que Jesús fue azotado por los romanos. ¿Qué significaba esto? Los romanos desnudaban a la persona hasta la cintura y lo ataban en el patio. Luego tomaban un látigo con un mango de casi medio metro de largo. Al final del mango salían cuatro tiras de cuero, con huesos afilados o bolas de plomo con filos cortantes fijados al final de las tiras. Como mínimo, cinco. Eran de longitudes diferentes. Los romanos golpeaban con el látigo la espalda del condenado, y todas las bolas de plomo o huesos golpeaban el cuerpo a la vez, y luego tiraban para desprender el látigo. Los judíos sólo permitían cuarenta latigazos. Por ello nunca aplicaban más de treinta y nueve, para no romper la ley si se equivocaban al contar. Los romanos podían aplicar tantos como les pareciese. Así que cuando los romanos azotaban a un judío, aplicaban cuarenta y uno o más por odio a los judíos. Por esto recibió al menos cuarenta y un azotes, si no más.

Hay varias autoridades médicas que han hecho investigación acerca de la crucifixión. Una de ellas es el doctor Barbet, en Francia, y otra es el doctor C. Truman Davis, en el estado de Arizona, en mi país. Es un médico que ha efectuado un estudio muy detallado de la crucifixión desde una perspectiva clínica. Aquí él da el efecto de los azotes romanos.

«El pesado látigo es aplicado con toda fuerza una y otra vez a través de los hombros del condenado, de su espalda y de sus piernas. Al principio, las pesadas correas cortan sólo la piel. Luego, al proseguir los azotes, cortan más hondo en los tejidos subcutáneos, produciendo primero un flujo de sangre de los capilares y las venas de la piel, y finalmente hacen brotar una hemorragia arterial de los vasos en los músculos subyacentes. Las bolitas de plomo producen primero unos grandes y profundos hematomas, que las otras cortan y abren del todo. Finalmente, la piel de la espalda queda colgando en largas tiras, y toda el área se transforma en una masa irreconocible de tejidos desgarrados y sangrantes.»

Otras fuentes que he documentado dicen que en ocasiones la espalda queda literalmente abierta hasta exponer las entrañas. Muchas personas morirían sólo por los azotes.

Después de los azotes, llevaron a Jesús al lugar de la ejecución y lo fijaron a la cruz con escarpias clavadas a través de Sus muñecas y de Sus pies. Está registrado que por la tarde de aquel viernes quebraron las piernas de los dos ladrones que colgaban junto a Jesús, pero que no quebraron las Suyas. Ahora bien, ¿por qué quebraron las piernas de nadie? Cuando fijaban a alguien a una cruz, le doblaban las piernas hacia arriba y lo clavaban entonces con escarpias en esta posición. Cuando se moría por crucifixión, lo que sucedía a menudo era que se moría por el propio aire viciado. Los músculos pectorales quedaban afectados y no se podía exhalar el aire. Se podía inspirar, pero no se podía expirar.

De ese modo, el condenado se quedaba allí ahogándose; empujaba hacia arriba con las piernas para hacer salir el aire, y luego se abajaba para poderlo tomar. Cuando se le quería provocar la muerte inmediata, le quebraban las piernas, y el condenado ya no podía levantarse, y moría. Las piernas de Jesús no fueron quebradas. Como observa el Santo Dios, revelando Su Santa Palabra en la Biblia, Jesús había muerte. Hombres y mujeres, si ellos hubiesen quebrado Sus piernas, Él no habría sido nuestro Mesías. No habría sido la Palabra Eterna, porque Dios, Yahweh en el Antiguo Testamento, profetiza en los Salmos que Sus piernas no serían quebradas. No sería quebrado hueso suyo. Hombres y mujeres, Él estaba cumpliendo lo que Dios, Yahweh, había ya revelado que sucedería.

El siguiente hecho que descubrí fue que Cristo había muerto. Este es el séptimo hecho que descubrí. Hombres y mujeres, en Juan 19:30 Jesús murió voluntariamente. Por eso no tardó mucho. Vino a morir. Dijo: «Yo pongo mi vida.» Y en Juan 19, dijo: «Consumado es,» e inclinó la cabeza y entregó el espíritu. Él murió de Su propia voluntad. Ahora, en Juan 19, versículo 34 (el señor

Deedat se ha referido a esto en su folleto como *Evidencia de que Jesús no estaba muerto*), se hace referencia a la sangre y al agua.

Él estaba en la cruz, y ellos ya habían reconocido que estaba muerto, pero pensaron que iban a darle un último golpe de despedida, como diríamos. Tomaron una lanza y le abrieron el costado. El relato de los testigos oculares dice que salieron sangre y agua por separado. El señor Deedat, en su libro, apela a este fenómeno como evidencia de que Cristo estaba todavía vivo. Apoya esto en su escrito apelando a un artículo en el *Thinkers Digest*, 1949, escrito por un anestesista. Bien, yo he podido conseguir investigación médica hecha por varias personas en esta área.

Tengo tiempo para compartir sólo dos de los descubrimientos. Primero, desde un punto de vista académico: muchas bibliotecas médicas y universitarias que antes recibían esta revista, ya no la reciben más. Muchos en el campo de la medicina consideran que está no sólo desfasada sino enfrentada a los conocimientos clínicos actuales.

Segundo, desde un punto de vista clínico: una herida del tipo que se infligió a Jesús, si la persona estuviese todavía viva, no arrojaría la sangre fuera de la abertura de la herida, sino que fluiría a la cavidad torácica, causando una hemorragia interna. Al abrirse la herida, la sangre apenas si saldría de la abertura. Que una lanza formase un canal perfecto que permitiera que la sangre y el suero fluyesen fuera de la herida causada por la lanza es algo casi imposible. El enorme daño interior causado a una persona por la crucifixión y luego ser alanceado en el área del corazón causarían la muerte casi inmediata, ya no incluyendo lo que sucede en los detalles de un enterramiento judío.

En el Hospital General del Estado de Massachusetts hicieron investigación, a lo largo de varios años, en personas que habían muerto de rotura de corazón. Normalmente, el corazón tenía veinte centímetros cúbicos de fluido pericardíaco. Cuando una persona muerte de corazón roto, hay más de quinientos centímetros cúbicos de fluido pericardíaco. Y saldría en forma de un fluido y de sangre coagulada. Quizá fue esto lo que se observó en aquel momento.

El enterramiento judío habría sido un golpe mortal definitivo. El señor Deedat dice en su libro, página 9, en *What Was the Sign of Jonah?* [¿Cuál fue la señal de Jonás?], que le dieron el baño funerario judaico y que lo recubrieron con cien libras de áloe y mirra. Ahora bien, después de haber sufrido la flagelación, donde la espalda queda casi abierta, habiendo sufrido la horadación de brazos y pies, fijado a una cruz, habiendo sido traspasado por una lanza en el costado, habiendo sido bajado de la cruz y luego cubierto por unos cuarenta y cinco kilogramos de especias de una consistencia gomosa … sobrevivir a todo esto sería un milagro más grande que la resurrección.

Luego, había la severa disciplina de los romanos. Pilato estaba un tanto sorprendido, y yo lo hubiese estado también, de que Cristo ya hubiese muerto, o que viniese alguien a pedir el cuerpo. Por eso llamó a un centurión y le ordenó:

«Quiero que vayas y confirmes que Jesús está muerto.» Ahora bien, hombres y mujeres, este centurión no era un insensato. No estaba dispuesto a dejar que su mujer quedase viuda.

El centurión siempre comprobaba con cuatro ejecutores diferentes. Era la ley romana. Había de haber cuatro ejecutores. Lo hacían para que en caso que alguien fuese algo descuidado, el otro lo advirtiese. Y nunca tendríamos a los cuatro negligentes en la firma del certificado de defunción. La disciplina romana era severa.

Por ejemplo, cuando el ángel dejó salir a Pedro de la cárcel en Hechos 12 en el Nuevo Testamento, Herodes llamó a la guardia y los hizo ejecutar a todos —sólo por dejar escapar a un hombre de la cárcel. En Hechos 16 en el Nuevo Testamento cristiano, las puertas de la cárcel fueron abiertas para Pablo y Silas, se les habían caído las cadenas, y en el momento en que el guarda pensó que habían escapado, sacó su propia espada para cometer suicidio. Pero Pablo gritó: «¡Espera!» Veis, aquel guarda sabía qué iba a suceder. Y prefería morir por su propia espada que ser ejecutado por los romanos.

Así, Cristo estaba muerto. Flavio Josefo, el historiador judío, registra que cuando fue a Jerusalén en el 70 d.C. cuando Tito la estaba destruyendo, vio a tres de sus amigos siendo crucificados. Acababan de fijarlos en las cruces. Habían sido flagelados y todo. Fue al comandante de la guardia y le dijo: «Por favor, libérelos.» Ahora bien, hemos de comprender la situación. Flavio era el hombre que le había dado a Josefo el Emperador Romano que lo había adoptado a su familia. Por eso tenía influencia como judío. Y, como sabemos, el capitán romano inmediatamente bajó a los tres hombres de la cruz, y sin embargo, hombres y mujeres, dos de los tres murieron. Acababan de ser puestos ahí, y fueron quitados enseguida. La crucifixión era así de cruel.

Los judíos sabían que Jesús estaba muerto. En Mateo 27 acudieron al gobernador romano y le dijeron: «Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún …» En otras palabras, ¿cómo está ahora? ¡Muerto! «Cuando estaba todavía vivo había dicho: «Después de tres días resucitaré.» Creo que el señor Deedat dice en sus libros que los judíos se dieron cuenta de que habían cometido un error. No estaba realmente muerto, por lo que pensaron que no iban a equivocarse otra vez, por lo que fueron a poner una guardia en el sepulcro. Bien, los judíos mismos dijeron que estaba ya muerto. «Sólo queremos asegurarnos de que nadie se lleva Su cuerpo para que no haya ningún engaño.» A los judíos se les ha acusado de muchas cosas, pero en bien pocas ocasiones se les ha acusado de estupidez. Sabían que estaba muerto.

El siguiente hecho que descubrí fue el procedimiento que usaban los judíos para sepultar. Algunos dicen que estaban apresurándose porque venía el sábado, y tuvieron que llevarlo de vuelta. Hombres y mujeres, he comprobado esto de manera detallada. Y he documentado en mi libro *El Factor de la Resurrección* que el proceso de sepultura era tan importante que podían hacerlo en sábado. No tenían

que preocuparse por la llegada del sábado. No querían que el cuerpo colgase de la cruz al comenzar el sábado, pero podían tomarse el tiempo necesario para sepultarlo. Pusieron especias sobre el cuerpo —en este caso cuarenta y cinco kilogramos de especias aromáticas— junto con una sustancia gomosa cementante.

Extendían el cuerpo o lo enderezaban. Tomaban un lienzo de lino de unos treinta centímetros de anchura. Comenzaban a envolver el cuerpo desde los pies. Entre los pliegues ponían la sustancia pegajosa y las especias. Envolvían el cuerpo hasta los sobacos, ponían los brazos abajo, y ponían una tela separada para envolver la cabeza. En esta situación, yo estimaría que el envoltorio pesaba entre cincuenta y tres y cincuenta y cinco kilogramos.

El siguiente hecho que descubrí es que tomaron unas precauciones extremadas de seguridad ante el sepulcro de Jesucristo. El primer punto es que cerraron el sepulcro con una gran piedra. Marcos dice que la piedra era muy grande. Una referencia histórica que llega al siglo primero afirma que entre veinte hombres no podían mover la piedra. Ahora bien, creo que esto es una exageración. Pero es un punto a favor acerca del gran tamaño de la piedra. Dos profesores de ingeniería, después de oírme hablar acerca de la piedra, fueron a Israel. Eran unos profesores de ingeniería no cristianos, y calcularon el tamaño de la piedra necesaria para cerrar la entrada de entre metro cuarenta y metro cincuenta de los sepulcros judíos. Me escribieron una carta bien documentada diciendo que habría tenido un peso mínimo de entre una tonelada y media a dos toneladas.

El señor Deedat presenta como un punto importante, en sus libros, que un solo hombre, o dos como mucho, movieron la piedra para cerrar la entrada. Por ello, uno o dos hombres podrían retirarla. Dice que José de Arimatea movió la piedra para cerrar el sepulcro. No forcemos sobre la Biblia o el Corán nada que no forzaríamos hoy en día en las conversaciones. Por ejemplo, cuando llegué el otro día al estadio para ver los arreglos, le pregunté a uno de los que me habían traído: «¿Cómo llegaron aquí todas estas sillas?» Me respondió: «El señor Deedat las trajo.» Señor Deedat, ¿trajo usted todas estas setecientas sillas personalmente, usted solo? ¡No! Muchas personas colaboraron. Podría irme de aquí diciendo que el señor Deedat preparó este simposio. Pero creo que había algunos otros que ayudaron a hacer los arreglos.

La historia dice que Hitler invadió Francia. Ahora bien, quizá lo hubiese podido intentar en Francia en solitario, pero no creo que se atreviese a invadir África del Sur él solo.

Pudo haber una cantidad de personas que ayudasen a José de Arimatea. Además, cuando vamos a investigar encontramos que los sepulcros tenían una rodera que subía por el costado. Ponían la piedra allí. Tenían un taco. Luego, hombres y mujeres, mi hija de siete años podría ponerla en posición, porque simplemente se quitaba el taco, con lo que la piedra rodaba abajo y se alojaba delante de la entrada del sepulcro.

Luego pusieron una guardia de seguridad. Los judíos la quisieron. Fueron a los romanos y dijeron: Dadnos una guardia. La palabra griega era *kustodia.* Hombres y mujeres, una *kustodia* era una unidad de seguridad de dieciséis hombres. Cada hombre estaba entrenado para proteger medio metro cuadrado de terreno. Estos dieciséis hombres, según la historia de Roma, estaban preparados para proteger treinta y cinco metros cuadrados de terreno contra todo un batallón y mantener su posición. Cada guarda tenía cuatro armas sobre su cuerpo. Era una máquina de guerrear, y prácticamente lo mismo se puede decir de la Policía del Templo.

Luego pusieron un sello con las insignias de Roma sobre el sepulcro. Significaba el poder y la autoridad del Imperio de Roma. El cuerpo de Cristo estaba envuelto bajo unos cuarenta y cinco o más kilogramos de especias aromáticas cementantes. Una piedra de entre una tonelada y media o dos había sido puesta sobre la entrada; habían puesto una unidad de seguridad de dieciséis hombres, y un sello romano. Pero algo sucedió. Es asunto histórico: después de tres días, el sepulcro quedó vacío.

No tengo que debatir esto. El señor Deedat está de acuerdo en que el sepulcro estaba vacío. No malgastaré mi tiempo aquí.

La señal de Jonás —estoy contento que la haya mencionado. La señal de Jonás —no precisará de mucho tiempo porque no creo que sea necesario en este sentido. Cuando uno estudia algo, lo estudia en el lenguaje y la cultura de aquel tiempo. Ahora bien, vamos al lenguaje judío y a la cultura judía de *aquella* época. No de hoy, no la sudafricana, ni india ni americana. La cultura judaica, israelita, de aquella época.

Veamos qué significan tres días y tres noches. En Ester, capítulo 4, en el Antiguo Testamento de la Biblia cristiano-judía, dice que hubo un ayuno durante tres días y tres noches. Pero luego, prosigue y dice que acabaron el ayuno en el tercer día. Veis, en lengua judaica, «después de tres días y tres noches» significa «hasta el tercer día», o «en el tercer día». Jesús dijo en Mateo 12:40 que sería sepultado durante tres días y tres noches.

En Mateo 20, Jesús dijo que sería levantado *al tercer* día, no *después* del tercer día. Los judíos acudieron a Jesús, y le dijeron, en Mateo 27, versículo 63, «Señor, … aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré.» Por esto pidieron una guardia romana. Ahora observemos el lenguaje aquí. «Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día», no *después* del tercer día. Sabían que lo que había dicho Jesús, tres días y tres noches, significaba *hasta* el tercer día, «no sea que vengan sus discípulos, y lo hurten».

El viernes antes de las seis habían tenido tres horas para sepultarle. Necesitaron menos de una hora. El contaje judaico de tiempo en el Talmud judío y en el Talmud babilónico de Jerusalén (los comentarios de los judíos), dice que cualquier parte, un «onan» —cualquier parte del día, se considera como un día entero. Un viernes antes de las seis por la cuenta judía, cualquier minuto era un día y una

noche. Desde la noche del viernes a las seis de la tarde hasta el sábado a las seis de la tarde, fue otro día y otra noche.

Hombres y mujeres, por la cuenta judía —no la nuestra— cualquier momento después de las seis de la noche del sábado es otro día y otra noche. Lo mismo hacemos en mi país. Si mi hijo nació un minuto antes de medianoche el 31 de diciembre, por lo que respecta a los impuestos para mi gobierno, podría tratar a mi hijo en base del mismo principio como habiendo nacido en cualquier momento en todo aquel año —365 días y 365 noches.

Cuando los guardas romanos fracasaban en su deber, eran automáticamente ejecutados. Una forma en que eran ejecutados era desnudarlos y quemarlos vivos en un fuego comenzado con sus propios vestidos. El sello había sido roto. Hombres y mujeres, cuando aquel sello era roto, las fuerzas de seguridad eran lanzadas a encontrar el culpable, y cuando era hallado, fuese quien fuese, era condenado a la crucifixión cabeza abajo.

La piedra fue retirada, hombres y mujeres, y le preguntaré al señor Deedat que lo compruebe con cuidado. La Palabra revelada de Dios en el Nuevo Testamento cristiano, en el original griego (como el Corán es en árabe, el Nuevo Testamento es en griego), señala que una piedra de entre una tonelada y media y dos toneladas fue hecha rodar pendiente arriba, retirada no sólo de la entrada sino del sepulcro mismo, pareciendo como si hubiese sido recogida y echada fuera. Ahora bien, si los discípulos hubiesen querido pasar de puntillas, mover la piedra y ayudar a Jesús a salir, ¿por qué todos los esfuerzos por mover una piedra de una y media toneladas a dos toneladas fuera de todo el sepulcro? Aquella guardia hubiese debido estar dormida con algodón en los oídos y con silenciadores para no haber oído todo aquello.

Luego, María llegó al sepulcro, según Juan 20. El señor Deedat dice que fue allí a ungir el cuerpo y que la palabra «ungir» significa «dar masaje». Bien, dejadme que os diga que si es cierto —y no lo es— pero *si fuese* cierto, y así es como lo hacen los musulmanes, habría matado a Jesús. Si yo hubiese sufrido la crucifixión, si mis manos y pies hubiesen sido traspasados, y mi espalda abierta hasta las entrañas, y con cuarenta y cinco kilogramos de especias alrededor de mí, no querría que nadie me diese un masaje. La palabra «ungir» significa «consagrar». Tal como el señor Deedat expone en su libro, los sacerdotes y reyes eran ungidos cuando eran consagrados para su oficio. Cuando dijo: «No me toques», el señor Deedat dice que realmente significa «Me duele … no me toques». Bien, leeamos la siguiente frase, señor Deedat. Dice: «No me toques, porque aún no he subido a mi Padre.»

Por eso no debían tocarle, porque «Aún no he subido a mi Padre». Y luego dice: «Ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.» Algo más tarde, dice: «Podéis tocarme. Abrazad mis pies.» ¿por qué lo hizo así? Oh, hombres y mujeres, ésta es una de las cosas más hermosas. En el Antiguo Testamento, en el tabernáculo, el Sumo Sacerdote judío tomaba el

sacrificio al Lugar Santísimo. Y el pueblo esperaba fuera, porque sabían que si Dios no aceptaba su sacrificio, el sacerdote moriría.

Esperaban a que volviese el sumo sacerdote. Y cuando el sumo sacerdote salía, ¡todos gritaban gozosos! Porque decían: «Dios ha aceptado nuestro sacrificio.» Jesús dijo: «No me toques … aún no he subido a mi Padre.» Entre este momento y el momento en que los otros le abrazaron y tocaron, Jesús ascendió a Dios Padre, se presentó como sacrificio, y, damas y caballeros, si Jesús no hubiese regresado, si no hubiese permitido que los otros le tocasen, esto habría significado que Su sacrificio no había sido aceptado. Pero doy gracias a Dios de que volvió y dijo: «Tocadme.» Ha sido aceptado.

En cuanto al cuerpo espiritual-físico de Jesucristo, creo, señor Deedat, primero tiene que estudiar nuestras Escrituras. Creo que necesita leer así como yo estudié *sus* escrituras. Usted necesita leer 1 Corintios 15:44, 51. La explicación del cuerpo glorificado e imperecedero. Era un cuerpo espiritual, pero tenía sustancia. Podía atravesar una puerta cerrada; podía aparecer en su presencia. No necesitaba alimento, pero tomaba alimento. En caso contrario, ellos habrían dicho: «Eres meramente un espíritu.» No. Tenía lo que la Biblia designa como el cuerpo resucitado, glorificado, incorruptible. Y si yo hubiese estado en aquella estancia sabiendo que lo había visto crucificado, sepultado y todo lo demás, y de repente, con las puertas cerradas, se apareciese en medio del grupo, creo que también hubiese estado algo atemorizado. Hombres y mujeres, ¡Jesucristo ha resucitado de entre los muertos! Gracias.

Refutaciones

Ahmed Deedat

Señor Moderador, y damas y caballeros del jurado. El quid del problema —la clara declaración de Jesucristo, es el error que los discípulos estaban cometiendo al pensar que había vuelto de los muertos. Les aseguró que «un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.» Esto es un lenguaje llano y básico. Y no se necesita de un diccionario ni de un abogado para explicarles lo que implica.

Por todos los veintisiete libros del Nuevo Testamento, no hay una sola declaración hecha por Jesucristo de que «He estado muerto y he vuelto de entre los muertos». El cristiano ha estado manipulando la palabra resurrección. Una y otra vez, por repetición, se comunica que está demostrando un hecho. Seguís viendo al hombre, al hombre tomando alimento, como si estuviese resucitado. Se aparece en el aposento alto —estaba reavivado. Jesucristo nunca pronunció las palabras de que «he vuelto de los muertos» en los veintisiete libros del Nuevo Testamento —ni una vez.

Estuvo ahí con ellos durante cuarenta días. Y nunca hizo esta declaración. Está demostrándoles una y otra vez que es el mismo Jesús, el que había escapado de la muerte, por así decirlo, por un pelo. Debido a que estaba siempre disfrazado, nunca se mostró abiertamente a los judíos. Les había dado una señal. «No les será dada señal más que la del profeta Jonás.» Ninguna señal, sólo esto. Y nunca volvió a ellos al templo de Jerusalén a decirles, «Aquí estoy». Ni una vez. Siempre estaba ocultándose. Ahora bien, no vamos a volver a repetir lo que ya se ha dicho.

Los puntos tocados son, que Jesús *no* tenía desgana de morir. Había venido con este propósito. Ahora bien. *mi* lectura de las Escrituras me dice que no sólo tenía rechazo a morir, sino que estaba preparándose para un enfrentamiento con los judíos. Miren, en la Última Cena suscita el problema de la defensa, diciéndoles a Sus discípulos: «Como recordáis, cuando os envié en vuestra misión de predicar y sanar, os dije que no debíais llevar nada con vosotros. Ni bolsa ni palos. Ni cayado. ¿Os faltó alguna cosa?»

Ellos le respondieron: «No, no nos faltó nada.» Pues ahora os digo esto, «el que no tenga espada, que venda su túnica y se la compre.» Os habéis de vender los vestidos para compraros espadas. Os pregunto: «¿Qué hacéis con espadas? ¿Pelar manzanas? ¿O cortarle el cuello a la gente? ¿Qué hacéis con espadas? De modo que uno de ellos le dijo: «Maestro, tenemos dos espadas.» Y él dijo, «Esto es suficiente.»

Y tomó a Sus discípulos, los once. Judas ya se había ido a traicionarle. Once discípulos y Él, y se van andando a Getsemaní. Y en Getsemaní —leed el libro, leed vuestros evangelios— vemos que Jesús dispuso a ocho hombres en la entrada. Os voy a preguntar, en primer lugar, ¿por qué había de ir a Getsemaní? ¿Y para

qué iba a poner a ocho hombres a la entrada, diciéndoles, «Quedaos aquí, y velad conmigo»?

Quiere decir: paraos aquí y montad guardia. ¿De qué? ¿Qué había que guardar en Getsemaní? Un huerto, una prensa de aceite, un lugar vacío. ¿Qué habían de guardar los discípulos, a ocho kilómetros de la ciudad, en Getsemaní? Luego toma consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo. Al menos dos de ellos tenían espadas. Y hace una línea interior de defensa y les dice *a ellos*: «Quedaos aquí, y velad conmigo. Mientras voy y oro allí … *yo* solo y oro más allá.» Os pregunto, ¿por qué fue a Getsemaní? ¿Por qué fue allí —a orar? ¿No podría haber orado en aquel Aposento Alto, mientras estaba allí en la Última Cena? ¿No podría haber ido al templo de Jerusalén, a un tiro de piedra de donde estaban? ¿Para qué ir a ocho kilómetros de la ciudad? ¿Y para qué poner a ocho hombres a la entrada? ¿Y por qué hacer una línea interior de defensa?

Y va algo más allá, y se postra sobre Su rostro, y ora a Dios: «Oh, Padre mío … si es posible, pase de mí esta copa.» Queriendo decir: quita la dificultad de mí, pero no como yo quiero, sino como tú. En último término, lo dejo a ti. Pero quiero que me salves. Y estando en agonía, oraba más intensamente, y Su sudor era como si fuesen grandes gotas de sangre cayendo al suelo. ¿Es así como un hombre, una persona, va a cometer suicidio? ¿Es esta la persona ordenada desde la fundación del mundo para el sacrificio, así es como se conduce, os pregunto?

Que está sudando, dice, en agonía. Ora más intensamente, y Su sudor era como grandes gotas de sangre cayendo a tierra. Y el Señor de Misericordia , dice la Biblia, envía Su ángel. Vino un ángel para fortalecerle. Y yo pregunto, ¿para qué? A fortalecerle en la convicción de que Dios iba a salvarle. ¿En qué viene a fortalecerle el ángel? Para salvarle. Y en todo lo que sucedió de ahí en adelante podemos ver a Dios planeando Su rescate. Mirad. El hecho era que la profecía que Él había dicho era que sería como Jonás —y se nos dice que no fue como Jonás. No la cumplió. Jonás vivió. Jesús murió.

Luego Poncio Pilato se asombró cuando le dijeron que Jesús estaba muerto, porque para su conocimiento sabía que nadie puede morir por tres horas en la cruz. Porque esta crucifixión debía ser una muerte lenta, dilatada. Éste era el verdadero propósito de la crucifixión. No era librarse de un carácter antisocial, como con un pelotón de fusilamiento, o ahorcando o empalando. Era una muerte lenta y dilatada.

Y los huesos no fueron quebrados —dice la Biblia. Era un cumplimiento de la profecía. Ahora bien, que se le rompan los huesos a alguien, de un muerto, es lo de menos. Si los huesos no fueron quebrados, de lo único que puede servir de ayuda es si la persona está viva. Así que como veis, durante 2000 años hasta ahora, es programación, programación continua. Y Pablo ha puesto toda la gama de la religión en un punto: en esta muerte y resurrección, porque nos dice, en 1 Corintios, capítulo 15, versículo 14, que, «si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es nuestra fe». ¡Inútil! ¡No tienen nada!

De modo que, como hombres que se ahogan y se aferran a pajas flotando, el cristiano, de la manera que sea, ha de demostrar de alguna manera que la crucifixión mató a aquel hombre, para que podamos ganar la salvación. Ahora bien, yo querría, señor Moderador, damas y caballeros del jurado, que leyesen este libro otra vez, y el testimonio, palabra por palabra. Si examinan las profecías —lo que dice Jesús, y la manera en que se comporta— todo ello prueba de manera concluyente que Cristo no fue crucificado.

Josh McDowell

No estoy seguro si oí bien, pero, ¿dijo usted que «en ninguna parte de los veintisiete libros del Nuevo Testamento dijo jamás Jesús que había «estado muerto y ahora vive»? ¿Puedo leerle del libro de Apocalipsis, capítulo 1, versículo 18? Dice allí: «Yo soy … el que vivo, y estuvo muerto; mas he aquí que estoy vivo por los siglos de los siglos.» También, señor Deedat, se apareció a los judíos. Toda la Iglesia del Nuevo Testamento comenzó con judíos. Se apareció al gran antagonista judío, el apóstol Pablo, cuando era aún Saulo de Tarso.

Pero, hombres y mujeres, el gran entusiasmo para mí, cuando se trata de la resurrección y de Cristo como mi Vida y Salvador, es que Dios Yahweh ha prometido que cuando alguien entra en esta relación pidiendo a Cristo Su perdón, a Aquel que murió por nuestros pecados, que fue sepultado y resucitado al tercer día, que Dios, el Espíritu Santo, entra en aquella persona y la cambia. Y una de las más grandes evidencias es mi propia vida. Después de llegar al punto donde reconocí a Jesucristo como mi Salvador y Señor, rendí mi voluntad a Él y confié en Él, sí, hombres y mujeres, y en unos seis meses y un año, o un año y medio, cambiaron las principales áreas de mi vida.

Primero, desarrollé un deseo de vivir una vida santa y piadosa. Segundo, comencé a experimentar una paz y gozo genuinos —no fue porque no tenga ningún conflicto; es a pesar de los conflictos que Dios da paz por medio de Jesucristo. Tercero, conseguí control sobre mi temperamento. En mi primer año en la universidad casi maté a un joven. Estaba constantemente perdiendo el control sobre mí mismo. Después de confiar en Jesús como Salvador y Señor, me vi levantándome sobre la crisis de perder los estribos, y pronto, ¡desapareció!

No sólo se dieron cuenta mis amigos, sino que mis enemigos se dieron cuenta de ello mucho antes. Y sólo una vez ahora, en veintidós años que he tenido una relación personal con Dios Yahweh, el Padre, por medio de Su Palabra eterna, el Hijo, sólo una vez he perdido el control.

El área más importante, hombres y mujeres, de la que estoy agradecido poder hablar, es el mismo amor de Dios. En este sentido: Mi padre era el borracho del pueblo. Difícilmente recuerdo a mi padre sereno. Mis amigos en la escuela hacían

bromas acerca de mi padre haciendo el ridículo. Yo vivía en una granja, y salía al granero y veía a mi madre echada sobre la suciedad del estercolero —la cama de las vacas— apalizada tan duramente por mi padre que no podía levantarse y andar.

Cuando venían amigos a visitarme, tomaba a mi padre y lo ataba en el granero, aparcaba el auto fuera de la vista, y les decía a mis amigos que se había ido a ocuparse de importantes asuntos, para no sentirme avergonzado. Lo llevaba al granero donde las vacas iban a parir los terneros. Ponía los brazos a través de las tablas, y los ataba. Le ponía una cuerda alrededor del cuello y le echaba la cabeza por encima de la tabla de atrás, y la ataba alrededor de los pies, de modo que si se debatía con los pies, se matase él mismo.

Una noche, dos meses antes de graduarme del instituto, llegué a casa después de una cita. Cuando entré en la casa, oí a mi madre llorando desconsolada. Le pregunté, «¿qué ha pasado?» Ella me dijo: «Tu padre me ha partido el corazón. Y todo lo que quiero es vivir hasta que te gradúes, y luego sólo quiero morir.»

Sabéis, dos meses después me gradué. El siguiente viernes, el 13, mi madre murió. No me digáis que no se puede morir de un corazón partido. Mi madre murió de esto, y mi padre fue el causante. No había nadie a quien pudiese odiar más. Pero, hombres y mujeres, cuando entre en esta relación con Dios Yahweh por medio de Su Hijo Eterno, el Señor Jesucristo, después de un corto período de tiempo, el amor de Dios tomó el control de mi vida, y Él tomó aquel odio y lo puso del revés.

Y ello hasta el punto de que pude mirar a mi padre cara a cara y decirle: «Papá, te quiero.» Y lo mejor de ello es que lo dije de verdad. Pasé a otra universidad. Me vi envuelto en un grave accidente de tráfico, y me vi con las piernas, brazo y cuello en tracción. Me llevaron a casa. Mi padre entró en el dormitorio. Estaba muy serio, porque pensó que casi me había muerto. Me hizo esta pregunta: «¿Cómo puedes amar a un padre así?» Le dije: «Papá, hace seis meses de despreciaba. Te odiaba.» Luego, le compartí cómo había llegado a la conclusión que veía con tanta claridad, que Dios Yahweh el Padre, se nos había manifestado, humanidad por medio del Verbo Eterno, Su Hijo. Y luego murió por nosotros; ésta es la angustia por la que pasó, señor Deedat.

Si se pudiese imaginar todos los pecados del mundo —sólo sus pecados y los míos serían suficientes. Pero todos los pecados del mundo cayeron sobre el Hijo. ¡La angustia que estuvo envuelta ahí! Y le dije: «Papá, le pedí a Cristo que me perdonase. Le pedí que acudiese a mi vida como Salvador y Señor.» Y añadí: «Papá, como resultado de esto he encontrado la capacidad para amarte no sólo a ti, sino a los demás tal como son.»

Puedo mirarle a usted, señor Deedat, y decirle: «Honradamente, le amo … Dios me ha dado amor para usted … y le amo de verdad. Y desearía que usted llegase a conocer a Jesucristo como Salvador y Señor.» Y mi padre finalmente dijo: «Hijo, si Dios puede hacer en mi vida lo que he visto que ha hecho en la tuya, entonces quiero conocerle personalmente.»

Justo ahí y entonces mi padre oró en este sentido: «Dios, si eres Dios, y Cristo es el Verbo Eterno, tu Hijo, si puedes perdonarme y entrar en mi vida y cambiarme, entonces quiero conocerte personalmente.»

Hombres y mujeres, mi vida quedó básicamente transformada en el tiempo entre seis meses y un año o un año y medio. Y sigue habiendo muchas áreas que Dios ha de cambiar. Pero como ejemplo tomemos a mi padre. Su vida cambió delante de mis ojos. Señor Deedat, fue como si alguien alargase la mano y encendiese una bombilla. Sabe, sólo tocó una vez el whisky una vez después de esto. Se lo llevó a los labios, y ahí fue todo. No lo necesitó una vez más. Catorce meses después, murió, porque le tuvieron que extirpar tres cuartas partes del estómago, como resultado de unos cuarenta años de bebida. Pero saben, damas y caballeros, durante aquel período de catorce meses, docenas de viajantes en mi población y las de alrededor entregaron sus vidas al Dios viviente, por medio del Verbo Eterno, Jesucristo, gracias a la vida cambiada de uno de los borrachos del pueblo.

Mi mujer, Dottie, lo expresa de esta manera. Dice ella: «Cariño, debido a que Cristo resucitó de los muertos, vive. Y porque vive, tiene la capacidad infinita por medio del Espíritu Santo de entrar en la vida de un hombre o una mujer.» Por eso el Cristo resucitado y viviente dijo en uno de los veintisiete libros del Nuevo Testamento: «Estuve muerto; mas he aquí que estoy vivo por los siglos de los siglos.» Y puede decir: «Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y el conmigo.»

ARGUMENTOS FINALES

Ahmed Deedat

Señor Moderador, damas y caballeros del jurado: el hombre es cobarde por naturaleza. Desde el comienzo de Adán, recuerdan, está intentando darle la culpa a los otros. No soy yo, es la mujer. Y la mujer, no soy yo, es la serpiente. El hombre es cobarde por naturaleza. Y queremos que alguna otra persona lleve nuestra carga. Queremos que alguna otra persona se tome la medicina cuando nos ponemos enfermos. Queremos que le quiten el apéndice a otro, cuando es el nuestro el que está podrido. Así es el hombre en general.

Pero esto no es lo que dijo Jesucristo. Quiere que usted tome su propia cruz — que se crucifique a sí mismo. ¡Escuche! Él dice: «No es mío quien no toma su propia cruz y no me sigue.» Toma tu propia cruz y sígueme. En otras palabras, crucifícate a ti mismo. No, no, no. Él no quería decir esto. Lo que quería decir era que así como yo llevo Mi responsabilidad, tú llevas la tuya. Como yo oro, tú oras.

Tal como yo ayuno, tú ayunas. Tal como yo estoy circuncidado, tú te circuncidas. Lo que yo hago, tú lo haces. Tú llevas tu propia responsabilidad.

Esto es lo que Él quería decir. Ahora bien, ¡éste es el sistema islámico! Esto es lo que enseña el Islam. Veis, el sistema que te salva tras años de alcoholismo, tras años de quitar diez céntimos de la bandeja de la colecta, lo leéis aquí, en el libro de Josh. Dice que cada domingo lo único que recibió de la iglesia fue poner 25 centavos y tomar 35 para batidos de chocolate. Y luego, años después en la vida, si lo estudiáis, encontramos que se está haciendo lo mismo a un nivel muy alto de intelectualismo. Pero no tenemos tiempo para entrar a esto.

Dejad que acabe con el mensaje de Jesús. Él dice: «De cierto, de cierto os digo, que si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, de ningún modo entraréis en el reino de los cielos.» No hay cielo para vosotros. Esto es lo que dice; estas son Sus palabras. Y lo que está sucediendo es que estáis contradiciendo Sus palabras. ¡Esto es el Islam! A no ser que seas mejor que los judíos, no hay cielo para vosotros.

No dijo que era la sangre, sino vuestra justicia. Habéis de ser mejores que los judíos. Habéis de ayunar, como los judíos ayunaban, pero a un nivel más alto; habéis de orar, como oraban los judíos, pero a un nivel más elevado; habéis de dar limosna, como los judíos daban limosna, pero a un nivel más elevado. Y esto es el Islam.

Así que, señor Moderador, damas y caballeros del jurado, les digo que la resurrección, tal como ha sido presentada por Josh en América bajo el encabezamiento «Fraude o Historia», concluyo que aquí hay mil millones de personas a las que se está engañando acerca de la cruz. Aquí, se os está engañando a vosotros acerca de la cruz.

Muchas gracias, damas y caballeros.

Josh McDowell

Señor Deedat, en ninguna parte de la Biblia cristiana revelada por Dios se le manda a un cristiano que sea crucificado. Se nos dice que nos reconozcamos que ya estamos crucificados en Jesucristo.

En Romanos 8:32, Dios dice, hablando de eternidad a eternidad: «El que no eximió ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros ...» En mi país, una joven que fue arrestada por exceso de velocidad fue hecha comparecer ante el juez. El juez dijo: «¿Culpable o inocente?» y ella dijo, «Culpable». Dio un golpe con el mazo, y la sentenció a una multa de cien dólares o arresto sustitutorio de diez días. Luego hizo algo sorprendente. El juez se levantó, se sacó la toga, la dejó en el respaldo de su silla, bajo al frente, y pagó la multa. Era un juez justo. Su hija había quebrantado la ley.

No importa lo mucho que amase a su hija, tenía que sentenciarla a cien dólares o diez días. Pero la amaba tanto que estaba dispuesto a bajar y tomar la pena sobre sí mismo y pagar la multa. Ésta es una clara ilustración de lo que Dios Yahweh ha revelado por medio de Su Santa Palabra. Dios nos ama. Cristo murió por nosotros. La Biblia señala muy claramente que la paga del pecado es la muerte. De modo que, Dios tuvo que dar el golpe de mazo y sentenciar.

Pero, hombres y mujeres, Él nos amaba tanto que pudo dejar a un lado Su toga judicial, y bajar en la forma del hombre Jesucristo. Y luego ir a la cruz y pagar el precio por nosotros. Y ahora puede decir: «Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré.»

Sí, señor Deedat: mil millones de cristianos se aferran a la cruz. Y sobre ella, y no engañados, Dios nos lleva como sobre un veloz carro al cielo, mediante la sangre derramada de Su divino Hijo.

Muchas gracias, damas y caballeros, por haberme dado el privilegio, como una persona procedente de otro país, de visitarles aquí; y, señor Deedat, me siento reconocido a usted por esta oportunidad. Y si usted viene a mi país, le invito a comer juntos. Gracias.

Conclusión

El Islam y el Cristianismo

Muchas de las creencias musulmanas provienen de la Biblia. Mucho del fundamento histórico del Corán proviene del Antiguo Testamento. Pero aunque haya habido una influencia y existan semejanzas, las diferencias en las creencias de las dos fes son notables.

Dios

El Islam enseña que Dios es una unidad, y excluye la trinidad de manera explícita. Sin embargo, es importante darse cuenta de que lo que el Islam rechaza tocante a la trinidad *no* es (y hemos de enfatizar, *no es*) la perspectiva bíblica de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, *sino* más bien rechazan el concepto herético de que la trinidad sea Dios Padre, María la Madre y Jesús el Hijo. Esto es blasfemo para ellos, y, deberíamos decir, también para el cristiano.

Una razón de esta visión distorsionada de la trinidad es que los árabes no tenían un Nuevo Testamento árabe, y que por ello se vieron influidos por una falsa visión cristiana.

Este énfasis en la unidad de Dios se manifiesta también de otras formas. El Islam enseña que Dios está apartado de Su creación. Está tan unido a Sí mismo que no puede asociarse con la creación. Su trascendencia es tan grande que actúa impersonalmente, incluso hasta el punto de la elección de los que quiere para el cielo.

Por cuanto Dios es una unidad, muchos musulmanes creen que la posición sunita de que el Corán es la «palabra eterna de Dios» comete el pecado de asociar algo con Dios. Por esta razón los chiítas mantienen que el Corán es un libro creado.

Debido a su doctrina de la predestinación y al hecho de que tanto el mal como el bien provienen de Alá, ello hace del dios de ellos algo caprichoso en nuestro concepto. Todo lo que Alá decida deviene correcto; esto hace que sea difícil, si no imposible, discernir o establecer ninguna verdadera norma de justicia o de ética.

Esto es distinto del Dios de la Biblia, que es justo. La misma palabra justo significa «una norma».

La fe musulmana encuentra difícil divorciar el concepto de padre del ámbito de lo físico. Para ellos, es blasfemo llamar Padre a Alá o a Dios.

Además, en tanto que llamar «Padre» a Dios le evoca al cristiano pensamientos de amor, compasión, ternura y protección, no es siempre así para la mente del

musulmán. Para él, un padre ha de ser estricto, no debería ser emocional, y está ligado a su familia por el deber y por lo que su familia puede proveer para él, no por amor.

Alá parece ser deficiente en atributos tales como el amor, la santidad y la gracia. Una razón es que para un musulmán Dios es indescriptible. Mayormente, Alá es descrito por una serie de negaciones; esto es, Él no es esto, no es aquello, etc. Muchas de las anteriores características están envueltas en los noventa y nueve nombres musulmanes para Dios. Para el cristiano, atributos como la gracia están arraigados en el mismo carácter de Dios (Efesios 2).

La Biblia

Como he mencionado antes, los libros santos de los musulmanes incluyen los dichos de Moisés, los profetas, David, Jesús y Mahoma. Sin embargo, los musulmanes creen que todos los dichos anteriores han sido perdidos o corrompidos y que sólo el Corán ha sido preservado sin error. También pretende anular todas las anteriores revelaciones. Recordemos, los libros santos mencionados en el Islam *no* son exactamente como nuestras Escrituras bíblicas.

Uno tendría la presuposición de que por cuanto las enseñanzas del cristianismo y del Islam son claramente diferentes, sigue de ello que las consecuencias prácticas y sociales de la doctrina serían también inmensamente diferentes. Como menciona Guillaume, la mejor ilustración de ello aparece en la posición de las mujeres:

> El Corán tiene más que decir acerca de la posición de las mujeres que de cualquier otra cuestión. La nota conductora resuena con estas palabras: «Las mujeres son vuestra labranza.» Y la palabra para matrimonio es la empleada para denotar el acto sexual. El objeto primario del matrimonio es la procreación de hijos, y en parte por esta razón se le permite al hombre que tenga cuatro esposas a la vez y un número ilimitado de concubinas. Sin embargo, se establece que las mujeres han de ser tratadas con bondad e imparcialidad estricta. Si un hombre no puede tratarlas a todas por igual, debería limitarse a una.
>
> El marido le paga a la mujer una dote cuando se casa con ella, y el dinero o propiedad así pagada queda de ella. El marido puede divorciarse de su mujer en cualquier momento, pero no puede volverla a tomar hasta que se haya vuelto a casar y haya sido repudiada por su segundo marido. (Sólo después de tres matrimonios no puede un musulmán volver a tomar a su mujer. Sin embargo, puede decir «Te repudio» tres veces, lo que para algunos constituye tres divorcios.) Una mujer no puede pedir el divorcio bajo ningún concepto, y el marido la puede pegar. En esta cuestión de la posición de la mujer reside la mayor diferencia entre los musulmanes y el mundo occidental (Guillaume, *Islam*, págs. 71, 72).

Una persona que provenga de una cultura occidental necesita darse cuenta de que esta posición acerca de las mujeres fue una mejora respecto de las condiciones preislámicas. De modo que algunas comunidades islámicas emplean esto como una base para enseñar que el Islam es progresista y que las mujeres tienen iguales derechos.

Los que provienen de una cultura occidental a menudo caen en el malentendido que contempla a los musulmanes como depravados y hambrientos de sexo. Desde la perspectiva musulmana, las mujeres son protegidas, reciben provisión, y son respetadas en su comunidad.

Al comparar esto con la actual decadencia de la cultura occidental y sus ataques sobre la moralidad tradicional, incluyendo las mujeres, el aborto, etc., el occidental ha de hacerse consciente de que los musulmanes nos contemplan exactamente de la misma forma que muchos de la cultura occidental, incluyendo a muchos cristianos en el pasado, los han visto o descrito a ellos. Una pregunta de peso sería: «¿Son más apalizadas, violadas o maltratadas las mujeres en las tierras musulmanas o en los países occidentales?»

El error de que frecuentemente se hace culpable el musulmán es identificar la cultura occidental con el cristianismo (véase Capítulo 1, sección *Influencia Contemporánea*).

Jesucristo

En el Islam, la persona y obra de Jesucristo no son vistas de la misma forma que en el cristianismo. Para el cristiano, la resurrección de Jesucristo como el Hijo encarnado de Dios es la piedra fundamental de la fe, pero el musulmán no acepta ninguna de estas verdades, que Cristo sea el Hijo de Dios ni que resucitase de entre los muertos. Un musulmán contemplará a Jesús como la «Palabra de Dios» y como el «Espíritu de Dios», pero no como el Hijo de Dios. Para ellos, esto es blasfemia. De hecho, los musulmanes ni siquiera creen que Jesús fuese crucificado; más bien, muchos creen que Judas fue crucificado en su lugar. Algunos, sin embargo, creen que fue Cristo en la cruz, pero que no murió.

El Islam cree que Jesús fue un profeta sin pecado, aunque no tan grande como Mahoma. Muchos musulmanes enseñan que Jesús fue más grande y más espiritual, pero demasiado elevado, y que Mahoma fue un profeta práctico «para todos los hombres». Mientras que la Sura 3:42-44 en el Corán habla del nacimiento virginal de Cristo, no es el mismo nacimiento virginal que el de la Biblia. Según la creencia musulmana, Jesús desde luego *no* es el unigénito Hijo de Dios, y fue un ángel —no el Espíritu Santo— el agente del poder de Dios en la concepción. Sin embargo, la idea de que Alá tuviese un hijo les es repugnante. La Sura 4:171 dice: «Isa … profeta de Alá … Lejos de Su majestad trascendente que tuviese un hijo» [de la versión inglesa].

Juan dice, acerca de Cristo: «Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. … Y yo le he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios» (Juan 1:14, 34).

Las afirmaciones de Cristo acerca de Su propia deidad y filiación como Hijo son inequívocas. En Juan 10:30 Él afirma una igualdad con el Padre cuando dice: «Yo y el Padre somos una sola cosa.» Porque no sólo la filiación de Cristo como Hijo es importante de por sí, sino que la deidad de Cristo es también un punto importante de diferencia entre el cristianismo y el Islam, por cuanto el Islam niega la doctrina de la Trinidad.

Acerca de la crucifixión, el Corán afirma en la Sura 4:156: «No lo mataron y no lo crucificaron, sino que sí les pareció.» La mayoría de musulmanes creen que Judas fue puesto en lugar de Cristo y que Cristo fue al cielo. La Biblia enseña que Cristo fue a la cruz para pagar la pena por los pecados de los hombres, murió, y resucitó de entre los muertos, se apareció a los discípulos y *entonces* ascendió al cielo (1 Corintios 15:3, 4).

También rechazan la Biblia como el único libro autoritativo sobre el que basar todas las cuestiones de doctrina, fe y práctica. Cuando el Islam rechaza la verdad de la Palabra escrita de Dios, no sólo quedan en una posición distinta de la cristiana, sino opuesta a la cristiana en casi todos los particulares.

GLOSARIO

ABU BAKR — (Reinado: 632-634 d.C.). El primer califa musulmán, según los musulmanes sunitas. Los musulmanes chiítas lo rechazan y en su lugar consideran al cuarto califa, Alí, como el primer verdadero sucesor de Mahoma.

ALÁ — El Ser Supremo. El nombre de Dios, probablemente derivado del árabe *Al-llah* y del siríaco *Alaha.*

CALIFA — El título dado al oficio de los dirigentes espirituales y políticos que suceden tras la muerte de Mahoma.

CORÁN (**QUR'AN**) — Se dice que es la palabra inspirada definitiva y completa de Dios transmitida al profeta Mahoma por el ángel Gabriel.

CHIÍTAS — Una división del Islam que rechaza los primeros tres califas, insistiendo en que Alí, yerno de Mahoma, fue el primer sucesor legítimo de Mahoma.

FÁTIMA — La hija de Mahoma y de su primera mujer Khadija, y esposa de Alí, el cuarto califa.

HADITH — Los sagrados dichos de Mahoma, transmitidos por tradición oral durante generaciones después de la muerte de Mahoma, hasta que finalmente quedaron registrados por escrito.

Hadj — Peregrinación a la Meca. Una de las cinco columnas de la fe islámica.

IMÁN — Un musulmán considerado por los sunitas como autoridad en ley y teología islámica o el hombre que dirige las oraciones. También se refiere a cada uno de los fundadores de las cuatro principales sectas del Islam. Los chiítas aceptan doce grandes imanes.

ISLAM — Literalmente, «sumisión a la voluntad de Alá».

KAABA — Un pequeño edificio de piedra situado en el patio de la gran mezquita en La Meca, y que contiene la piedra negra (un aerolito) supuestamente dado a Adán por Gabriel, y posteriormente hallado por Abraham, de quien se dice edificó la Kaaba.

MAHDI — «El conducido.» Un dirigente que hará que la tierra se llene de justicia. Los sunitas están aún esperando su primera aparición mientras que los chiítas mantienen que el último imán, que desapareció en el 874 d.C., volverá a aparecer un día como el Mahdí.
MAHOMA — El profeta y fundador del Islam. Nacido alrededor del 570 d.C., murió el 632 d.C.

MECA, LA — El lugar donde nació Mahoma. Esta ciudad, en Arabia Saudita, es considerada como la ciudad más santa de los musulmanes.
MEDINA — Una ciudad santa del Islam nombrada por Mahoma. Antes se llamaba Yatrib. Es la ciudad a la que huyó Mahoma en el 622 d.C.

MEZQUITA — Un edificio dedicado al culto islámico.

MUEZÍN — Un pregonero musulmán que anuncia la hora de la oración.

MULLÁ — Maestro de leyes y doctrinas del Islam.

OMAR — Según los sunitas, el segundo califa musulmán y principal consejero del primer califa Abu Bakr.

PURDAM — Un velo o cubierta que emplean las mujeres musulmanas para asegurarles protección contra la observación pública y para indicar su sumisión.

QAABA — Véase KAABA.

RAMADÁN — El noveno mes del año musulmán, cuando se dice que el Corán fue bajado por vez primera del cielo, y que ahora se dedica al ayuno.

SALAT — El ritual diario de oración musulmana. Una de las cinco columnas de la fe islámica.

SUFÍS — Místicos filosóficos que mayormente han adoptado y reinterpretado libremente el Islam.

SUNITAS — La división mayor del Islam que reconoce a los primeros cuatro califas como sucesores legítimos de Mahoma.

SURAS — Designación de los capítulos del Corán.